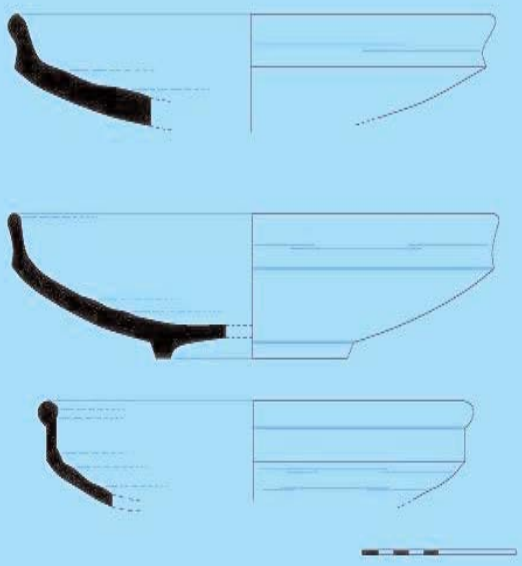
NÚMERO 3, 2010

HERAKLEION



REVISTA INTERDISCIPLINAR DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DEL MEDITERRÁNEO

NÚMERO 3, 2010

HERAKLEION

Revista Interdisciplinar de Historia y Arqueología del Mediterráneo

(c) Todos los derechos reservados

ISSN 1988-9100
Edicion: Mayo 2010

HERAKLEION es una revista conjuntamente editada por el Grupo de Investigación "Mosaicos Hispano-romanos" del CCHS, CSIC y por el Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (CEFYP).

Director: Sergio Remedios Sánchez (CEFYP)
Secretario: Jesús Bermejo Tirado (CSIC)

Directores honoríficos:
Carlos González Wagner (UCM y CEFYP)
Guadalupe López Monteagudo (CSIC)
Dirce Marzoli (DAI)

Consejo editorial:
David Álvarez Jiménez (UCM, Dep. Historia Antigua)
Adolfo J. Domínguez Monedero (UAM)
Raimon Graells i Fabregat (U. de Lleida)
Alicia Jiménez Díez (CSIC)
Fernando López Sánchez (U. de Castellón)
Irene Mañas Romero (CSIC)
Francisco José Moreno (UCM, Dep. Arte I)
Ana I. Navajas Jiménez (Oxford. Oriental Institute)
Antoni Ñaco del Hoyo (UAB)
Sabino Perea Yébenes (U de Murcia)
Fernando Prados (U. de Alicante)
Luis A. Ruiz Cabrero (UCM, Dep. Historia Antigua)
Valentina Vincenti (AISCOM)
Jaime Vives-Ferrándiz (SIP Valencia)

herakleion@herakleion.es

ISSN 1988-9100

Correo ordinario de la revista se remitirá a la atención de Jesús Bermejo Tirado en, Calle Albasanz, 26-28, 28037 Madrid. Instituto de Historia despacho 2D-19 CCHS, CSIC

TABLA DE CONTENIDOS

-Editorial (5)

ARTÍCULOS

-Hiram I, rey de Tiro
Juan Antonio Martín Ruiz (7-35)

-El giro comensal: nuevos temas y nuevos enfoques en la protohistoria peninsula
Samuel Sardà Seuma (37-65)

-Estrategias de asentamiento como indicadores de cronología relativa para la Edad del Hierro en el Noroeste ibérico
Martín Xosé Vázquez Mato (67-103)

-Las cerámicas comunes del alfar romano de Puente Melchor (Puerto Real, Cádiz). Un ensayo de clasificación de las formas abiertas.
Lourdes Girón Anguiozar (105-162)

-Ser y parecer: el prestigio y las obras de arte en la evolución de la economía romana del Alto Imperio
Aarón A. Reyes Domínguez (163-206)

RECENSIONES

-Campesinos y "señores del campo". Tierra y poder en la protohistoria extremeña, Rodríguez Diaz, A.
por **Sergio Remedios Sánchez** (207-210)

-Les vases-biberons puniques du bassin occidental de la Méditeraánée: monographie d´une forme, Maraoui Telmini, B.
por **Alejandro Quevedo Sánchez** (211-215)

-Normas de publicación (217-219)

EDITORIAL

La revista, HERAKLEION, Revista Interdisciplinar de Historia y Arqueología del Mediterráneo, nació con la idea de que fuera un lugar de acogida de toda la investigación centrada en los numerosos ámbitos del Mediterráneo, de todos aquellos investigadores "reunidos en un espacio contenedor de sabiduría y erudición, pero también difusor de nuevas técnicas y nuevos puntos de vista, que se puedan conectar con los ya existentes. Queremos hacer de esta revista un punto de reunión, un lugar destinado al tráfico de conocimientos donde el enriquecimiento mutuo sea una realidad al margen de lo que suceda en el mundo exterior. Un ámbito de encuentro entre gentes de distintas procedencias, con distintos destinos, un lugar para debatir sin miedo, pero bajo las reglas del respeto "sagrado" al otro, al que es diferente a mí. En definitiva, un marco abierto a todas las influencias que puedan llegar de otras áreas (conceptuales y geográficas)."

En este momento y con la perspectiva histórica de los años transcurridos desde su creación, tras la edición de tres números, podemos hacer balance de los objetivos conseguidos de manera positiva. La revista, que surgió con la pretensión de convertirse en un canal amplio y abierto de difusión y diálogo científico, ha dado cabida a diferentes trabajos, realizados desde distintas ópticas, ámbitos geográficos y cronológicos, superando de esta forma fronteras de todo tipo y convirtiéndose en un ejemplo de transversalidad y de dinamismo científico.

La investigación ha estado abierta a la Protohistoria, a la Arqueología Clásica y a la Historia del mundo antiguo en sus múltiples y variadas vertientes, en sus distintos documentos y soportes, tratado todo desde el rigor científico, la libertad conceptual y el respeto a las distintas opiniones y principios. No vamos a destacar ningún trabajo sobre otro, porque son los lectores los que han de evaluar y privilegiar desde su óptica personal y sus preferencias e intereses científicos éste o aquel artículo. Cualquier aportación científica, que cumpla con los objetivos apuntados, ya es valioso por su novedad o por el debate expositivo que suscita.

Desde la dirección editorial y científica de la revista queremos destacar la espléndida acogida que este proyecto ha tenido en el ámbito científico y agradecer la colaboración de todos los investigadores que nos han honrado con sus inestimables aportaciones, contribuyendo de esta forma a materializar nuestros deseos de contar

con un foro amplio y multidisciplinar y un foco de irradiación del y para el Mediterráneo. Solo nos queda seguir animando a todos aquellos investigadores que quieran participar en este proyecto a que nos remitan sus trabajos para que Herakleion continúe su andadura y se convierta en el referente digital de la investigación humanística internacional, centrada en el Mediterráneo antiguo.

Guadalupe López Monteagudo
Directora Honorífica
CSIC

Herakleion, 3, 2010, pp. 7-35

HIRAM I, REY DE TIRO[1]

Juan Antonio Martín Ruiz

G. I. "El Legado de la Antigüedad", U. Almería

Resumen:

La figura de Hiram I de Tiro ha llamado poderosamente la atención de los investigadores sobre todo a causa de su relación con el rey Salomón, si bien es preciso reconocer que es muy poco lo que se sabe sobre el mismo, hasta el punto de haberse dudado incluso de la veracidad del relato que nos habla de él tal y como lo conocemos. Por ello en este artículo se estudian los datos que tenemos al respecto, así como los principales aspectos que durante su hipotético reinado hicieron posible una etapa en la que el poder e influencia de Tiro se acrecentó al comenzar una fase expansiva hacia los territorios circundantes, junto a un activo comercio a larga distancia, sentando así las bases del posterior proceso colonial en el Mediterráneo central y occidental.

Palabras clave: Hiram I, rey, Tiro, fenicios.

Abstract:

The figure of Hiram I of Tyre has called powerfully the attention of the researchers especially because of his relation with the king Solomon, though it is necessary to admit that it is very small what can be on the same one, up to the point of having been doubted even of the veracity of the statement that he speaks to us about him as we know it as we know it. By it in this article there is studied the information that we have in the matter, as well as the principal aspects that during his hypothetical reign made possible a stage in which the power and influence of Tyre increased on having begun an expansive phase towards the surrounding territories, close to an active trade to long distance, sitting this way the bases of the later colonial process in the central and western Mediterranean.

Key words: Hiram I, king, Tyre, Phoenicians.

INTRODUCCIÓN.

Tal vez uno de los monarcas fenicios más conocidos sea el tirio Hiram I, a quien ha llegado a llamarse Hiram "el Grande" a pesar de que algunos autores dudan de su existencia (Garbini, 1988: 240; Finkelstein, Silberman, 2007: 152), y cuya fama se debe particularmente a las intensas y amistosas relaciones que los relatos

[1] Articulo recibido el 21-11-2009 y aceptado el 4-3-2010

bíblicos le atribuyen con otro de los reyes judíos más célebres, el casi mítico Salomón, sabio y admirado gobernante que aparece en innumerables relatos y leyendas de épocas muy posteriores sobre todo en el ámbito musulmán (Hall, 1905: 295-300; Carroll, 1988: 225-235; Ramos, Boavida, 2005: 86-90), sin que tampoco olvidemos que, ya desde comienzos del siglo XVIII, otro Hiram que estaba bajo el gobierno del monarca tirio se transformó para los masones en Hiram Abiff, el "príncipe de los arquitectos", al ser el responsable de la construcción del templo salomónico, templo que desde un punto de vista masónico estaba plagado de símbolos que resultan ser ancestrales para ellos (Dachez, 2002: 18-14).

Aun cuando es considerado de forma unánime como el responsable del apogeo comercial experimentado por Tiro en el I milenio a. C., en realidad es muy poco lo que sabemos tanto de su persona como de sus actividades ya que, por curioso que resulte, ninguna fuente fenicia, sea ésta arqueológica o literaria nos habla de él, de manera que los datos existentes proceden en su totalidad de una sociedad a la que él no pertenecía como es la judía. Es por ello que pretendemos abordar en estas páginas el estudio de este monarca fenicio dado que el mismo, según una tradición que nos han transmitido las fuentes literarias, habría supuesto un cambio trascendental en la configuración de la metrópolis oriental, tanto en su vertiente interna como en lo concerniente a la política exterior tiria, algo que va irremisiblemente unido al ya citado rey judío, al mismo tiempo que nos obliga a contemplar la realidad histórica de Tiro en la fecha en la que supuestamente habría vivido, el siglo X a. C.

¿QUÉ SABEMOS SOBRE HIRAM I? EL PROBLEMA DE LAS FUENTES.

Hasta el momento es preciso reconocer que las fuentes que nos facilitan algún dato sobre este monarca son sumamente limitadas, cuestión que no ha dejado de llamar la atención de algunos investigadores dado su renombre (González de Canales et alii, 2008: 74). El registro arqueológico guarda un mutismo absoluto en este sentido: no nos ha llegado inscripción alguna que lo cite, como tampoco se ha preservado su sepultura ni nada que haga alusión a su figura, pues aunque la tradición popular atribuía un enterramiento con torre exterior y cámara hipogeica al

lugar de su última morada (Fig. 1) (Rawlinson, 2005: 105), en realidad se trata de una tumba de época persa (Benichou-Safar, 1992: 458-459). Así mismo, un cuenco metálico hallado en la isla de Chipre en el que se alude a una ofrenda realizada por un gobernador de la ciudad de Qarthadast que se define a sí mismo como "servidor de Hiram", corresponde en realidad a Hiram II, quien vivió en la segunda mitad del siglo VIII a. C. y que también vemos mencionado, con el nombre de Hirummu, en inscripciones asirias del reinado de Tiglatpileser III al que pagó tributos (Lipinski, 1992: 218; Belmonte, 2003: 130 y 152; Ruiz, Wagner, 2005: 109).

Fig. 1- Supuesta tumba de Hiram I de Tiro (Fuente: G. Rawlinson).

Ello significa que nuestra información se reduce a las referencias facilitadas por las fuentes escritas, lo que impide la necesaria contrastación entre ambas. Pero incluso así éstas se limitan a las diversas alusiones que hallamos en un ámbito historiográfico muy determinado como es el judío, extremo que, a su vez, impide su confrontación con textos de otras sociedades orientales, en particular la propia fenicia que, como ya hemos dicho y al igual que ocurre en otras circunstancias, no nos ha transmitido referencia escrita alguna. En consecuencia, dichas alusiones se limitan a referencias bíblicas en libros como *Reyes* o *Crónicas* y a los comentarios hechos por Flavio Josefo en el siglo I d. C. en dos de sus obras, *Contra Apión* y *Antigüedades Judaicas*.

Tradicionalmente se ha venido considerando que el relato recogido en la Biblia acerca de la monarquía unificada reflejaba hechos históricos que podían ser aceptados en términos generales (Finkelstein, Silberman, 2009: 139-140). Pero lo cierto es que, a pesar de la encendida defensa que a veces se hace acerca de la fiabilidad de los libros bíblicos (Millard, 2004: 159-161), estos textos, y en particular los que ahora nos interesan, no están exentos de problemas que obligan a cuestionarlos seriamente, máxime si tenemos presente que tampoco aquí contamos con restos arqueológicos que puedan verificar su veracidad, pues hasta la fecha no se ha encontrado un solo hallazgo que nos hable del propio Salomón o que se relacione con el célebre templo de Jerusalén (Laughlin, 2001: 138-142), a pesar de que se haya propuesto que un muro de sillares almohadillados de inspiración fenicia localizado en esta ciudad correspondería a parte de este templo (Laperrousaz, 1973; 360-372; 1982: 225-230), al igual que acontece con las murallas y el palacio que ordenó erigir (Finkelstein, Silberman, 2009: 144-145). Aunque la inscripción hallada en Tell Dan fechada en el siglo IX a. C. en la que se alude a la "Casa de David" y, tal vez, otro epígrafe moabita localizado cerca del Mar Muerto confirmen la existencia histórica de los monarcas de dicha casa real, el testimonio arqueológico disponible no coincide con lo expuesto en el relato bíblico (Finkelstein, Silberman, 2009: 145-146). Además, en el caso de los pasajes bíblicos referidos a este soberano se advierten contradicciones internas, así como aspectos sobre los que podemos dudar seriamente acerca de su autenticidad. Tal acontece con el pretendido matrimonio entre éste y una princesa egipcia, hija de un faraón del que curiosamente se omite el nombre (James, 1993: 188), pues tal hecho resulta ser algo inconcebible si tenemos en cuenta la reticencia de la corte egipcia a desposar sus princesas con reyes de otras monarquía de mayor rango, y no digamos con un monarca de segundo orden como era, desde la óptica egipcia, Salomón por más que las fuentes pretendan situarlos en un mismo plano (Garbini, 2002: 49-51; Liverani, 2003: 257-258). Como se ha indicado no cabe duda que el relato salomónico está escrito con la clara intención de ensalzar y engrandecer la figura de este monarca (Ikeda, 1982: 223), sin que la redacción bíblica refleje fielmente la realidad del siglo X a. C. (Knauff, 1991: 167). Además, no cabe olvidar la marcada finalidad ideológica y religiosa con que la Biblia fue redactada, de tal manera que las figuras de Saúl, David y Salomón se

adaptan a una estructura preestablecida tendente exclusivamente a transmitir este proyecto divino de salvación para el pueblo hebreo (Mitchell, 2002: 5-7).

Pero no acaban aquí las dudas acerca de la veracidad general de la historia salomónica tal y como la conocemos, y que en palabras de G. Garbini (2002: 217) no pasa de ser una historia novelada, ya que, aunque algunos estudiosos del tema consideran que su redacción es contemporánea a los hechos que narra (Minette, 1997: 10), lo cierto es que cada día parece más creíble que la realidad histórica reflejada por los relatos contenidos en *Reyes* no corresponde como decimos con el siglo X a. C., sino que se basan en acontecimientos posteriores, en una fecha aún discutida que si para unos se vincula con el reinado de Josías en el siglo VII a. C. (Finkelstein, Silberman, 2009: 162), para otros habría que situar hacia el 400 a. C. (Garbini (2002: 217-218). Es más, incluso se ha puesto en duda que la fuente primigenia fuesen los anales reales de Salomón, ya que estos registros no se iniciaron hasta el posterior reinado de Jeroboam (Knauf, 1991: 172-175), siendo así que para algunos incluso su redacción reflejaría el reinado de Judá en el siglo VII a. C. durante el mandato de Manases (Finkelstein, Silberman 2007: 133). Tampoco debemos olvidar que la arqueología no parece confirmar la visión de un potente estado con una capital, Jerusalén, que no ofrece en absoluto indicios de esta presumida grandeza, a la par que se duda seriamente acerca de que la arquitectura monumental que hasta no hace mucho se atribuía a esta centuria, en especial las espectaculares puertas amuralladas que protegían algunos asentamientos, lo sean efectivamente (Blázquez, Cabrero, 2004: 36-39), si bien más adelante hablaremos de nuevo sobre este tema.

En cuanto a Flavio Josefo, su fiabilidad vendría dada por la presunción de que el grueso de su información proviene de los propios anales reales tirios, los cuales habrían sido traducidos al griego por Menandro de Éfeso. Así, todo lo dicho contaría con el aval que le otorga el haber sido fielmente anotado en aquellos tiempos pretéritos por los escribas fenicios. Sin embargo, la cuestión parece ser mucho más compleja como ha señalado G. Garbini (1980: 73-78), pues la producción literaria de Josefo plantea igualmente contradicciones internas como es considerar en las *Antigüedades Judaicas* que Menandro fue el traductor al griego de

estos anales, mientras que en *Contra Appión* aparece como un simple compilador. Tan es así que suscita dudas acerca de si realmente Flavio no habría tomado sus informes de algún autor helenístico, según reflejan algunos componentes de su relato como son los acertijos que Salomón e Hiram se enviaban (Rawlinson, 2005: 103-104) y que no aparecen recogidos en la Biblia. En relación con Hiram se ha señalado la falta de fiabilidad que presentan estas fuentes, puesto que si seguimos el escrito bíblico habría reinado 54 años, en tanto Josefo solamente le atribuye una duración de 34 años, e incluso se ha llegado a plantear que no tuvo relación alguna con el rey David (Garbini, 2002: 45-47 y 54). Pero, ¿hasta qué punto podemos considerar válida esta lista real?. Sin entrar a valorar en profundidad el conjunto de reyes tirios conocidos hasta ahora, cuestión que no está en absoluto exenta de problemas en lo referente a su composición y datación, cabe recordar que Josefo cita un total de dieciocho gobernantes que abarcan desde el siglo X al VI a. C. con un vacío en el siglo VII. Así pues, con toda seguridad su relación no es completa ya que a ella se han añadido nuevos monarcas no citados por él, ni los años de reinado que asigna a cada uno son correctos. Además, algunas referencias externas, como son una reducida serie de textos asirios y fenicios junto con una cita de Herodoto (VII, 98), nos permiten valorar lo que decimos, pues ha podido comprobarse que en los casos de Baalmazar II, Luli, Mattan III e Hiram III se producen desajustes notables (Pettinato, 1975: 147-150; Lemaire, 1976: 84-92; 1991: 134-148; Elayi, 2007: 21-25; Garbini, 2002: 45-47 y 64-66; Belmonte, 2003: 122).

En consecuencia, y teniendo presente las dudas y limitaciones que presentan estas fuentes que acabamos de mencionar, los únicos datos que conocemos acerca de Hiram son los contenidos en la lista real aportada por Josefo (*C. App*., I, 119), como son los nombres de su padre, el rey Abibaal, que no debemos confundir con el Abibaal que reinó en Biblos a finales de esta misma centuria (Albright, 1947: 157 y 160; Belmonte, 2003: 129), así como de su sucesor, su hijo Baleazar o Balbacer que gobernó durante diecisiete años y del cual nació el nieto de Hiram, Abdastrato/Abd-Astarté, quien fue asesinado tras llevar nueve años en el poder por los hijos de su nodriza poniendo fin a la dinastía (Belmonte, 2003: 106). Al parecer falleció a la edad de cincuenta y tres años y gobernó durante treinta y cuatro (Josefo, *C. App*., I, 117-118), desde 970/969 a 936 a. C. (Harden, 1985: 52; Fernández, 1995: 101;

Blázquez, 1999: 56, Aubet, 2000: 84; Belmonte, 2002: 105; Prados, 2007: 92), aunque no existe un acuerdo total al respecto, pues también se defiende un período de tiempo comprendido entre los años 980 a 947 (Stieglitz, 2000: 691), 962-929 a. C. (Lipinski, 1992: 218; Elayi, 2007: 32) o entre el 959 y 926 a. C. (Mederos, 2007: 130). En cualquier caso su acceso al trono habría tenido lugar cuando contaba diecinueve años. Fue gracias a su iniciativa, según veremos más adelante, como se estableció un tratado de amistad con David y su hijo Salomón, construyendo para este último su célebre templo en una fecha que varía según la obra de Josefo que consultemos, puesto que si en *Ant. Jud.* (VIII, 62) indica que lo hizo cuando Hiram llevaba reinando once años, en *C. App*. (I, 126) lo eleva hasta los doce.

LA POLÍTICA INTERNA DE HIRAM I.

Hemos de confesar que las fuentes nos hablan menos de la política interna emprendida por Hiram que sobre sus empresas externas, siendo una vez más Flavio Josefo (*C. App*., I, 114), quien nos informa de una activa política constructiva desarrollada tendente a modificar el aspecto de la ciudad insular, ya que nada se indica al respecto en los textos bíblicos. Según este autor la antigua isla estaba dividida en dos partes, una mayor al norte y otra de menores dimensiones al sur, de manera que Hiram I habría unido estas dos zonas hasta conformar un único emplazamiento que, en opinión de P. M. Bikai (1987: 72) y A. Ciasca (1997: 179), no superaría el kilómetro cuadrado de extensión aun cuando para M. E. Aubet (2000: 84) alcanzaría los 160.000 m², labor para la que se hizo necesario el drenaje de la zona así como el traslado de material de relleno desde tierra a la isla, creando un espacio que debió estar destinado a un uso público (plaza, mercado...). Como resultado de este deseo de remodelación urbanística, habría procedido también a la reconstrucción de varios templos dedicados a Melqart y Astarté, erigidos sobre cimientos de otros más antiguos.

Así mismo, habría comenzado a ejecutar una serie de obras de ingeniería, como cisternas para el almacenamiento de agua que antes que él se llevaba en barcas desde la costa (Aubet, 1987a: 32), así como uno de los dos puertos con que contaba la ciudad, en concreto el más septentrional o sidonio, que para algunos estudiosos no

era sino una ensenada formada al unir las dos islas, si bien los posteriores niveles romanos y bizantinos arrasaron los correspondientes a este período por lo que nada queda de ellos (Bikai, Bikai, 1987: 75; Carayon, 2008: 295), en tanto otras obras acometidas afectaron al propio palacio real.

Otra destacada novedad atribuida por Josefo (*C. App*., I, 118-119; *A. Jud*., VIII, 145-146) a este monarca es la reordenación de algunos cultos religiosos. En este sentido cabe destacar el culto al dios Melqart, deidad que representaba a la propia ciudad de Tiro como su propio nombre "rey de la ciudad" indica (Lipinski, 19955: 227), circunstancia que en opinión de algunos autores (Xella: 2003: 27-28) podría avalar su papel como sumo sacerdote según se ha puesto de manifiesto para otros reyes fenicios. Así, se habría instaurado la celebración anual de su muerte y resurrección que se celebraba durante el mes griego de *Peritios*, mes que para algunos autores se situaría entre los meses de febrero a marzo (Dussaud, 1946: 207), en tanto otros lo sitúan hacia enero/febrero (Lipinski, 1995. 233; Stieglitz, 2000: 691), y donde algunas voces han mostrado los paralelismos creados por historiadores helenísticos entre este rey y la reforma del culto a Yaveh que hizo Salomón (Lipinski, 1995: 233-234; 1992: 218). En realidad todo parece sugerir que Hiram convirtió el culto de este dios en un elemento aglutinador del ideal monárquico, de tal forma que venía a simbolizar una imagen idealizada de su propia figura (Sanmartín, 1999: 20) con lo que al mismo tiempo que afianzaba su poder disponía de un importante instrumento de cohesión social (Houtart, 1989: 111-112 y 224-225). Además, como se ha puesto de manifiesto (López, 1997: 56-57), este fallecimiento ritual en el fuego que simboliza el triunfo sobre la muerte no es otra cosa sino un rito de carácter agrícola, también presente en el ámbito griego como vemos en el mito de Démeter, tendente a asegurar la fertilidad y la prosperidad de la tierra, sin olvidar la fuerte vinculación que este dios tiene con la navegación y la gran trascendencia que tendrá en los cultos llevados a cabo en las diversas colonias repartidas por el Mediterráneo.

En íntima relación con este hecho cabe citar también la reforma del calendario. Aunque desconocemos muchos aspectos del mismo queda claro que el calendario fenicio tiene carácter lunar, siendo muy parecido, si no el mismo, que

utilizaban los hebreos (Stieglitz, 2000: 691), si bien aún se discute si debe relacionarse con otros de la antigua Mesopotamia, en los que a los doce meses con que contaba el año lunar debía sumarse otro más para suplir su desfase con el solar, o bien se aproximaba al calendario egipcio que no incluía este décimo tercer mes (Whitrow, 1990: 44 y 50), como se ha sugerido recientemente (Stieglitz, 2000: 694). Por desgracia la documentación disponible sobre la configuración del calendario antes de Hiram es tan exigua que no nos permite vislumbrar en qué consistió su reforma, si bien fue considerada de tal calibre que dejó asentado el posterior sistema de medición del tiempo que emplearon los fenicios durante todo el I milenio a. C. (Stieglitz, 2000: 694).

Por desgracia son muy pocos los restos arqueológicos exhumados en Tiro que podemos situar en esta centuria, dada la escasez de trabajos arqueológicos llevados a cabo en este enclave, período al que corresponden los estratos XII-XI del sondeo emprendido por P. M. Bikai (1978: 66-67), y en los que se advierte la construcción de un nuevo edificio, siendo posible citar la aparición de adornos en marfil, fusayolas, señal de la existencia de actividades textiles, así como algunas cerámicas helenas que se fechan en el siglo X a. C. tales como platos, cráteras áticas y escifos euboicos, siendo notorio que algunos ejemplares protogeométricos tienen claros paralelos en Lefkandi (Crielaard, 1993: 146), sin que olvidemos la publicación de alguna estela funeraria que puede fecharse en esta centuria (Sader, 2005: 42-43).

LA POLÍTICA EXTERIOR.

Los pilares básicos de la misma parecen haber sido la expansión territorial hacia el continente junto a la activación de la economía, en especial el comercio y muy posiblemente la agricultura, sin olvidar los lazos políticos y diplomáticos que le unieron con los reyes de Israel, aspectos sobre los que nos detendremos a continuación, teniendo presente que, como se ha señalado (Aubet, 1987b: 42; Fernández, 1994: 101), en esta centuria se produjeron una serie de factores que facilitaron el auge de Tiro, como fueron el progresivo debilitamiento de la influencia egipcia en la zona, algo que afectó al protagonismo que hasta entonces había

disfrutado la vecina Biblos, el fin del control filisteo en esos territorios y la carencia de expansionismo en la política asiria del momento.

Una faceta a destacar es la política exterior emprendida con el reino unificado de Israel a costa de territorios filisteos, lo que se llevó a cabo a través de un tratado que Hiram firmó primero con David, para quien habría construido un palacio (II, *Sal.*, 5), aun cuando estas relaciones han sido consideradas como altamente improbables (Garbini, 2002: 45 y 54), y más tarde con Salomón (I, *Rey*., 5), siendo en ambos casos el rey fenicio el que aparece como quien da el primer paso tomando toda la iniciativa. En íntima relación con este hecho juega un gran papel la construcción de dos edificaciones que representan a sendas instituciones vitales en el ámbito semita, como son, de un lado, el palacio y, de otro, el templo. En efecto, Salomón se hace edificar un palacio que aparece denominado como "Bosque de Líbano", con tronos de marfil que nos recuerdan vivamente los elaborados por artesanos fenicios donde los querubines de los que nos habla la Biblia (I, *Rey*., 10), no son otra cosa que las esfinges que vemos en los tronos de Astarté que conocemos (Delcor, 1983: 786-787), en tanto el templo judío es levantado siguiendo los cánones fenicios (Harden, 1985: 82-84; Moore, 2004: 221; Bourbon, Lavagno, 2006: 32-33). Como es bien sabido el monarca fenicio aportaba mano de obra especializada, arquitectos, canteros, carpinteros, metalúrgicos, etc., así como los materiales necesarios para la construcción del palacio y el templo que Salomón deseaba, sobre todo la madera que se ha sugerido era transportada hasta Tell Qasile en la desembocadura del río Yarkón cerca de Jaffa (Dothan, Dothan, 2002: 106), o lo que equivale a decir que Tiro facilitaba tecnología y productos manufacturados (Frankestein, 1979: 267), a cambio de importantes cantidades de productos agrícolas -trigo y aceite- (Aubet, 2000: 87). Según recoge el relato bíblico (I, *Rey.*, 5), los trabajadores aportados por Salomón estaban a las órdenes de un tal Adorinam, nombre claramente fenicio, resaltando la figura del maestro Hiram que labró los abundantes elementos metálicos que en el templo existían (Fig. 2), todo lo cual no hace sino evidenciar la notable influencia fenicia, tiria por más señas, en las técnicas constructivas y la ornamentación de este templo, hasta el extremo de que se ha llegado a afirmar que su aspecto externo e interno sería el de un genuino templo fenicio (Moscati, 1993: 39-40).

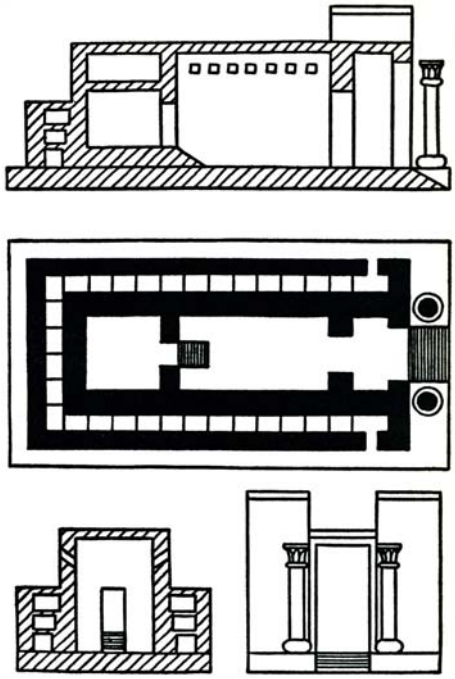


Fig. 2- Planta y alzado del templo de Salomón (Fuente: D. Harden).

Hemos dicho que Tiro se expandió territorialmente y en esta ocasión el registro arqueológico sí tiene algo que decir. En efecto, las recientes excavaciones arqueológicas emprendidas en la zona han puesto de manifiesto cómo durante la segunda mitad del siglo XI a. C. Tiro emprendió una política expansiva en la que su ejército debió jugar un papel importante por cuanto se han documentado niveles de destrucción en yacimientos como Akko o Dor, antes ocupados por los Pueblos del Mar (Bauer, 1998: 155-157). Así pues, hemos de admitir que ya antes del reinado de Hiram Tiro se había expandido hacia el sur de manera que controlaba las fértiles llanuras de Akko y la región del Monte Carmelo (Aubet, 2000: 81-83; Sader, 2000: 241), vitales desde el punto de vista agrícola.

Según el relato bíblico (I, *Rey*., 9) Salomón ofreció al monarca tirio veinte ciudades en tierra de Galilea que este último rechazó al no ser de su agrado. Aunque el texto plantea cierta confusión, señala que Hiram las llamó tierras de Cabul en Galilea, pero acto seguido indica que pagó ciento veinte talentos de oro por ellas. En consecuencia, el texto sugiere que Tiro consiguió este territorio mediante el pago de una suma. Josefo (*C. App*., I, 110), se limita a indicar que Salomón regaló un territorio galileo llamado Cabul o Carbulón. Se ha planteado que David habría

conquistado dichos territorios a comienzos del siglo X a. C., lo que explicaría que estuvieran en manos de Salomón (Aubet, 2000: 88), aun cuando lo cierto es que las primeras tumbas fenicias documentadas en Achziv tras los enterramientos filisteos se remontan al siglo X a. C. cuando se construyen una serie de hipogeos y sin que en ellos veamos influjos hebreos (Mazar, 2001: 157-159). Como se ha mostrado (Lipinski, 1991: 160-166) estas tierras de Cabul, que según el texto bíblico corresponden a los seis distritos que conforman el territorio de la tribu de Asher en Galilea, se adscriben en realidad a una zona ocupada por Tiro, de forma que estos territorios habrían sido parte del área de influencia tiria que continuó bajo su órbita, como evidenciaría el hecho de que en Horbat Menorin se hayan excavado varias tumbas pertenecientes a una aldea rural que cultivaría las ricas tierras del valle de Yavne, y cuyos ajuares funerarios estaban integrados por cerámicas genuinamente fenicias que han sido datadas entre los siglos X y IX a. C. (Braun, 2001: 174-180).

Suele admitirse, de acuerdo con lo expuesto por Josefo (*C. App*., I, 18; *A. Jud*., VIII, 5, 3), quien a su vez lo toma de Menandro, que durante los primeros años de su reinado Hiram llevó a cabo una acción punitiva contra los *kitium* al negarse éstos a pagar un tributo. Pero incluso admitiendo la veracidad del suceso los investigadores no se han puesto de acuerdo sobre el lugar al que el rey envió sus tropas. Según J. B. Tsirkin (1990: 37) esta ciudad no sería otra sino Útica. Ahora bien, ello obligaría a aceptar sin más que Útica fue fundada a fines del II milenio a. C. con todas las implicaciones que ello conlleva de cara al conocido debate sobre la precolonización, sin olvidar que al día de hoy los restos más antiguos hallados en algunas tumbas de la necrópolis de dicho enclave no van más allá del siglo VII a. C. (Picard, 1995: 295).

Otros autores (Bikai, 1978: 74; Blázquez, 1999: 74; Belmonte, 2002: 106; Prados, 2007: 94; Carayon, 2008: 59), optan en cambio por una ubicación más cercana a Fenicia desde el punto de vista geográfico, de tal forma que señalan a Kitión como el origen del conflicto. Por desgracia esta hipótesis tampoco está exenta de problemas, ya que para aceptar tal hecho sería preciso admitir que Tiro dominaba este territorio con antelación al reinado de Hiram I, para lo que se ha sugerido que su padre Abibaal podría haber fundado una colonia en la isla (Bikai, 1987: 74; Negbi,

1992: 606), aun cuando no parece factible si tenemos en cuenta que el registro arqueológico chipriota del siglo XI C. nos informa de la existencia de una serie de contactos comerciales pero no de la instalación de semitas allí (Karageorghis, 2005: 32-34), todo ello sin olvidar que en el yacimiento de Kition nada hay que permita situar el establecimiento de colonos fenicios con anterioridad a las últimas décadas del siglo IX a. C. (Fernández, 1994: 290; Karageorghis, 1997: 188; 2004: 144-147).

Por último, otra postura es la defendida por E. Lipinski (1991: 221; 1992: 218), L. A. Ruiz y C. Wagner (2005: 108-110), para quienes la revuelta habría tenido lugar en un área mucho más cercana aún desde el punto de vista geográfico, ya que se trataría de la ciudad de Akko, cuya fértil llanura agrícola habría tenido un gran interés estratégico para Tiro dada la tradicional carencia en este sentido, extremo que llegaba a ocasionarles cierta dependencia del exterior (Wagner, Alvar, 1989: 73), si bien esta hipótesis no explicaría la clara vinculación que el término *kitium* tiene con la isla de Chipre.

Así pues, y a tenor de lo expuesto, cabe advertir que no existe unanimidad acerca de dónde tuvo lugar este hecho al no solventar las diversas objeciones que pueden hacerse. En este sentido no deja de ser interesante constatar que esta supuesta acción bélica no aparece citada en la Biblia, por lo que parece ser una aportación de Menandro, lo que tiene una gran trascendencia por cuanto supone de posible creación tardía. Ello nos lleva a plantearnos una cuestión, y ésta no es otra que interrogarnos acerca de si el monarca que tuvo que hacer frente a esta revuelta fue Hiram I o, por el contrario, debemos tener en consideración otro Hiram, el segundo, que sabemos, como vimos anteriormente, gobernaba sobre Kition en el siglo VIII a. C., lo que cuadraría mejor con una presencia de asentamientos fenicios en la zona que antes no encontramos. De ser así sería forzoso reconocer la existencia de distintos períodos en el relato que se nos ha transmitido.

Otro factor íntimamente unido al anterior sería el comercio, siendo ahora cuando se ha sugerido que se desarrollaron los contactos con varias islas como son Eubea, Creta y Chipre (Fig. 3), lugares en los que se han detectado importaciones semitas de esta fecha (Sherrat, 1993: 366; Aubet, 2000: 86) en un contexto en el que

se ha sugerido que dichos objetos podrían haber cumplido el papel de regalos lujosos y exóticos destinados a las aristocracias locales, quienes verían en ellos auténticos bienes de prestigio como símbolo de su estatus y poder frente al resto de sus comunidades (Crielaard, 1993: 140-144; Fernández, 1994: 101-102 y 215-218). Así, deteniéndonos en el primero de los lugares mencionados cabe recordar el descubrimiento de cerámicas fenicias en los cementerios que rodean Lefkandi y que pueden aparecer acompañadas de cerámicas chipriotas (Coldstream, 1982: 265; Negbi, 1992: 606-607), e incluso la notable presencia de objetos cerámicos y broncíneos de ascendencia chipriota junto con cerámicas y joyas fenicias en una tumba real de esta necrópolis podría sugerir la existencia de relaciones diplomáticas entre las casas reales tirias y eubeas (Aubet, 2000: 85-86). Todo ello sin que dejemos de lado algún jarro de bronce vinculado con el servicio aristocrático para el consumo de vino, localizado en una de esas tumbas, que parece tener un origen oriental y no egipcio como hasta ahora se había pensado (Carter, 1998: 173 y 177).

Fig. 3- Ánfora fenicia del siglo XI a. C. hallada en Chipre (Fuente: V. Karageorghis).

Ya hablando del caso cretense cabe recordar la presencia de hallazgos realizados en puntos como Cnossos o Kommos, donde han aparecido materiales fenicios tales como vasos cerámicos y algún cuenco metálico proveniente de Tekke que ha sido datado en la segunda mitad del siglo X a. C., y que ofrece una inscripción en alfabeto semita, localizándose, nuevamente, junto a elementos de origen chipriota, en esta ocasión óbelos de bronce, a la par que se ha sugerido la presencia de algún orfebre fenicio enterrado en esta misma necrópolis (Negbi, 1992:

607-608; Kourou, 2000: 1068 y 1070), e inclusive los fenicios utilizaron como santuario el denominado templo A de Kommos edificado sobre las ruinas de un templo minoico y en el que se han distinguido dos fases constructivas, el cual fue reemplazado a finales del siglo IX a. C. por otra edificación, el templo B, donde se adoraban divinidades semitas. Aun cuando en un primer momento esta temprana presencia confirmada por la aparición de cerámicas fenicias sobre el suelo de la fase más antigua, se fechó a finales de esta centuria (Shaw, 1989: 165 y 168), más tarde se elevó hasta finales del siglo XI a. C. (Shaw, 1998: 4-6).

Finalmente, y refiriéndonos a la isla de Chipre es preciso indicar que los primeros contactos se restablecen ya en el siglo XI a. C., tal y como evidencian las cerámicas chipriotas descubiertas en el nivel XIII de Tiro (Bikai, 1978: 74-75; Aubet, 1987b: 42; Artzy, 2006: 93), así como los materiales semitas localizados en diversas necrópolis chipriotas como pueden ser Salamis, Gastria y Palaepaphos (Karageorghis, 2004: 132; 2005: 32), enclave este último que ha facilitado tan alta concentración de importaciones fenicias que se ha pensado pudo acoger alguna instalación comercial aún no descubierta (Aubet, 2000: 80-81). Muy importante parece haber sido en el siglo X a. C. el centro de Amathus donde, además de encontrarse productos levantinos, se ha sugerido que pudo ser un punto de contacto entre fenicios y eubeos, sin olvidar el fuerte influjo oriental que se percibe en la cerámica conocida como Negro sobre Rojo que se elabora en Chipre a partir de esta centuria (Karageorghis, 2004: 143; 2005: 34).

Muy importante resultó también la colaboración establecida con el reino de Salomón para comercializar oro, plata, marfil, madera de sándalo y piedras preciosas con Ofir en el Mar Rojo (I, *Rey*., 10), habiéndose localizado en Tell Qasile una inscripción fechada hacia el 700 a. C. en la que se alude a “30 siclos de oro de Ofir para el templo de Horon” (Garbini, 1988: 242; Dothan, Dothan, 2002: 106), si bien para algunos autores este hecho reflejaría una realidad próxima al siglo VII a. C. de manera que no habrían tenido lugar al menos tal y como narra el relato bíblico. Así, se ha apuntado que la actividad extractiva de las minas del valle de Tinna debe situarse en épocas alejadas del siglo X a. C. (Finkelstein, Silberman, 2007: 145-146 y 161), y análisis de Carbono 14 confirman que estas minas fueron explotadas a lo

largo de esta centuria (Bimson, 1981: 130-140). Este asunto va indisolublemente unido al discutido tema de las naves de Tarsis que hacían dicho trayecto una vez cada tres años, y sobre las que aún se discute si deben vincularse con algún punto situado al sur de Anatolia (Garbini, 1980: 96-102; Finkelstein, Silberman, 2007: 152), el Próximo Oriente (Täckholm, 1969: 89; Aubet, 1987: 37) o con Tartessos en el lejano occidente (Alvar, 1982: 215-220; Koch, 2003: 201-214), por más que esta última relación no surja hasta bien entrado el siglo XVI (González Blanco, 1977: 234-138), por lo que parece más factible pensar en algún punto de la Península Arábiga o sus inmediaciones. Sea como fuere queda claro que es Hiram el principal artífice de estas expediciones al ser los tirios quienes construyen estas naves, en unas expediciones que, aun cuando se ha sugerido que podían haber llegado hasta la India (Smith, 1995: 7-8), parece que iban dirigidas a acabar con el monopolio de que gozaban los egipcios en la zona para acceder al oro desde Ezion-Geger, localizado en el yacimiento de Tell el-Kheleifhe, cerca del actual golfo de Aqaba (Aubet, 2000: 87-88) y en las que algunos autores reivindican el papel que también pudieron jugar los filisteos quienes a fines del siglo X a. C. ya habían sido asimilados por los fenicios (Garbini, 1988: 240 y 242).

Por otro lado, recientes intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en la ciudad de Huelva han sacado a la luz una serie de materiales fenicios, griegos, chipriotas, indígenas, sardos, etc., que han sido considerados como un reflejo de unos contactos mantenidos ya en época de Abibaal que habrían tenido continuidad en tiempos de Hiram I y de su hijo. Para ello se toman en consideración las elevadas cronologías obtenidas de muestras analizadas mediante el Carbono 14 que abarcarían desde finales del siglo XI al IX a. C. (Mederos, 2006: 180-182), a lo que se une la reciente sugerencia de que las espadas tipo Huelva habrían sido comercializadas por semitas (Mederos, 2008: 10-11). Ahora bien, aún siendo realmente sugerente este hallazgo onubense, creemos necesario ser prudentes puesto que, como se ha indicado (González et alii, 2004: 197-199; González et alii, 2008: 63), estas fechas parecen más seguras si las situamos entre las últimas décadas del siglo X o preferentemente a inicios del IX a. C., en todo caso cuando, según la cronología tradicionalmente admitida, Hiram ya había fallecido.

¿HIRAM O SALOMÓN?

A tenor de lo expuesto es imposible dejar que constatar que los paralelismos entre Hiram y Salomón son realmente extraordinarios. Así, si el primero reorganiza y canoniza el culto de Melqart, el dios estatal de Tiro, Salomón hace lo propio con el culto a Yavhé. Si destaca como rey piadoso por la construcción de templos, el segundo no se queda atrás con el de Jerusalén. Si Hiram se nos muestra como un favorecedor del comercio, Salomón actúa de idéntica forma, e incluso trafican juntos con Ofir merced a las naves de Tarsis, e igualmente si el rey fenicio lleva a cabo una activa política de expansión territorial, el monarca hebreo emprende campañas militares que acrecientan su reino. En suma, puede verse con claridad que las figuras de ambos reyes aparecen tan entremezcladas que resulta casi imposible discernir si la imagen salomónica ha sido tomada de Hiram o viceversa.

En este sentido es primordial tener presente que las fuentes literarias judías tienden a engrandecer a toda costa la imagen no sólo de Salomón, sino de la Casa de David en general, pues parece claro que Ashdod, por ejemplo, no fue destruida por este último, sino por los egipcios hacia el 970 a. C. (Dothan, Dothan, 2002: 216-217), sin que sea posible dejar de constatar que Gezer, la ciudad que le habría entregado el faraón a Salomón como dote por la boda de su hija, muestra en sus niveles excavados trazas de una ocupación filistea pero en ningún caso hebrea como cabría esperar (Roos, 1967: 70). Su extraordinaria sabiduría, la fuerza de su ejército, el matrimonio con una princesa egipcia, la visita de la reina de Saba, las riquezas que obtenía gracias al comercio, etc., señalan inequívocamente en esa dirección. Tan es así que inclusive se pasa por alto que, en sus últimos años, Salomón llegase a adorar a la diosa Astarté (I, *Rey*., 11), hecho que, de tratarse de otro monarca, con toda seguridad lo habría convertido en un impío a ojos de su pueblo y, sobre todo, de los profetas.

Todo ello va unido a una nueva lectura de la figura de Salomón y su reinado tal y como nos ha llegado. Según esta revisión historiográfica los datos históricos que la Biblia ofrece corresponden no al siglo X a. C., sino a la época de Josías en el siglo VII a. C. El gran reino de Salomón jamás habría existido ya que por esas

fechas la sociedad hebrea tenía poca población, era fundamentalmente ganadera y carecía de grandes centros urbanos (Finkelstein, Silberman, 2009: 148-150). Salomón no fue el gran monarca de un reino fuertemente centralizado con capital en Jerusalén, ya que esta ciudad no fue un centro de poder estatal importante hasta finales del siglo VIII a. C., siendo así que ha llegado a considerarse que este emplazamiento no llegó a alcanzar en esta centuria más allá que el estatus de aldea por ende escasamente poblada (Finkelstein, Piasetzky, 2003: 772; Finkelstein; Silberman, 2007: 57 y 73-74), lo que no es obstáculo para que algunos autores consideren que cumplía un papel de centro administrativo con importantes edificaciones (González et alii, 2008: 74), a pesar de que se ha mostrado cómo hasta el siglo VIII a. C. no pudo existir una tradición de escribas (Finkelstein; Silberman, 2007: 73-74). Así mismo, tampoco es seguro que construyera su famoso templo, sino que, a lo sumo, lo habría reconstruido (Knauff, 1991: 172, 175 y 183). En realidad todo parece sugerir que la situación política de Salomón era mucho más débil que la de su predecesor, siendo inclusive bastante plausible que fuese atacado por el faraón egipcio Sheshonq (Garbini, 2002: 52).

Además, es necesario tener en consideración la creciente falta de sustento arqueológico que amenaza esta visión "gloriosa" del reinado salomónico, ya que tradicionalmente se había considerado la existencia de una serie de construcciones monumentales (Prados, 2007: 93) (Fig. 4) que debían fecharse en este período como acontece, por ejemplo, con las murallas y puertas de acceso conocidas como de "seis cámaras" erigidas en yacimientos como Tell Dor, Gezer o Meggido (Laughin, 2001: 138-139), así como las estructuras palaciegas descubiertas en este último enclave, sin que olvidemos las pretendidas caballerizas reales (Fig. 5) de este lugar que también habrían sido construidas por este monarca (Finkelstein, Silberman, 2009: 153-159 y 371). Sin embargo, recientes estudios han puesto de manifiesto cómo tanto las estructuras palaciales como las pretendidas caballerizas pertenecen en realidad al reinado de Ajab en el siglo IX a. C o a un poco más tarde, pero en todo caso nunca en la fecha que se supone reinó Salomón (Finkelstein, Silberman, 2007: 141-142), a la par que una serie de dataciones obtenidas a partir de análisis de Carbono 14 realizadas a muestras obtenidas en yacimientos como Tell Dor, Gezer, Meggido, Tell Hadar, Tell Rehov, Tell Kinneret y Ein Hagit vienen a poner en tela

de juicio dicha aseveración por cuanto muestran que estos niveles considerados como vinculables con el reinado salomónico son en realidad más recientes puesto que deben fecharse en el siglo IX a. C. (Gilboa, Sharon, 2001: 1345-1348; Finkelstein, Piasetzky, 2003: 773-777; Finkelstein, Silberman, 2009: 159-160), por lo que no reflejarían el poder de este monarca, habiéndose planteado, además, que no todas son contemporáneas a la par que evidencian la influencia de las técnicas constructivas fenicias (Joffe, 2002: 442).

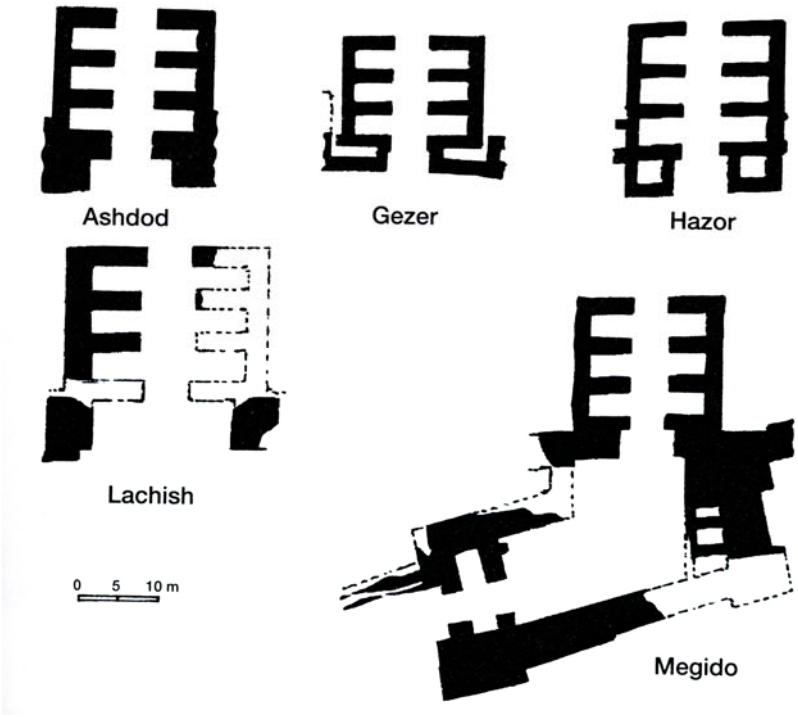


Fig. 4- Plantas de puertas "salomónicas" (Fuente: J. C. H. Laughin).

Todo ello sin olvidar que recientes investigaciones tienden a cuestionar no pocos de los aspectos que adornan el relato salomónico, de tal forma que el voluminoso número de carros y caballos que se le atribuyen parece a todas luces exagerado (Finkelstein, Silberman, 2007: 142-143) y, a lo sumo, avalarían unos contactos comerciales con Egipto y Cilicia para obtener unos bienes de prestigio que, por otra parte, eran comunes a todas las casas reales de la época (Ikeda, 1982: 221-225), a la par que su riqueza en cobre sólo demostraría su dependencia de Egipto y no de Fenicia (Knauff, 1991: 186). Sin embargo, pensamos que esta última circunstancia, es decir, la no inclusión del reino salomónico dentro de la órbita de Tiro, no resultaría del todo acertada si tenemos en consideración varios hechos, como serían la dificultad que existe a la hora de aceptar el matrimonio de Salomón

con una princesa egipcia, su entrega a Hiram de las tierras de Cabul, la asunción del culto a Astarté, el papel de éste en la construcción del templo y el palacio judíos, así como, sobre todo, el intento de romper el monopolio egipcio en el acceso a las zonas productoras de oro en íntima unión con el rey tirio. En este sentido conviene recordar que la versión griega realizada para los judíos de Alejandría en época helenística, conocida como Los Setenta, señala que Salomón era vasallo de Hiram (Knauff, 1991: 168, nota 2), lo que denotaría una dependencia de la casa real israelita respecto a la fenicia (Ruiz, Wagner, 2005: 111).

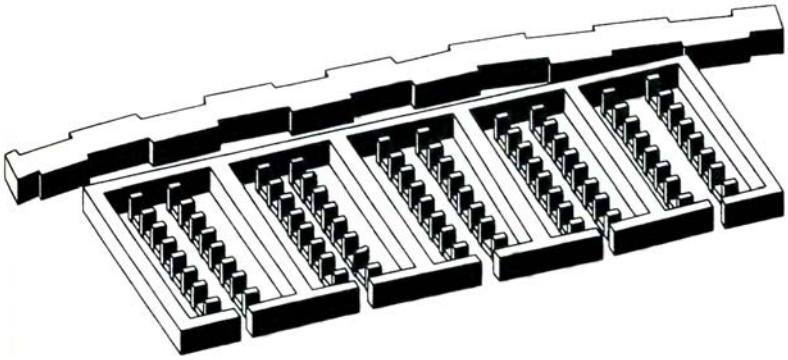


Fig. 5- Edificación interpretada como las caballerizas reales construidas por Salomón en Meggido (Fuente: I. Finkelstein, N. A. Silberman).

Ante dicha tesitura la cuestión que ahora nos atañe no puede ser otra que preguntarnos si estas dudas acerca de la visión bíblica del reinado de Salomón pueden llegar a afectar la imagen que estos textos nos han legado de Hiram. En otras palabras, si la imagen de Salomón fue acrecentada de forma consciente hasta llegar a convertirlo en un perfecto prototipo de rey constructor, emprendedor en el comercio y reformador de cultos ancestrales, ¿hasta qué punto esta imagen de Salomón no es en el fondo otra cosa que la imagen del propio Hiram I? Incluso se ha llegado a afirmar que las discrepancias que vimos en las obras de Flavio Josefo sobre la fecha de construcción del templo de Jerusalén no se deben a ningún error de escribas, sino que en realidad vendrían a representar las fechas del reinado de Hiram en las que éste reconstruyó los templos de Melqart y Astarté, lo cual habría hecho con un año de diferencia (Katzenstein, 1965: 116-117). El gran protagonismo de Salomón y su reinado parecen haber estado en un segundo plano y en íntima dependencia de Tiro. Son demasiados los paralelismos que las fuentes ofrecen entre ambos, fuentes encaminadas a engrandecer la imagen del rey judío. Por ello no sería extraño, a

nuestro juicio, que en el momento de la redacción de estos textos, muy alejado temporalmente de los hechos que narran, se tomaran datos entremezclados de una época ya confusa con los que conformar una visión fortalecida de su reinado tras el cual, conviene no olvidarlo, el incipiente estado unificado se dividió en dos partes (James, 1993: 195; Laughlin, 2001: 142). Pensamos que la imagen salomónica, cada día más difusa respecto a la visión tradicional que de este monarca se tiene, enmascara en realidad rasgos que caracterizan a Hiram I e incluso a Hiram II.

Tras comprobar cómo la historia que conocemos de Salomón no refleja un episodio histórico perteneciente al siglo X a. C., sino hechos y circunstancias de diversas etapas, y sin que exista un mínimo registro arqueológico capaz de sustentarlo, en el caso de Hiram nos encontramos ante una situación similar aunque, bien es cierto, esta vez sí existen al menos algunos indicios procedentes de excavaciones que parecen avalar un cierto auge de Tiro por estas fechas. Por ello nos preguntamos si la imagen transmitida de este rey fenicio, tan similar a la de Salomón, puede también reflejar distintos episodios pertenecientes a diferentes etapas temporales, de tal forma que, sobre una base real que nos remontaría al siglo X a. C. y que nos habla de la expansión territorial tiria y la reactivación del comercio hacia el Mediterráneo oriental, se solaparían otros como la posible mención a monarcas posteriores, a tal vez alguna revuelta en Chipre, así como al notable desarrollo del comercio fenicio. Incluso se ha sugerido que el léxico empleado en los tratados establecidos entre la casa real tiria y la hebrea muestra notables paralelismos con los términos que se documentan en los tratados suscritos entre los reyes fenicios y los monarcas egipcios descubiertos en Tell el-Amarna y que, como es bien sabido, podemos situar en el siglo XIV a. C. (Moore, 2004: 213-221), lo que vendría a suponer un fuerte conservadurismo, explicable tal vez por ser éste un ámbito estatal, pero que, en todo caso, y además de hablarnos de elementos anteriores al I milenio a. C., supondría que estos tratados se insertan en los parámetros fenicios de relaciones entre estados, pues ninguna misiva hebrea de este carácter ha sido hallada en Amarna (Belmonte, 2002: 100-102; Izre'el, 1995: 104-109).

Es preciso tener en cuenta que, a pesar de que algunos autores defienden que Tiro fue destruida por la llegada de los conocidos como Pueblos del Mar (Prados, 2007: 77), en la actualidad parece que no se vio afectada por las destrucciones que provocaron estas poblaciones, unos ataques que hoy en día, todo hay que decirlo, tienden a valorarse desde una óptica mucho menos destructiva que antaño, aun cuando en el ámbito semita que ahora nos interesa supuso el fin del reino de Ugarit y el saqueo de Sidón (Mederos, 2007: 127-130). Lo cierto es que ya en el siglo XI a. C. Tiro había extendido su influencia sobre territorios situados al sur como la llanura de Akko, a la par que había reanudado los contactos con la isla de Chipre, de manera que se ha apuntado que fue justamente Tiro la que comenzó a ejercer una hegemonía en el comercio con la isla (Aubet, 2000: 81). En este sentido el reinado de Hiram parece suponer una importante etapa de expansión en todos los sentidos para esta ciudad e incluso para el mundo fenicio en general, siendo él quien toma la iniciativa de cara a estrechar lazos con David y su sucesor Salomón. Gracias a estas alianzas Tiro consiguió controlar las principales rutas comerciales de la región (Aubet, 1987: 36), sentándose durante su reinado las bases que permitieron la posterior expansión tiria del siglo IX a. C., realizando una serie de navegaciones en un comercio a una distancia geográfica considerable como era el Mar Rojo y el Egeo (Sherratt, 1993: 364) algo que, sin duda, hubo de ser una buena fuente de conocimientos náuticos y comerciales de cara a la ulterior colonización del Mediterráneo. Ello no significa que el reino salomónico no conociera una etapa de apogeo, pues su colaboración parece esencial de cara a facilitar el creciente influjo fenicio hacia el sur (Frankestein, 1979: 267-268), si bien creemos que todo parece indicar que lo hizo a la sombra del creciente poderío de Hiram. En este sentido conviene recordar que las relaciones entre las ciudades fenicias, especialmente Tiro y Sidón, con la zona de Galilea han sido calificadas como de carácter netamente colonial (Rappaport, 1992: 261-265),

A tenor de lo expuesto parece que Hiram fue el responsable del inicio de la expansión colonial fenicia, tiria por más señas, cuya economía muestra así signos de recuperación tras la crisis que afectó al Mediterráneo oriental en el siglo XII a. C. (Sherrat, 1993: 364-365), lo que le llevaría a convertirse en cabeza del principal estado de la costa levantina y que sería continuada por sus descendientes hacia el Mediterráneo occidental al contar estas empresas con un decidido apoyo del estado

encabezado por la figura del monarca (Bunnes, 1988: 230-231). A tenor del escaso volumen de material documentado para el siglo X a. C., parece que los contactos establecidos con el Egeo marcan el inicio de un comercio aún a pequeña escala en el que juegan un destacado papel los presentes introductorios (Finley, 1984: 76-82) que probablemente comenzó su padre Abibaal al establecer contactos con Chipre y, quizás, también Creta siempre que se acepte la datación más elevada para el santuario A de Kommos. Gracias a una hábil política expansionista que supone la anexión del territorio de Cabul y a los contactos con Salomón, el reino tirio se aseguraba el tan necesario suministro alimenticio, en tanto el comercio con Ofir le facilitaba oro, plata y piedras preciosas, así como elementos exóticos y suntuosos como marfiles, maderas, animales, etc., y Chipre facilitaría el cobre que tanta celebridad ha proporcionado a esta isla a lo largo de su historia (Artzy, 2006: 20), siendo bastante posible que Eubea proporcionara plata obtenida del continente europeo (Coldstream, 1982: 265-266).

CONCLUSIONES.

La figura de Hiram I de Tiro se nos muestra, aun a pesar de la escasa información que tenemos sobre la misma, como un elemento clave para entender el predominio tirio en el proceso colonizador fenicio posterior a su reinado, sentando las bases de su poderío comercial en el Mediterráneo oriental. Es preciso reconocer que nos movemos entre grandes imprecisiones, tanto en lo relativo a su cronología como a las fuentes literarias y su relación con Salomón, pues ciertamente aún no somos capaces de situarlo con precisión en un momento concreto de esta centuria y posiblemente seguirá siendo un asunto espinoso hasta el descubrimiento de algún texto epigráfico que pudiera aparecer en el futuro, lo que tampoco es seguro. Ante estas cuestiones debemos recordar que los textos escritos conservados que nos hablan de Hiram son projudíos en el sentido de que su preocupación no es tanto reflejar fielmente lo acaecido, sino justificar desde el punto de vista ideológico la defensa del pueblo hebreo sin olvidar, incluso, la de su propia posición social en el caso de Josefo.

Aunque su imagen aparece diluida en comparación con la que en las fuentes hebreas se ofrece de Salomón, pues queda claro que su glorioso reino nunca existió realmente y que su imagen fue magnificada, tal vez buena parte de los atributos que le adornan correspondan en verdad al reinado del monarca tirio, si bien también en este caso es preciso ser sumamente cautos por cuanto tampoco conviene olvidar que los datos que tenemos sobre él proceden de las mismas fuentes. Ahora bien, si consideramos la realidad histórica que parecen reflejar los datos arqueológicos obtenidos hasta el momento es preciso reconocer que es Tiro y no el reino unificado de Israel quien se nos muestra como el reino más pujante, tanto en su anexión de territorios limítrofes como en su comercio exterior.

En conclusión cabría afirmar que, aunque la figura de Hiram I de Tiro se nos aparece envuelta en una nebulosa de misterio, parece que fue durante su reinado cuando Tiro comenzó una fase expansiva que no terminaría hasta la consolidación de las colonias fundadas por esta ciudad a lo largo del Mediterráneo, si bien es preciso reconocer la imperiosa necesidad que existe de disponer de nuevos datos que puedan arrojar más luz al respecto, ya que tampoco cabe descartar que en los relatos que nos hablan de él se hayan entremezclado datos de monarcas posteriores como, por ejemplo, Hiram II en relación con la rebelión de los *kitium*.

jamartinruiz@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA.

-ALBRIGHT, W. F., (1947): "The Phoenician Inscriptions of the Tenth Century B. C. from Byblus", *Journal of the American Oriental Society*, 67, 3: 153-160.

-ALVAR, J., (1982): "Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico", *Rivista di Studi Fenici*, XI, 2: 211-230.

-ARTZY, M., (2006): *The jatt metal hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriote context*, Barcelona.

-AUBET SEMMLER, M. E., (1987a): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.

-(1987b): "Los fenicios en Oriente", *Revista de Arqueología*, 79: 36-47.

-(2000): "Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean", *Müntstersche Beiträge zum antiken Handelsgeschichte*, XIX: 70-120.

-BAUER, A. A., (1998): "Cities of the Sea: maritime trade and the origen of Philistine settlement in the Early Iron Age Southern Levant", *Oxford Journal of Archaeology*, 17, 2: 149-167.

-BELMONTE, J. A., (2002): *Cuatro estudios sobre los dominios territoriales de las ciudades-estado fenicias*, Barcelona.

-BENICHOU SAFAR, H., (1992) : "Tombes", en *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Thurhout: 457-461.

-BIKAI, P. M., (1978): *The pottery of Tyre*, Warminster.

-BIKAI, P.; BIKAI, P., (1987):, "Tyre at the end of the twentieh century", *Berytus*, XXV: 67-69.

-BIMSON, J. J., (1981): "King Solomon's mines?. A re-assessment of finds in the Arabah", *Tyndale Bulletin*, 32 123.150.

-BLÁZQUEZ, J. M., (1999): "Los fenicios en Oriente", en *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid: 13-310.

-BLÁZQUEZ, J. M.; CABRERO, J., (2004): "La arqueología israelita y la historicidad de los libros del Antiguo Testamento", *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 40: 17-37.

-BRAUN, E., (2001): "Iron Age II Burials and Archaeological Investigations at Horbat Menorim (El-Manara), Lower Galilee", *Atqot*, XII: 171-182.

-BOURBON, F.; LAVAGNO, F., (2006): *Guía de Arqueología de Tierra Santa*, Madrid.

-BUNNES, G., (1988): "Quelques aspects du commercee à longue distance des syriens et des phéniciens", en *Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma: 227-233.

-CARAYON, N., (2008), *Les ports phéniciens et puniques. Geomorphologie et infrastructure*, Thesis de Doctorat, Strasbourg.

-CARTER, J. B., (1998): "Egyptian Bronze Jugs from Crete and Lefkandi", *The Journal of Hellenic Studies*, 118: 172-177.

-CARROLL, S. T., (1988): "Solomonic legend: the muslims and the Great Zimbabwe", *The International Journal of African Historical Studies*, 21, 2: 233-147.

-CIASCA, A., (1997): "Fenicia", en *I fenici*, Milano: 168-184.

-COLDSTREAM, J., N., (1982): "Greeks and Phoenicians in the Aegean", en *Phönizier in Westen*, Mainz am Rhein: 261-275.

-CRIELAARD, J. P., (1993): "The social organization of euboean trade with the Eastern Mediterranean during the 10 th. to 8 th. centuries b. C.", *Pharos. Newsletter of the Netherlands Institute of Athens*, 1: 139-146.
-DACHEZ, R., (2002): "Hiram et ses frères: une légende fondatrice", *Renaissance Traditionnelle*, 129: 17-26.
-DELCOR, M., (1983): "Les trónes d'Astartè", *Rivista di Studi Fenici*, III: 777-787.
-DOTHAN, T.; DOTHAN, M., (2002): *Los Pueblos del Mar. Tras las huellas de los filisteos*, Barcelona.
-DUSSAUD, R., (1945): "Melqart", *Syria*, 25, 3: 205-230.
-ELAYI, J., (2007): "An Updated Chronology of the Reigns of Phoenicians Kings during the Persian Period (539-333 b. C.)", *Transeuphratene*, 34: 11-43.
-FERNÁNDEZ TAPIA, I. M., (1994): *Contactos griegos en el Mediterráneo Oriental. Siglos X-VI a. C. (sureste de Anatolia, Levante y Chipre)*, Tesis doctoral, Madrid.
-FINKELSTEIN, I.; PIASETZKY, E., (2003): "Recent radiocarbon results and King Solomon", *Antiquity*, 21: 771-779.
-FINKELSTEIN, I., SILBERMAN, N. A., (2007): *David y Salomón: en busca de los reyes sagrados de la Biblia y de las raíces de la tradición occidental*, Madrid.
-(2009): *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Madrid.
-FINLEY, M. I., (1984): *El mundo de Odiseo*, Madrid.
-FRANKENSTEIN, S., (1979): "The phoenicians in the far west: a function of neo-assyrian imperialism", en *Power and Propaganda. A Symposium in Ancient Empires*, Copenhagen: 263-294.
-GARBINI, G., (1980): *I fenici. Storia e religione*, Napoli.
-(1988): "Popoli del Mare, Tarsis e Filistei", en *Momento precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma: 235-242.
-(2002): *Historia e ideología en el Israel Antiguo*, Barcelona.
-GILBOA, A.; SHARON, I., (2001): "Early Iron Age radiometric dates from Tel Dor: preliminary implications for Phoenicia and beyond", *Radiocarbon*, 43, 3: 1313-1351.
-GONZÁLEZ BLANCO, A., (1977): "¿Tarsis=Tartessos?. Origen, desarrollo y fundamentos de la adecuación historiográfica", *Hispania Antiqua*, 7: 133-146.
-GONZÁLEZ DE CANALES CERISOLA, F.; SERRANO PICHARDO, L.; LLOMPART GÓMEZ, J., (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a. C.)*, Madrid.
-GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L.; LLOMPART, J., (2008): "Tarsis y la monarquía unificada de Israel. Con un *Addendum* sobre la deposición primaria de los materiales de época emporitana-precolonial exhumados en Huelva", *Gerión*, 26, 1: 61-88.
-HALL, R. N., (1905): "The Great Zinbabwe", *Journal of the Royal African Society*, IV, 15: 295-300.
-HARDEN, D., (1985): *Los fenicios*, Barcelona.
-HOUTART, F., (1989): *Religión y modos de producción precapitalistas*, Madrid.
-IKEDA, Y., (1982): "Solomon's Trade in Horses and Chariots in its International Setting", en *Studies in The period of David and Solomon and other essays*, Indiana: 215-238.

-IZRE'EL, S., (1995): "The Amarna Glosses: who wrote what for whom?", *Israel Oriental Studies*, 5: 101-122.
-JAMES, P., (1993): *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barceona.
-JOFFE, A. H., (2002): "The Riese of Secondary States in the Iron Age Levant", *Journal of Economic and Social History of the Orient*, 45, 4: 425-467.
-KARAGEORGHIS, V., (1997): "Cipro", en *I fenici*, Milano: 185-198.
-(2004): *Chipre. Encrucijada del Mediterráneo Oriental, 1600-500 a. C.*, Barcelona.
-(2005): "The Phoenicians in Cyprus", en *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Madrid, vol.I: 31-46.
-KAZTZENSTEIN, J. J., (1964): "Is there any synchronismo between the reings of Hiram and Solomon?", *Journal of Near Eastern Studies*, 24, 1-2: 116-117.
-KOCH, M., (2003): *Tarsis e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*, Madrid.
-KOUROU, N., (2000): "Phoenician presence in Early Iron Age Crete reconsidered", en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol.III: 1067-1081.
-LAUGHLIN, J. C. H., (2001): *La Arqueología y la Biblia*, Barcelona.
-KNAUF, E., (1991): "King Solomon´s copper suplly", en *Phoenicia and the Biblia*, Leuven: 158-186.
-LAPERROUSAZ, E. M., (1973): "A-t-on dégage l'angle Sud-Est du temple de Salomon?", *Syria*, 50, 3: 355-399.
-(1982) : "Après le Temple de Salomon la Bamah de Tel-Dan: l'utilisation de pierres à bossage phénicien dans la Palestine pré-exilique", *Syria*, 59, 3: 223-237.
-LEMAIRE, A., (1976): "Milkiram, nouveau roi phénicien de Tyr?", *Syria*, 53, 1: 83-93.
-(1991) : "Le royaume de Tyr dans la seconde moitié du IV siècle av. J. C.", en *Atti del II Congresso Internazionali di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol.I: 131-149.
-LIPINSKI, E., (1991): "The territory of Tyre and the tribe of Asher", en *Phoenicia and the Biblia*, Leuven: 153-166.
-(1992) : "Hiram/Hirôm", en *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Thurhout : 218-219.
-(1995): *Diexus et déesees de l'univers phénicien et punique*, Leuven.
-LIVERANI, M., (2001): *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo 1600-1100 a. C.*, Barcelona.
-LÓPEZ CASTRO, J. L., (1997): "Los héroes civilizados: Melqart y Heracles en el extremo occidente", en *Héroes y antihéroes en la Antigüedad Clásica*, Madrid: 55-68.
-MAZAR, E., (2001): *The phoenicians in Achziv. The southern cemetery. Jerome L. Joss expedition. Final report of the excavations 1988-1990*, Barcelona.
-MEDEROS MARTÍN, A., (2006): "Fenicios en Huelva, en el siglo X a. C., durante el reinado de Hiram I de Tiro", *Spal*, 15: 167-188.
-(2007): "La crisis del siglo XII a. C. Pueblos del Mar y guerra de Troya *ca*. 1215-1175 a. C.", *Spal*, 16: 93-153.

-(2008): "Las espadas de tipo Huelva y los inicios de la presencia fenicia en occidente durante el Bronce Final IIC-IIIA 1150-950 a. C", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 34: 41-75.

-MILLARD, A., (2004): "La arqueología y la fiabilidad de la Biblia", *Ecclesia*, XVIII: 2: 157-164.

-MINETTE DE TILLESSE, C., (1997): "The conquest of power: Analisis of David and Solomon's Accesión Histories", *The Journal of Hebrew Scriptures*, I: 1-12.

-MITCHELL, C., (2002): "Transformations in Meaning: Solomon's Accession in Chronicles", *The Journal of Hebrew Scriptures*, 4: 1-16.

-MOORE, M. S., (2004): "Big Dreams and Broken Promises: Solomon's Treaty with Hiram in Its Internacional Context", *Bulletin for Biblical Research*, 14, 2: 205-221.

-MOSCATI, S., (1993): *Nuovi studi sull'identitá fenicia*, Roma.

-NEGBI, O., (1992): "Early Phoenician Presence in the Mediterranean Islands: A Reappraisal", *American Journal of Archaeology*, 96: 599-615.

-PETTINATO, G., (1975): "I rapporti politici di Tiro con l'Assiria alla luce del trattato tra Asarhaddon", *Rivista di Studi Fenici*, III: 145-160.

-PICARD, C., (1995): "Utique et Carthage", en *I fenici: ieri, oggie, domani*, Roma: 289-295.

-PRADOS MARTÍNEZ, F., (2007): *Los fenicios. Del monte Líbano a las Columnas de Hércules*, Madrid.

-RAMOS, M. J.; BOAVIDA, I.; (2005): "Ambiguous Legitimacy: the Legend of the Queen of Sheba in Popular Ethiopian Painting", *Annales d'Ethiopie*, 21, 1: 85-92.

-RAPPAPORT, U., (1992): "Phoenicia and Galilee: economy, territory and political relations", Studia Phoenicia, IX: 261-268.

-RAWLINSON, G., (2005): *Phoenicia. History of a civilization*, (1899), London.

-ROOS, J. F., (1967): "Gezer in the Tell-el Amarna Letters", *The Biblical Archaeologist*, XXX, 2: 62-7.

-RUIZ, L. A.; WAGNER, C., (2005): "David, Salomón e Hiran de Tiro: una relación desigual", *Isimu*, 8: 107-112

-SADER, H., (2000): "Le territorio des villes phéniciennes: reliefs accidentés, modèles unifiés", en *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre temas fenicios*, Alicante: 227-261.

-(2005), *Iron Age funerary stelae from Lebanon*, Barcelona.

-SANMARTIÍN, J., (2003): "Génesis oriental de los dioses fenicios de las colonias occidentales", en *De Oriente a Occidente: los dioses fenicios de las colonias occidentales*, Ibiza: 9-23.

-SHAW, J. W., (1989): "Phoenicians in Southern Crete", *American Journal of Archeology*, 93, 2: 165-183.

-(1998): "Kommos in Southern Crete: an Aegean Barometer for East-West Interconnections", en *Eastern Mediterranean: Cyprus-Dodecanese-Crete 16 th-6 th. cent. B. C.*, Athens: 2-17.

-SHERRATT, S. A., (1993): "The Growth of the Mediterranean Economy in the Early First Millenium B. C.", *World Archaeology*, 24, 3: 361-378.

-SMITH, M. AS., (1995): *Nautical Archaeology. The development of maritime trade between India and the West from c. 1000 to c. 120 b. C.*, (Master of Arts), Texas.
-STIEGLITZ, R. R., (2000): "The phoenician-punic calendar", en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol.II: 691-695.
-TÄCKHOLM, U., (1969): "El concepto de Tarschich en el Antiguo Testamento y sus problemas", en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: Barcelona, 79-90.
-TSIRKIN, J. B., (1990): "Social-political structure of Phoenicia", *Gerión*, 8: 29-43.
-WAGNER, C.; ALVAR, J., (1989): "Fenicios en occidente: la colonización agrícola", *Rivista di Studi Fenici*, XVII, 1: 61-102.
-WHITROW, G. J., (1990): *El tiempo en la Historia*, Barcelona.
-XELLA, P., (2003): "Il re", en *El hombre fenicio*, Madrid: 23-32.

Herakleion, 3, 2010, pp. 37-65

EL GIRO COMENSAL: NUEVOS TEMAS Y NUEVOS ENFOQUES EN LA PROTOHISTORIA PENINSULAR[1]

Samuel Sardà Seuma[2]

Universitat Rovira i Virgili

Resumen:

En el momento actual, el estudio de los rituales de comensalidad y de las prácticas alimentarias en general, es uno de los campos que ofrece más posibilidades en el marco general de los trabajos de investigación sobre las comunidades prehistóricas y protohistóricas de la península Ibérica. No obstante, el interés arqueológico por el estudio de las prácticas sociales vinculadas al consumo de la bebida y los alimentos constituye en nuestro país, un tema de interés relativamente reciente. En este giro interpretativo han influido no solamente las aportaciones efectuadas desde la antropología y la sociología, sino también el desarrollo de una arqueología estrechamente vinculada al estudio de los aspectos contextuales.

Palabras clave: comensalidad, ritualización, análisis contextual, península Ibérica.

Abstract:

Actually, the commensality rituals and food practices are one of the research areas that offer most possibilities in the prehistoric and protohistoric studies of the Iberian Peninsula.
However, in Spain, it was not until the last years when the archeology has begun to show a growing interest in approaching the knowledge of those areas of social life that are linked to the ritual consumption of drink and food. This interpretive turn have been influenced not only by the contributions from anthropology and sociology, but also the development of an archaeology strongly linked to the study of the contextual aspects.

Keywords: commensality, ritualization, contextual analysis, Iberian Peninsula.

INTRODUCCIÓN

En el caso de la Península Ibérica, el estudio de los rituales de comensalidad y de las prácticas alimentarias en general, constituye un tema de investigación con poco arraigo. De hecho, hasta hace muy poco, éste era uno de los campos que

[1] Articulo recibido el 1-2-2010 y aceptado el 1-4-2010
[2] Becario Predoctoral. Seminari de Protohistòria i Arqueologia (GRESEPIA). Universitat Rovira i Virgili (Tarragona). Agradecemos a Jesús Bermejo la amable invitación a presentar este trabajo en un foro de difusión y de debate tan interesante y novedoso como éste.

evidenciaba uno de los vacíos más importantes dentro del panorama protohistórico, sobretodo en comparación con la expansión que a lo largo de los últimos veinte años han adquirido este tipo de trabajos en otros países.

Ello se debe esencialmente a la elección de unos planteamientos teóricos e interpretativos que, en líneas generales, han continuado abogando por factores como la producción y el comercio como ejes principales de la investigación arqueológica, dejando el estudio de las prácticas de consumo en un plano más bien secundario.

Asimismo, también hay que valorar, la escasa repercusión que han tenido en la península, algunos trabajos de referencia efectuados desde otras disciplinas cercanas como la antropología o la sociología, que ofrecen pautas muy útiles a la hora de reenfocar nuestra forma de aproximarnos al estudio de las sociedades pre-industriales.

En este sentido debemos destacar las aportaciones de una serie de autores como Arjun Appadurai (1981), Mary Douglas (1984), Pierre Bourdieu (1988), Jack Goody (1992) o Stephen Mennell (1996), que han puesto énfasis en el significado social y las implicaciones culturales que siempre lleva implícito el consumo de alimentos.

Del mismo modo, resultan fundamentales las aportaciones efectuadas por Michael Dietler (1990; 1996; 1999; 2001; 2005) y Brian Hayden (1990; 1996; 2001), que desde una perspectiva antropológica han establecido unas sólidas bases para el estudio de las prácticas de consumo en relación al cambio social y a la evolución que experimentan las estructuras de poder.

No obstante, al margen del peso que puedan tener las aportaciones efectuadas desde la antropología y la sociología, es indudable que la arqueología por sí misma ha experimentado un notable desarrollo en relación a la necesidad de obtener una comprensión precisa de los aspectos contextuales. Esta orientación se ha producido en el marco de las propuestas post-procesuales, aunque tiene que ver, sobretodo, con la mejora progresiva que han experimentado las técnicas de excavación y registro.

En este sentido, es evidente que en el momento actual, la posibilidad de analizar contextos bien documentados, permite inferir interpretaciones precisas a nivel micro-espacial, tanto por lo que se refiere al estudio de los repertorios y de sus asociaciones, como a la comprensión de la funcionalidad de los objetos y de sus significados.

Por otro lado, debemos hacer también una mención especial al papel importante que ha supuesto la definitiva incorporación de técnicas como la arqueozoología y la paleocarpología, que han permitido ampliar notablemente las posibilidades de la investigación arqueológica en relación al conocimiento de los hábitos de consumo de las comunidades prehistóricas y protohistóricas.

Todo ello nos ubica en un escenario idóneo para emprender nuevos retos científicos, entre los cuales el estudio de las prácticas de consumo se presenta, hoy por hoy, como uno de los campos que ofrece mejores posibilidades.

DE LO COTIDIANO A LO EXCEPCIONAL: LA *RITUALIZACIÓN* COMO FACTOR DISTINTIVO DE LA COMENSALIDAD

Entre el conjunto general de estudios centrados en las prácticas de consumo hay que efectuar una distinción básica, entre aquellos trabajos que tienen por objetivo el estudio de las prácticas domésticas de consumo y los hábitos alimentarios de una comunidad (lo cotidiano) y aquellos otros que se centran en el estudio de los rituales de comensalidad y sus implicaciones ideológicas y sociales (lo excepcional).

No obstante, en muchas ocasiones no es fácil distinguir lo cotidiano de lo excepcional, pues reconocer las similitudes y diferencias existentes entre las comidas diarias y los festines excepcionales a partir de las evidencias que nos proporciona el registro arqueológico, puede resultar una tarea complicada.

Se ha señalado que la celebración de un acontecimiento importante que incorpora la práctica del banquete representa un contexto inmejorable para la

escenificación y naturalización de las relaciones humanas con el objetivo de promover la integración social. En este sentido, y aunque existen diferentes matices, la comensalidad puede ser definida de manera genérica como una forma de actividad ritual centrada en el consumo de la bebida y la comida para un propósito u ocasión especial (Dietler 1996; 2001; Bray 2003). De hecho, en el marco de las ceremonias y celebraciones que vehiculan las relaciones humanas, el banquete (o festín de carácter excepcional) ocupa un papel muy importante, pues el consumo comunitario de los alimentos es una actividad que aún hoy en día suele expresar el momento culminante de algunos de nuestros acontecimientos sociales más importantes. En todas las culturas, la celebración de las ceremonias suele expresarse a través de una narrativa ritualizada que se reproduce y se escenifica a través de toda una parafernalia simbólica que, en mucha ocasiones, incluye o se culmina con una práctica de consumo excepcional (Demarrais *et alii* 1996: 17).

Es decir, la comensalidad es una práctica ritual particular en la cual la bebida y la comida constituyen el medio de expresión principal y los parámetros de consumo constituyen su lenguaje simbólico.

No obstante, es cierto que en el campo de la arqueología pocos autores exponen de forma clara que es aquello que entienden por "ritual" y por "práctica ritual". De hecho, es fácil caer en el error de valorar las prácticas rituales desde nuestro punto de vista occidental contemporáneo, cuando en realidad hay diferentes lógicas de funcionamiento y de significado en función de la época, la cultura y el contexto (Bradley 2005: 30). Etimológicamente, la palabra ritual proviene del latín *ritus* y sirve para expresar una doble realidad: *"costumbre o ceremonia que siempre se repite de la misma manera"* o bien *"conjunto de reglas establecidas para el culto y las ceremonias religiosas"*, tal y como apuntan los distintos diccionarios consultados (Diccionario de la RAE, Enciclopèdia Catalana, Diccionari de la Llengua Catalana de l'IEC, Oxford Dictionary). De esta ambivalencia de significados, se desprende claramente la idea de que no todos los rituales están conectados con las creencias religiosas o con el mundo sobrenatural y que por lo tanto, en muchas ocasiones puede resultar complicado separar de manera clara las prácticas rituales de las actividades domésticas o cotidianas.

De hecho, los antropólogos desde hace tiempo han dejado de poner el énfasis en la ritualidad y han comenzado a hablar de *ritualización*. Hace unos cuarenta años, Max Gluckman puso de manifiesto la ritualización de las relaciones sociales con el objetivo de ampliar la noción de ritual más allá de la estrecha conexión tradicional con las actividades religiosas y cultuales. Uno de los significados de este nuevo concepto se fundamenta en el hecho de considerar la ritualización como el proceso mediante el cual determinadas acciones de carácter cotidiano pueden adoptar un énfasis especial en un momento puntual en que pasan a actuar unas determinadas convenciones. Por lo tanto, un aspecto fundamental de la ritualización es la capacidad de activar la opinión sobre determinadas prácticas o hábitos y otorgarles un significado especial (Bell 1992: 220). Se ha apuntado que en las sociedades prehistóricas, algunas actividades y elementos del ámbito doméstico eran seleccionadas en un momento determinado y pasaban a utilizarse de forma enfatizada o teatralizada adoptando un sentido ritual (Bradley 2005: 34).

En este sentido, debemos tener presente que la secularización progresiva que ha experimentado la sociedad occidental, ha distorsionado notablemente nuestra concepción de lo ritual y ha influido en nuestras interpretaciones arqueológicas, cuando en realidad las sociedades del pasado manifiestan una importante superposición de esferas (doméstica y ritual) (Fig. 1).

De hecho, la práctica diaria puede jugar también un papel muy importante en la naturalización de las estructuras sociales y de control, inculcando disposiciones que constituyen el *habitus* y que sirven para limitar en el día a día la percepción de alternativas de actuación (Bourdieu 1977). Por lo tanto, hay que tener en cuenta que la rutina diaria del consumo de alimentos refleja y recrea los códigos sociales de una sociedad (Bourdieu 1990). No obstante, ello no excluye que las prácticas rituales puedan complementar al *habitus* a partir de la inclusión de ciertas prácticas teatralizadas o simbólicas en las actividades cotidianas. Sin embargo, las prácticas rituales siempre disponen de un potencial de manipulación social más elevado que el *habitus* (Dietler 1999: 136).

Debemos partir de la idea que el simbolismo ritual de las prácticas de consumo excepcional mantiene estrecha relación con las comidas convencionales y ambos forman parte de un mismo campo semiótico, aunque las comidas diarias o cotidianas suelen presentar generalmente unos parámetros teatrales o rituales menos evidentes y notorios (Dietler 2001: 70).

En todo caso, el consumo de alimentos ha sido descrito como "un hecho social muy condensado" (Appadurai 1981: 494). A través de la alimentación, de las prácticas relacionadas con la preparación y el consumo de los alimentos y de la cultura material asociada a estas acciones, se escenifican y se naturalizan las identidades sociales. De hecho, distintos antropólogos y sociólogos han demostrado que los alimentos y los hábitos de consumo son utilitzados como dispositivo semiótico, ya que permiten señalar y remarcar relaciones de rango, rivalidad, solidaridad, comunidad, identidad, exclusión, intimidad o distancia. En esta línea, son especialmente destacables las aportaciones de Arjun Appadurai (1981), quien interpreta el rol de los alimentos en la organización social de una comunidad como un sistema de símbolos, categorias y significados que conforman un lenguaje semiótico particular en cada contexto de consumo (Appadurai 1981: 494-95). Sus estudios sobre tres contextos sociales del sur de la India: los hogares familiares, los banquetes de boda y el templo, rebelan como en todos estos contextos los alimentos sirven para dos funciones semióticas diametralmente opuestas: establecer vínculos de cohesión social (homogeneidad) o aumentar las distancias (heterogeneidad). Los alimentos pueden ser utilizados para remarcar o crear relaciones de igualdad, intimidad o solidaridad o, bien, en sentido contrario, para mantener o modificar relaciones, señalando rango, distancia o segmentación (Appadurai 1981). Cada acontecimiento que incorpora el consumo de alimentos conlleva la celebración de un acto de contraste social entre el anfitrión y el invitado, el que da y el que recibe, el de dentro y el de afuera. En realidad pues, un acto como el de sentarse para comer juntos expresa las tensiones por resaltar quien está efectuando el reparto, quien participa y quien queda excluido. Por lo tanto, la bebida y los alimentos, aunque se encuentran entre las necesidades biológicas esenciales del ser humano, sirven

también para expresar significados normativos a la hora de establecer relaciones sociales.

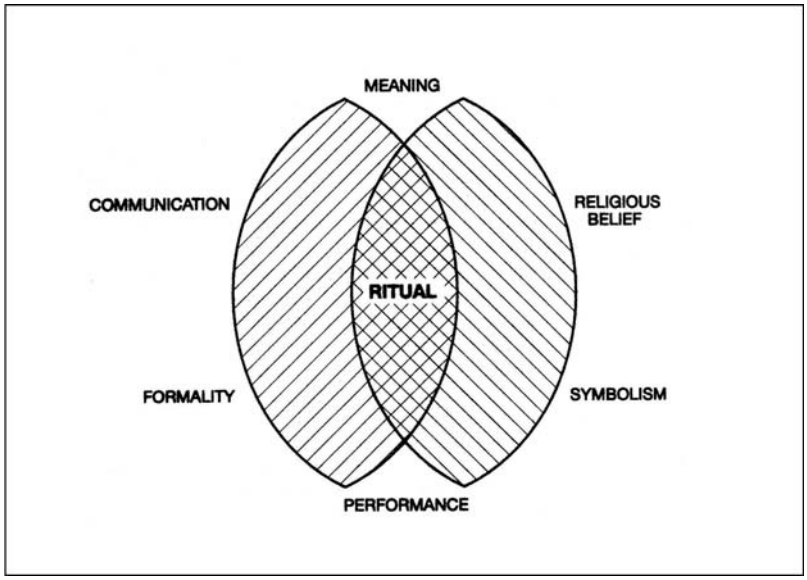


Fig. 1. Las dos concepciones del ritual y sus áreas de superposición (según Bradley 2005).

ALGUNAS PAUTAS PARA LA IDENTIFICACIÓN ARQUEOLÓGICA DEL BANQUETE

Si partimos de la idea que los rituales de comensalidad suelen presentar unos parámetros litúrgicos o teatrales más enfatizados que los ágapes domésticos o cotidianos, hay que tener en cuenta que el banquete, más allá de su carácter repetitivo y estandarizado, siempre incorpora un factor distintivo muy potenciado: el simbolismo.

La naturaleza de los símbolos y sus vías o fórmulas de expresión, constituye el instrumento que puede aproximarnos verdaderamente a reconocer las prácticas rituales de entre el conjunto general de actividades cotidianas y a definir cual es su nivel de influencia social (Kertzer 1988: 9). Sin embargo, la implicación simbólica no anula el valor concreto y la funcionalidad específica de un objeto de uso cotidiano o de una determinada acción doméstica, sino que simplemente añade un nuevo significado (Eliade 1979: 191); por lo tanto, la bebida y la comida, aunque forman parte de las necesidades biológicas esenciales del ser humano, sirven también para expresar significados normativos en el marco de determinados hábitos de consumo porque incorporan una serie de parámetros semióticos que actúan como

símbolos y metáforas a la hora de vehicular las relaciones sociales (Appadurai 1981; Gell 1991; Sorensen 2000; Dietler 2001; Aranda y Esquivel 2006).

De hecho, este factor ritual potenciado, es el aspecto que posibilita la identificación de las prácticas de consumo excepcional en el registro arqueológico. En este sentido, debemos valorar determinados aspectos, como el hecho que dichas prácticas puedan generar acumulaciones de residuos (restos de fauna o vegetales) (Poux 2002; Méniel 2008) en espacios o ámbitos específicos y que al tratarse de ágapes excepcionales incluyan una vertiente culinaria más o menos sofisticada, hecho que siempre requiere el uso de recipientes y otros instrumentos cerámicos o metálicos singulares que pueden facilitar también el reconocimiento arqueológico de los contextos de banquete (Dietler y Hayden 2001; Hayden 2001).

Por otro lado, las características formales, decorativas y contextuales de los conjuntos vasculares, así como el análisis de contenidos, son herramientas habituales que suelen utilizarse también como indicadores fiables (Hayden 1995; Dietler 1990; Junker 2001).

Sin embargo, hay que tener en cuenta que las posibilidades de identificar la práctica de la comensalidad son muy diversas y en realidad dependen del contexto cultural específico, del tipo de productos que se consumen (carne, bebida, narcóticos, etc.), de la vistosidad o austeridad del repertorio de instrumentos que se utilizan y del tipo de consumo que se practica en cada caso (Aranda y Esquivel 2006: 119).

Además, el análisis comparado de los contextos domésticos y funerarios nos permite disponer de perspectivas ciertamente diferentes y nos obliga a preguntarnos sobre el carácter diverso de dichas prácticas (banquetes de solidaridad, matrimonios, funerales, celebraciones relacionadas con el ciclo agrícola, ofrendas alimentarias, etc.). Generalmente se combina el análisis funcional de los repertorios con el estudio comparativo de los contextos, con el objetivo de disponer de un corpus de datos contrastado (Dietler 2003: 273).

Por otro lado, también se ha señalado la inclusión de ciertos alimentos de acceso limitado y de circulación restringida (*luxury foods*) como productos de consumo habitual en los rituales de comensalidad (Berry 1994; Van der Veen 2003). De hecho, el consumo de estos alimentos de prestigio (generalmente productos estimulantes o embriagadores como las bebidas alcohólicas, pero también determinadas preparaciones culinarias sofisticadas o que poseen un alto contenido en proteínas) puede utilizarse también como un indicador arqueológico fiable, pues se trata de un tipo de productos que nos sitúan claramente en la pista de los banquetes o ágapes excepcionales.

Ahora bien, para poder identificar aquellos contextos que pueden relacionarse con unas determinadas prácticas de consumo excepcional, debemos tener bien definidas las pautas que caracterizan los hábitos domésticos de consumo y las prácticas alimentarias cotidianas de una comunidad. Es decir, debemos situar siempre el estudio del banquete y de las políticas de comensalidad en la esfera social más amplia de las prácticas alimentarias, pues únicamente así estaremos en disposición de interpretar los contextos "excepcionales" desde una perspectiva bien fundamentada.

A la hora de establecer unos parámetros que permitan avanzar en la identificación arqueológica del banquete, no podemos pasar por alto, los criterios establecidos por Matthieu Poux en relación al estudio de los biodepósitos vinculados a la celebración de los festines galos (Poux 2002):

- *Criterio de Cantidad*: Según este autor, el primer punto pasa por valorar la acumulación masiva de restos debido al carácter excepcional y comunal que suele presentar el banquete.
- *Criterio de Calidad*: También hay que valorar posibles reglas selectivas en relación al carácter diferencial de los objetos y alimentos utilizados.
- *Criterio de Homogeneidad*: El último criterio pasa por valorar la homogeneidad tipológica y cronológica de los materiales que conforman los conjuntos.

A nivel contextual, es indudable que para aproximarnos al estudio de los rituales de comensalidad debemos centrarnos esencialmente en el análisis micro-espacial de aquellos casos que presentan evidencias específicamente vinculadas a los usos rituales de la bebida y los alimentos (determinados espacios de consumo, tumbas con ajurares significativos, ciertos depósitos o basureros, fosas votivas, etc.). En este sentido, hay que tener presente que las aproximaciones arqueológicas al estudio de las prácticas comensales se efectúan generalmente basándose en un tipo de contextos muy concretos, siendo los espacios de consumo, las fosas/depósitos votivos y los conjuntos documentados en algunas tumbas, aquellos que suelen presentar un mayor potencial informativo.

No obstante, el tipo de información que obtenemos en cada uno de los tipos mencionados es muy diferente. Así, mientras en los espacios de consumo (ya sean construidos o al aire libre), podemos llegar a ubicar la celebración comensal en un contexto espacial concreto, en el caso de las fosas y de las tumbas, obtenemos únicamente el reflejo indirecto de una hipotética práctica de consumo, pues en estos casos, la localización de los objetos responde a un gesto deposicional voluntario. Ahora bien, en las tumbas este gesto deposicional siempre posee un marcado significado ritual o simbólico (ofrendas alimentarias, inclusión de instrumentos vinculados a la identidad del difunto, deposición de los recipientes y restos generados durante la celebración del banquete funerario), mientras que en las fosas o depósitos, hay que valorar realmente si los restos documentados evidencian unos parámetros rituales relacionados con fines votivos o si se trata simplemente de una deposición con fines meramente prácticos (como la simple acumulación de los deshechos en un basurero o vertedero).

En todo caso, al intentar reconstruir las prácticas comensales, siempre debemos identificar aquellos parámetros de consumo que pueden descifrar la lógica funcional de un determinado conjunto de instrumentos y articular la comprensión y la conexión de una serie de evidencias artefactuales y contextuales, un ejercicio interpretativo que en la mayoría de ocasiones va más allá de la propia localización micro-espacial de los objetos.

La propia naturaleza del registro arqueológico y su estado de conservación, son los aspectos que más condicionan nuestras posibilidades interpretativas, a la hora de poder efectuar reconstrucciones comensales más o menos precisas. En este sentido, tanto las tumbas como las fosas/depósitos votivos cuentan con la ventaja de ser contextos cerrados o sellados, lo cual suele garantizar menos distorsiones postdeposicionales.

En cambio, en los contextos documentados en los asentamientos, uno de los principales factores de distorsión, es la limpieza a la que son sometidas generalmente las áreas domésticas con el objetivo de preservar un mínimo de higiene. En todo caso, hay que valorar todos aquellos indicadores que permitan establecer una interpretación funcional de ciertos ámbitos como espacios de consumo.

En el caso de los contextos documentados en los asentamientos, debemos valorar los distintos indicadores que permiten establecer interpretaciones funcionales de los distintos ámbitos o espacios. En este caso, debemos tener en cuenta la presencia de determinados accesorios internos que puedan responder a unas finalidades concretas (banquetas, hogares singulares, *favissae*, espacios de almacenaje), así como la propia composición del repertorio material mueble, tanto a nivel cualitativo como cuantitativo. Además, también debemos tener en cuenta, que la realización repetitiva y habitual de determinadas actividades puede generar una serie de indicios que podemos rastrear a nivel arqueológico (acumulaciones de restos de fauna, evidencias de cremaciones eventuales, etc.).

No obstante, en los contextos de consumo documentados en los asentamientos, existen una serie de elementos de la esfera micro-espacial que corresponden al momento de construcción o edificación de los ámbitos, como es el caso de las estructuras de equipamiento (hogares, banquetas, etc.) y otros que corresponden al momento de abandono, y que son los objetos (vasos cerámicos, molinos, etc.). Por lo tanto, hay que tener en cuenta, que las estructuras puedan tener o adoptar una función diferente a aquella para la cual fueron creadas.

Es decir, las asociaciones equipamiento-objetos no siempre son fáciles de interpretar. Por lo tanto, cuanto más corta es la duración de un asentamiento, hay más posibilidades de que lo que nos sugiere el registro sea realmente fiable (Guérin 2003: 254).

En este sentido, se ha señalado que para obtener aproximaciones contextuales bien fundamentadas sobre los espacios de consumo, resultan especialmente informativos aquellos contextos que evidencian un único momento de ocupación y un abandono repentino, es decir aquellos asentamientos que se han visto afectados por algún acontecimiento catastrófico de "estilo pompeyano" (Van der Veen 2003: 415).

En definitiva, como ya hemos propuesto en anteriores trabajos (Sardà y Diloli 2009), contemplamos una *Arqueología del banquete* esencialmente contextual, que debe tomar la ritualización, la homogeneidad de los conjuntos, la semiótica de los alimentos y la lógica funcional de los objetos como los criterios interpretativos fundamentales para avanzar en la compresión micro-espacial de cada caso particular (Fig. 2).

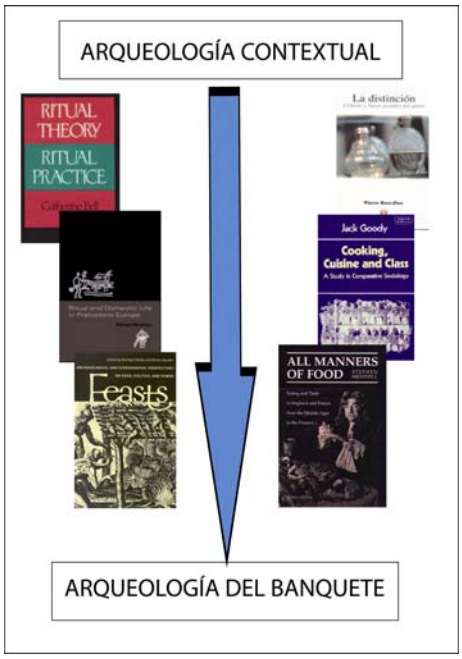


Fig. 2. De la arqueología contextual a la arqueología del banquete. Publicaciones influyentes en la adopción de nuevos enfoques y el planteamiento de nuevos temas de estudio.

LOS RITUALES DE COMENSALIDAD: DEL CAMPANIFORME AL MUNDO IBÉRICO

Entre los contextos protohistóricos de la Península Ibérica, contamos con conjuntos conocidos de antiguo, como algunas de las tumbas de la necrópolis de La Joya (Huelva), que resultan ciertamente equiparables a los contextos mediterráneos y centroeuropeos más ricos del periodo orientalitzante. Algunos de estos contextos incluyen unos repertorios que se enmarcan claramente en la esfera del banquete, aunque raramente han sido trabajados o interpretados de manera profunda en este sentido. Podríamos decir que la dilatada tradición de estudios consagrados al banquete que se constata en otras regiones, como Italia, el sur de Francia o Centroeuropa, ha tenido un reflejo muy tímido en los estudios sobre los pueblos protohistóricos de la península. Probablemente, la falta de testimonios iconográficos y el hecho que las fuentes textuales se limiten a un único pasaje de Estrabón (III, 3, 7) referente a los pueblos del NO peninsular y a algunas otras alusiones escuetas, explican también en buena medida el pobre bagaje científico que presenta la investigación sobre el banquete en la península (Armada 2005: 44).

De hecho, en nuestro país, el estudio del banquete no se consolida como un auténtico tema de interés en el campo de los estudios protohistóricos, hasta la segunda mitad avanzada de la década de 1990.

En este sentido, debemos destacar la relación de algunas manufacturas metálicas de época precolonial con el mundo del banquete que puso de manifiesto Martín Almagro-Gorbea (1998), así como el sugerente estudio interpretativo sobre el singular conjunto arquitectónico del poblado prerromano del Castrejón de Capote (Higuera la Real) (siglo II anE) que llevó a cabo Luis Berrocal-Rangel. Este contexto permitió documentar una significativa concentración de vajilla cerámica *in situ*, así como determinados instrumentos metálicos relacionados con el reparto y el consumo de la carne (asadores, cuchillos, parrillas) y una notable presencia de restos de fauna; unas evidencias que dicho autor relacionó con la celebración de un acto comunitario de consumo ritual (Berrocal-Rangel 1994; 2004).

Ahora bien, más allá de la repercusión obtenida por la interpretación de algunos casos concretos, lo cierto es que el auténtico punto de inflexión debe situarse en la celebración de dos congresos sobre la arqueología del vino (Celestino 1995; 1999), en los cuales se presentaron una serie de trabajos que remarcaban la necesidad de focalizar la atención no sólo en la introducción del vino, sino en las importantes modificaciones socio-económicas que implicó el consumo de esta nueva bebida alcohólica entre las comunidades indígenas de la península ibérica. Entre los trabajos más relevantes que recogen estos congresos, debemos destacar especialmente el de Fernando Quesada (1995), que daba continuidad al artículo *Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss. V-II anE)* (Quesada 1994), en el cual se planteaba por primera vez la valoración de las tendencias comensales documentadas en el mundo protohistórico peninsular en relación a las propuestas de una serie de autores fundamentales como J. M. Dentzer, O. Murray, B. Bouloumié, A. Rathje o M. Dietler.

Dentro de esta dinámica, entraron con fuerza nuevas tendencias interpretativas y comenzaron a tener repercusión ciertos trabajos de referencia (especialmente los de Michael Dietler), que han suscitado un interés creciente por la arqueología vinculada al estudio de la comensalidad.

Recientemente, el estudio de los rituales de comensalidad se ha puesto de manifiesto a través de las evidencias arqueológicas documentadas en contextos y en etapas diversas de la prehistoria y protohistoria peninsular, como es el caso de las actuales interpretaciones del fenómeno campaniforme (Garrido-Pena 2000; Rojo *et alii* 2008), del estudio de los rituales funerarios de época argárica (Aranda y Esquivel 2006) y del análisis del instrumental metálico de vajilla en el bronce final atlántico (Armada 2005; 2008).

El estudio de los rituales de comensalidad del periodo campaniforme (2500-2000 anE) ha aportado datos que resultan especialmente sugerentes, pues las interpretaciones actuales conciben esta manifestación cultural en relación a la introducción de un nuevo ritual centrado en el consumo de las bebidas alcohólicas (cerveza e hidromiel). Los ejes de esta reinterpretación general del fenómeno

campaniforme, fueron puestos sobre la mesa por D.L. Clarke (1976). La propuesta de este autor se basaba en la puesta en marcha de unas activas redes de intercambio a través de las cuales habría circulado un nuevo imaginario asociado a las élites. Este nuevo ideario integraba elementos de alto valor social y simbólico, básicamente armas, ornamentos personales y recipientes para la bebida. No obstante, fue la propuesta posterior de Andrew Sherrat (1987), la que interpretaba específicamente los vasos campaniformes como elementos o ítems de prestigio claramente asociados al consumo de las bebidas alcohólicas. Todo ello parece confirmar la idea de que la existencia de un ritual de la bebida asociado a las élites es algo que se puede rastrear desde etapas pretéritas.

En el caso de la cultura del Argar, la práctica de la comensalidad se ha puesto en relación con los rituales funerarios, a partir de la identificación de ciertos conjuntos vasculares asociados a la presentación y al consumo de alimentos y bebidas como la cerveza, además de la presencia de restos de fauna relacionados con el sacrificio de bóvidos y ovicápridos (Aranda y Esquivel 2006; Aranda 2008).

En el caso del bronce final atlántico, el estudio del banquete se ha puesto de manifiesto a partir de les evidencias proporcionadas por el estudio del instrumental metálico (ganchos de carne, páteras, calderos de remaches, asadores, soportes y determinados tipos de cuchillos) (Armada 2005; 2008). En este caso, la presencia de elementos metálicos vinculados a la esfera del banquete se ha relacionado con la celebración de festines de promoción social que, gracias a la acumulación de excedentes ganaderos, incluirían un consumo masivo de carne con el objetivo de simbolizar la generosidad de la familia y del linaje (Mederos y Harrison 1996: 34).

Desde una perspectiva artefactual, debemos destacar sobretodo las aportaciones de Xosé-Lois Armada, especialmente su tesis doctoral: *Formas y rituales de banquete en la Hispania indoeuropea* (2005), que centra su atención en el banquete de los pueblos del Noroeste peninsular y de la Meseta durante el primer milenio anE.

En los últimos 50 años, el estudio del mundo tartésico y su interacción con las colonias fenicias occidentales, constituye uno de los campos de investigación más prolíficos, sin embargo prácticamente no contamos con trabajos específicos que hayan focalizado su atención en el estudio del banquete. No obstante, debemos destacar algunos trabajos recientes, especialmente uno que se centra de manera específica en el estudio del banquete en el mundo tartésico a partir del ejemplo de Cancho Roano (Celestino y Cabrera 2008), retomando en cierto modo la interpretación palacial de este complejo monumental propuesta por M. Almagro-Gorbea (Almagro-Gorbea *et alii*. 1990; Almagro-Gorbea 1993), en la línea de los modelos documentados en otras regiones del mediterráneo, como el caso de Murlo, donde la práctica del banquete tiene un papel muy relevante.

Además, destacan también de manera especial los trabajos de Ana Delgado, que desde una perspectiva postcolonial se ocupan de la alimentación, las prácticas culinarias y los hábitos de consumo de las comunidades fenicias de occidente (Delgado y Ferrer 2007; Delgado 2008a). Por otro lado, contamos con otras publicaciones que, de una u otra manera, también resultan interesantes para al estudio de estas cuestiones, tanto por lo que se refiere a los contextos funerarios (Torres 2000; 2002), como a las prácticas de consumo ritual desarrolladas en algunos de aquellos edificios diferenciales que han sido interpretados como santuarios orientalizantes (El Carambolo, Montemolín, Carmona, La Muela) (Belén 2001; De la Bandera 2002; Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007).

Finalmente, podemos destacar algunos estudios centrados en la toréutica orientalizante (Jiménez Ávila 2002), en la funcionalidad ritual de las páteras de bronce (Ruiz Arbulo 1996) o bien directamente en el consumo del vino (Jiménez *et alii* 2005; 2006), que también contemplan el banquete como referente interpretativo. No obstante, continúan faltando trabajos de síntesis que aborden de manera específica el estudio de estas cuestiones en el periodo orientalizante del sur peninsular.

En cuanto al mundo ibérico, el estudio de estos temas no se ha abordado de manera directa hasta etapas muy recientes. De hecho, en obras como la de Arturo

Oliver, sobre *La cultura de la alimentación en el mundo ibérico* (Oliver 2000), el estudio de los rituales de comensalidad no se contempla.

En todo caso, debemos destacar algunos trabajos sobre una serie de contextos funerarios de la zona del sureste de la Meseta, la Alta Andalucía y el sureste peninsular, que tradicionalmente han sido valorados como ejemplos de referencia a la hora de ilustrar el importante papel simbólico que habría adquirido el consumo del vino en las prácticas rituales del mundo ibérico. Dentro de este conjunto de contextos, podemos destacar los *silicernia* de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), la tumba nº 41 de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alacant) o las tumbas principescas nº 200 y nº277 de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (Cuadrado 1987; Rouillard et alii 1994; Blánquez 1995).

La composición de estos conjuntos incluye una presencia muy significativa de vajilla griega, lo cual nos informa de la celebración de unos actos de consumo ritual restringidos a los grupos familiares más cercanos a los sectores sociales dominantes (Blánquez 1995: 228).

Unas prácticas de consumo que toman el *symposion* griego como concepto de estatus social y que deben relacionarse con la celebración de unas ceremonias conmemorativas, estrechamente ligadas a la ideología de unas élites aristocráticas plenamente consolidadas.

Por lo que se refiere específicamente al área del nordeste peninsular, algunos autores han puesto sobre la mesa de manera recurrente la importancia social del banquete (Sanmartí 2004; Sanmartí *et alii* 2006; Vives 2005; López Cachero 2006), aunque no han profundizado de manera específica en estos temas. En este sentido debemos destacar especialmente las aportaciones de Joan Sanmartí en relación a los procesos de cambio social que explican la formación y evolución de las comunidades ibéricas septentrionales, pues, siguiendo fundamentalmente las propuestas de Michael Dietler, sitúa las modificaciones relativas a las políticas de comensalidad y al consumo del vino en el eje de estos cambios sociales (Sanmartí 2001; 2004; Sanmartí y Santacana 2005; Sanmartí *et alii* 2006).

Sin embargo, en el área catalana, disponemos aún de pocos trabajos que se hayan centrado de manera específica en el estudio de estas cuestiones, aunque contamos con algunas excepciones, tanto por lo que se refiere a época ibérica (Pons y Garcia 2008) como preibérica (Graells 2005; Sardà 2008).

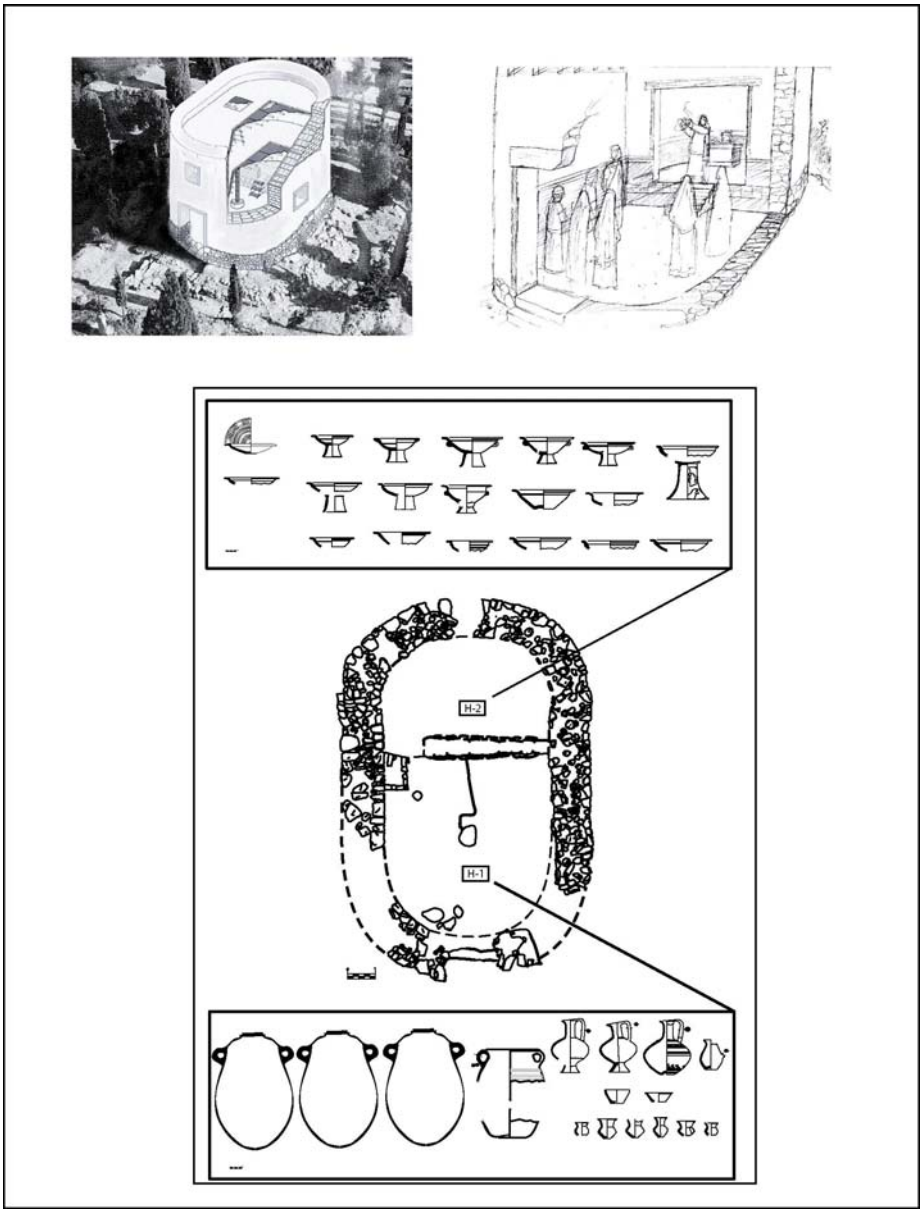


Fig. 3. Elementos de banquete documentados en los ámbitos 1 i 2 del recinto aislado de Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Terra Alta) (Sardà 2008)

En todo caso, en el momento actual debemos destacar dos yacimientos del área catalana, que han permitido avanzar notablemente en el conocimiento de los

rituales de comensalidad. Nos referimos al edificio aislado de Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Tarragona) (580-550 anE) y a la fosa FS362 de Mas Castellar (350-300 anE) (Pontós, Girona), dos casos de estudio que han sido abordados precisamente desde una perspectiva contextual.

El ejemplo de Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs) (580-550 anE) (Fig. 3) admite la posibilidad de trabajar con un contexto idóneo para evaluar aspectos relacionados con los procesos de cambio social que acontecen en la etapa formativa del mundo ibérico, pues se trata de un recinto aislado y arquitectónicamente ostentoso, que concentra una significativa presencia de elementos de marcado carácter litúrgico (*kernoi*, altares-móviles, vajilla inspirada en modelos fenicios, ánforas vinarias) (Bea y Diloli 2005). Estas evidencias, nos indican muy probablemente, la existencia de un centro diferencial con unas funciones especializadas, que parecen estar claramente vinculadas a la gestión de los ciclos ceremoniales y a la promoción social a través del banquete por parte de un grupo familiar emergente (Sardà 2008).

Por otro lado, el estudio de la fosa FS362 de Mas Castellar (Pontós) (350-300 anE) (Fig. 4) ha resultado también de un especial interés (Pons y Garcia 2008), ya que se trata de un contexto que incluye un extenso servicio de vajilla relacionado con el consumo de la bebida y un conjunto muy significativo de restos de fauna depositados en el interior de un silo amortizado. En este caso, la localización contextual de los restos documentados y el alto nivel de integridad que evidencian las piezas cerámicas, parece sugerir una cierta intencionalidad en los parámetros de deposición, hecho que contribuye a remarcar el carácter ritual de la práctica de consumo que habría provocado el relleno de la fosa.

Finalmente, debemos destacar también los resultados que debe aportar el proyecto de investigación del Museu d'Arqueologia de Catalunya *"Menjar i beure en la perifèria del món grecoromà. Tradició cultural i hàbits alimentaris dels ibers septentrionals (segles VI-II a.n.e.)"* que bajo la coordinación científica de Ramon Buxó y Jordi Principal tiene como objetivo el estudio de la alimentación en el mundo ibérico catalán desde una perspectiva interdisciplinaria que considera todos

los aspectos relacionados con el fenómeno alimentario (artefactuales, bioarqueológicos y contextuales). Este proyecto considera los hábitos alimentarios y culinarios, así como su transformación en el tiempo, como uno de los indicadores más eficaces para la comprensión de los procesos de cambio cultural y la modificación de las pautas sociales de las comunidades ibéricas.

En todo caso, en el marco general de los estudios sobre el mundo ibérico, continúan faltando trabajos que se centren de manera específica en el análisis de las tendencias alimentarias y los rituales de comensalidad, especialmente por lo que se refiere al análisis específico de aquellos contextos relacionados con las prácticas de consumo, un campo que a partir de los datos disponibles actualmente (espacios domésticos, contextos funerarios, ámbitos cultuales y/o de reunión documentados en múltiples asentamientos, espacios abiertos de carácter público o comunitario en el interior de los poblados, *favissae*, cuevas-santuario) ofrece muchas posibilidades interpretativas.

De hecho, a la hora de caracterizar las particularidades que presentan los contextos de banquete, pueden resultar especialmente útiles, ciertos criterios interpretativos transculturales que permiten avanzar en la definición y precisión del tipo de prácticas comensales que nos ocupan en cada caso. En este sentido, resulta especialmente destacable la propuesta de James Potter, basada en la valoración de unos parámetros o niveles de análisis, que son aplicables al estudio de contextos fechados en cualquier horizonte de nuestra protohistoria (Potter 2000: 473-475):

1. *Escala de participación y financiación*. Los banquetes siempre implican la celebración de un acontecimiento excepcional, pero existen notables diferencias en cuanto a escala de participación, desde las prácticas que se llevan a cabo en un único hogar familiar, donde se patrocina un banquete en el cual sólo participan los parientes bilaterales o directos, pasando por las celebraciones que incluyen a todas las famílias de un poblado, hasta la celebración regional de ciertos acontecimientos que reunen a los miembros de varias comunidades. Los medios a través de los cuales se financia un banquete y los objetivos que se persiguen, determinan la escala de

participación y su financiación. El hecho de establecer relaciones más allá de la família o del linaje a través de celebraciones de solidaridad, matrimonios, relaciones de intercambio, etc., da lugar a los grandes festines. Cuanto mayor sea la escala de participación en los banquetes, mayor será la capacidad potencial de mejora del poder y del prestigio por parte de aquellos que actúan como anfitriones.

2. *Frecuencia y estructura de las celebraciones*. En gran medida, las diferencias en la estructura de la celebración de los banquetes se deben al nivel de regulación ritual al que éstos están sometidos. La práctica del banquete se asocia habitualmente a calendarios rituales que definen una serie de acontecimientos que se llevan a cabo en momentos del año muy señalados. Pero también hay casos en que la celebración del banquete no responde a un determinado patrón de regulación ritual ni a ningún calendario, sino que se trata de banquetes *ad hoc*, es decir de banquetes que se llevan a cabo en momentos puntuales y con alguna finalidad u objetivo concreto. De hecho, en estos últimos casos, se trata de banquetes que están más claramente orientados a la obtención de prestigio, que aquellos otros que están estructurados en función de un ciclo ritual y que suelen fomentar la cooperación y el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad. Por otro lado, hay que destacar también la celebración de banquetes asociados a los rituales de paso, como las bodas, los funerales o los rituales de iniciación. En todos estos casos, se trata también de prácticas puntuales que no se pueden regular en relación a un ciclo ritual establecido.

3. *Recursos utilizados*. Al tratar el papel social del banquete en los orígenes de la desigualdad, se ha puesto énfasis en el uso de los recursos que son abundantes, la productividad de los cuales puede intensificarse de manera efectiva por los aspirantes a dirigentes. Asimismo, también se ha destacado el uso de los recursos exóticos o poco frecuentes, como medio adicional para ganar prestigio y situar a los individuos en una situación de deuda contractual. De hecho, los recursos que realmente juegan un papel simbólico importante en la obtención de prestigio, son los de acceso restringido.

Generalmente se trata de aquellos productos que deben obtenerse a través del intercambio, o que requieren la aplicación de nuevos recursos tecnológicos. Aunque también forman parte de esta categoría, las grandes piezas de caza o aquellas preparaciones culinarias que requieren una sofisticada elaboración. En estas situaciones, la exhibición pública y la demostración del acceso privilegiado a los intercambios por parte de un individuo, es una de las principales formas de obtener prestigio y ganar estatus.

En definitiva, la posibilidad de vincular ciertas evidencias arqueológicas a este tipo de criterios interpretativos, ofrece la posibilidad de definir con más precisión el tipo de práctica de consumo que refleja el registro en cada caso concreto. Un ejercicio interpretativo que hemos podido aplicar con éxito al estudio específico de ciertos contextos preibéricos del bajo valle del Ebro (Sardà 2010).

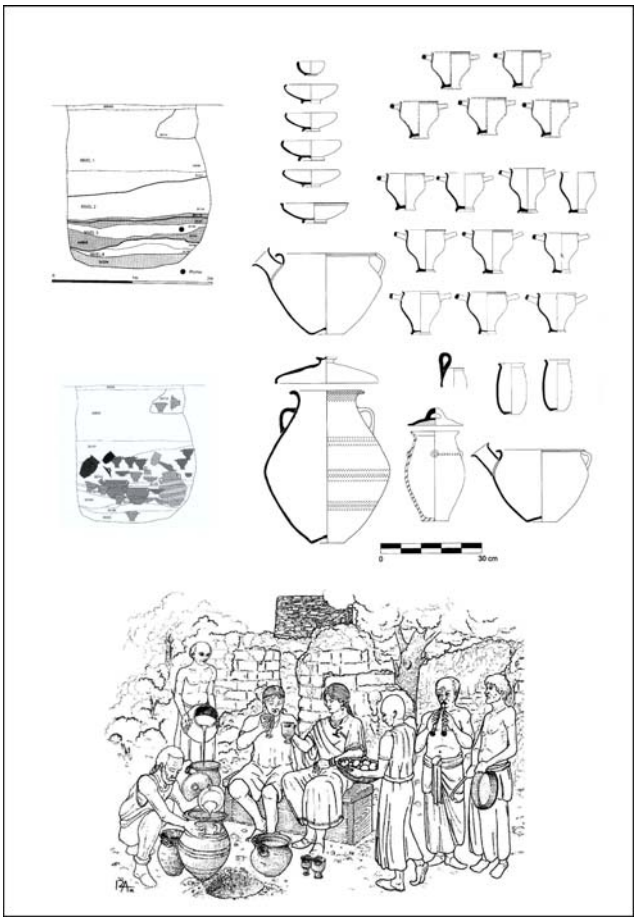


Fig. 4. Conjunto vascular recuperado en la fosa FS362 de Mas Castellar de Pontós vinculado a la celebración de un banquete ibérico (350-300 anE). (Elaboración propia a partir de: Pons i Garcia 2008).

CONSIDERACIONES FINALES

En el presente trabajo, pretendíamos exponer simplemente la conjunción de factores que explican el aumento significativo de importancia que han adquirido, en estos últimos años, los trabajos centrados en el estudio arqueológico de las prácticas comensales.

En este sentido, la valoración estadística del porcentaje de artículos centrados en este tipo de temáticas, nos permite observar un claro y progresivo aumento de los trabajos centrados en el estudio de las prácticas de consumo.

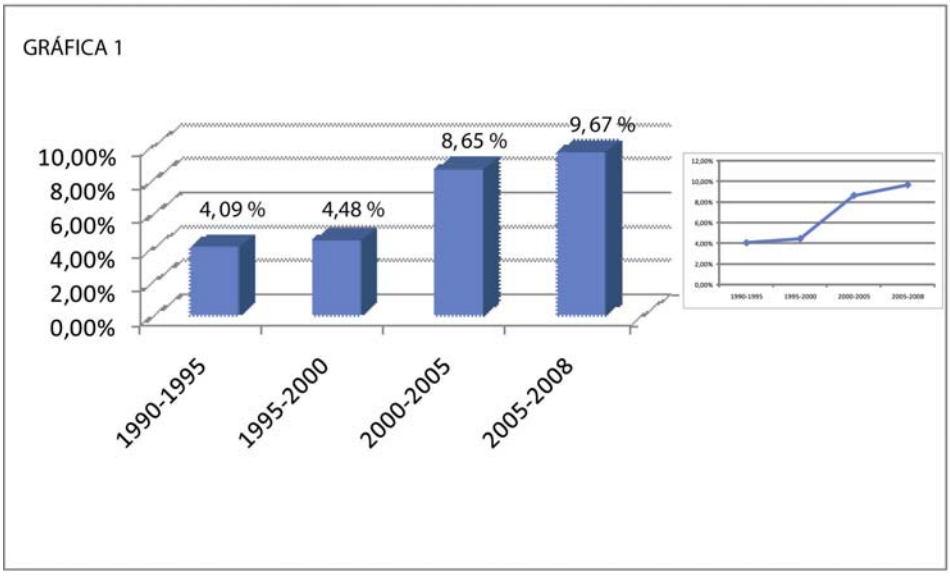
Dicha valoración estadística ha sido efectuada a partir del vaciado sistemático de los artículos que se incluyen en algunas de las publicaciones periódicas más significativas de nuestro país[3]. Así, si en el periodo comprendido entre 1990-1995 éstos representaban sólo el 4,09 % del total de los artículos publicados, en la etapa 2005-2008 el porcentaje llega hasta al 9,67 %. De hecho, es a partir de la etapa 2000-2005 cuando asistimos realmente a un cambio de tendencias muy evidente, pues el número de artículos centrados en este tipo de temáticas supone ya el 8,65 % y prácticamente duplica las tendencias observadas en la segunda mitad de la década de 1990 (Fig. 5).

Es precisamente en este contexto de cambio, donde debemos situar la acertada celebración de una serie de encuentros y congresos que son un claro reflejo del *giro comensal* al que estamos asistiendo. Nos referimos, a una serie de eventos que tuvieron lugar a lo largo del año 2009: el V Ciclo de Conferencias Citerior sobre *"Ideología, prácticas rituales y banquete en el noreste de la Península Ibérica durante la protohistoria"* (Tarragona, Febrero de 2009), la V Reunión Internacional *"Economía agropecuaria y cambio social durante el primer mileno aC en el Mediterráneo occidental, a partir de restos bioarqueológicos"* (Calafell, Abril de

[3] En concreto, dichas valoraciones estadísticas han sido efectuadas sobre el total de artículos publicados desde 1990 hasta 2008 en las siguientes revistas: *Trabajos de Prehistoria, Archivo Español de Arqueología, Complutum, Pyrenae, Zephyrus, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, Saguntum, Cypsela, Spal, Revista d'Arqueologia de Ponent, Lucentum, Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló.*

2009), el Seminario Internacional *"Rituales de comensalidad en las sociedades prehistóricas de Europa y el Próximo Oriente"* (Granada, Junio de 2009) y la IV Reunión internacional sobre economía en el primer milenio aC *"De la Cocina a la Mesa"* (Caudete de las Fuentes, Octubre de 2009).

EVOLUCIÓN PORTENCUAL DE LOS ARTÍCULOS CENTRADOS EN LAS PRÁCTICAS DE CONSUMO QUE SE HAN PUBLICADO DESDE 1990 HASTA EL 2008



REPRESENTACIÓN PORCENTUAL POR PERIODOS SOBRE EL TOTAL DE ARTÍCULOS CENTRADOS EN LAS PRÁCTICAS DE CONSUMO QUE SE HAN PUBLICADO DESDE 1990 AL 2008

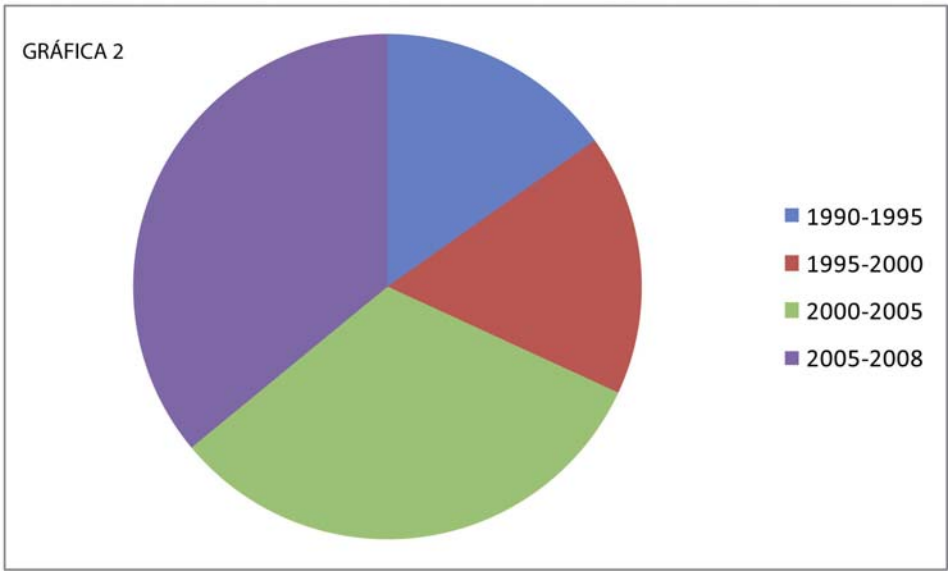


Fig. 5. Datos obtenidos del estudio estadístico referente a los trabajos arqueológicos centrados en las prácticas de consumo publicados entre 1990 i 2008.

Parece pues, evidente, que la publicación de las actas de estos cuatro encuentros debe generar un volumen de información fundamental para sentar las bases sobre una serie de líneas de investigación que deben de tener continuidad en futuros trabajos.

En todo caso, es indudable que la celebración de dichas reuniones supone un punto de inflexión importante a la hora de resituar el consumo de alimentos como uno de los ejes fundamentales de múltiples estudios y proyectos que pasan en el momento actual por plantear dicha cuestión desde distintas perspectivas y con diferentes matices y objetivos.

Sin embargo, la aplicación de un enfoque multidisciplinar (artefactual, contextual, bioarqueológico, antropológico) se nos presenta, hoy por hoy, como una de las opciones más eficaces, ya que permite contrastar distintos puntos de vista y contribuye a la comprensión global de la prácticas de consumo, en sus múltiples manifestaciones.

samuel.sarda@urv.cat

BIBLIOGRAFIA.

-ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): "Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica", en J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, pp. 139-161.

-(1998): "'Precolonización' y cambio socio-cultural en el Bronce Atlántico", en *Oliveira*, pp. 81-100.

-ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. y LÓPEZ-AMBITE, F., (1990): "Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica", *Madrider Mitteilungen* 31, pp. 251-308.

-APPADURAI, A. (1981): "Gastropolitics in Hindu South Asia", *American Ethnologist*, 8, pp. 494-511.

-(1991): "Introducción: Las mercancías y la política del valor", *La vida social de las cosas*, Grijalbo, México, pp. 17-87.

-ARANDA, G. (2008): "Cohesión y distancia social. El consumo comensal de bóvidos en el ritual funerario de las sociedades argáricas", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18, pp. 107-123.

-ARANDA, G.; ESQUIVEL, J. (2006): "Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la edad del bronce del sureste peninsular: la cultura del Argar", *Trabajos de Prehistoria*, 63, Nº 2, pp. 117-133.

- (2007): "Poder y prestigio en las sociedades de la cultura de El Argar. El consumo comunal de bóvidos y ovicápridos en los rituales de enterramiento", *Trabajos de Prehistoria*, 64, Nº 2, pp. 95-118.

-ARMADA, X. L. (2005): *Formas y rituales de banquete en la Hispania indoeuropea*, Tesis doctoral, Universidad de la Coruña.

- (2008): "¿Carne, drogas o alcohol?: calderos y banquetes en el bronce final de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18, pp. 125-162.

-BEA, D; DILOLI, J. (2005): "Elements de representació durant la Primera Edat del Ferro al curs inferior de l'Ebre: el recinte del Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Terra Alta), *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 15, pp. 179-198.

-BELL, C. (1992): *Ritual Theory. Ritual Practice*, Oxford University Press, Oxford.

-BERRY, C. (1994): *The idea of luxury: A conceptual and historical investigation*, Cambridge University Press, Cambridge.

-BERROCAL-RANGEL, L. (1994): *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*, Excavaciones arqueológicas en Capote (Beturia Céltica), II, Universidad Autónoma de Madrid.

-(2004): "Banquetes y rituales colectivos en el suroeste peninsular", *Cuadernos de la Universidad Autónoma de Madrid*, 30, pp. 105-119.

-BLÁNQUEZ, J. (1995): "El vino en los rituales funerarios ibéricos", en Celestino (ed): *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera, pp. 213-240.

-BOURDIEU, P. (1977): *Outline of a theory of practice*, Cambridge University Press, Cambridge.

-(1990): *The logic of practice*, Stanford University Press, Stanford.

-BRADLEY, R. (2005): *Ritual and Domestic Life in Prehistoric Europe*, Ed. Routledge, Londres.

-BRAY, T. (2003): "The Commensal Politics of Early States and Empires", *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Earle States and Empires*, Kluwer Academic/ Plenum Publishers, Nova York.

-CELESTINO (ed.) 1995: *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera.

-(ed.) 1999a: *El vino en la antigüedad romana*, Serie Varia 4, Madrid.

-CELESTINO, S; CABRERA, A. (2008): "El banquete privado y el banquete comunal en el santuario de Cancho Roano, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18, pp. 189-215.

-DE LA BANDERA, M. L. (2002): "Rituales de origen oriental entre las comunidades tartesias: el sacrificio de animales", *Ex oriente lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Ferrer Albelda, E. (Ed.), pp. 141-158.

-DELGADO, A. (2008): "Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18, pp. 163-188.

-DELGADO, A; FERRER, M. (2007): "Cultural Contacts in Colonial Settings: The Construction of New Indentities in Phoenician Settlements of the Western Mediterranean", *Stanford Journal of Archaeology*, 5, pp. 18-42.

-DEMARRAIS, E; CASTILLO, L; EARLE, T. (1996): "Ideology, Materialization and Power Strategies", *Current Antrhopology*, Vol. 37, Nº 1, pp. 15-31.

-DIETLER, M. (1990): "Driven by drink: the role of drinking in the political economy and the case of early Iron Age France", *Journal of Antrhopological Archaeology*, 9, pp. 352-406.

-(1996): "Feasts and commensal politics in the political economy. Food, power and status in Prehistoric Europe", *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*, Oxford, pp. 87-125.

-(1999): "Rituals of commensality and the politics of state formation in the princely societies of early Irona Age Europe", en P. Ruby (eds.): *Les princes de la Protohistoire et l'émergence de l'état, Naples: Collection de l'École Française de Rome* 252, pp. 135-152.

-(2005): *Consumption and colonial encounters in the Rhône Basin of France: a study of early iron age political economy*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 21.

-DIETLER, M.; HAYDEN, B. (2001): *Feasts: Archaeological and Etnographic Perspectives on Food, Politics and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington.

-DOUGLAS, M. (ed.) (1984): *Food in the social order: studies of food and festivities in three American comunities*, Russell Sage, Nueva York.

-ELIADE, M. (1979): *Imágenes y símbolos*, Ed. Taurus, Madrid.

-FLANDRIN, J; MONTANARI, M. (2004): *Historia de la alimentación*, Ediciones Trea, Gijón.

-GARRIDO PENA, R. (2003): *El campaniforme en la meseta: análisis de su contexto social, económico y ritual*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

-GELL, A. (1991): "Los recién llegados al mundo de los bienes: el consumo entre los gondos muria", *La vida social de las cosas*, Grijalbo, México, pp. 143-175.

-GLEDHILL, J. (2000): *El poder y sus disfraces*, Bellatera, Barcelona.

-GOSDEN, C. (2008): *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
-GOODY, J, **(**1995): *Cocina, cuisine y clase*, Barcelona (1ª ed. ingl. 1982).
-GRAELLS, R. (2005): "Sobre el banquet de la primera edat del ferro a Catalunya: els accessoris de condimentació de la beguda", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 15, pp. 235-246.
-GUÉRIN, P. (2003): *El poblado del Castellet de Bernabé y el Horizonte Ibérico Pleno Edetano*, Trabajos Varios del S.I.P., Diputación Provincial de Valencia, València.
-HAYDEN, B. (1990): "Nimrods, piscators, pluckers and planters: the emergence of food production, *Journal of Anthropological Archaeology*, 9, pp. 31-69.
-(1996): "Feasting in prehistoric and traditional societies", *Food and the Status Quest: An interdisciplinary Perspective*, pp. 127-47.
-(2001): "Fabulous feasts: a prolegomenon to the importance of feasting", *Feasts: Archaeological and Ethnographical Perspectives on Food, Politics and Power*, Nueva York, pp. 23-64.
-HODDER, I. (1994): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Ed. Crítica, Barcelona.
-JOANNÈS, F. (2004): "La función social del banquete en las primeras civilizaciones", *Historia de la alimentación*, Ediciones Trea, Gijón.
-JOFFE, A. (1998): "Alcohol and social complexity in ancient Western Asia", *Current Anthropology*, 39 (3), pp. 297-322.
-JUNKER, L. (2001): "The evolution of Ritual Feasting Systems in Prehispanic Philippine Chiefdoms", *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington.
-KERTZER, D. (1988): *Ritual, politics and power*, Yale University Press, New Haven.
-LÓPEZ-CACHERO, J. (2006): *Aproximació a la societat durant el bronze final i la primera edat del ferro: el cas de la necròpolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental, Barcelona)*, Societat Catalana d'Arqueologia, Barcelona.
-MENNEL, S. (1996): *All manners of food: eating and taste in England and France from the Middle Ages to the Present*, University of Illinois Press, Urbana.
-MÉNIEL, P. (2008): *Manuel d'Archéozoologie Funéraire et Sacrificielle. Âge du Fer*. Ed. Infolio Archeodvnvm, Gollion.
-MURRAY, O. (1990): "Sympotic History", *Sympotica: The papers of a Symposium on the Symposium*, Clarendon Press, Oxford, pp. 3-13.
-PERLÈS, C. (2004): "Las estrategias alimentarias en los tiempos prehistóricos", *Historia de la alimentación*, Ediciones Trea, Gijón.
-PONS, E. i GARCIA, LL. (2008): *Prácticas alimentarias en el mundo ibérico. El ejemplo de la fosa FS362 de Mas Castellar de Pontós (Empordà-España)*, BAR International Series 1753, Oxford: British Archaeological Reports.
-POTTER, J. M. (2000): "Pots, Parties, and Politics: Communal Feasting in the Ancient Southwest", *American Antiquity*, Vol. 65, Nº 3, pp. 471-492.
-POUX, M. (2002): "L'archéologie du festin en Gaule préromaine acquis, méthodologie et perspectives". Dins Méniel, P. i Lambot, B. (eds.) *Découvertes récentes de l'âge du Fer dans le massif des Ardennes et ses marges. Repas des vivants et nourriture pour les morts en Gaule*. XXVe

colloque international de l'Association française pour l'étude de l'âge du Fer, Charleville-Mézières, 2001. *Mémoires de la Société archéologique champenoise* 16, pp. 345-374.

-QUESADA, F. (1994): "Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss.V-II a.C.)", *Verdolay* 6, pp. 99-124.

-1995: "Vino y guerreros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia", en Celestino (ed): *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera, pp. 271-296.

-RAPPAPORT, R. (1987): Cerdos para los antepasados. El ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea, Ed. Siglo XXI, México D.F.

-ROJO-GUERRA, M. A.; KUNST, M; GARRIDO PENA, R; GARCÍA MARTÍNEZ, I; MORÁN, G. (2005): *Un desafío a la eternidad: Tumbas monumentales del Valle de Ambrona*. Memorias. Arqueología en Castilla y León, 14. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

-SANMARTÍ, J. (2001): "La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya", *Butlletí Arqueològic*. Època V, núm. 23. Reial Societat Arqueològica Tarraconense, Tarragona, pp. 101-132.

-(2004): "From local groups to early states", *Pyrenae*, 35-1, pp. 7-41.

-SANMARTÍ, J; SANTACANA, J. (2005): *Els íbers del Nord*, Ed. Rafael Dalmau.

-SANMARTÍ, J., ASENSIO, D., BELARTE, M.C., MARTÍN, A., SANTACANA, J. (2006): "La iberització a la Catalunya costanera i central", *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental*, Arqueo Mediterrània, 9, Barcelona, pp. 145-163.

-SARDÀ, S. (2008): "Servir el vino. Algunas observaciones sobre la adopción del *oinochoe* en el curso inferior del Ebro (s. VII-VI aC)", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 65 nº2, pp. 95-115.

-(2010): *Pràctiques de consum ritual al curs inferior de l'Ebre (s. VII-VI anE). Comensalitat, ideologia i canvi social*, Tesis Doctoral, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

-SARDÀ, S; DILOLI, J. (2009): "Arqueologia del banquet. Ritualització, semiòtica dels aliments i anàlisi contextual", *Citerior* V, Arola Editors, Tarragona, pp. 15-56.

-SCHMITT, P. (2004): "Las comidas griegas, un ritual cívico", *Historia de la alimentación*, Ediciones Trea, Gijón.

-SCHMANDT-BESSERAT, D. (2001): "Feasting in the ancient Near East", *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington, pp. 391-403.

-SORENSEN, M. (2000): *Gender Archaeology*, Polity Press, Cambridge.

-VAN DER VEEN, M. (2003): "When is food a luxury?", *World Archaeology*, Vol. 34 (3), pp. 405-427.

-VIVES, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 12, 2005, Barcelona.

Herakleion, 3, 2010, pp. 67-103

ESTRATEGIAS DE ASENTAMIENTO COMO INDICADORES DE CRONOLOGÍA RELATIVA PARA LA EDAD DE HIERRO EN EL NOROESTE IBÉRICO[1]

Martín Xosé Vázquez Mato

Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Vigo[2]

Resumen:

La evolución gnoseológica experimentada por la *Arqueología del Paisaje* en Galicia en las últimas dos décadas ha posibilitado un banco de información básico para comprender las dinámicas sociales, económicas o culturales del Hierro en el Noroeste Ibérico. Esta situación ha permitido superar las concepciones estancas y atemporales derivadas del peso del paradigma histórico-cultural en este tipo de análisis, a la par que afianza la potencialidad del estudio de contextos arqueológicos territoriales pese al recelo historiográfico tradicional sobre tal *praxis*.

Las deducciones que proceden de su metodología, aplicada a los yacimientos castreños más septentrionales, muestran una polarización estratégico-productiva en el reparto espacial de dichos asentamientos. Conclusión que se interpreta como la materialización de dos paisajes arqueológicos distintos y sucesivos en el tiempo, guiados por un proceso de intensificación agrícola aún por confirmar en el marco meridional del Noroeste ibérico.

Conscientes de tal necesidad, presentamos un análisis realizado bajo los presupuestos de la Arqueología del Paisaje sobre los yacimientos castreños de la Baixa Limia ourensana. Un trabajo adscrito a la labor de constatación desarrollado por el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Vigo en diferentes marcos espaciales de la Serranía Interior gallega.

Palabras clave: Arqueología del Paisaje, Edad del Hierro, Castro, Arqueología Agraria, Belicosidad, SIG, Modelos Generales.

Abstract:

The evolution experienced by the *Landscape Archaeology* in Galicia in the last two decades has become a basic method for understanding the social, economic or cultural development of the Iron Age in northwestern Iberian, surpassing the traditional historiographical rejection.

Deductions that derives its methodological procedure in the northernmost Galicia show a polarization in the spatial distribution of his settlements. Conclusion interpreted as the materialization of two distinct and successive archaeological landscapes in time, guided by a process of agricultural intensification that yet to be confirmed in the southern part of the Northwest.

Aware of this need, we present an territorial analysis of the settlements of Iron Age of the Baixa Limia in en el suroeste de Ourense. A study framed within a research line developed by the Laboratory of Archeology at the University of Vigo in different spatial frames of the mountainous interior of Galicia.

Keywords: Landscape Archeology, Iron Age, Hillfort, Agricultural Archeology, Bellicosity, GIS, General Models.

---

[1] Artículo recibido el 27-12-2009 y aceptado el 08-02-2010

[2] Campus Universitario `As Lagoas´, Facultad de Historia (Edificio de Hierro) 2º piso, Local 22. CP: 32004. Ourense. (988-387-262) http://webs.uvigo.es/lauv-web/ / lauv-web@uvigo.es

INTRODUCCIÓN: EL ANÁLISIS DE CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS TERRITORIALES COMO RECURSO POTENCIAL EN EL ESTUDIO DEL HIERRO DEL NOROESTE IBÉRICO.

El sistema europeo de las tres edades en el Noroeste de la Península Ibérica –en adelante NO– concluye con una Edad de Hierro divergente al presentado en el litoral mediterráneo. Mientras en el sector más suroccidental irrumpían aires orientalizantes que marcan el salto del Bronce Final a un Hierro Antiguo (Aubet 2007; Martín Ruiz 2004), en el NO tal influencia, al menos de momento, parece que no se consolida antes de la Segunda Edad del Hierro (Ayán Vila 2005 B; 2008; Ayán Vila *et al.* 2008; Domínguez Pérez 2005; González Ruibal *et al.* 2007 González Ruibal & Rodríguez Martínez 2006).

A diferencia de lo que ocurre en la franja meridional ibérica, el hito más aceptado para marcar este *saltus* temporal en Galicia es la progresiva disminución de la movilidad de las comunidades agropastoriles del Bronce Final. Un proceso que supone el abandono de una práctica secular y el surgimiento de un agrosistema[3] diferente al anterior. Dichas comunidades adoptan la sedentarización de forma definitiva, configurando un modo de asentamiento específico en torno a los valles durante todo el primer milenio antes de nuestra era. (Ayán Vila *et al.* 2007: 146; Carballo Arceo & González Ruibal 2003; Peña Santos 2003: 115).

Partiendo de esta fijación definitiva a un marco territorial concreto, se muestra como incuestionable la importancia del entorno de los asentamientos castreños. Un objeto de estudio único para comprender tal especificidad. Aún más si consideramos la agrafía de la sociedad a examinar, que supeditó la descripción de la Cultura Castreña a la veracidad las fuentes grecolatinas. Dichas fuentes clásicas están fuertemente mediatizadas y claramente descontextualizadas[4], puesto que hacen referencia a un último momento no extrapolable a la totalidad del primer milenio antes de nuestra era.

[3] *"(…) un ecosistema exportador truncado, a la vez estructura y sistema de producción, medio de vida y entorno, en absoluto ajeno al mundo de las mentalidades"*. (Bertrand a partir de Orejas 1995: 62)

[4] Hecho por el que se desestima la inclusión del Hierro del Noroeste dentro de la Protohistoria peninsular, al menos hasta el s- II a.C. (Carballo Arceo 1998: 115)

Pese a esta premisa de partida, el estudio e interpretación del análisis territorial aplicado a la Cultura Castreña muestra todavía a día de hoy un cierto recelo derivado de la quizás excesiva crítica hecha sobre los primeros trabajos englobados bajo la definición de Arqueología Espacial. Estudios donde la dimensión geográfica complementaba el inventario con un repertorio de elementos medioambientales dispares. (Agrafoxo 1992; Carballo Arceo 1990; Xusto Rodríguez 1993)

Estos trabajos han sido reprobados desde numerosos puntos de vista (Fernández-Posse 2002; Parcero 2002), sin reparar en su aportación al reabrir nuevas vías de reflexión teórica y metodológica que situaban el estudio del Hierro del NO en un "verdadero punto de no retorno" (García Sanjuán 2005: 187 a partir de Zubrow & Watson).

Se reabría así una percepción del entorno de los yacimientos castreños que lo alejaba de la mera introducción contextual anterior al ensayo, insertándolo dentro de las propias variables analíticas presentadas. Un proceso metodológico e interpretativo que derivaría en una nueva concepción del contexto espacial dentro de la línea de investigación que ha concebido el paisaje como un "producto socio-cultural creado por la objetivación (…) de la acción social tanto de carácter material como imaginario" (Criado Boado 1999: 5). Definición que refleja el intento de superación del anterior (y censurado) determinismo ambiental, avanzando en la interpretación y estudio de la acción social cotidiana. Proceso que otorgaría plena intelección al registro arqueológico.

De esta revisión estructuralista se deriva una explosión bibliográfica que, consideramos sustancial en la consolidación del análisis de contextos arqueológicos como recurso potencial aplicado al estudio del Hierro del NO. Este aumento en la producción científica[5] se debe esencialmente a la labor desarrollada en la última década por el Laboratorio de Patrimonio (LaPa, perteneciente al CSIC) y el Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe (Lppp, perteneciente a la

[5] Nos referimos aquí tan sólo a aquellos trabajos que han caído en nuestras manos, conscientes en todo momento de la posibilidad de otras investigaciones desconocidas en el momento de redacción del presente artículo.

Universidad de Santiago de Compostela) que de nuevo han sido genéricamente reducidos bajo la definición de Arqueología del Paisaje (Bermejo Barrera 2008).

De entre todos estos trabajos cabría destacar el impulso otorgado al contexto arqueológico territorial en las propuestas desarrolladas por Parcero (2002 y ss.) y Fábrega (2004 y ss.). Dos autores que parecen confirmar una tendencia ya desprendida en las conclusiones de las primeras propuestas espaciales (Carballo Arceo 1998) y que rompían con la idea homogénea, estática y atemporal del poblamiento castreño prerromano. Ahora bien, volteando el análisis territorial con la consideración, ya no sólo de la presencia de recursos, sino con la potencial interacción sobre los mismos

Funcionalismo y Arqueología Espacial primero y Post-procesualismo y Arqueología del Paisaje después, han aportado una metodología y un banco de información básicos en la actualidad. Ello se debe al impulso dado en las últimas dos décadas al desarrollo y aplicación de las nuevas tecnologías, a la reconciliación entre las denominadas arqueología de gestión y de investigación, así como a la toma de conciencia de la necesaria multidisciplinariedad en una especialidad condenada tanto a la autonomía formativa como profesional.

Consecuencia de esta innovadora concepción sobre el análisis territorial es la regeneración, aunque con diferentes fundamentos y metodologías, del estudio regional del que nosotros mismos somos consecuencia. Se desestiman los grandes marcos de estudio inabarcables desde un punto de vista pragmático[6], a la par que se retoman las escalas regionales, comarcales o locales como óptimos marcos contextuales a estudiar. Algunos ejemplos de esta nueva perspectiva investigadora los podemos observar en las monografías analíticas referidas a los castros de Neixón en Boiro, A Coruña (Ayán Vila 2005 B; 2008), y Montealegre en Moaña, Pontevedra (Aboal Fernández & Castro Hierro 2006). Yacimientos en donde no es extraño encontrar análisis sobre la ordenación del asentamiento en relación a su entorno, cálculos de visibilidad, así como análisis geomorfológicos y

[6] Tales como la *plástica castreña* o la *vivienda castreña*, entre otros, que integraba bajo tal definición cualquier muestra relacionada con esta realidad arqueológica sin consideraciones cronológicas o espaciales.

paleoambientales que relacionan los sitios arqueológicos con la organización socioeconómica, política y cultural que los rodea.

En síntesis, a día de hoy se ha superado el retraso de partida inicial con respecto a otros países y comunidades, consecuencia tanto de un particular contexto sociocultural, como del fuerte peso del paradigma historicista dominante en la historiografía de la Edad del Hierro del NO hasta fechas recientes. Al mismo tiempo, se ha asentado una óptica multidisciplinar y diacrónica muy vinculada a las nuevas posibilidades abiertas por la aplicación de los Sistemas de Información Geográfica –en adelante SIG– en el análisis arqueológico del territorio. Proceder que está permitiendo confirmar una dinámica de "domesticación del paisaje desde posiciones seguras y ultra protegidas hacia tierras bajas y abiertas" durante todo el primer milenio antes de nuestra era (Grande Rodríguez 2008: 87). Un proceso que parece reflejar un "binomio estratégico-productivo" con dos paisajes arqueológicos distintos y sucesivos, que son a la vez causa y consecuencia de la alteración antrópica, tanto del espacio habitacional castreño (Ayán Vila 2005 A) como de "otros espacios periféricos" (Fábrega Álvarez 2004: 13) directamente vinculados con actividades de subsistencia (Parcero 1998).

Esta óptica multidisciplinar, centrada en las dinámicas económicas, sigue congregando la mayoría de estudios fundamentados en el análisis territorial, olvidando otro tipo de realidades socio-políticas, culturales o simbólicas, potencialmente vinculables a estos procesos. La dificultad de atestiguar estos procesos en el registro arqueológico, hace que, en cierta medida, se mantenga aún hoy el tabú autoimpuesto derivado del desmesurado misticismo celtista de tiempos pasados (González Ruibal 2008).

PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS A PARTIR DE UNA REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA.

La coyuntura del análisis territorial de los sitios arqueológicos analizados parece confirmar que el binomio estratégico-productivo reproduce, una vez más, algunos de los caballos de batalla que han llenado numerosos artículos y monografías sobre el mundo castreño durante las dos últimas décadas. Por un frente,

la mayor o menor relevancia de la actividad agrícola prerromana en pro de un mayor o menor peso específico de otras actividades tales como la ganadería; y por otro lado, el tan manido componente guerrero de la sociedad del Hierro en el NO.

Si nos centramos en la consideración bélica observamos el lastre derivado del paradigma histórico-cultural en el estudio de la Cultura Castreña en Galicia, pero esta vez desde una perspectiva antitética, pues el axioma historicista tradicional celta-castro-guerra parece mostrarse a día de hoy como ilegítimo[7]. Así, en las últimas décadas se ha optado por una consideración contraria que rechaza el citado carácter belicoso, no porque no existan indicios del mismo pues la propia definición de castro como asentamiento fortificado inhabilitaría tal opción, sino por el componente céltico que tal actividad implica (González García 2006: 130).

En la actualidad, el estado de la cuestión guerrera se ha asentado en la polarización interpretativa derivada de una consideración del registro en clave belicista (González García 2006; Silva 1986) y otra que afronta tales evidencias desde una óptica simbólica o socioeconómica (Calo Lourido 1993; Peña Santos 2003). Sea como fuere, ambas conciben la existencia del interés estratégico en el asentamiento (Peña Santos 1992: 378), bien sea derivada de una tensión social reforzada con elementos defensivos o como consecuencia de la sedentarización y posterior delimitación de los lugares de hábitat (Fernández-Posse & Sánchez Palencia 1998 a partir de Parcero 2005: 12). En suma, ambas vertientes aceptan, aunque sea de modo implícito, la selección locacional derivada de condicionantes socio-culturales. Lo cual permitirá un punto de partida importante en el análisis contextual de los yacimientos en clave estratégica sobre el que luego volveremos (*vid infra*).

Algo similar sucede si despejamos la variable subsistencial del binomio estratégico-productivo. Esto se debe al citado dominio de las fuentes escritas

[7] Pese a encontrarse aún presente en el imaginario colectivo y no pocas veces patrocinado en clave institucional en un sinfín de "fiestas populares" que materializan la falta de difusión de la Arqueología gallega (Orejas 1995: 106; Ibarra Jiménez 2007).

clásicas que terminaron por fosilizar las descripciones estrabonianas[8] que infravaloraban la actividad agrícola de las comunidades del NO. Reseñas que unidas al dominio de las evidencias de recolección en el registro carpológico terminaron por fundamentar una óptica primitivista de la sociedad castreña (Parcero 2007). Un discurso que ha aumentando su consideración como una cultura arqueológica fácil de interpretar (Fernández Posse 2002), sirviendo de argumentación, de nuevo en clave evolucionista, para la consideración de una sociedad donde la agricultura supondría una actividad productiva complementaria hasta prácticamente el cambio de era (Calo Lourido 1993). Hipótesis que ha llegado a motivar la consideración axiomática, hoy en día bastante recelosa, de los molinos circulares como fósiles directores de un proceso de romanización que enriquecía el repertorio agrícola de los castros, hasta ese momento escaso y elemental (Carballo Arceo *et al.* 2003).

A diferencia de este discurso difusionista, en la actualidad varios son los trabajos que han abordado la actividad agrícola propia de las comunidades castreñas. Bien desde una óptica multidisciplinar partiendo de análisis polínicos, carpológicos y paleontológicos (Parcero 1998; 2003; 2007), o bien desde un análisis puramente tipológico y funcional (Teira Brión 2003). Estudios que presentan, de nuevo, una realidad diacrónica mucho más compleja que la reflejada anteriormente, con un amplio elenco de cereales y leguminosas explotados (Silva, Rodríguez López *et al.* & Ramil Rego a partir de Parcero 2002) que reubican la actividad agrícola como esencial desde la Iª Edad del Hierro.

A la vista de los nuevos datos se ha retomado una hipótesis estructural definida como paisaje cóncavo (Criado Boado 1992) que, a modo de metáfora, argumenta la progresiva configuración de los valles durante todo el primer milenio antes de nuestra era en torno a la maximización de las posibilidades de subsistencia en tres espacios: de cultivo, de pastoreo y de bosque (Parcero & Fábrega Álvarez 2006). Áreas potencialmente ubicables en función de la propia localización del asentamiento y del análisis singularizado de los mismos. Ahora bien, la problemática derivada de tal procedimiento parte de las propias particularidades

[8] *"(…) montañeses* [que], *durante dos tercios del año, se alimentan de bellotas de encina, dejándolas secar y triturándolas y luego moliéndolas y fabricando con ellas un pan que se conserva un tiempo (...)"* (ESTRABÓN, *Geografía*, III, 7 según Meana & Piñero).

socioeconómicas de cada comunidad, así como de los condicionantes geográficos específicos de cada zona en concreto, punto de partida de nuestra propuesta analítica.

Si observamos los trabajos presentados hasta ahora [Fig. 1] advertimos que estos han centrado su mirada en el marco más septentrional y occidental de la actual Galicia, y por extensión en una reducida superficie del ámbito geográfico tradicionalmente vinculado a la cultura castreña. Hecho que podría reflejar una realidad parcial, fosilizando la tradicional consideración uniforme del Hierro en el NO, hoy en día bastante discutida (Carballo Arceo & Fábregas Valcarce 2006). De este modo, tal y como el registro material cerámico, entendido como el "reflejo de la sociedad que lo produjo" (Cobas & Prieto 1998), muestra diferentes realidades para el marco norte y sur, este y oeste (Fernández 2008). Es probable que también tenga su reflejo tanto en la atmósfera social (González Ruibal 2008) como espacial, sobre la que nos centraremos *a posteriori*.

Pese a lo anterior, debemos citar también un estudio similar a los practicados en el septentrión gallego en una zona relativamente meridional e interior como es el referido al área arqueológica de las Médulas en León (Sánchez Palencia *et al.* 1996; 2000). Pese a que este ámbito geográfico podría servir de confirmación del modelo propuesto por Fábrega y Parcero, su planteamiento está íntimamente relacionado con la realidad impuesta por los intereses del Imperio Romano en esta zona. Es decir, este estudio certifica un particular poblamiento (y dispersión del mismo) condicionado por la potencialidad minera de Las Médulas, que predispuso el contexto adecuado para la regeneración del asentamiento tipo "castro" como el más apropiado, incluso durante la administración romana. Distinción que incrementa su interés, pero que distorsiona el modelo polarizado perseguido por nosotros.

El sector interior de Galicia y Norte de Portugal, prolongando un vacío documental que perdura desde el inicial interés temporal por los grandes *oppidum* (Ayán Vila *et al.* 2007: 137), ha quedado excluído de este tipo de análisis hasta la actualidad. Bien sea por una obvia carencia de castros excavados o sondeados, con

referencia al litoral[9], que soporten tales procesos analíticos, bien por un cierto recelo historiográfico de los planteamientos presentados por el estudio de contextos territoriales, desconfiando de la utilidad y resultados de cualquier trabajo que no parta de una intervención directa en el registro arqueológico.

Contrarrestando este último punto es donde se inserta la actividad desarrollada en la actualidad por el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Vigo, el cual aglutina varios trabajos de investigación que han centrado sus miras en el marco territorial sancionado con anterioridad desde una óptica más o menos contextual: Grande Rodríguez (2004); Grande Rodríguez (2008); Delgado Borrajo & Grande Rodríguez (2009) para la comarca de Lemos, sita en el sector más meridional de la provincia de Lugo; Punjín García (2007) para As Frieiras, en la comarca de Viana situada en el oriente gallego.

Todos estos trabajos han sido completados en la actualidad por el estudio del tramo más suroccidental de la provincia de Ourense del que se deriva el presente artículo (Vázquez Mato, 2009).

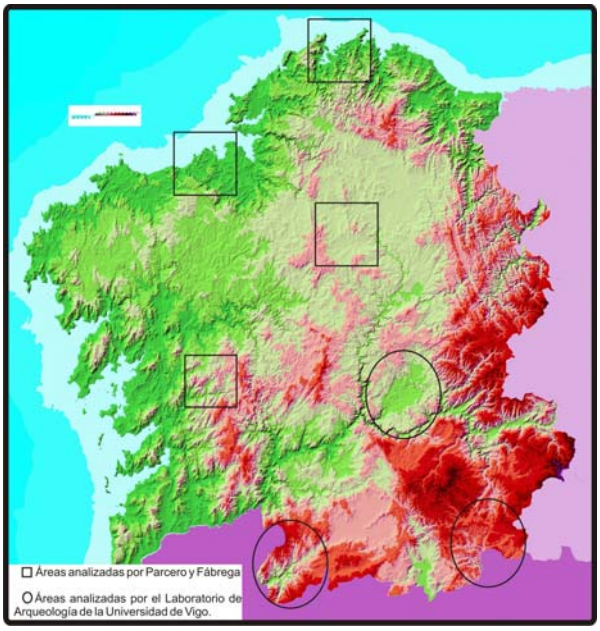


Fig. 1 Mapa hipsométrico de Galicia sobre el que se muestran las áreas analizadas por Parcero Oubiña, C. y Fábrega Álvarez, P. (LaPa-LPPP), frente a la propuesta de estudio presentada por el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Vigo.

[9] Con lo que resulta cuanto menos irónico que sea la Provincia de Ourense la seleccionada como candidata para albergar el *Parque Arqueolóxico da Cultura Castrexa*, dentro de la Red Gallega de Patrimonio Arqueológico.

UN CASO PRÁCTICO: EL MODELO DE LA BAIXA LIMIA[10] OURENSANA.

En base a las pretensiones expuestas en el apartado anterior, centramos nuestra atención en el ámbito cardinal opuesto a los trabajos de Parcero y Fábrega, dentro del marco más meridional de la comunidad gallega.

La zona de estudio se presenta como un espacio conjunto definido por una fisiografía configurada alrededor de una única cuenca de drenaje, el río Limia (Lima en portugués), que es hoy compartida y explotada por los dos países ibéricos. Pese a tal ordenación unitaria, el espacio analizado se caracteriza sobretodo por los fuertes contrastes orográficos que predispusieron una propuesta de sectorización teórica[11] del ambiente analizado, diferenciando hasta tres sectores [Fig. 2]:

- **Sector 1**: Valle septentrional del río Limia, cuyas cotas inferiores hoy son anegadas anualmente por el embalse de As Conchas, definido por unos horizontes amplios debido a un reducido diferencial altimétrico entre los 400-1000 m. y a unas vaguadas secundarias poco encajadas.
- **Sector 2**: Valle más al mediodía del curso medio del Limia, con una manifestación importante de la red secundaria que desagua hacia el apéndice del embalse de O Lindoso de explotación lusa, fuertemente encajado por un relieve circundante articulado entre las cotas mínimas de 400 m. y máximas de 1500 m.
- **Sector 3**: Valle en altura estructurado en torno al curso alto y medio del río Salas, el único curso de agua tributario considerable debido a su longitud y horizontalidad, entre los 800-1000 m. de altura, únicos para la zona. Hoy en día se encuentra también anegado en gran parte de su recorrido.

[10] La **Baixa Limia** ourensana incluye los Concellos de: Bande, Lobeira, Lobios, Entrimo y Muíños, aunque en nuestro estudio incluimos, conscientes de la arbitrariedad de tal división administrativa, pequeñas franjas de los Concellos limítrofes de Calvos de Randín, Porqueira, Baltar, Os Blancos y Verea.

[11] Propuesta planteada en pro de una mejor maniobrabilidad del estudio, sin que tal segmentación implicara, al menos de partida, ninguna consideración sectorial real vinculada con el contexto analizado.

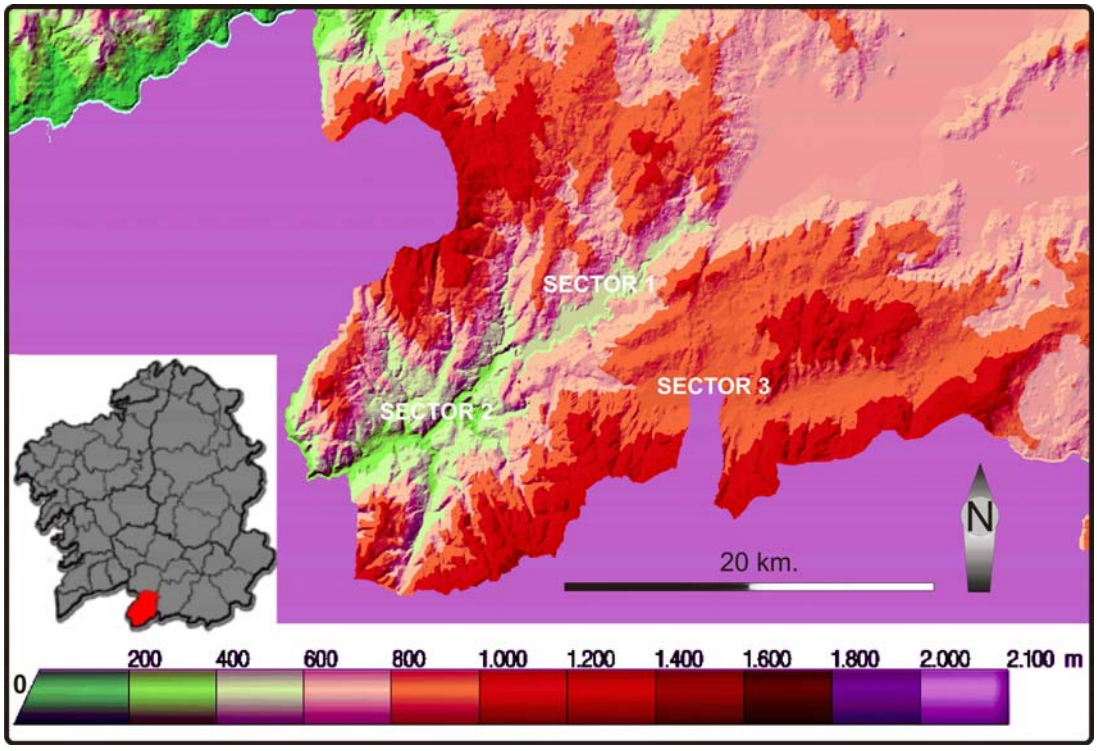


Fig. 2 Propuesta de sectorización teórica a partir del mapa de relieve del ambiente analizado.

La verificación de un modelo: planteamientos metodológicos.

Sobre el marco de estudio escogido registramos un total de trece[12] castros o poblados fortificados confirmados en prospección de gabinete y campo. Homogéneamente asentados en pendientes medias y fuertes superiores al 15 %, pero repartidos de forma desigual por el territorio analizado [Fig. 3]. Así, georreferenciamos alrededor de un 70 % de yacimientos en el sector 1 y solamente un 30 % para la suma de los sectores 2 y 3.

Tal disposición espacial se mostraba favorable para ser analizada de modo conjunto y atemporal, aventurando una potencial centralidad del sector 1 con respecto a las áreas "vacías" o *saltus* de su entorno, a modo de espacios de transición hasta el siguiente agrupamiento (Almagro-Gorbea 2002: 50). Un hecho que reforzaría el discurso clásico sobre la geografía concentrada castreña. Ahora bien, de

[12] A diferencia de los más de cuarenta que indicaba la prospección y catalogación inicial, decidimos descartar los situados fuera de la sectorización propuesta, aquellos gravemente alterados y que imposibilitaban la fiabilidad de su adscripción al momento a analizar, así como varios que consideramos erróneos en su vinculación con la realidad cultural abordada y fundamentados tan sólo en evidencias toponímicas de difícil confirmación y que podrían alterar el análisis propuesto.

implementar tal hipótesis mediante únicamente análisis de territorialidad teórica tradicionales provenientes de modelos de la Geografía Locacional (Teoría del Lugar Central, Polígonos de Thiessen, etc.), estaríamos repitiendo algunos de los equívocos reprobados para los trabajos de la ya citada Arqueología Espacial. Con tal, optamos por vincular el proceso analítico a las mismas variables examinadas en el septentrión gallego, centrando el objetivo de nuestro estudio en la posible adaptabilidad del registrado binomio estratégico-productivo para nuestra zona de estudio como paradigma de la serranía meridional gallega.

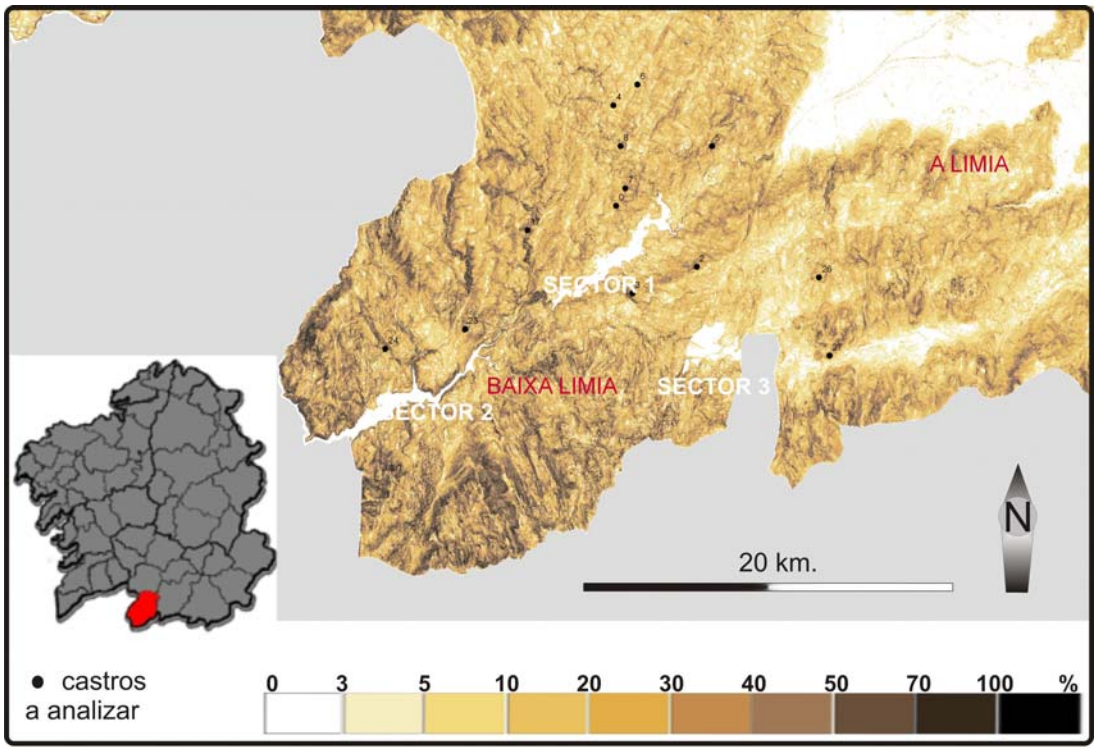


Fig. 3 Asentamientos castreños georreferenciados en relación con el mapa de pendientes de la Baixa Limia ourensana.

Una vez dispuesto el objeto de estudio y el objetivo de confirmación perseguido, este imponía la elaboración de un modelo propio para la zona analizada a partir de un SIG. Su uso permitía además de la tradicional argumentación del manejo rápido y eficaz de gran cantidad de información, someter el proceso al mismo análisis practicado en las zonas a contrastar. Verificando hasta que punto sería posible una atribución entre asentamiento y cronología derivada de diferentes estrategias de interrelación ser humano-medio.

Implementamos un análisis basado en las cuatro variables estudiadas en el modelo formulado por Parcero y Fábrega (2006), aceptando de partida los planteamientos teórico-metodológicos propuestos por ellos. Tal opción implicaba el asentimiento de una *praxis* interpretativa según la cual no se pretende la interpretación de un dato real sino de su representación entendida como cualidad singular cuantificable. Siendo este el punto que hace factible las posibilidades ofrecidas por los SIG, quienes ofertan una potencial representación de la realidad reducida a los mismos errores de conjunto, puesto que se someten a "condiciones equivalentes" (*Ibid.*: 76).

En definitiva, lo que se pretende no es reproducir la realidad para extraer datos incuestionables, sino obtener indicadores objetivos (como la accesibilidad, la altitud, la visibilidad o la potencialidad productiva) que interpretados de manera conjunta con el registro arqueológico puedan dar lugar a eventuales interpretaciones de realidades socioculturales divergentes.

- **Accesibilidad**: se define como las "condiciones de movilidad entre un poblado y su entorno" (*Ibid.*). Su interés deriva de su uso como cuantificador en la relación directa entre el propio castro y el binomio estratégico-productivo propuesto. Resultado posible gracias a la intelección de la proximidad de los recursos potenciales próximos al yacimiento o de la localización estratégica y defensiva de los mismos, sin considerar las propias estructuras levantadas con tal fin: parapetos, fosos… (Fábrega Álvarez, P. 2005: 128)

  Para su cálculo se parte de la máxima de que una persona a pie, sin cargas motrices que limiten su movilidad, se desplaza a una velocidad media de 5 km./h.[13]. Con lo que practicando una sencilla progresión aritmética negativa sin considerar el cansancio acumulado, en tres cuartos de hora se desplazaría 3750 m., en media hora 2500 m. y en un cuarto de hora 1250 m.

[13] Cálculo confirmado en campo por nosotros en grupos de edad inscritos entre los 18-65 años, aproximadamente, en terrenos poco montañosos sin variantes violentas de cota y terreno.

Ahora bien, tal medida fluctuará en función de los condicionantes que limitan el movimiento: puntos simbólicos de paso, vegetación, orografía e hidrografía entre otros. De los cuales solamente es posible cuantificar los dos últimos[14] debido a la inherente condición de temporalidad de la segunda y de lo ininteligible de la primera.

El resultado derivado de tal proceso mostraba para la zona de estudio una polarización clara tanto formal, con accesibilidades -a y desde- el yacimiento desiguales e irregulares o concéntricas; como porcentual, con máximos de superficie accesible alrededor del 60 % y mínimos de 35 % de los ideales, más representativos en la isocrona de 15 minutos referida a la localización concreta del yacimiento. [Fig. 4]

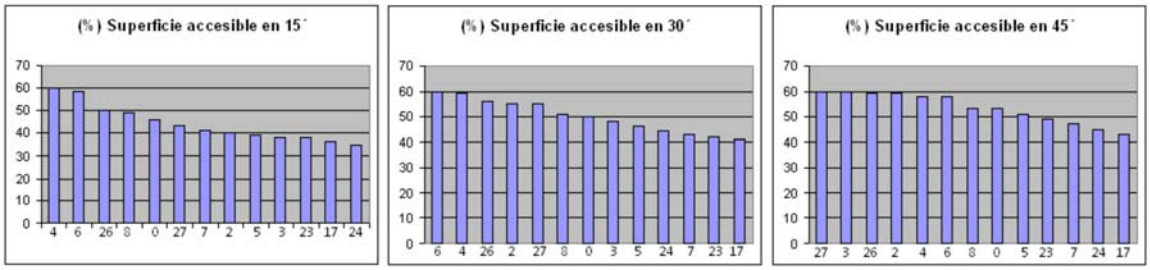


Fig. 4 Porcentajes de superficie accesible con respecto a los ideales en los entornos de 15, 30 y 45 minutos de los castros analizados.

- **Variable altimétrica:** característica inherente a la propia definición de castro como asentamiento en altura, sobre la que se centraron la mayoría de estudios tradicionales para la zona (Cuevillas & Lorenzo 1933: 30).

De su apreciación conjunta y comparada se ha derivado, a menudo, una consideración uniforme propiciada por la localización mayoritaria de los castros analizados entre los 600 y los 1000 metros de altura[15], muy por encima de la media simple de la zona de estudio (641 m.). Reducción que respondía al requisito típico que ha definido a este tipo de yacimientos hasta el momento: una localización en zonas de fácil defensa reforzada por

[14] Mediante el desarrollo de la formulación isotrópica propuesta por Agustín Díaz y la objetivización, categorización y jerarquización de los cursos de agua (estacional, permanente, secundario y principal para la zona de estudio). (*Ibid.*: 76-77, Vázquez Mato, 2009: 53-57)
[15] Donde tan sólo dos escapaban a tal reducción (24, 26).

accidentes naturales y con un dominio, debido a su emplazamiento, de una unidad elemental de territorio. Descripción que ha dado lugar a reflexiones genéricas asociadas a tal particularidad, levantando hipótesis socioeconómicas directas tales como la apreciación en estos factores de una "organización social escasamente compleja y jerarquizada" (Almagro Gorbea 2002: 49).

Ahora bien, la problemática derivada de tal concepción parte de la premisa referencial de la cota 0 que, además de inexistente en la zona, introduce elementos de distorsión comparativa puesto que aborda el contraste sin considerar el entorno inmediato de los propios yacimientos. Un elemento a tener presente para una zona como la estudiada donde se observan diferenciales altimétricos variados según el sector analizado (*vid supra*). Por lo que tal consideración en dos yacimientos situados a la misma altura sobre el nivel del mar (por ejemplo 800 m.), no puede ser la misma para el sector 3 donde el espectro diferencial es mínimo (800-1000m.), que en el sector 2 donde la disparidad de cotas es superior a los 1000 metros (400-1500m.).

Una vez más siguiendo los planteamientos metodológicos aplicados en la zona norte de Galicia, decidimos aplicar la formulación propuesta por Fábrega y Parcero (2006: 77) definida como Altitud Relativa. Una propuesta que introduce la variable contextual del entorno de los yacimientos objetivando tal realidad mediante su grado de prominencia[16] (Altitud Relativa= Altitud Castro – Altitud media del intervalo del entorno analizado). Un proceso que implementado polarizaba la uniformidad anterior en dos tendencias opuestas. Por un lado registramos toda una serie de yacimientos, los más, situados claramente por encima de su contexto inmediato, pero también un 28 % de castros situados siempre en cotas inferiores a la media de su entorno. [Fig. 5]

[16] Sobre la que posteriormente es necesario tipificar el resultado mediante la formulación definida como *Tendencia de Altitud Relativa* (*Ibid.*), no desarrollada aquí por el carácter sumarial de la comunicación pero considerada en la carta arqueológica realizada.

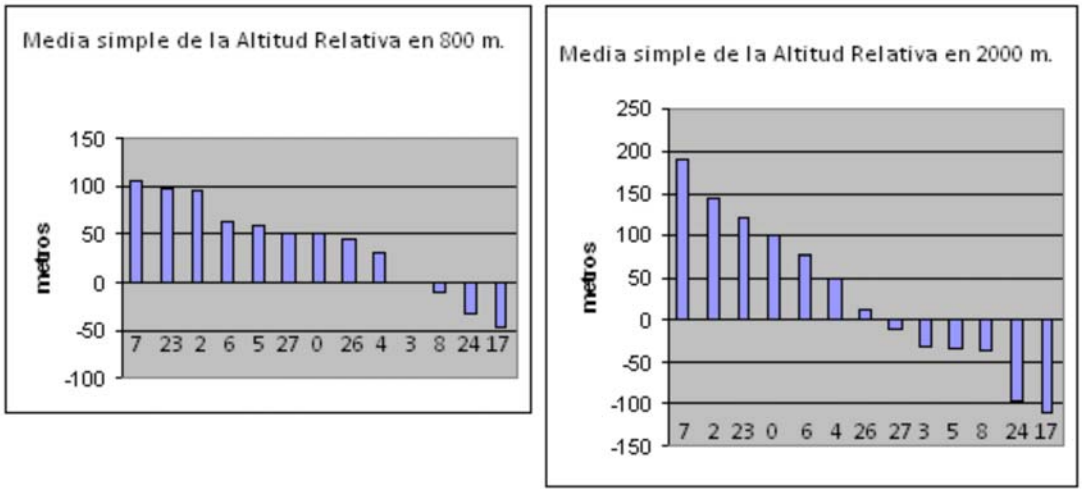


Fig. 5 Media simple de Altitud Relativa en los entornos de 800 m. y 2000 m. radiales de los castros analizados.

- **Visibilidad:** es entendida desde una perspectiva dual (*Ibid.*: 77). Por un lado, como mero indicador cuantitativo y objetivo, sin consideraciones perceptivas, basado en el cálculo de superficie visible desde el asentamiento hasta la primera barrera condicional. Y por otro, jerarquizando el análisis interpretativo posterior gracias a su adscripción a intervalos imaginarios supuestos.

En suma, ambas operaciones vienen a procurar de nuevo una materialización numérica. La mayor cantidad de superficie visible en un asentamiento se concibe como un elemento estratégico-defensivo, mientras la menor y concentrada en las áreas cercanas al mismo es considerada como un demérito en tal condición.

Admitiendo tal argumentación y metodología registramos que ningún yacimiento alcanzaba a cubrir el 100 % de su espacio visible en cada intervalo, algo comprensible si consideramos lo accidentado del terreno analizado. Ahora bien, sí documentamos una oposición evidente entre una serie de castros con valores máximos en los intervalos bajos o medios, y mínimos en la larga distancia, y viceversa. [Fig. 6]

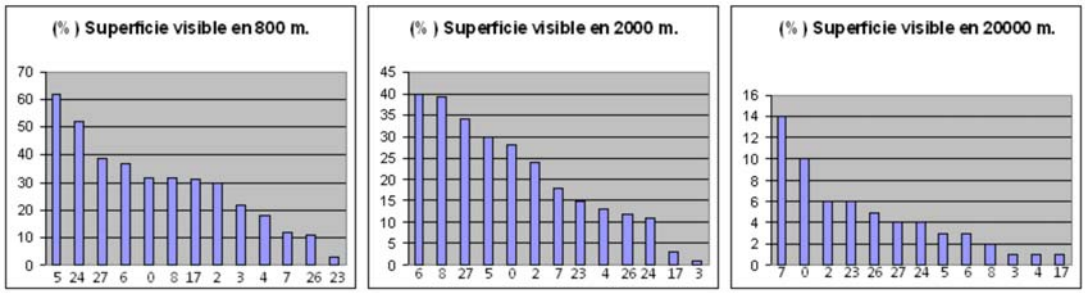


Fig. 6 Porcentajes de superficie visible con respecto a los ideales en los entornos de 800, 2000 y 20000 metros de los castros analizados.

- **Potencialidad productiva del entorno de los yacimientos**: es sin duda, como comentamos en apartados anteriores, una de las variables presentes desde los primeros trabajos que levantaron la mirada del propio yacimiento hacia su periferia y que a día de hoy siguen centrado este tipo de análisis.

Desde el desarrollo de las primeras propuestas espaciales han sido cuantiosos y diversos los modos e intentos de objetivar tal indicador en lo referido a los poblados castreños del NO. Desde simples clasificaciones basadas en los usos actuales del suelo (Carballo Arceo 1986: 61-64) hasta la ordenación de los mismos basados en sus factores de formación y evolución, tales como el clima, la permeabilidad, la pendiente… (Agrafoxo 1992; Carballo Arceo 2002).

Todas estas propuestas han sido criticadas habitualmente por su criterio atemporal, apreciando elementos socio-tecnológicos o ambientales difícilmente extrapolables a la Edad del Hierro. Por lo que partimos de la aceptación previa de estas limitaciones críticas y asumimos la "imposibilidad real de valorar las condiciones de esta variable" (Parcero & Fábrega 2006: 78). Ahora bien, el modelo a contrastar, que también es aplicado en nuestra zona de estudio, opta por la introducción de los términos de potencialidad y relatividad como resolutivos en tal conflicto. Con lo que, una vez más, la significación de una variable como la pretendida no residirá en la importancia o veracidad absoluta del dato en sí, sino en su carácter mensurable y comparativo.

En síntesis, lo que se procura es una simplificación de los suelos analizados en base a criterios relativos a los mismos, lo cual resulta en una hipotética jerarquización de éstos en función de su mejor o menor capacitación potencial para un trabajo agrícola. Proceso que actúa como indicador del binomio estratégico-productivo perseguido en función de su distancia y accesibilidad a los asentamientos castreños.

En base a esto último, y a diferencia del modelo a contrastar, optamos por descomponer la consideración de tal variable en dos frentes que reforzaran tal presuposición teórica. Por un lado, considerando su caracterización geológica y edafológica a partir del trabajo de Guitián Ojea (1974; 1982) y por otro contrastando esta primera resolución mediante el trabajo de Díaz-Fierros y Gil Sotres (1984). Un estudio, este último, usado como monitor categórico de la aptitud potencial de los suelos de la Baixa Limia ourensana, puesto que su sistematización discrimina la concepción temporal y tecnológica, concentrándose en tres datos básicos: su localización (pendiente, profundidad…), el horizonte térmico (atendiendo al riesgo de heladas anuales) y el régimen hídrico (según la mayor-encharcamiento o menor-sequía concentración de agua en los mismos)[17].

Partiendo de tal dualidad ilustrativa, observamos como desde un punto de vista litológico el trabajo de Guitián Ojea desprende una preponderancia de rocas migmáticas nebulíticas y de material granítico para la zona que limita los aluviales arenosos a los márgenes fluviales. Un hecho esclarecedor y unitario, puesto que su predominio es mayoritarío en todo el sector occidental de Galicia (Pérez Alberti 1986: 9). La consecuencia directa es la distinción de tres sectores edafológicos desiguales para el marco de estudio:

-Zonas más elevadas con litosuelos y protoranker.

[17] No citamos aquí el grado de fertilidad o disponibilidad de nutrientes puesto que su valor, al igual que en el resto de Galicia, es constante para la zona de estudio: bajo (4), lo que no aportaría ningún dato significativo al análisis.

-Áreas intermedias en pendiente a media ladera con suelos ranker poco profundos.

-Zonas de valle con pendientes suaves y tierras pardas con mayor profundidad.

Por otro lado, retomando la confrontación con el modelo de Parcero y Fábrega, el trabajo de Díaz Fierros y Gil Sotres nos permitió injerir y considerar otro tipo de condicionantes inherentes a los suelos como su localización o régimen hídrico, sobre los que prestaremos mayor atención debido a la uniformidad del régimen térmico mostrado para la zona, con riesgo de heladas superiores en todos los casos a los seis meses. Observando de nuevo una distinción territorial evidente que reforzaba la sectorización propuesta por nosotros al comienzo:

-46´5 % de suelos poco profundos, con gran abundancia de afloramientos rocosos y fuertes pendientes, mayoritarios en el sector 2 (67 %), con alto riesgo de sequía estival.

-47´9 % de suelos con profundidades de medias a moderadas debido a su localización en áreas en pendiente o a media ladera que aumentan su potencial erosión, predominantes en el sector 1 (51 % de los mismos), con un riesgo medio de sequía estival.

-5´6 % de suelos con profundidad suficiente para cualquier tipo de vegetación, sin ningún riesgo de erosión, prácticamente únicos en el sector 3 (85 % de los mismos), ni de sequía estival presentando incluso capas freáticas en superficie de manera ocasional.

En conclusión, la lectura propuesta por Fábrega y Parcero para las áreas de Campo Lameiro, A Coruña y Ortegal no se cumple en el sector meridional analizado. Tal afirmación pasa por la abrumadora mayoría de

suelos desnudos o poco productivos. Así, su localización en pendientes pronunciadas, con afloramientos rocosos en superficie, imposibilitan cualquier intento potencial de aprovechamiento agrícola, aunque no cinegético o recolector propios de los "otros espacios" de pastoreo y bosque.

La mayoría de los suelos vinculados a los yacimientos arqueológicos analizados presentan profundidades medias y buenos drenajes, pero su localización en laderas con pendientes y regímenes hídricos elevados potencian su erosión, por no citar el alto riesgo de heladas siempre superiores a los seis meses. Tan sólo un reducido 5% de suelos reúne unas condiciones óptimas de profundidad, drenaje, etc. para un cultivo intensivo de altos rendimientos. Aunque su localización minoritaria en suelos actualmente aterrazados en los sectores 1 y 2 presuponen una condición temporal desconocida no extrapolable, de momento, a la Edad del Hierro. Además, su presencia es casi exclusiva del sector 3, con cotas siempre superiores a los 800 m. de altura de las que se deriva un régimen térmico severo con heladas entorno a los 7´5-9 meses.

En conclusión, el potencial paisaje productivo de la zona de estudio durante el marco temporal analizado muestra una uniformidad carencial de tierras con posibilidades de cultivo intensivo de altos rendimientos bajo los parámetros condicionales propuestos para el septentrión gallego. Aunque tal característica no presupone una simplificación del mismo ni en lo referido a la unidad de análisis ni a la sectorización propuesta. Así pues, intuimos como el área accesible en 15 minutos de los castros analizados descarta casi por completo los litosuelos o protoranker, lo cual a su vez minimiza los suelos tipo F y G por el predominio de las clases D y E[18], en las que se vislumbra una polarización entre suelos ranker y tierras pardas (bien mesotróficas, bien oligotróficas), principal indicador extrapolable del análisis propuesto [Fig. 7].

[18] Clasificación propuesta en el trabajo de Díaz Fierros y Gil Sotres (1984) con caracteres que van desde la A a la G, siendo A y B las tierras potencialmente óptimas en relación a su localización y profundidad, solo presentes en el sector 3, C y D medias, E mínimas y, por último, F y G improductivas.

Observamos, en suma, un interés manifiesto en el asentamiento prioritario sobre el sector 1, frente al dominio de suelos netamente improductivos del valle más al mediodía o sector 2 y al severo régimen térmico del valle en altura del Salas o sector 3.

Sea como fuere, el modelo de paisaje propuesto por Fábrega y Parcero con una dualidad en el espacio de cultivo se manifiesta aquí con menor claridad que en las zonas estudiadas por estos, acercándose más al "confuso panorama" del área de Friol –Lugo- (Parcero Oubiña, C. 2002). Así, aunque se detecten ligeras diferencias en las pautas de explotación del espacio de cultivo, se muestra como necesaria una futura revisión singular e individualizada de cada yacimiento y su entorno inmediato. Con lo que no consideramos apropiado aplicar la propuesta metodológica defendida en otras áreas para categorizar el potencial productivo relativo de los suelos de la Baixa Limia ourensana y, por extensión, de las zonas de serranía interiores del Noroeste.

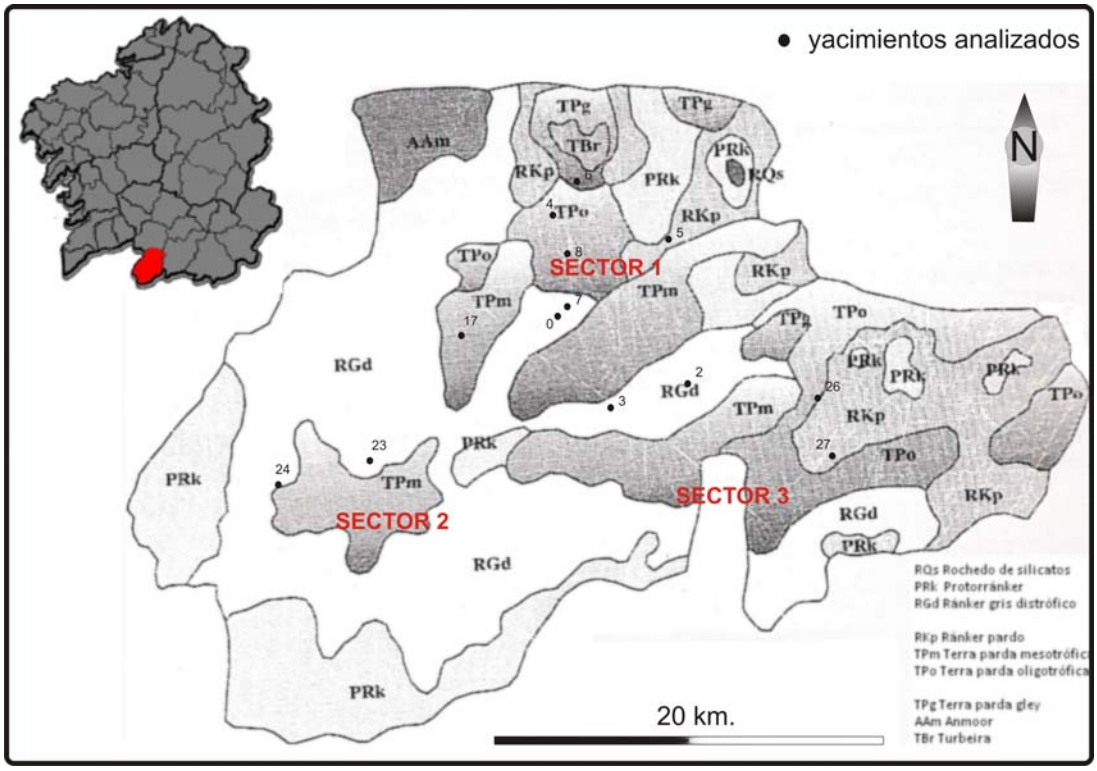


Fig. 7 Asentamientos castreños georreferenciados en relación con la configuración litológica y edafológica de los suelos de la Baixa Limia ourensana a partir de Guitián Ojea.

El modelo como paradigma: la Baixa Limia ourensana como arquetipo del paisaje estratégico de las áreas de serranía del interior de Galicia.

La homogeneidad del espacio de cultivo registrado en el análisis sobre los asentamientos castreños de la Baixa Limia ourensana, muestra una insuficiencia documental para confirmar el binomio estratégico-productivo propuesto en esta zona. Esto imposibilitaba a su vez un análisis comparativo asentado en la totalidad de las variables desarrolladas para el septentrión gallego. Motivo por lo que la posibilidad de derivar cronologías relativas al asentamiento a partir de la confrontación de modelos de análisis contextual quedaba sujeta únicamente al cotejo de la consideración estratégica.

El hecho de aventurar cronologías a partir de apreciaciones de índole defensiva en la Cultura Castreña se muestra como un proceder habitual, bien tomando como referencia el estudio de las construcciones en positivo como parapetos o murallas, o bien los elementos en negativo como los fosos. Podemos vislumbrarlo tanto dentro de la hipótesis bélica como en la contraria. (Carballo Arceo 1983; Peña Santos 2003: 126-127; González García 2006: 148)

Sea como fuere, pese a esta disparidad de interpretaciones, todas estas propuestas aceptan una selección locacional estratégica, detectada incluso para aquellas propuestas negacionistas sobre la existencia de la “guerra” en la Cultura Castreña, aceptando la localización de yacimientos en zonas altas “por razones de vegetación y por la incapacidad o falta de ganas de enfrentarse a ella” (Calo Lourido 1993: 188). Así, la disparidad de interpretaciones sobre la funcionalidad y finalidad de la fortificación y defensa de los yacimientos analizados, se mostrará más uniforme en el hecho de aceptar una localización selectiva del emplazamiento fisiográfico.

La caracterización objetiva del castro y su entorno, junto con la lectura del registro arqueológico disponible, muestra la posibilidad de agrupar los elementos concomitantes y a su vez despertar hipotéticas cronologías relativas a partir de

procesos comparativos. Un proceder desarrollado para la zona analizada deduciendo dos diferentes estrategias de ocupación del espacio e interacción con el mismo. El cual debe ser interpretado a su vez como una evolución tanto en la consideración de la existencia de tales comunidades como de las prácticas sociales desarrolladas por las mismas. (Cañada González 1999: 655)

- **Modelo en altura:** Conformado por una serie de castros cuya característica localización en espolones, cerros o collados los muestra proclives a la prominencia, situados siempre en posiciones dominantes con valores superiores a su entorno, tanto en la media como en la larga distancia. Un emplazamiento del que se deriva una excelente superficie visual, pero de la que dimanan dos consideraciones: una cuantitativa, referida a la concentración de mayor superficie visible en las áreas superiores (2000 m. y 20000 m.), y otra cualitativa, tendentes a la principal red hidrográfica (río Limia) pese a su distancia real de la misma.

Este grupo de yacimientos muestran una accesibilidad difícil de computar de modo colectivo, siendo la desigualdad porcentual y formal la característica más sobresaliente de estos. Con lo que advertimos una dualidad manifiesta en esta variable derivada del emplazamiento:

- Por un lado, una agrupación de castros que estimamos en denominar "tipo Pena Maior" (Vázquez Mato, 2009: 148), por ser este el yacimiento más representativo de tal variedad. Su situación se vincula con cerros prominentes que posibilitan una cuenca visual de tendencia circular sobre las divisorias de aguas, lo que condiciona una accesibilidad siempre por debajo de la media, pero polarizada en torno a un acceso medio concéntrico en la isocrona de 15´ y más reducido y desigual en las franjas temporales superiores a 30´ y 45´.

- Por otro, un conjunto desemejante a los anteriores que agrupamos

bajo la denominación "tipo Lobosandaos" (Vázquez Mato, 2009: 150). Yacimiento que representa una serie de castros asentados siempre en zonas con una alta prominencia en lo referido al análisis altimétrico. Ahora bien, de su emplazamiento en espolones a media ladera, conectados por alguno de sus márgenes a la misma, se deriva una perdida de dominio visual circular, adquiriendo una morfología más cercana al abanico en pro de una mayor concentración y cercanía sobre la red hidrográfica principal, así como también un aumento considerable en la accesibilidad a y desde el castro.

- **Modelo de fondo de valle secundario:** Agrupación teórica enmarcada para la zona de estudio bajo la tipología "Castro de Rubiás". Paradigma bajo el que englobamos a una secuencia de castros que mantienen su ubicación tendente a la prominencia, sobre todo inmediata, situándose en pequeñas elevaciones naturales.

La diferencia esencial con el modelo anterior parte de su emplazamiento en zonas bajas, mostrando una tendencia inversa en la Altitud Relativa al entorno aledaño, y principalmente en relación a los radios superiores a los dos kilómetros. Hecho que condiciona, a su vez, una reducida superficie visible desde el yacimiento, concentrada en las zonas contiguas al mismo sobre las que tiende una accesibilidad uniforme y siempre superior a la media. Remarcada por la morfología de los valles secundarios en los que se encuadran, con cursos fluviales tributarios siempre en diámetros cercanos no superiores a 500 metros.

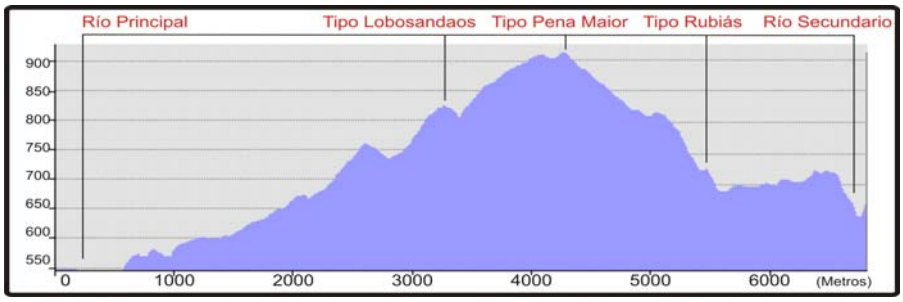


Fig. 8 Tipología de asentamientos propuestos en relación con la orografía y la red hidrográfica de la Baixa Limia ourensana.

Del dato a la verificación: confrontación e interpretación del modelo propuesto.

Una vez que estructuramos los datos derivados del análisis contextual, el resultado muestra una imposibilidad manifiesta de confirmación comparativa con el modelo propuesto en el septentrión gallego (Fábrega Álvarez 2004: 13; Parcero 2002), al menos en lo referido al factor productivo. Pero, en el resto de variables el estudio de la Baixa Limia, demuestra una polarización evidente que deben ser interpretadas en relación directa tanto con el reducido registro arqueológico a nuestro alcance[19], como también con otras áreas analizadas de modo similar[20].

Si confrontamos los castros enmarcados dentro del propuesto modelo en altura con la zona más cercana a estos, tanto espacial como geográficamente, observamos una serie de símiles con el formulado Primer Patrón de Asentamiento para la zona de Frieiras, en el sector más oriental de la Provincia de Ourense (Punjín García, 2007: 126-131). A la par que guarda semejanza con las tipología A y B1 para la Comarca de Monforte del interior lucense (Grande Rodríguez 2008: 93-94). En este caso, las variables de altitud relativa, visibilidad e inaccesibilidad marcan la concepción estratégica derivada de la categorización concomitante característica de tal arquetipo.

Si nos centramos únicamente en el emplazamiento espacial y el lugar que estos yacimientos ocupan respecto a su entorno, de modo similar al propuesto para la Comarca del Deza en el interior de la Provincia de Pontevedra (Carballo Arceo 1986; 1990), observamos un característico Tipo A para aquellos yacimientos incluidos en la subdivisión “tipo Pena Maior” frente una variante del Tipo C para los “tipo Lobosandaos”, de lo cual se deriva una adscripción cronológica para ambos relativamente temprana, enmarcada en torno los siglos VIII-V a.C. (Parcero 2002).

[19] Debemos citar aquí la carencia casi absoluta de intervenciones arqueológicas sobre los castros analizados, reducidas a pequeñas reseñas de inventario y catalogación (Rodríguez Cao 1991; Eguileta Franco *et al.* 1991), hallazgos en superficie (López Cuevillas & Lourenzo 1938; Cavada Nieto 1972) o condicionadas por una falta de documentación derivada de una práctica anterior a la regulación de tal actividad (Rodríguez Colmenero 2000).

[20] Tomaremos como referencia aquí tanto los trabajos de Parcero & Fábregas en las áreas de A Coruña, Friol-Lugo, Campo Lameiro-Pontevedra y Ortegal, que han centrando la confrontación del modelo subsistencial propuesto por estos, como lo referido a la Comarca del Deza-Pontevedra de Carballo Arceo (1986; 1990), las áreas interiores de Monforte-Lugo de Grande Rodríguez (2008) o Frieiras-Ourense de Punjín García, A.J. (inédito).

Conclusión dimanada también para otras áreas más alejadas como Ortegal, en la confluencia más septentrional de las Provincia de A Coruña y Lugo (Fábrega Álvarez 2005: 137- 140), encuadrando este tipo de yacimientos como propios de la Primera Edad del Hierro.

Si centramos ahora nuestra atención en la ordenación practicada bajo el modelo de fondo de valle secundario los resultados se muestran divergentes. Así pues, mantiene relativas similitudes con el propuesto 2º Patrón de Asentamiento en Frieiras (Punjín García, 2007: 131-136), debido a una pérdida total del elemento estratégico-defensivo. Pero, en este caso, se relativiza la consideración de la variable de intensificación agrícola como indicadora de tal proceso, al menos de momento. Así, nuestro patrón se acerca más a la tipología B presentada para Monforte (Grande Rodríguez 2008) en la que jugarían un papel esencial las condiciones de movilidad condicionada por el discurrir de los valles secundarios.

De igual modo, si observamos de nuevo únicamente la condición posicional del enclave en sí, percibimos una cierta relación con los modelos B y, en menor medida D, propuestos por Carballo Arceo (1986; 1990) para la comarca del Deza. Clasificación que los vincularía con las fases II y III del mundo castreño -s. IV a.C.- II a.C. y I a.C.- I d.C. respectivamente- (Parcero 2002) y, a su vez, con el paisaje presentado por Parcero y Fábrega (2006: 80-81) para el septentrión gallego durante la Segunda Edad del Hierro, siempre y cuando no atendamos a la variable subsistencial, o de potencialidad agrícola.

Ahora bien, tal propuesta de cronología relativa debe ser matizada por otras dataciones desprendidas del registro arqueológico recuperado. Así, pese a que la hipótesis de adscripción temporal de los yacimientos en altura “tipo Pena Maior” como asentamientos de la Primera Edad del Hierro no muestra impedimentos, puesto que no poseemos para la zona ninguna referencia propia de los mismos[21], dicha atribución para el “tipo Lobosandaos” muestra un dualismo manifiesto:

[21] Y la propia carencia de estos podría considerarse ya como un indicador de un momento constructivo inicial, caracterizado por el reducido impacto de construcciones en materiales perecederos o sistemas defensivos negativos. (Parcero 2005)

- A partir de las referencias que sobre este castro dan Cuevillas & Lourenzo (1933: 10), haciendo mención a la recogida en superficie de pequeños fragmentos con decoración incisa en zig-zag y triángulos contrapuestos. Cita que evidencia la tradición rectilínea del Bronce Final propia de un Hierro incipiente (Rey Castiñeira 1998: 228; Cobas & Prieto 1999: 87; González Ruibal 2007: 262, entre otros).

- Considerando el reciente estudio formal y tipológico practicado por nosotros (Vázquez Mato, M. X., en prensa) sobre una reducida muestra del material cerámico recuperado en las intervenciones sobre el sector B del citado castro de Lobosandaos en 1984 (Rodríguez Colmenero 2000). De tal examen se deducía la imposibilidad de retraer tal conjunto más allá de la Fase II referente a la Segunda Edad del Hierro [Fig. 9], con una ocupación prolongada hasta la Fase III, ya bajo dominio romano, manifestada en la existencia de tégulas y numismas del cambio de era (Augusto y Tiberio).

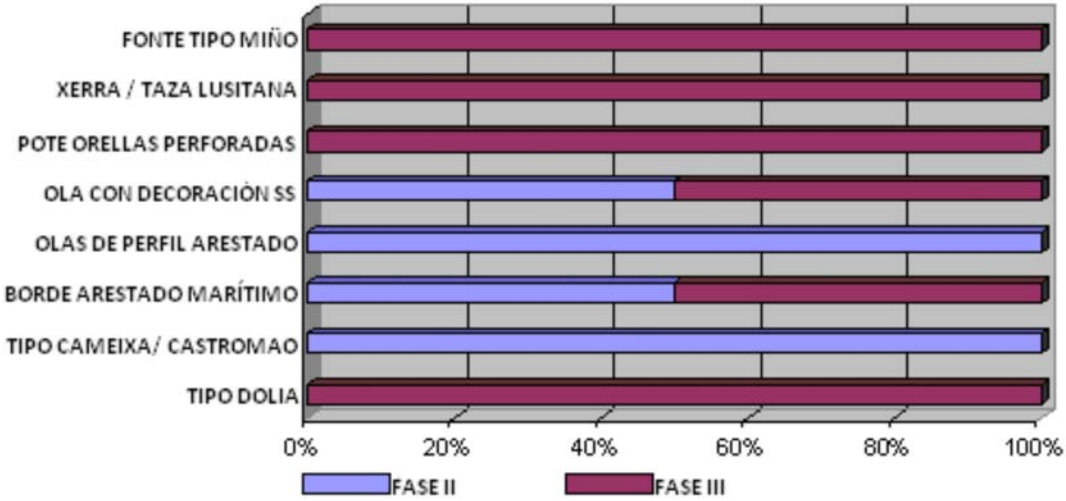


Fig. 9 Reparto porcentual de probabilidad de adscrición cronológica mediante analítica formal de la muestra cerámica proveniente del castro de Lobosandaos

Por último, menos problemática será la correlación entre los yacimientos vinculados con el fondo de valle secundario y la Segunda Edad del Hierro. Así, pese a no contar con ninguna intervención directa sobre este tipo de asentamientos, son numerosos los materiales recogidos que indican una vinculación con la Fase III: numismas, epígrafes, un águila de bronce, esculturas antropomorfas… (Cuevillas & Lourenzo 1938; Cavada Nieto 1972).

Un registro que obviamente esta indicando el fuerte impacto inducido por la administración imperial romana en la zona, ya que está surcada longitudinalmente por la Via XVIII. Por lo tanto, a diferencia de los modelos anteriores, aquí sería necesario verificar precisamente el principio contrario. Elementos de adscripción anteriores relativos a la Fase II (prerromana) que descarten una posible construcción condicionada, de modo similar a lo comentado para la zona arqueológica de las Médulas. No obstante, dichos enclaves –a falta de intereses mineros en la zona– pudieron surgir como *caput civitates* de creación *ex novo* (Rodríguez Colmenero & Ferrer Sierra 2006: 141) o vinculados al propio trazado alternativo de la vía que unía la Via XVIII con Lugo (Rodríguez Colmenero *et al.* 2004: 700).

EVALUACIÓN, SÍNTESIS Y PERSPECTIVAS.

A modo de valoración concluyente, el aceptar tales supuestos e indicadores hipotéticos derivados del estudio practicado lleva consigo también la predisposición de otra máxima: aceptar el hecho de que "el ser humano inscribe sobre el paisaje ciertas formas de su existencia" (Willey a partir de Orejas 1995: 51) en tanto que cualquier comunidad humana organiza su espacio vital. El asentimiento de tal axioma teórico posibilita el proceso implementado *a posteriori*, el cual se basa en el aforismo de la inexistencia de una sociedad "acartógrafa". O dicho de otro modo para el marco que nos ocupa: aceptar que "el castro se presenta como respuesta material a las relaciones sociales de producción, económicas, políticas y culturales de la sociedad que los habitaba" (Cañada González 1998: 655-656).

Ahora bien, la problemática derivada de tal aceptación parte de su propia existencia. Nuestro concepto espacial inteligible en la actualidad pone en duda el prisma de nuestra objetividad para, mediante un método regresivo, comprender tal cosmovisión pasada. Deberemos partir de nuestra incapacidad de reconstrucción de un tiempo pretérito en tanto a su percepción, pero no en cuanto a su manifestación material variable en relación con el entorno. Así, aunque jamás seremos capaces de comprender la percepción desprendida por el objeto de estudio, sí podremos cuantificarla y compararla. Obteniendo indicadores diferenciales que, relacionados

con otros yacimientos y su registro arqueológico, nos permitan elaborar hipótesis de cronología relativa como se ha tratado de mostrar aquí.

Partiendo de lo anterior, varias son las deducciones que se desprenden del estudio practicado. Si consideramos la óptica metodológica, esta viene a reincidir en la potencialidad evidente manifestada en la actualidad por el análisis de contextos territoriales. Un proceder que ha permitido romper con la consideración estática e inamovible del yacimiento arqueológico tipo castro, tradicionalmente relativizado en su proceder socioeconómico al considerar su complejidad sólo bajo dominación romana (Calo Lourido, F. 1993: 46).

La actividad desarrollada por el LaPa-Lppp y la reciente propuesta de contrastación iniciada por el LAUV del que se deriva este trabajo, están encaminados a dar un paso más en el estudio del paisaje diferencial del Hierro del Noroeste. En este caso referente a la serranía meridional del interior frente otros marcos más septentrionales, relativizando la importancia de los modelos uniformes de determinación medioambiental.

En suma, este tipo de estudios no resta, como se ha querido ver muy a menudo, la obvia necesidad de intervención e interpretación del registro arqueológico, sino que suma enteros a tal propuesta metodológica. Es más, tal y como hemos procedido, se muestran como complementarias y esenciales en la verificación de modelos hipotéticos, pues la propia naturaleza del registro arqueológico parte de su componente material, sin el cual el análisis sería una pura entelequia.

En base a todo esto, y a modo de síntesis, la existencia de diferentes estrategias de asentamiento detectadas para la Edad del Hierro en la Baixa Limia ourensana, a partir de consideraciones netamente estratégico-defensivas, es interpretada como la materialización de una sociedad cambiante (González Ruibal 2008: 18) concretada en una polarización de su situación. Aquellos castros englobados dentro del propuesto modelo en altura “tipo Pena Maior” destapan la primera muestra de sedentarización definitiva de la zona de estudio (Grande

Rodríguez 2008: 114) a partir del principio de delimitación del mismo (Parcero Oubiña 2005: 16). Con lo que este tipo de castros muestran una adaptación plena a su emplazamiento, delimitado mediante terrazas y moderadas combinaciones de foso y parapeto que rodean los cerros principales (6, 7, 27).

La inversión de trabajo en este tipo de yacimientos se reduce como mucho a pequeños lienzos de muralla que acotan la vaguada de habitación principal entre grandes peñascos (23). Con lo que formalmente nos encontramos ante castros simples de una única planta y sin grandes construcciones defensivas más allá de su propia orografía.

Será este enclave en lugares con altas concentraciones rocosas el que propiciará porcentajes elevados de prominencia visual recíproca y circular. Datos que sumados a su difícil acceso, muestran una intencionalidad clara de situación en zonas abiertas cara al valle del Limia, pero también para las vías naturales de paso, previa conquista de fondo de valle, con lo que parece pervivir el "paisaje convexo" (Criado Boado, F. 1992) de estadios anteriores propios del Bronce Final. De lo que se derivaría un espacio de cultivo extensivo, con una gran necesidad de tierras[22] en contextos tipo ranker poco profundos y con alto riesgo de sequía estival. Elementos que en suma vendrían a demostrar la permanencia de una importante cabaña ganadera. (Parcero 2007)

Por otra banda, los yacimientos clasificados dentro del modelo en altura "tipo Lobosandaos" (0, 2, 5, 26) van a mostrar porcentajes propios de una transición derivada de la progresiva ocupación descendente del paisaje (Grande Rodríguez 2008: 115), la cual culminará con el asentamiento en el fondo de los valles secundarios en castros "tipo Rubiás" (3, 4, 8, 24). Este tipo de castros van a mantener una ocupación continuada desde el inicio de la Segunda Edad del Hierro (s. V a.C.) hasta el cambio de era, cuando se hace definitivo el control romano en el NO.

[22] Que podrían estar detrás del reducido número de yacimientos referentes a este modelo a diferencia de los siguientes.

Yacimientos como Lobosandaos muestran una dualidad característica con pervivencias propias del modelo anterior como el asentamiento en suelos ranker, prominencia relativa, gran superficie visible sobre el valle principal (formalmente ahora en abanico), peñascos en la terraza superior, etc. Pero, del mismo modo, su emplazamiento en espolones a media ladera muestra un claro condicionante en la accesibilidad, el cual es solventado con la combinación de estructuras defensivas en negativo y positivo de monumentales dimensiones, principalmente en las zonas de conexión con la vertiente. Por lo que estamos ante una mayor carga de trabajo antrópico, la cual se va a materializar de diferentes modos según el yacimiento analizado[23].

La progresiva pérdida en altura de este tipo de castros posibilita una lectura socioeconómica del mismo presentándose, ahora sí, un potencial "paisaje cóncavo" (Criado Boado a partir de Parcero & Ayán Vila 2007: 5) sobre el que podríamos teorizar una hipotética configuración subsistencial. Así, intuimos la existencia de un importante espacio de pastoreo y otro forestal, que podrían ser el mismo, a la par que pervive un cultivo extensivo que se acerca progresivamente a los aluviales arenosos de las cuencas de drenaje secundario. Una coyuntura consumada bajo la tipología Rubiás, cuando el yacimiento castreño pierde por completo su característica prominencia, repartiéndose de modo pseudo-lineal en función de la disponibilidad de estos recursos agropecuarios (Grande Rodríguez 2008: 115). Un hecho que va a reducir tanto su dominio visual, centrándose de forma uniforme en el entorno inmediato, como su inaccesibilidad, vinculándose directamente a la red hidrográfica secundaria que aparece en la totalidad de estos yacimientos a menos de 500 metros.

En síntesis, si bien aceptamos la imposibilidad de una atribución mecánica entre topografía, emplazamiento y cronología, derivada del contraste con estudios practicados en localizaciones diametralmente opuestas a nuestra zona de estudio (Baixa Limia); sí podemos observar como la tradicional definición de castro esconde una realidad sociocultural y subsistencial divergente para una zona de serranía de interior como la analizada. Partiendo de una dispersión sin un patrón regular

[23] Sirva como referencia el aterrazamiento practicado en los castros de Lobosandaos y Taboadela (0, 2) a diferencia de la simpleza formal de A Fervenza (5).

conocido en la que priman intereses estratégico-defensivos, se suceden nuevos modelos más uniformes derivados de una desavenencia con estos, en pro de una mayor optimización de los recursos agropecuarios disponibles (Eguileta Franco *et al.* 1991: 149).

Por último, y a modo de conclusión, las expectativas futuras de confirmación del modelo propuesto pasarán por una ampliación cualitativa de la información manejada. Será necesario, por un lado, una reclasificación relativa de la tipología sugerida por Díaz Fierros y Gil Sotres (1984) que escrute el potencial panorama productivo de la Baixa Limia ourensana, cuantificando en qué medida la posición de los yacimientos tipo "Lobosandaos" y "Rubiás" se acercan a los mejores suelos de la comarca en relación a su potencial (lo cual mostraría una merma en la actividad ganadera a favor de la actividad agrícola). Por otro lado, sería indispensable la confrontación de los modelos propuestos con el registro de las tipologías "Pena Maior" y "Rubiás", a través de la contingencia de futuras intervenciones arqueológicas.

martinxvm@uvigo.es

BIBLIOGRAFÍA:

-ABOAL FERNÁNDEZ, R. & CASTRO HIERRO, V. (coords.) (2006): *O Castro de Montealegre. Moaña, Pontevedra*, Editorial Toxosoutos. Serie Keltia, Noia.

-AGRAFOXO PÉREZ, X. (1992): *O hábitat castrexo no val de Barcala, Amaía, e o val do Dubra*, Sementeira, Noia.

-ALMAGRO-GORBEA, M. (2002): "Urbanismo y sociedad en la Hispania Húmeda", en BLAS CORTINA, M. A. e VILLA VALDÉS, A. (eds.) *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia. Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles*, Navia, pp.48-79.

-AUBET SEMMLER, Mª. E. (2007): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Crítica, Barcelona.

-AYÁN VILA, X. M. (2005 A): "Arquitectura doméstica y construcción del espacio social en la Edad del Hierro del NO en Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica", Encuentro de Jóvenes Investigadores. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 33-54.

- (2005 B): *Os castros de Neixón I. Boiro, A Coruña*, Editorial Toxosoutos. Serie Keltia, A Coruña.

-(2008) *Os castros de Neixón II. Boiro, A Coruña*, Editorial Toxosoutos. Serie Keltia, A Coruña.

-AYÁN VILA, X. M., FÁBREGA ÁLVAREZ, P.; PARCERO OUBIÑA, C.; & TEIRA BRIÓN, A. (2007): "Arqueología, paisaje y sociedad" en GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. (coords.) *Los pueblos de la Galicia céltica*, Akal Universitaria, Madrid, pp. 131-258.

-AYÁN VILA, X. M.; GONZÁLEZ PÉREZ, L; GONZÁLEZ RUIBAL, A. & RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, R. Mª. (2008): "Arrecendos púnicos: un novo anaco de aríbalos no Castro Grande de Neixón (Boiro, A Coruña)", Cuadernos de Estudios Gallegos LV, Nº 121, pp. 73-92.

-BERMEJO BARRERA, X. C. (1986): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Akal, Madrid.

-(2008): "Estrategias institucionales y retórica de la ciencia en un grupo de investigación arqueológica español: una contribución a la sociología de la ciencia", Arbor 731, pp. 497-506.

-CALO LOURIDO, F. (1993): *A Cultura Castrexa*, Edicións A Nosa Terra, Vigo.

-CAÑADA GONZÁLEZ, T. (1999): "Mentalidad indígena y proceso de urbanización en el noroeste hispánico entre el cambio de era y la primera centuria", en RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (coord.) *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico. Actas del Congreso Internacional, Lugo 15-18 de Mayo de 1996*, Lugo, pp. 653-674.

-CARBALLO ARCEO, L.X. (1986): *Povoamento castrexo e romano da Terra de Trasdeza*, Dirección Xeral do Patrimonio Artístico e Monumental. Servicio de Arqueoloxía, Santiago de Compostela.

-(1990): "Los castros de la cuenca media del Río Ulla y sus relaciones con el medio físico", Trabajos de Prehistoria 47, pp. 161-199.

-(1998): "O marco histórico da Cultura Castrexa" en ACUÑA, X. E. (Coord.) *Historia da Arte Galega I*, Edicións A Nosa Terra, Vigo, pp. 114-128.

-(2002): *A Cultura Castrexa na Comarca do Deza*, Colección Deza Básicos 4, Lalín.

-CARBALLO ARCEO, L. X. & FÁBREGAS VALCARCE, R. (2006): "Variacións rexionais nas sociedades pre e protohistóricas galaicas", en ÁLVAREZ, R., DUBERT, F. & SOUSA, X. (eds.), *Língua e territorio*, Santiago de Compostela, pp. 67-91.

-CARBALLO ARCEO, L. X. & GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003): "A Cultura Castrexa do NO da Península Ibérica en Galicia", Boletín Auriense XXXIII, pp. 37-75.

-CARBALLO ARCEO, L. X., CONCHEIRO COELLO, A. & REY CASTIÑEIRA, J. (2003): "A introducción dos muíños circulares nos castros galegos", Brigantium 14, pp. 97-108.

-COBAS FERNÁNDEZ, I. & PRIETO MARTÍNEZ, M. P. (1998): "Regularidades espaciales en la cultura material: la cerámica de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en Galicia", Gallaecia 17, pp. 151-175.

-CRIADO BOADO, F. (1993): "Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje", Spal 2, pp. 9-55.

-(1999): *Del terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje*, CAPA (Criterios y Convenciones en Arqueología del Paisaje) 6, Santiago de Compostela.

-CRIADO BOADO, F. & CABRERAS DOMÍNGUEZ, E. (2005): *Obras públicas e patrimonio: estudo arqueolóxico do corredor do Morrazo*, TAPA (Traballos de Arqueoloxía e Patrimonio), Santiago de Compostela.

-CAVADA NIETO, M. (1972): *Hallazgos monetarios en castros de Galicia*, Universidad de Valladolid. Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, Valladolid.

-LÓPEZ CUEVILLAS, F. & LOURENZO, X. (1933): *Catálogo dos castros galegos. Terra de Lobeira*, Seminario de Estudios Galegos, Santiago de Compostela.

-LÓPEZ CUEVILLAS, F. & LOURENZO, X. (1938): "Sobre Arqueología do território dos Querquernos", Revista de Guimarães Vol. XLVIII, pp. 85-106.

-DELGADO BORRAJO, M. & GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2009): "La Gallaecia antigua: diversidad, paisaje rural, estructura social y poblamiento", Herakleion 2, pp. 61-92.

-DÍAZ-FIERROS VIQUEIRA, F. & GIL SOTRES, F. (1984): *Capacidad productiva de los suelos de Galicia. Mapa 1:200000*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

-DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2005): "Materiales púnico-gaditanos en los confines del Extremo Occidente atlántico", Antiqvitas 17, pp. 5-11.

-EGUILETA FRANCO, X. M., RODRÍGUEZ CAO, C. & XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1991): "Arqueoloxía na Baixa Limia. O encoro do Lindoso e o seu entorno: Lobios (Ourense)", en *Arqueoloxía, Informes 2. Campaña 1988*, pp. 237-240.

-FÁBREGA ÁLVAREZ, P. (2004): *Poblamiento y territorio de la Cultura Castrexa en la comarca de Ortegal*, CAPA (Cadernos de Arqueoloxía e Patrimonio),

19. Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Santiago de Compostela.
-(2005 A): "Poblamiento castreño en el norte de Galicia en Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica", Encuentro de Jóvenes Investigadores. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca, pp. 55-76.
-(2005 B) "Tiempo para el espacio. Poblamiento y território en la Edad del Hierro en la Comarca de Ortegal (A Coruña, Galicia)", Complutum, XVI, Madrid, pp. 125-148.

-FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, A. (2008): "Cerámicas del mundo castrexo del NO Peninsular. Problemática y principales producciones" en BERNAL CASASOLA, D. & RIBERA i LACOMBA, A. (eds.) *Cerámicas Hispanorromanas: un estado de la cuestión*, Cádiz, pp. 107-129.

-FERNÁNDEZ POSSE, M. D. (2002): "Tiempos y espacios en la Cultura Castreña" en BLAS CORTINA, M. A. e VILLA VALDÉS, A. (Eds.) *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia. Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles*, Navia, pp.81-95.

-GARCÍA SANJUÁN, L. (2005): *Introducción al Reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*, Ariel Prehistoria, Barcelona.

-GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. (2006): "El Noroeste de la Península Ibérica en la Edad del Hierro: ¿una sociedad pacífica?", Cuadernos de Estudios Gallegos, LII, pp. 131-155.

-GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2008): "A cultura castrexa: o estado da investigación en Galicia", en INFANTE ROURA, F. & VARELA CAMPOS, P. (coords.), *A cultura castrexa: accións e estratexias para o seu aproveitamento: actas do seminario final, Mondariz Balneario, 22 e 23 de xuño de 2006*, Santiago, pp. 13-29.

-GONZÁLEZ RUIBAL, A. & RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, R. (2006): "Cultura material: cerámica indíxena e de importación" en ABOAL FERNÁNDEZ, R. & CASTRO HIERRO, V. (coords.) *O caso de Montealegre. Moaña, Pontevedra*, Editorial Toxosoutos. Serie Keltia, A Coruña, pp. 145-188.

-GONZÁLEZ RUIBAL, A.; RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, A.; ABOAL FERNÁNDEZ, R. & CASTRO HIERRO, V. (2007): "Comercio mediterráneo en el castro de Montealegre (Pontevedra, Galicia). Siglo II a. C.- inicios del siglo I d.C.", Archivo Español de Arqueología, 80, pp. 43-74.

-GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2004): *A Civitas Lemavorum: estudio arqueohistórico do hábitat e ocupación do territorio lemavo en época romana*, Traballo de Terceiro Ciclo (inédito). Departamento de Historia, Arte e Xeografía da Universidade de Vigo, Ourense. http://webs.uvigo.es/lauv-web/novas.htm
-(2008): "Los castros de la Galicia interior: arqueología, poblamiento y sociedad", Herakleion, 1 (Revista Interdisciplinar de Historia y Arqueología del Mediterráneo), pp. 85-119.

-GUITIÁN OJEA, F. (1974): *Itinerarios de los suelos de Galicia*, Secretaria de Publicaciones de la Universidad, Santiago de Compostela.
-(1982): *Suelos naturales de la provincia de Orense*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Investigaciones Agrobiológicas de Galicia, Santiago de Compostela.

-IBARRA JIMÉNEZ, A. (2002): *Da arqueoloxía ao soño popular: a reconstrucción da paixón céltica: traballo de investigación de doutorado realizado baixo a dirección de González Ruibal*, Editorial Toxosoutos, Serie Keltia, Noia.

-MARTÍN RUÍZ, J. A. (2004): *Los fenicios en Andalucía*, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Sevilla.

-OREJAS SACO del VALLE, A. (1995): *Del marco geográfico a la arqueología del paisaje: la aportación de la fotografía aérea*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

-(1998): "El estudio del Paisaje: visiones desde la Arqueología", Arqueología Espacial, Arqueología del Paisaje.19-20, Teruel, pp. 9-19.

-PARCERO OUBIÑA, C. (1998): *La arqueología en la gasificación de Galicia 7. Hacia una Arqueología Agraria de la Cultura Castreña*, TAPA (Traballos de Arqueoloxía e Prehistoria), Santiago de Compostela.

-(2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del noroeste Ibérico*, Ortegalia. Monografías de Arqueoloxía, Historia e Patrimonio 1, Ortigueira.

-(2005): "Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica", Encuentro de Jóvenes Investigadores. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 55-76.

-PARCERO OUBIÑA, C. & AYÁN VILA, X. M. (2007): "Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el Noroeste prerromano", Sistemas de almacenamiento y conservación de alimentos entre los pueblos prerromanos peninsulares, Ciudad Real.

-PARCERO OUBIÑA, C. & FÁBREGA ÁLVAREZ, P. (2006): "Diseño metodológico para el análisis locacional de asentamientos a través de un SIG de base raster", en GRAU MIRA, I. (ed.), *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*, Alicante, pp. 69-89.

-PEÑA SANTOS, A. de la (1992): "El primer milenio a.C. en el área gallega: génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología", en ALMAGRO GORBEA, M. & RUÍZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid.

-(2003): *Prehistoria, castrexo e primeira romanización*, Edicións A Nosa Terra, Vigo.

-PÉREZ ALBERTI, A. (1986): *A Xeografía*, Galaxia, Vigo.

-PUNJÍN GARCÍA, A. J. (2007): *Introducción ó poboamento castrexo e galaico-romano na Terra das Frieiras (Ourense): análise espacial dos asentamentos tipo castro*, Traballo de Terceiro Ciclo (inédito). Departamento de Historia, Arte e Xeografía da Universidade de Vigo, Ourense.

-RODRÍGUEZ CAO, C. (1991): "Prospección arqueolóxica da comarca de Bande", en *Arqueoloxía, Informes 2. Campaña 1988*, pp. 237-240.

-RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (2000): "Breve historia de la excavaciones en Aquis Querquennis", Brigantium XII, pp. 209-213.

-RODRÍGUEZ COLMENERO, A. & FERRER SIERRA, S. (2006): *Excavaciones arqueológicas en Aquis Querquennis. Actuaciones en el campamento romano (1975-2005)*, Anejos de Larouco 4, Lugo.

-RODRÍGUEZ COLMENERO, A., FERRER SIERRA, S. & ÁLVAREZ ASOREY, R. D. (2004): *Miliarios e outras inscripcións viarias romanas do NO*

Hispánico (Conventos Bracarense, Lucense e Asturicense), Consello da Cultura Galega, Lugo. Sección Patrimonio Histórico, Lugo.

-SÁNCHEZ PALENCIA, F. (coord.) (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la "Asturia Augustana"*, León.

-SÁNCHEZ PALENCIA, F., FERNÁNDEZ POSSE, M. D., FERNÁNDEZ MANZANO, J. & OREJAS, A. (1996): *La zona arqueológica de Las Médulas*, León. Guía Arqueológica, Salamanca.

-SILVA, A. C. F. da (1986): *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.

-TEIRA BRIÓN, A. M. (2003): "Os traballos agrarios e as ferramentas empregadas na cultura castrexa", Gallaecia 22, pp. 157-192.

-VÁZQUEZ MATO, M. X. (2009): *Análise locacional dos asentamentos tipo castro da Baixa Limia ourensá*, Traballo de Terceiro Ciclo (inédito). Departamento de Historia, Arte e Xeografía da Universidade de Vigo, Ourense. http://webs.uvigo.es/lauv-web/novas.htm

-(en prensa): "A coroa de Santa Cristiña ou Crasto de Lobosandaos (Lobeira-Bande, Ourense): estudio morfolóxico do espolio cerámico (Sector B, campaña 1984), LAROUCO 5.

-XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1993): *Territorialidade castrexa e galaico-romana na Galicia Suroriental: a terra de Viana do Bolo*, Boletín Auriense. Anexo 18, Ourense.

Herakleion, 3, 2010, pp. 105-162

LAS CERÁMICAS COMUNES DEL ALFAR ROMANO DE PUENTE MELCHOR (PUERTO REAL, CÁDIZ). UN ENSAYO DE CLASIFICACIÓN DE LAS FORMAS ABIERTAS[1]*.

Lourdes Girón Anguiozar

Universidad de Cádiz

Resumen:

El objetivo de este informe es ofrecer los resultados ofrecidos tras la fase de documentación gráfica de las investigaciones, todavía parcial, sobre las cerámicas comunes del alfar romano de Puente Melchor (Puerto Real, Cádiz). En las páginas que siguen presentaremos, por vez primera, una síntesis del ensayo de clasificación tipológica de las formas abiertas de las cerámicas comunes enmarcadas en el *Conventus Gaditanus*, cuestión inédita en los estudios especializados.

Palabras claves: *Gades*, alfar, cerámica romana y marcas de alfarero.

Abstract:

The aim of this article is to state out the on-going results from the graphic data research stage of the common pottery of the roman potter of Puente Melchor (Puerto Real, Cadiz). We will present, for the first time, a typology classification essay of the open shapes of the common pottery found at the *Conventus Gaditanus*. The study this kind of finds has no precedents in this area.

Key words: *Gades*, pottery workshop, roman pottery and marks of potters.

Résumée: L'objectif de ce rapport c'est d'offrir les résultats obtenus après avoir subi la phase de documentation graphique des recherches, encore partielle, sur les céramiques communes de l'atelier romain de potier de Puente Melchor (Puerto Real, Cadix). Dans ces pages ci-dessous on présentera pour la première fois une synthèse de l'essai sur la classification typologique des formes ouvertes de céramiques communes encadrées dans le *Conventus Gaditanus*, question pas encore traitée dans des études spécialisées.

Mots-clés: *Gades*, atelier potiers, céramique romain et marques de potier.

[1] Artículo recibido el 18-1-2010 y aceptado el 10-2-2010

INTRODUCCIÓN

Este artículo pertenece a un estudio[2] que nace con el ánimo de contribuir a una línea de trabajo en los estudios históricos y arqueológicos sobre alfarería antigua en la bahía gaditana que ha tenido como objetivo un análisis, aún parcial, de la cerámica común romana aparecida en el yacimiento arqueológico de Puente Melchor (Puerto Real, Cádiz) durante las campañas arqueológicas de urgencia desarrolladas en los años 1994 y 1995/96 bajo la dirección de Dña. Mª. Luisa Lavado Florido.

Cádiz, desde su fundación, fue un gran centro comercial y de cultura en Occidente que atrajo a gente de diversa procedencia. La principal peculiaridad de *Gades* fue su carácter eminentemente costero lo que la convirtió en una ciudad cosmopolita que supo aprovechar esta característica para proyectar su patrimonio hacia el exterior. La ubicación de este complejo industrial pudo estar sujeta a criterios más o menos tecnológicos y de abastecimiento de los recursos alfareros, pero no implica que se descarten otras realidades, como que la limitación del territorio de la ciudad gaditana provocó, el desplazamiento de la industria alfarera hacia exterior de ésta[3], siendo Puerto Real la zona elegida, hoy reflejo de lo que J. Jiménez Cisneros supo definir como el "Monte Testaccio de la isla gaditana"[4].

* *A mis alfareros.* Quisiera agradecer a los editores de esta revista sus valiosas sugerencias y comentarios. Los fallos, donde los hubiere, son responsabilidad del autor.

[2] Con la propuesta de estudio de "Las Cerámicas Comunes del alfar romano de Puente Melchor (Puerto Real, Cádiz). Un ensayo de clasificación de las formas abiertas", bajo la dirección de la Dra. Inmaculada Pérez López, presentamos el Proyecto de Investigación, con calificación de sobresaliente, al Programa de Doctorado de la Universidad de Cádiz titulado *Sociedades Históricos en el Marco del Círculo del Estrecho y del Mediterráneo. De la Prehistoria al Medievo*, con Mención de Calidad otorgada por el M.E.C. (MCD 2004-00184) que en un primer momento comenzamos con mayor amplitud. Nuestra intención inicial era el estudio completo de las cerámicas comunes del alfar de Puente Melchor, pero lo extenso y relevante del material arqueológico advertía una revisión previa en el sistema de clasificación para establecer una tipología útil en el estudio de la cerámica común romana del *Conventus Gaditanus*.

[3] GIRÓN, L. (en prensa): "La cerámica común del alfar romano de Puente Melchor: las formas abiertas. Un estado de la cuestión", en *Revue de la Maison René-Ginouves. Archéologie et Ethnologie*, (P. Rouillard, dir.), Paris.

[4] JIMÉNEZ CISNEROS 1971, p. 175.

Las pervivencias culturales del mundo púnico no sólo se aprecian a través de la cultural material, sino que se reflejó en el acuerdo entre *Gades* y Roma, en la figura de *L. Macio Septimo*, en el 206 a.C., basado en un régimen de sufetes a la manera púnica hasta el año 78 a.C., donde la regulación del sistema administrativo interno, así como, de sus hábitos y tradiciones quedó bajo la potestad gaditana[5].

La perduración de lo púnico en época romana no es una idea nueva, el argumento mejor conocido lo observamos en el culto de Melkart en Cádiz que conservó su carácter púnico hasta el fin de la Antigüedad[6], o, la asimilación de la *Dea Caelestis* con la Tanit cartaginesa.

Es cierto que de alguna manera la presencia de César en Hispania como *propretor*, la renovación del *foedus* gaditano del 78 a.C. y la cesión a *Gades* de la condición de *municipium*, pudieron dar ese carácter profundamente romano que observan algunos investigadores[7]. Pero esta situación, probablemente, debió afectar más a la forma que al fondo, no es posible cambiar el contenido ideológico de la noche a la mañana como tampoco es sencillo borrar la influencia de un espacio cultural púnico de la estructura social si se continúa haciendo uso de ello. Y máxime cuando se sigue, oficialmente, acuñando monedas hasta, aproximadamente, el cambio de era con grafemas neopúnicos en el sur peninsular[8].

El ámbito cronológico que abordaremos en este articulo se desarrolla desde mediados del siglo I a.C. hasta principios del siglo VII d.C., aunque en numerosas ocasiones hemos tenido que retroceder varios siglos en el tiempo para rastrear los prototipos cerámicos, moldes tradicionales que impregnaron de un "gusto por lo púnico"[9] a gran parte de la producción alfarera de Puente Melchor.

[5] RODRÍGUEZ NEILA 1980, 26 y ss.
[6] BENDALA 1980, 184.
[7] *Op. Cit.* (nota 5), RODRÍGUEZ NEILA 1980, 32.
[8] CHAVES 2000, pp. 113-126; GARCÍA-BELLIDO 2000: p. 136; LÓPEZ DE LA ORDEN 2005, pp. 29-41.
[9] LUZÓN 1973, p. 45.

EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE PUENTE MELCHOR (PUERTO REAL, CÁDIZ)

Emplazado a dos kilómetros del término municipal de Puerto Real, en Cádiz, su ubicación, en época romana, debió estar próxima a la línea de costa (fig. 1), organizando las labores de vigilancia y control de las vías de comunicación, no sólo terrestres sino también marítimas. Hemos podido documentar a través del estudio de la cerámica común y otras producciones (*terra sigillata*, ánforas, etc.), un período muy dilatado de la actividad alfarera en Puente Melchor, la existencia y documentación de las materias primas (localización de arcillas, acceso al combustible, etc.), el abastecimiento de agua dulce y buenas vías de comunicación debieron facilitar su distribución[10] y prolongación en el tiempo.

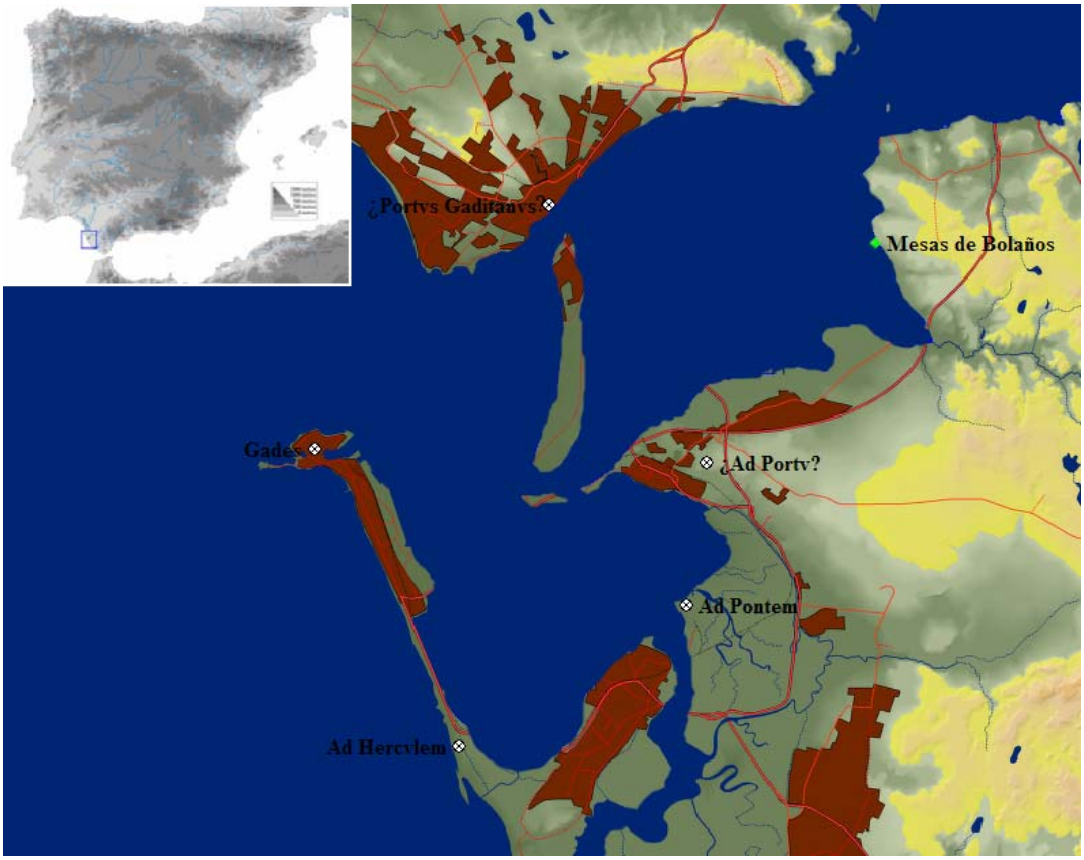


Fig. 1.- Situación actual del yacimiento y, probablemente, en la Antigüedad, identificado posiblemente como *Ad Portu* (elaborado por I. Rivas).

[10] LAZARICH *et alii*. 2000, p. 203.

A partir de 1946 se tiene constancia de la existencia de estructuras relacionadas con alfares dentro del término municipal de Puerto Real[11], es así, que durante las intervenciones arqueológicas de los años 50, bajo la dirección de J. Jiménez Cisneros, se pusieron al descubierto la gran riqueza alfarera de los yacimientos de este lugar[12]. Las primeras prospecciones sistemáticas, realizadas a fines de la década de los 80 del siglo XX, por un equipo de la Universidad de Cádiz encabezado por las profesoras M. Lazarich e I. Pérez López, proporcionaron valiosas informaciones acerca de la organización del espacio alfarero gaditano y de la diversidad de la producción cerámica, orientada mayoritariamente hacia la producción y comercialización de derivados marinos[13]. Por otra parte, los análisis de pastas cerámicas permitieron una aproximación a la caracterización de las manufacturas[14], de manera que hoy algunas han sido identificadas ya en el punto final de destino[15]. La existencia de fuertes concentraciones de restos de malacofauna en sus alrededores nos podría estar hablando de dos cosas, por un lado, de un consumo propio de la población y, por otro, de la existencia de instalaciones dedicadas a la explotación de los derivados de la pesca[16].

Este yacimiento ha sido objeto de diferentes intervenciones arqueológicas por la ejecución de diversas obras de infraestructura pública[17]. Durante 1994, se documentaron vertederos de cerámica y tres hornos, dos dedicados a la producción cerámica y, un tercero, relacionado posiblemente con la fabricación de vidrios[18]; así como, al suroeste de éstos, un gran recinto rectangular, de aproximadamente unos 300 m^2, subdividido en tres estancias destinadas a lugares de elaboración y/o transformación de la materia prima[19].

[11] PEMÁN 1959, pp. 138 y ss.
[12] *Op. Cit.*, (nota 4), JIMÉNEZ CISNEROS 1971, pp. 169 y ss.
[13] LAZARICH *et alii*, 1989a, pp. 89-97; LAZARICH *et alii* 1989b, pp. 98-100; LAZARICH *et alii* 2001, pp. 89-96; PÉREZ LÓPEZ *et alii* 1999, pp. 695-706; PÉREZ LÓPEZ *et alii* 2004a, pp. 193 y ss.
[14] PEACOCK 1974, pp. 239 y ss.; PÉREZ LÓPEZ y LAZARICH 1999, pp. 232-240.
[15] PÉREZ LÓPEZ *et alii.* 2004b, pp. 172 y ss.
[16] *Op. Cit.,* (nota 10), LAZARICH *et alii.* 2000, p. 210.
[17] LAVADO 1996, pp. 2 y ss.
[18] LAVADO 2004, pp. 475 y ss.
[19] *Ibidem*

Los ejemplares ánforicos y la numismática (un *As* de *Gades*) sitúan el origen de este taller entre mediados del siglo I a.C. y el cambio de era, actividad que se prolonga, según su excavadora, hasta principios del siglo V d.C.[20], fecha que se extiende casi dos siglos más tras un estudio detallado del material cerámico.

Las intervenciones arqueológicas continuaron durante 1995 en el sector opuesto al excavado el año anterior, documentándose, entre otras estructuras, dos nuevos hornos para fabricación cerámica y los vertidos de los mismos, piletas alargadas con revestimiento hidráulico y estancias dedicadas posiblemente al control o administración del complejo industrial[21], con una cronología entre el siglo I d.C. y mediados del siglo IV d.C.[22]

Nuevas intervenciones tienen lugar durante el año 2003. La primera de ellas puso al descubierto nuevos ámbitos de asentamiento no registrado hasta el momento, una necrópolis[23]. La segunda intervención proporcionó escasos restos materiales y ninguna información novedosa, a los restos ánforicos altoimperiales, tipo Dr. 7/11, hubo que unirle el registro de una estructura muraria[24].

El descubrimiento de la villa romana se produjo, durante las obras de 2004, por la duplicación de la calzada de la N-IV con el tramo final de la variante Puerto Real-Tres Caminos (San Fernando), cuya cronología se fecha entre la segunda mitad del siglo II d.C. y finales del siglo III d.C.[25] Del mismo modo, se volvieron a documentar dos nuevos hornos de planta circular, diversas estructuras murarias y vertederos[26].

[20] *Op. Cit.*, (nota 18), LAVADO 2004, p. 479.
[21] *Op. Cit.*, (nota 18), LAVADO 2004, pp. 480 y ss.
[22] MILLÁN y LAVADO 2000, pp. 216 y ss.
[23] *Op. Cit.*, (nota 18), LAVADO 2004, pp. 484 y ss.
[24] BERNAL y LORENZO, 2003, pp. 37 y 38.
[25] LAVADO, 2006.
[26] *Ibidem.*

Las últimas intervenciones arqueológicas[27] proporcionaron datos de máximo interés para conocer mejor la red viaria de época romana del *Conventus Gaditanus*. El hallazgo de un tramo de unos 23 x 6,30 metros de una calzada romana y su vinculación con el complejo industrial de Puente Melchor, la villa romana y otros yacimientos de los alrededores, llevaron a formular la hipótesis que podría tratarse de la *Via Augusta* que unía *Gades* con Roma[28].

La *distributio* del espacio arqueológico de Puente Melchor nos podría ayudar a comprender una forma de organización socio-económica muy habitual en el mundo romano pero poco estudiada en el *Conventus Gaditanus*, la villa o *fundus* como centro organizador de la explotación artesanal y, por tanto, económica[29]. De este modo, la relación entre el complejo industrial y su entorno, junto con los yacimientos ya documentados, así como, los que están viendo la luz, conformarán un ambiente geo-histórico que nos ayudará a esclarecer aspectos de su entramado externo inmediato (*pars rustica*, sectores dedicados a la administración, control, red viaria, etc.) y de sus, más que probables, relaciones comerciales con la metrópoli y el exterior.

LAS PRODUCCIONES CERÁMICAS DE PUENTE MELCHOR

Las producciones alfareras de este complejo alfarero se han venido identificando tradicionalmente con la elaboración anfórica, siendo muy escasas las aportaciones al estudio de otras cerámicas, entre ellas, las comunes[30] y nulas para otras manufacturas documentadas en el alfar[31] (material de construcción, etc.).

En ocasiones, se piensa que la cerámica común complementaba a la producción anfórica, hoy estamos en condiciones de afirmar que esto, al menos, en

[27] GONZÁLEZ TORAYA, 2008.
[28] "Hallan los restos de una calzada y necrópolis romana en Puerto Real", en *Diario de Cádiz*, domingo 15 de julio de 2007.
[29] *Op. Cit.* (nota13), PEREZ LOPEZ *et alii.* 2004a, p. 194.
[30] *Op. Cit.* (nota 13), PEREZ LOPEZ *et alii* 2004a, pp. 193-206.
[31] *Op. Cit.* (nota 17) LAVADO 1996, p. 59.

el complejo industrial de Puente Melchor, no es del todo cierto. Los resultados de este estudio arrojan estadísticas que superan con creces este tipo de argumento.

La cerámica común romana nos lleva a definirla como aquella cuya principal característica es su función polivalente, cuyos grupos de producción, más o menos uniformes, responderá al grado de especialización del taller alfarero al que se adscriba.

La cerámica común romana. Formas abiertas

Hemos establecido en función de su perfil general cuatro conjuntos: perfil carenado, perfil hemisférico, perfil troncocónico y perfil biconvexo, con una representatividad poco homogénea, predominando el perfil troncocónico sobre el resto, con porcentajes menos espectaculares (fig. 2). Dentro de cada conjunto se ha diferenciado entre aquellos recipientes de escasa altura o planos y de gran altura u hondos, predominando los segundos sobre los primeros, del mismo modo, hemos observado un gran predominio entre los vasos de boca muy amplia y amplia frente a los vasos de boca media o reducida (fig. 3).

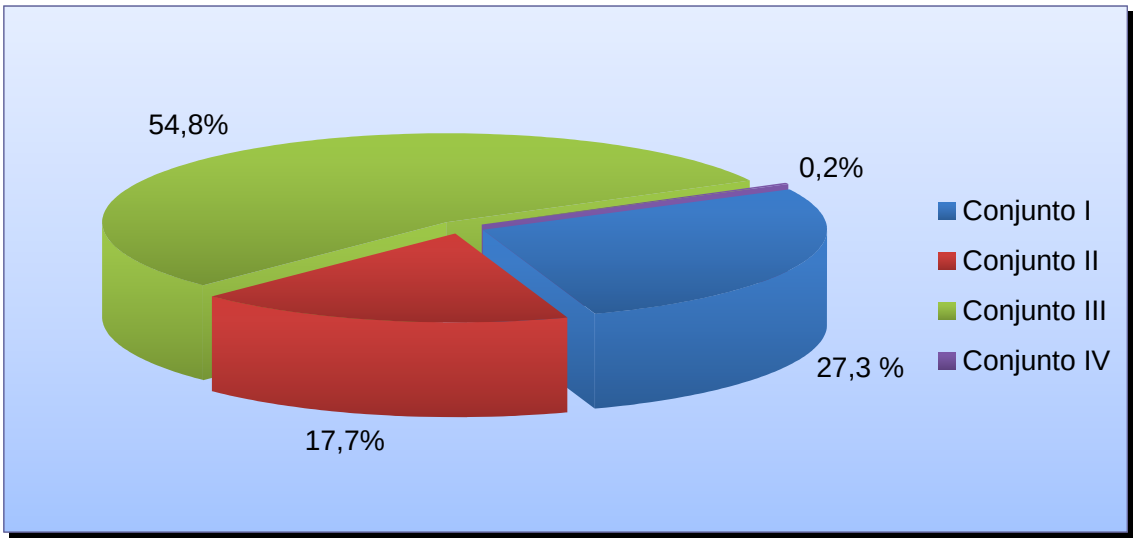


Fig. 2.- Porcentajes entre los diferentes conjuntos.

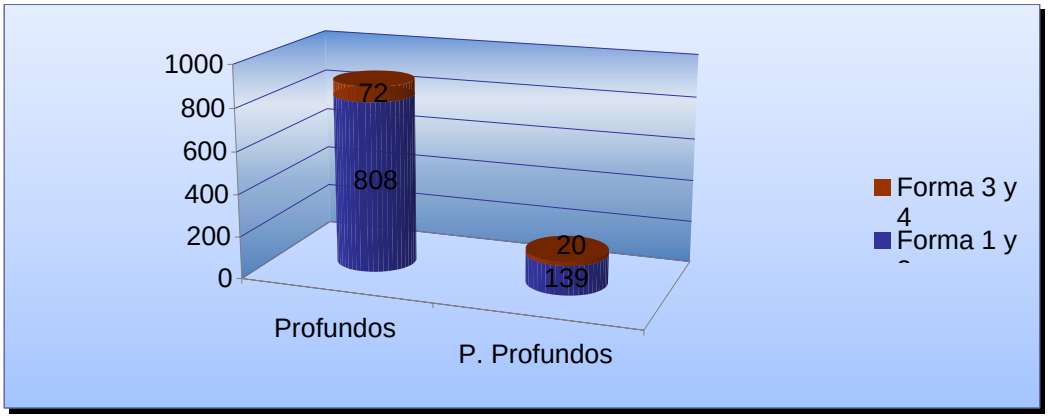


Fig. 3.- Relación de los n.m.i. entre vasos de boca muy amplia y amplia y vasos de boca media y reducida.

El modo de cocción, *grosso modo*, es el tipo 1 de Picon[32], en la que hemos distinguido tres grados de cocción predominantes, por una parte, una cocción débil de tonos vivos (Cailleux M20, N19, N37, P20, R50), una segunda normal, de tonos anaranjados-rosáceos (Cailleux L47, L49, L67, L50, M35) y, por último, una sobrecocción, de tonalidades más claras, cuya tonalidad va desde el amarillento al blanquecino (Cailluex K75, K90, M70, M71, L91, M49) (fig. 4). El engobado de la pieza, por lo general, suele estar bien diluido y repartido uniformemente, existe una parte importante que no posee este tipo de revestimiento pudiendo responder más a un proceso inacabado de la producción que a una característica de la pieza o que, por defecto, fueran recipientes destinados a diversos usos en los procesos de alfarería y no precisaran de un tratamiento especial de la superficie, ya que se tratarían de recipientes sin destino comercial.

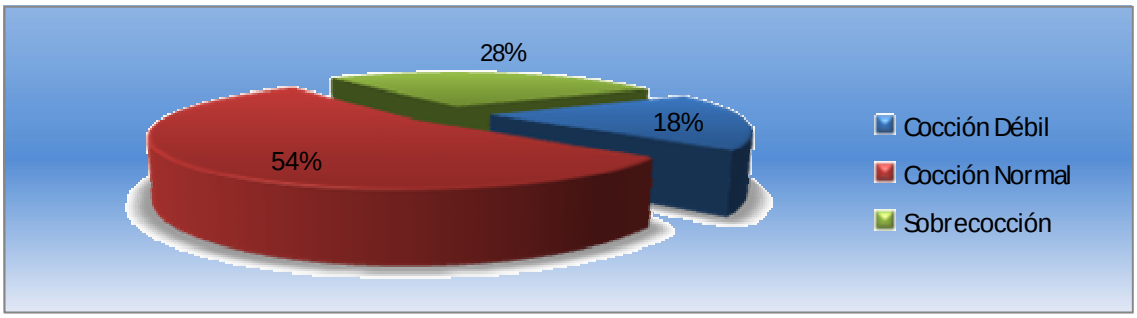


Fig. 4.- Modos de cocción según Picon, 1973.

[32] PICON 1973, p. 66.

A continuación, explicaremos de forma genérica los conjuntos documentados, analizando aquellos tipos que creamos más relevantes.

Denominamos conjunto I a un recipiente abierto cuyo cuerpo inferior es de tendencia semiesférica, con labio bien delimitado, que presenta en muchos casos una línea de carenación marcada, limitada en alguna ocasión a una simple inflexión en la dirección de las paredes, que se sitúa, por lo general, en la mitad superior de su cuerpo.

Este conjunto integra genéricamente el *catinus*, el *lanx*, la *patina* o *paropsis* de los escritores latinos que muchos investigadores han llamado fuente, sopera, ensaladera, plato, escudilla o tartera debido a la amplitud de su boca y la tendencia exvasada de sus paredes. Grafitos documentados en las formas Drag. 31 y Drag. 32 de TSSG con el vocablo de *catini* confirman esta denominación, al menos, genérica de este término para estos recipientes[33] de bocas muy amplias (diámetro superior a 24 cms y diámetro comprendido entre 19 y 24 cms). Los recipientes de boca mediana (diámetro que oscila entre 14 y 19 cms) responden al vocablo de *catillus*, *vas potoria* o *vas luteum*, recipientes que por su pequeño tamaño y, en algunas ocasiones, simpleza en su factura, la dotan de una polivalencia poco reconocida. C. Pavolini propone para este tipo de cerámicas, de pequeñas dimensiones y documentadas en el *Antiquarium* de Ostia (Roma, Italia), funciones reservadas a contener alimentos, salsas y especies para el servicio de la mesa, conocido con el término latino de *gustarium*, similar a un cuenco para los entremeses, en su opinión, profundo[34]. Disentimos de esta última característica puesto que, no necesariamente, la profundidad debiera implicar un elemento discriminante para relacionar este vocablo con los recipientes antes descritos.

Los platos de época romana parecen haberse fabricado en el alfar de Puente Melchor a partir de dos modelos bien diferenciados, de un lado, el oriental de barniz

[33] ESCRIVÁ 1995, p. 176.
[34] PAVOLINI 2000, pp. 173 y ss.

rojo, bien documentado en la costa cercana al alfar (Gadir[35] y Torre de Doña Blanca[36]), Huelva (Cerro Macareno[37] y Cabezo de San Pedro[38]) y la cuenca del Guadalquivir (Montemolín[39], Setefilla[40], Cazalilla[41], Cástulo[42] y Colina de los Quemados[43]), y, de otro, el plato de ascendencia helenística, ampliamente generalizado en el Mediterráneo a partir de los siglos IV-III a.C.

Es el grupo más homogéneo tipológicamente y está caracterizado por bocas amplias y muy amplias. En relación con los recipientes de escasa altura o planos destacamos aquellos de:

a. Borde exvasado vuelto ranurado (fig.5, a) de muy amplias dimensiones, con diámetros que oscilan entre 35 y 40 cms, de posible descendencia púnica[44] y presentes en la factoría de salazones romana de Tahadart (Marruecos) con una amplia cronología, siglo I a.C. al siglo IV d.C.[45]. En nuestro alfar estaría presente desde principios del siglo I d.C. hasta principios del siglo III d.C.

b. Borde exvasado redondeado (figs. 5, b). Una de las formas más particulares de las producciones de los alfares de Puente Melchor y que mejor evidencia la influencia fenicia-púnica en la producción cerámica de época clásica romana. Son formas muy abundantes y se documentan en diversas dimensiones, bocas muy amplias (con diámetros entre 25 y 33 cms) y bocas amplias (con diámetros que oscilan entre 19 y 23,8 cms); con una cronología muy dilatada, desde mediados-

[35] MUÑOZ 1996, pp. 77-105, figs. 6, 8; 9, A; 19, 1, 3 y 4.
[36] RUIZ y PÉREZ 1995, pp. 54 y ss., figs. 17, 3-7; 20, 3 y 5.
[37] PELLICER *et alii.* 1983, pp. 61 y ss., figs. 53, 1128; 54, 383 y 385; 60, 921; 63, 708; 64, 706 y 707; 65, 601; 68, 565, 567-569; 71, 532 y 534; 74, 322, 327 y 328.
[38] BLÁZQUEZ *et alii.* 1979, pp. 30 y ss., figs. 49, 525-528, 537-541; 57, 603, 606-608.
[39] DE LA BANDERA *et alii.* 1993, pp. 15-48, figs. 6, 3-5; 10, 1 y 4.
[40] PEREIRA 1988, p. 168, fig. 15, 1.
[41] *Op. Cit.* (nota 40), PEREIRA 1988, p. 168, fig. 15, 2.
[42] *Op. Cit.* (nota 40), PEREIRA 1988, p. 168, fig. 15, 3.
[43] LUZÓN y RUIZ 1973, pp. 13 y ss., lám. V, a; lám. XII, c; lám. XIII, a, k-m; lám. XVII, d; lám. XIX, a; XXIV, a-f.
[44] CASTANYER *et alli.* 1993, pp. 540.
[45] PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 40 y ss.

finales del siglo I a.C. hasta finales del siglo VI d.C., produciéndose su momento álgido entre los siglos I y III d.C.

c. Borde vertical redondeado (fig. 5, c), muy similar al precedente y de dimensiones similares (diámetros que oscilan entre los 19 y 36 cms). Son formas que se conocen a partir del siglo I d.C. en Málaga[46], en La Rioja[47], en Cataluña[48], etc. con un amplio horizonte cronológico. En niveles tardíos, principios del siglo V d.C., lo documentamos en la Villa romana de Puente Grande (Los Barrios, Cádiz)[49]; o, en contextos de la segunda mitad del siglo VI, en el teatro de Cartagena, de posible procedencia africana[50]. Aunque no descartamos una cronología más amplia (inicios del siglo I d.C. hasta mediados del siglo VI d.C.), sí debemos centrar su momento álgido entre mediados del siglo I d.C. y mediados del siglo III d.C.

d. Borde vertical en bolo (fig. 5, d) con diámetros que oscilan entre 27 y 32 cms. Presentes en otros lugares del Imperio como en Ostia a partir del último cuarto del siglo I d.C. y finales del siglo II d.C.[51] y en las inmediaciones de la Bahía Gaditana en niveles tardorromanos[52]. Su contexto arqueológico es tardío, si bien, pudiéramos fijar su inicio durante el siglo II d.C. perdurando hasta el siglo VI d.C.

e. Borde exvasado plano oblicuo al interior (fig. 5, e) de amplias y medianas dimensiones (diámetro 22 cms y 15 – 18 cms, respectivamente). Dentro de este subtipo contamos con algún ejemplar con decoración incisa en la cara superior del labio (fig. 5, e.1), realizada mediante la presión de un instrumento punzante, en la que alterna ondulaciones continuadas con incisiones simples verticales.

[46] SERRANO 2000, p. 143.
[47] LUEZAS 2002, pp. 105 y ss., figs. 32, 1-4; 33, 2-3.
[48] CASAS 1995, p. 120.
[49] BERNAL y ARÉVALO 2002, pp. 421 y ss., fig. 301, 3.
[50] MURCIA y MARTÍNEZ 2003, p. 181, fig. 7, 54.
[51] OLCESE 2003, p. 87, TAV. XV, n. 6.
[52] LAGÓSTENA *et alii*. 1996, pp. 104 y ss., lám. 6, 9.

Estas producciones parecen imitar a las producciones de TSH, tipo 17, fabricada desde principios del siglo II d.C. hasta finales del siglo IV d.C.

Según el contexto, esta forma se desarrolla durante la segunda mitad del siglo II d.C. o principios del siglo III d.C. con una presencia leve durante este siglo, en tanto que aumenta su presencia en los siglos IV y V d.C.

f. Borde exvasado apuntado de medianas dimensiones, diámetros entre 14 – 19 cms. (fig. 5, f). Su prototipo parece estar en las producciones del siglo VIII a.C. de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)[53]. Aunque nuestra pieza presenta un grosor mayor en sus paredes, responde a la forma 139 de Santrot, sin datación precisa, si bien, su aparición tiene lugar a partir de la segunda mitad del siglo I d.C.[54]

Su contexto arqueológico no ayuda a proporcionar una cronología fiable, por lo que sólo podemos afirmar que se trata de una forma conocida a partir del siglo I d.C. sin precisar su ocaso.

g. Borde invasado redondeado (fig. 6, g). Estos ejemplares están fabricados con bocas muy amplias (27 cm de diámetro) y medianas (15 – 19 de diámetro). Responden al tipo 20, 3 de Vegas, formas sobradamente conocidas por su factura simple y funcional[55]. Presentes desde mediados-finales del siglo I a.C. hasta mediados del siglo VI d.C. En dimensiones medianas la documentamos a partir de mediados del siglo II d.C. hasta finales del siglo V, aunque podíamos postergar esta cronología un siglo más en sus formas amplias.

Entre los ejemplares profundos y con índice de altura superior al anterior, en función al perfil del cuerpo y a la posición de la carena se diferencian dos grupos formales, de un lado, aquellos ejemplares con carena muy baja de paredes verticales

[53] *Op. Cit.* (nota 36), RUIZ y PÉREZ 1995, pp. 62 y ss., fig. 17, 6-7.
[54] SANTROT 1979, p. 94, fig. 139.
[55] VEGAS 1979, pp. 57 y ss., fig. 19, 3.

y base convexa sencilla; y, de otro, aquellos que presentan una carena media-alta y cuerpo inferior de paredes semiesféricas o ligeramente troncóconicas que superan los 40° con respecto a la línea de carenación y base plana de fondo plano o de corona con pie indicado.

Los recipientes de fondo cóncavo, carena en el tercio inferior, paredes rectas y bordes de contornos diversos, identificados con los tipos I.q, I.v y I.w, responderían al término latino de *caccabus*. Aunque el material más habitual para estos recipientes era la cerámica, estuvieron hechos de diversos materiales como en bronce, en estaño, etc.[56] Identificadas tradicionalmente por sus funciones culinarias, preparación de comida y servicio, como bien nos indican los autores Varrón[57] y Apicio[58], pero este empleo no anula otros. Su uso está atestiguado en otros ambientes, como las factorías de salazones[59] o la directa relación de este recipiente con el contenido (*garum*)[60].

En este conjunto, se diferencia del resto, el tipo I.r, cuyas características lo relacionamos con los *mortaria*, no son frecuentes este tipo de recipientes carenados, con lo que podríamos estar hablando de fabricación propia. Piezas destinadas no sólo a los procesos de preparación y/o elaboración de alimentos sino también en la fabricación de pigmentos para pintura o en mejunjes medicinales, a base de hierbas y plantas[61]. A estos recipientes le debemos vincular una mano de mortero como las documentadas en Pompeya[62] o en el Valle del Guadalquivir de origen itálico[63].

h. Borde exvasado vuelto ranurado (fig. 6, h) documentado con bocas muy amplias (35 – 40 cms de diámetro) y amplia (20 – 24 cms de diámetro). Se trata de una

[56] D.A.R.G. v.s. *caccabus*, p. 774.
[57] VARRON, *Ling. Lat.*, v. 127.
[58] APICIO, *De opus et cond.*, IV, I, 2.
[59] *Op. Cit,* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 66 y ss.
[60] AA.VV. 2007, pp. 54 y ss, fig. 59.
[61] D.A.R.G. v.s. *Mortarium*, pp. 2008-2009; ANNECCHINO, pp. 106 y ss.
[62] JAMES 2004, p. 44
[63] SÁNCHEZ 1995, p. 266, fig. 11, 31.

imitación de la forma Celsa 85.46726 presente en el Valle del Ebro en época de Nerón[64].

El 50% tiene huellas de uso, su cara exterior está ennegrecida, lo que nos lleva a plantear el uso de estos recipientes con fines relacionados con el mantenimiento alimentario diario de los trabajadores del alfar. Diferente finalidad parece tener el resto, sólo con engobe y, en algunas ocasiones, éste muestra diferentes tonalidades en su cara interior y en la exterior y que nos estaría indicando que podrían estar reservados a la distribución, identificadas con las marmitas de *garum* en pasta[65].

El resultado de este contexto es una amplia cronología para estas formas que abarcarían desde mediados del siglo I d.C. hasta principios del siglo V d.C. o principios del siguiente, notándose una mayor concentración entre la segunda mitad del siglo II y el siglo IV d.C.

i. Borde exvasado vuelto horizontal engrosado (fig. 6, i), se han documentado algunos ejemplares ovalados pero no es habitual en estos recipientes, el resto mantiene un diámetro de 31 cms. Presente en niveles de vertido y depósito con una dilatada cronología, entre mediados-finales del siglo I a.C. y finales del siglo VI d.C. No se han documentado paralelos con lo sería una forma exclusiva de los alfares de Puente Melchor.

j. Borde exvasado redondeado (fig. 6, j) de muy amplias dimensiones (25 – 34 cms de diámetro) y de amplias dimensiones (19 – 23 cms de diámetro). Se trata del mismo fenómeno que los recipientes de escasa altura, tipo I.b, pero con mayor profundidad. Destacamos la presencia en el alfar de el "Pajar de Artillo" (Itálica) de recipientes similares relacionados con niveles del siglo I a.C. y en la que su excavador ve una tradición prerromana con "gustos de origen púnico"[66].

[64] AGUAROD 1991, p. 293, fig. 86, 3.
[65] *Op. Cit.* (nota 13), PEREZ LOPEZ *et alii.* 2004a, p. 197, fig. 3, 14-18.
[66] *Op. Cit*, (nota 9), LUZÓN 1973, pp. 45 y ss., lám. XIV, D2·7.

Producciones afines, pero con pico vertedero, han sido documentadas en la costa del sur de Francia (Fréjus) desde los primeros años del Imperio[67].

Como ocurre en sus formas similares de escasa altura, gozan de una amplia cronología en este complejo industrial, desde mediados-finales del siglo I a.C. hasta mediados-finales del siglo VI d.C.

k. Borde exvasado escalonado al interior (fig. 6, k) con un diámetro entre los 29 y 30 cms. Los perfiles más fiables son los encontrados en las factorías de Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz) datados entre la primera mitad y el segundo cuarto del siglo III d.C.[68] Una de estas piezas muestra decoración tanto en el borde interior como exterior (fig. 6, k. 1 y 2).

No contamos con los datos necesarios para establecer unas coordenadas cronológicas concretas, si bien, documentamos este subtipo, de menores dimensiones (diámetros entre 19 y 23,8 cms), entre mediados-finales del siglo I a.C. hasta mediados del siglo VI d.C., con una mayor presencia entre finales del siglo III y finales del siglo IV d.C.

l. Borde vertical triangular engrosado con acanaladura (fig.6, l) con diámetros comprendidos entre los 26 y 44 cms. Debajo del borde arranca un asidero doble de cordón perforado. Ejemplares similares, aunque con decoraciones digitales, se fabrican en la segunda fase el alfar de Torrox-Costa (Málaga), desde el siglo III d.C. hasta el siglo IV – V d.C.[69] Otro paralelo es el documentado en la factoría de salazones de *Septem Fratres* (Ceuta) en niveles avanzados del siglo III d.C.[70] Podemos determinar su presencia entre mediados del siglo I a.C. llegando los últimos ejemplares hasta mediados del siglo IV d.C.

[67] GÉBARA y BÉRAUD 1996, pp. 308 y ss, fig. 13, 6.
[68] BERNAL *et alii.* 2007b, pp. 481 y ss., fig. 33, 2.
[69] *Op. Cit.* (nota 46), SERRANO 2000, pp. 60 y ss., fig. 28.
[70] VILLADA 2007, pp. 495 y ss., fig. 14, 4.

m. Borde vertical de gancho engrosado (fig. 7, m). Sus dimensiones oscilan entre 25 y 34 cms de diámetro en sus dimensiones más amplias y amplias (19 – 23,6 cms de diámetro) y medianas (14 cms de diámetro).

Entre los paralelos documentados, destacamos aquellos que están presentes en ambientes industriales piscícolas de las costas mauritanas (Cotta)[71] y que enlazan con el subtipo siguiente. Estos recipientes surgen en este yacimiento a partir de la segunda mitad del siglo I d.C. hasta finales del siglo V d.C.

n. Borde vertical engrosado acanalado (fig. 7, n). Morfológicamente muy similar al precedente, se diferencia por un engrosamiento menor en el borde y una leve ranura en la parte superior permitiendo el encaje de una tapadera. Se documenta con bocas muy amplias (diámetros entre 24 y 32 cms) y amplias (19 y 23,6 cms).

Producciones sobradamente conocidas por la comunidad científica con una gran circulación y difusión, documentadas no sólo en ambientes habitacionales sino también en manufacturas industriales de imitación. Se trata de imitaciones de cerámica africana Ostia III, 276A, con una amplia difusión por el Mediterráneo occidental y con horizontes cronológicos que van desde la primera mitad del siglo I hasta finales del siglo IV o principios del siglo V. Este tipo de recipientes está muy bien documentado por M. Ponsich en las factorías de salazones del Mediterráneo Occidental de la costa mauritana, como en Lixus, con una desarrollada actividad desde el siglo I a.C. hasta el siglo IV d.C.[72]; o, en Kouass[73], Tahadart[74] y Cotta[75]; posiblemente su destino fuera el envasado del *garum* en pasta desde el cambio de era hasta el siglo VI d.C., idea defendida en estudios posteriores para esta producción[76].

[71] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 65 y ss., fig. 40.
[72] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 13 y ss., figs. 5, 12; 9, 2; 12, 8-9; 17, 7.
[73] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 38 y ss., fig. 24, 4-5.
[74] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 40 y ss., fig. 30, 4.
[75] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, p. 65, fig. 39, 10.
[76] *Op. Cit*, (nota 13), PEREZ LOPEZ *et alii* 2004a, p. 197.

ñ. Borde exvasado apuntado (fig. 7, ñ) de medianas dimensiones (14 y 17 cms de diámetro). Formas similares, aunque ligeramente más grandes, se documentan en la factoría de salazón de la costa de Huelva, cuya cronología es anterior al siglo IV d.C.[77] Su contexto arqueológico nos indica una cronología temprana permitiéndonos encuadrar este subtipo durante la primera mitad del siglo I d.C. y el siglo IV d.C.

o. Borde vertical redondeado (fig. 7, o) Sus diámetros oscilan entre 14 y 16 cms. Forma que responde al tipo 21, 5 de Vegas[78] y a la forma 142 de Santrot[79]. Su elaboración simple la hacen muy habitual en todos los contextos arqueológicos imaginables. Su cronología abarca todo el periodo que este complejo industrial está en funcionamiento, es decir, mediados-finales del siglo I a.C. hasta principios del siglo VII pero se observa una mayor presencia a partir de la primera mitad del siglo III d.C.

p. Borde exvasado plano horizontal (fig. 7, p) con diámetros inferiores a 14 cms. El labio presenta decoración en la que parece que ha sido sometido a pequeñas presiones logrando una perspectiva frontal serpenteante.

Podría corresponder a la forma 140 de Santrot, pero en dimensiones menores, presente en Burdeos en el siglo I d.C.[80] Si atendemos a su contexto arqueológico y paralelos, podríamos atribuirle una actividad que comenzaría a mediados del siglo I d.C. ampliándose hasta mediados del siglo IV.

Denominamos conjunto II a un recipiente abierto cuyo perfil general responde a una semiesfera o tiende a ello, morfología que puede variar desde un perfil semiesférico rebajado o de poca altura a un perfil semiesférico apuntado o de

[77] CAMPOS *et alii.* 1999, pp. 168 y ss., fig. 113, TE/97/3/86.
[78] *Op. Cit*, (nota 55), VEGAS 1973, pp. 57 y ss., fig. 19, tipo 21, 5.
[79] *Op. Cit*, (nota 54), SANTROT 1979, p. 94, fig. 142.
[80] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, p. 94, fig. 140.

gran altura. El borde no siempre está diferenciado, constituyendo, en algunas ocasiones, una prolongación de la pared.

Siguiendo los mismos criterios que para el conjunto anterior, diferenciamos dos grupos en función a su profundidad, pocos profundos y profundos. Entre los primeros destacamos:

a. Borde exvasado vuelto redondeado (fig. 7, a) con pequeñas incisiones lacrimales a modo de decoración. Sus diámetros oscilan entre 27 y 28 cms.

   No se han documentado paralelos en la bibliografía consultada, por lo que estaríamos hablando de producciones propias de este alfar, probablemente de herencia púnica. Su interior parece estar bruñido con la intención de evitar la incrustación de algún tipo de pasta, salsas o derivados. Sin descartar su uso doméstico, también nos puede hacer pensar en que se pueda tratar de un recipiente con destino comercial, puesto que estas características son idóneas para permitir el transporte de algún tipo de salsa glutinosa como el *garum* en pasta sin miedo a que se adhiriera al recipiente y, con ello, prolongar su buena conservación. Cronología que, *grosso modo*, comprendería entre el siglo II d.C. hasta finales del siglo IV d.C.

b. Borde exvasado vuelto ranurado. Dentro de este subtipo hemos diferenciado dos apartados:

   - Borde ranurado de perfil hemisférico rebajado (fig. 7, b.1) con un gran diámetro en boca, entre 25 y 43 cms. Presenta debajo del borde un asidero de cordón de dos perforaciones de sección ovoidal. No es una forma nueva dentro de la bibliografía de Puente Melchor[81]. La mayor concentración de estas piezas se localizan en niveles altoimperiales, disminuyendo durante

[81] *Op. Cit.* (nota 13), PEREZ LOPEZ *et alii.* 2004a, p. 197, fig. 4, 12.

mediados del siglo III d.C., siendo escasa su presencia hasta finales del siglo VI.

- Borde ranurado de perfil hemisférico preciso (fig. 7, b.2). Sus diámetros oscilan entre 29 y 38 cms. Una de estas piezas presenta en la mitad del cuerpo una marca impresa que se inscribe en una cartela rectangular (1,2 x 1,6 cms) con los ángulos redondeados

El único paralelo fiable es el documentado en el alfar de Cellarulo (Benevento, Campania, Italia) con una larga continuidad en el tiempo, desde finales del siglo IV a.C. hasta, al menos, el siglo II d.C.[82] La falta de una estratigrafía clara y la pobreza de los paralelos no nos proporcionan datos cronológicos fiables, si bien, podemos relacionar la impresión de esta marca con otra documentada en la base de un lebrillo cuya cronología va desde mediados del siglo I d.C. a mediados del siglo II d.C., dando esta cronología por buena.

c. Borde exvasado redondeado entre los que distinguimos dos apartados:

- Borde levemente engrosado de contorno redondeado con un perfil semiesférico más definido (fig. c, 1). Responden al tipo 7, 1 de Vegas sin decoración rizada, propios de época republicana[83]. Perfiles similares se localizan en Ampurias, de producción massaliota, durante los últimos años del siglo V a.C. hasta el siglo III a.C.[84] Su contexto sitúa a estos recipientes entre los siglos I y II d.C.

- Se distingue del anterior por tener en cuerpo más rebajado y un engrosamiento del borde (fig. c, 2), cuyos diámetros oscilan entre los 42 y 44 cms. Se trata de producciones precoces y pudieron estar presentes en el alfar a partir el cambio de era pero que se siguieron utilizando hasta el siglo V d.C.

[82] CIPRIANO y DE FABRIZIO 1996, pp. 201 y ss., fig. 4, 5.
[83] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, p. 32, fig. 8, 1.
[84] CONDE *et alii*. 1995, p. 16, fig.16, 2-3.

Una mención aparte nos merece los denominados platos de engobe rojo pompeyano, recipientes con un recubrimiento que se extiende por toda la superficie interna de las piezas, así como el borde y arranque de la superficie exterior, la principal particularidad de este tipo de engobes no es tanto su factura y aplicación como la finalidad de la misma, esto es, su función como capa antiadherente. Distinguimos dos formas II.d y II.e:

d. Borde vertical indiferenciado de la pared y de contorno redondeado, la base simple de fondo plano (fig. 9, d). Cuyos diámetros oscilan entre 34 y 36 cms. Este tipo es la forma más popular y difundida en el Imperio Romano[85], sobre todo, a partir de época augusta y el siglo I d.C.[86] Responde a la forma Goudineau 28 – 30[87], al tipo 15, 6 de Vegas[88], a la forma Luni 5[89] y al tipo IA de Chiosi[90]. En el Valle del Guadalquivir es la forma con mayor representatividad durante el siglo I d.C.[91] El contexto arqueológico apunta una cronología temprana, a partir de la primera mitad del siglo I d.C., estando vigente hasta finales del siglo III d.C.

e. Borde invasado redondeado (fig. 9, e). Piezas cuyo diámetro en boca oscila entre 26 y 32 cms. Responde al tipo 15, 9 de Vegas[92]. Parece imitar a la forma itálica IB de Chiosi, cuya presencia se produce a partir de época augusta y el siglo I d.C.[93] Documentamos imitaciones en la *Tarraconense* a partir de mediados del siglo I d.C. en adelante[94]. Todo ello, nos indica que estamos ante formas típicas del siglo I d.C.

f. Borde invasado redondeado con mango y la base plana con fondo plano (fig. 9, f). Aplicado al borde un mango cilíndrico levemente engrosado en el extremo para una mejor sujeción. Su diámetro oscila entre 28 - 32 cms.

[85] *Op. Cit.* (nota 64), AGUAROD 1991, p. 78, fig. 6, 3-6.
[86] CHIOSI 1996, p. 230.
[87] GOUDINEAU 1970, p. 168, pl. II.
[88] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, p. 46, fig. 16, 6.
[89] *Op. Cit.* (nota 63), SANCHÉZ 1995, p. 254, fig. 2.
[90] *Op. Cit.* (nota 86), CHIOSI 1996, p. 226, fig. 1.
[91] *Op. Cit.* (nota 63), SANCHÉZ 1995, p. 262, fig. 2.
[92] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, p. 46, fig. 16, 9.
[93] *Op. Cit.* (nota 86), CHIOSI 1996, p. 228, fig. 2
[94] *Op. Cit.* (nota 64), AGUAROD 1991, p. 83, fig. 11, 1.

Es una forma poco estudiada en Hispania y escasamente documentada en cerámica con respecto a otras formas, es más habitual encontrarla en metal, materia más resistente al fuego vivo y con un asidero en el extremo opuesto a la empuñadura para facilitar su manejo[95]. Se conoce desde el siglo III a.C. en Italia[96] y son habituales en Grecia y en Asia Menor, así como, en numerosos yacimientos itálicos de posible procedencia oriental, como Pompeya, Ostia, Cosa, Sibari, Pozzuoli, etc. tradicionales de los siglos I y II d.C.[97]Aunque en el registro itálico no se localiza esta forma más allá del siglo II d.C., en el yacimiento de Puente Melchor, se documentan en estratos de principios del siglo V d.C., aunque se observa un predominio entre los siglos II y III d.C.

g. Borde exvasado vuelto redondeado (fig. 9, g) con un diámetro que oscila entre los 14 y 19 cms. Responde al tipo 8 de Vegas.[98] Se documentan paralelos en Iruña, Tiermes, Tricio, Varea, Alfaro y en Libia (Herramélluri, La Rioja)[99]. Es una forma conocida en *Gabii* (Roma) a partir del siglo I a.C. hasta el siglo I d.C.[100], así como, en Cartago desde el siglo I d.C. y, sobre todo, en Uzita (África), a partir del siglo II d.C. hasta la primera mitad del siglo III d.C.[101] En base a sus paralelos y su contexto podemos proponer una fecha temprana para estas producciones, cuyo origen sería a partir del siglo I d.C. llegando hasta el siglo V d.C.

h. Borde exvasado de sección triangular (fig. 9, h), documentado en dimensiones amplias, medianas y reducidas, cuyos diámetros oscilan entre los 11 y 22 cms. Respondería al tipo 10, 2 de Vegas[102], su contexto nos indica una cronología temprana y corta, finales del siglo I y el primer tercio del siglo II d.C.[103]

[95] *Op. Cit.* (nota 64), AGUAROD 1991, p. 96.
[96] BATS 1993, p. 360, fig. COM-IT-5a.
[97] DI GIOVANNI 1995, pp. 81 y ss., fig. : 7 y 12.
[98] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 34 y ss., fig. 7, 2.
[99] *Ibidem*.
[100] *Op. Cit.* (nota 51), OLCESE 2003, pp. 77 y ss., TAV. VI, 4.
[101] BONIFAY 2004, p. 245, fig. 132, TYPE 1, 2-3.
[102] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 35 y ss., fig. 11, tipo 10, 2.
[103] *Op. Cit.* (nota 17), LAVADO, 1996, p. 75.

Los recipientes hemisféricos de gran altura o profundos se caracterizan por una gran variedad tipológica:

i. Borde exvasado vuelto redondeado engrosado (fig. 9, i) de muy amplias dimensiones, 28 – 44 cms de diámetro. Respondería al tipo 7, 9 de Vegas[104] y al tipo 134 de Santrot[105]. Parecen ser herederos de los morteros turdetanos encontrados en el Castillo de Doña Blanca durante los siglos IV y III a.C.[106] y muy similares a los morteros indígenas encontrados de los yacimientos de Torre de los Encantados (Cataluña) de parecida cronología[107]. También son habituales desde época medio y tardorrepublicana en diversos ambientes del Mediterráneo[108]. Producciones conocidas en el Círculo del Estrecho[109], así como, fuera de nuestras fronteras, en ambientes galos (Languedoc, Francia) durante finales del siglo I d.C. y principios del II d.C.[110] y, en fechas tardías, en torno al siglo V d.C., en Beja (Portugal)[111]. Son formas que comienzan a producirse durante el cambio de era llegando hasta el siglo VI d.C.

j. Borde exvasado vuelto horizontal con pared interior de frotación. Según la superficie interna, diferenciamos:

- Borde vuelto horizontal con pared interior estriada cuyos diámetros oscilan entre los 38 y 48 cms. Los recipientes con estrías en el interior eran conocidos desde el siglo VII a.C. en Grecia y es a partir del siglo II a.C. cuando se incorpora a la cerámica romana[112]. Su prototipo lo encontramos en las cerámicas turdetanas del siglo III a.C. del poblado de Las Cumbres, muy cerca del poblado de Doña Blanca, aunque con la ausencia de estrías[113]. Para

[104] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 28 y ss., fig., 10, 9.
[105] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, p.
[106] *Op. Cit.* (nota 36), RUIZ y PÉREZ 1995, pp. 67 y ss., fig. 27, 11.
[107] *Op. Cit.* (nota 84), CONDE 1995, p. 19, fig. 23, 3.
[108] *Op. Cit.* (nota 51), OLCESE 2003, pp. 103 y ss., TAV. XXXVIII, 2.
[109] *Op. Cit.* (nota 49), BERNAL y ARÉVALO 2002, pp. 419 y ss., fig. 302, 9.
[110] PASSELAC 1996, pp. 377 y ss., fig. 9, 8.
[111] PINTO 2003, p. 296, fig. 214.
[112] BAATZ 1977, pp. 149 – 158. Cf. SERRANO 1995, p. 231.
[113] *Op. Cit.* (nota 36), RUIZ y PÉREZ 1995, p. 93, fig. 29, 3.

la forma con el labio menos desarrollado (fig. 9, j.1) sólo la documentamos con la incrustación de piedrecitas, siendo inexistente, al menos en la bibliografía consultada, los paralelos con estrías en su interior. No ocurre lo mismo para la pieza con el borde más desarrollado (fig. 9, j.2), habitual en las producciones de la Bética difundiéndose a partir de mediados del siglo I d.C. hasta ambientes bajoimperiales[114]. Documentamos formas similares en ambientes relacionados con las factorías de salazones del litoral onubense[115].

- Borde vuelto y pared interior con piedrecitas (fig. 10, j.3) Formas con bocas muy amplias, entre 26 y 46 cms. Responde al tipo 7 de Vegas, presentes en el período republicano pero se divulga a partir del siglo I d.C. y se mantienen hasta época tardo-imperial[116]; y, a la forma 183 de Santrot, documentada en Burdeos y la Gran Bretaña desde los años centrales del siglo I d.C.[117] Se tiene constancia de la incrustación de piedrecitas desde época republicana, difundiéndose en el siglo I d.C. hasta época tardo-imperial[118], permaneciendo sin grandes cambios hasta la primera mitad del siglo VI[119].

Es difícil darle una cronología de inicio a estos recipientes en este yacimiento pero probablemente esté en consonancia con los paralelos, es decir, a partir del siglo I d.C. hasta finales del siglo V d.C.

k. Borde vuelto de sección triangular con pared interior de frotación (fig. 10, k). Con diámetros regulares, entre 26 y 30 cms. Forma conocida como "labio con forma de martillo"[120]. Ejemplares de esta forma están presentes en las *cetariae* de

[114] FERNÁNDEZ GARCÍA 2004, p. 263, fig. 20, 3.
[115] *Op. Cit.* (nota 77), CAMPOS 1999, pp. 64 y ss., fig., 27, 31.
[116] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 28 y ss., fig. 8, 7.
[117] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, p. 110, fig. 183.
[118] *Op. Cit.* (nota 47), LUEZAS 2002, pp. 78 y ss., fig. 21, 1.
[119] MACÍAS 2003, pp. 28 y ss., fig. 7, 4.
[120] MORAIS 2004, p. 568.

Baelo Claudia en niveles del siglo II d.C.[121] y las de Cotta, en la costa mauritana, como parte del material característico de la industria de salazón[122].

Es un tipo sobradamente conocido y bien documentado en la Lusitania y en el sur de la Gallaecia desde niveles augusteos hasta inicios del siglo II d.C.[123]. Del mismo modo, el estudio de estas cerámicas ha permitido su identificación como producción bética[124] y, es por ello, que los paralelos más significativos e interesantes son aquellos de manufactura bética documentados en el territorio portugués desde finales del siglo I a.C. hasta mediados del siglo II d.C.[125] Esta forma la podemos documentar en este yacimiento entre finales del siglo I a.C. y principios siglo V d.C., pero la información de los paralelos unida a la que disponemos nosotros, permite centrar el momento más fuerte de su fábrica entre los siglos I y II d.C.

l. Borde exvasado redondeado apuntado al exterior (fig. 10, l) con diámetros muy amplios, entre 26 y 54 cms. La abundancia de este material nos podría estar indicando su uso dentro del mismo alfar, contextos muy diferentes a los que habitualmente son conocidos. Se documentan en el norte de España, Varea y Libia (La Rioja)[126], así como, en el yacimiento de Veleia (Álava, País Vasco), estos últimos ejemplares se caracterizan por poseer incrustaciones de piedrecitas en la pared interior y se fechan, con reservas, en época altoimperial[127]. En este complejo industrial están presentes a partir de la primera mitad del siglo I d.C. llegando a niveles muy tardíos, siglo V d.C.

m. Borde vertical en pico apuntado al exterior (fig. 10, m). Un tipo muy variado en cuanto a las dimensiones de su diámetro que oscila entre los 17 y 30 cms.

[121] BERNAL 2007a, pp. 431 y ss., fig. 58, 1.
[122] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 55 y ss., TAV. XIX, 15.
[123] PINTO y MORAIS 2007, pp. 239; *Op. Cit.* (nota 15), PINTO 2003, pp. 265, fig. 177.
[124] *Op. Cit.* (nota 120), MORAIS 2004, p. 568 y ss., fig. 5, 20-25.
[125] *Op. Cit.* (nota 123), PINTO y MORAIS 2007, p. 239, fig. 6 (nº 27-35).
[126] *Op. Cit.* (nota 47), LUEZAS 2002, p. 97, fig. 28, 1.
[127] MARTÍNEZ SALCEDO 2004, p. 164, fig. 49.

Responde al tipo 21 de Vegas[128] y al tipo 133, sin decoración, de Santrot, documentándose a finales del siglo I d.C.[129] Formas similares se rastrean en La Rioja en torno al siglo I d.C.[130] y, aunque ligeramente más invasados, en Torres de Ares (Portugal) en niveles altoimperiales[131]. Como su contexto y paralelos indican una cronología entre principios del siglo I d.C. y principios del siglo IV d.C.

n. Borde vertical redondeado (fig.10, n) cuyos diámetros oscilan entre los 25 y 38 cms. Forma universal por su fábrica simple y función polivalente, propagada por todo el Mediterráneo desde época prerromana. Responden a los tipos 21, 5 de Vegas[132] y 115 – 118 de Santrot[133].

Dicha polivalencia, nos lleva a documentar este tipo en diversos ambientes, entre los que destacamos, los complejos termales de Aix-en-Provence (Francia) en niveles del siglo I d.C.[134] o las estructuras relacionadas con la factoría de salazones (Baelo Claudia) a finales del II d.C.[135] Sus características la hacen merecedora de una amplia cronología en el yacimiento de Puente Melchor que va desde el cambio de era hasta principios del siglo VII d.C.

o. Borde vertical bífido (fig. 11, o) con diámetros comprendidos entre los 19 y 37 cms. Pueden responder al tipo 14 de Vegas[136] o considerarla imitación de la forma Ostia II, 306[137], lo que explicaría las marcas de uso y las manchas negruzcas en el exterior de las piezas, que nos llevan a plantear no sólo un nuevo uso para estos recipientes de borde biselado sino también su uso en el propio

[128] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 57 y ss., fig. 19.
[129] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, p. 92, fig. 133.
[130] *Op. Cit.* (nota 47), LUEZAS 2002, p. 102, fig. 31, 3.
[131] *Op. Cit.* (nota 123), PINTO y MORAIS 2007, pp. 241 y ss., fig. 12, 86.
[132] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 57 y ss., fig. 19, 5.
[133] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1973, pp. 87 y ss., figs. 115-118.
[134] NIN 1996, pp. 257-287, fig. 23, C; 28, C-E.
[135] *Op. Cit.* (nota 121) BERNAL 2007a, pp. 383 y ss., fig. 24, 3-4; 31, 10-11.
[136] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 45 y ss.
[137] SERRANO 2005, p. 299, fig. 27, Ostia II, 306.

alfar. Su dispersión geográfica es muy amplia, sobre todo, en la Bética[138], documentándose con bastante facilidad desde niveles republicanos[139]. Perfiles semejantes con asas aplicadas se documentan en alfares de la costa malagueña durante el siglo II d.C.[140], y de la costa granadina cuya aparición se hace patente a principios del siglo III d.C. manteniéndose durante toda la centuria[141]. Del mismo modo, se documentan en niveles altoimperiales en Baelo Claudia[142]. Con frecuencia estas formas se asocian a materiales presentes en las factorías de salazones como las de Cotta (Marruecos)[143]. Presentes durante los siglos I y II d.C., documentándose en las siguientes centurias de forma más escasa.

p. Borde invasado plano oblicuo entrante (fig. 11, p). Sus diámetros son muy amplios, oscilan entre 27 y 56 cms. Datados en la segunda mitad del siglo III en la parte oriental de Girona (Cataluña)[144], destinados a la elaboración y preparación de productos[145]. Se documentan perfiles semejantes en el yacimiento de El Torno-Cementerio de San Isidoro del Guadalete con una cronología entre el último tercio del siglo I d.C. y principios del siglo II d.C.[146] Del mismo modo, son conocidos en las producciones cerámicas del alfar del Rinconcillo (Salobreña, Granada) durante todo el siglo III d.C.[147] Su dispersión tipológica en el exterior parece ser amplia, se conocen tipos semejantes en Olevano Romano (Roma, Lazio), entre el siglo II a.C. y finales del siglo I d.C.[148], en la costa mediterránea francesa (Fréjus) desde mediados del siglo I a.C. hasta el siglo II d.C.[149] y en el taller cerámico de Livron (Francia) durante el siglo II d.C.[150]

[138] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, p. 45., fig. 14, 4.
[139] *Op. Cit.* (nota 47), LUEZAS 2002, pp. 182 y ss., fig. 3.
[140] SERRANO 1997, pp. 155 y ss., figs. 42 y 44.
[141] BERNAL *et alii.* 1998, p. 383, fig. 153, 45-50.
[142] *Op. Cit.* (nota 121), BERNAL *et alli*. 2007a, pp. 383 y ss., figs. 28, 9; 30, 7; pp. 423 y ss., fig. 58, 4.
[143] *Op. Cit.* (nota 45), PONSICH y TARRADELL 1965, pp. 65 y ss., fig., 40; fig. 42.
[144] CASAS *et alii.* 1995, pp. 118 y ss., fig., 11, 19.
[145] *Op. Cit.* (nota 144), CASAS *et alii*. 1995, p. 118.
[146] GARCIA JIMENEZ *et alii*. 2004, p. 666, fig. 11.
[147] *Op. Cit.* (nota 141), BERNAL *et alii.* 1998, pp. 354 y ss, fig. 142, 199.
[148] *Op. Cit.* (nota 51), OLCESE 2003, p. 99, TAV. XXXII, n. 4.
[149] *Op. Cit.* (nota 67), GÉRABA y BÉRAUD 1996, pp. 304 y ss., fig. 18, 5-6.
[150] *Op. Cit.* (nota 110), PASSELAC 1996, pp. 371 y ss., fig. 7, 2.

Su presencia es muy temprana puesto que se encuentra sellada por uno de los vertederos con más amplia cronología (desde mediados-finales del siglo I a.C. hasta mediados del siglo VII d.C.) con lo que son producciones típicas de la segunda mitad del siglo I a.C. y finales del siglo III d.C.

q. Borde exvasado redondeado apuntando (fig. 11, q) de boca amplia (19 – 24 cms de diámetro). Parece imitar a la forma *Consp*. 11.1 de TSI, fechada entre el 15 a.C. y el cambio de era, cronología concretada por M. Passelac, hasta el 15 d.C. Aunque de dimensiones menores, encontramos siluetas similares en las termas de Liguri Beabiani (Benevento), cuya cronología se centra en el siglo II d.C.[151]; o, en la costa francesa (Fréjus-Clos de la Tour) desde el siglo I d.C. hasta mediados del siglo II d.C.[152] Todo parece indicar que estamos ante una forma característica de los siglos I y II d.C.

r. Borde vertical redondeado con moldura externa (fig. 11, r). Su forma simple le podría proporcionar una amplia cronología desde el siglo I d.C. hasta mediados del siglo VII d.C., pero la nota distintiva de ese leve engrosamiento nos puede llevar a pensar que se trata de una imitación de las formas lisas del TSH 24/25, con una cronología que oscila entre el 30 d.C. hasta 150 d.C.[153] Nos inclinamos más por esta última, encuadrándola en los siglos I y II d.C.

s. Borde invasado redondeado con moldura externa (fig. 11, s) cuyos diámetros se comprenden entre los 19 y 20 cms. Esta forma nos recuerda a la forma TSSG Herm. 23, datada desde el 70 al 120 d.C. Responde a la forma 164 de Santrot, en la que también parece ver imitación pero a la forma Drag. 44, con una cronología oscilante entre mediados del siglo I d.C. y el siglo II d.C.[154] Sin embargo, se

[151] FEDERICO 1996, p. 199, fig. 10, 116.
[152] RIVET 1996, pp. 434 y ss., fig. 19, 5.
[153] FERNÁNDEZ y RUIZ 2005, p. 166 y ss., fig. 11, 24/25.
[154] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, p. 101, fig. 164.

registran durante la quinta y la sexta centuria ejemplares de perfil muy similar en el Puerto de Santa María, Cádiz[155].

No hemos encontrado apenas paralelos cercanos en cerámica común que nos pudieran abrir un poco más las expectativas de circulación y dispersión de esta forma en el *Conventus Gaditanus* o en la Bética, por lo que pudiéramos estar hablando de una producción propia de este alfar cuya presencia se haría notar a partir de mediados de la segunda mitad del siglo I d.C. y mediados del siglo II d.C.

t. Borde vertical redondeado y base de corona (fig. 11, t) Sólo se conservan dos ejemplares casi completos, cuyo diámetro en boca es de 8,6 cms, diámetro en la base de 7 cms y una altura aproximada de 9 cms. A este subtipo debemos añadirle una serie de bases de similares características de 6 cms de diámetro

No es una forma habitual en cerámica común. Responde al tipo 216 de Santrot documentado en ambientes domésticos en el cambio de era[156]. También podríamos estar hablando de imitaciones de las formas en metal documentadas en Pompeya. Es, por ello, que podríamos situar su inicio entre finales del siglo I o principios del II d.C. hasta finales del siglo IV d.C.

El conjunto III se define por tener un perfil de cono invertido o truncado, cuya inclinación de las paredes pueden variar de muy obtusas a casi rectas. Según la relación de la profundidad y apertura máxima del recipiente podemos establecer dos grupos, poco profundo, con una reducidísima representación, y profundo. Dentro de los pocos profundos incidimos entre aquellos de reducidas dimensiones (diámetro menor a 14 cms):

[155] *Op. Cit.* (nota 52), LAGÓSTENA *et alii*. 1996, pp. 99 y ss., lám. 2, 2: lám. 4, 5.
[156] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, p. 123, fig. 216.

a. Borde vertical de contorno redondeado y base plana con fondo plano o levemente rehundido (fig. 12, a) Responden al tipo 31 de Santrot, presente en numerosos yacimientos de Aquitania, con un amplio desarrollo entre finales del siglo I a.C. hasta el siglo IV d.C. Su contexto retrasa su inicio a la primera mitad del siglo I d.C. y la prolonga hasta principios del siglo V d.C.

b. Borde invasado redondeado (fig. 12, b). Aunque se pudiera tratar de formas más o menos universales por su factura simple y polivalente no son muy abundantes en la bibliografía especializada, se documentan ejemplares similares en Ostia sin estratigrafía ni paralelos directos[157] y en la Aquitania meridional durante época augusta[158]. Su contexto no garantiza unas coordenadas temporales precisas, a falta de más información como el estudio de las formas cerradas en su contexto o su ubicación en otros ambientes de la Bahía Gaditana, proponemos una cronología augusta para estas piezas.

Dentro de los recipientes profundos destacan aquellos de boca muy amplia y de gran capacidad, que los autores antiguos identificaban con los términos latinos de *labrum*, *lebes*, *lanx*, etc. Sus características morfométricas, entre las que destacamos sus marcas *ante cocturam* y su forma ovalada, conceden personalidad propia a estas vasijas, y le hicieron valedoras de una polivalencia, casi innata; para diferenciarlo de los objetos cerámicos de revolución, hemos colocado en la intersección de los dos planos una elipse para identificar de forma visual aquellas que son ovaladas de las que no lo son. Hemos documentado un total de 26 grafitos *ante cocturam*. El lugar habitual para la plasmación de estas marcas fueron los bordes, y, de forma excepcional, en la base (fig. 13, g), cuestión que será tratada más adelante.

Columela nos describe algunas técnicas de conservación y lo relaciona, de alguna forma, con los recipientes que vamos a exponer, concretamente, se centra en la conservación de uvas[159], pero esto nos lleva a pensar que no sólo debió estar

[157] *Op. Cit.* (nota 34), PAVOLINI 2000, p. 176, fig. 77.
[158] RÉCHIN 1996, pp. 447 y ss., fig. 5, 23.
[159] COLUNMELA, XIII, 43.

destinado a estos productos sino también a otros, como los cárnicos o piscícolas y sus derivados. No cabe duda, que su forma ovalada facilitaba mejor el encaje de trozos de pescado en salmuera para su conservación. Esta última actividad, ha sido objeto de especial interés por nuestra parte, y, además, hemos relacionado estos recipientes ovalados con las referencias de los autores clásicos en la elaboración del *garum*[160]. Así obtenemos, un diseño muy similar al elaborado por F. Salviat[161], él dibuja un recipiente cerrado al que se introduce un aparejo, a modo de colador, para el filtrado, obteniendo, por una parte, el *liquamen* dentro de éste y, por otra, el *garum* en pasta. Pero disentimos de este diseño en parte, puesto que las referencias escritas de algunos autores clásicos nos dicen que para obtener un buen *garum* los ingredientes debían removerse con frecuencia[162]. Y para que esta última acción pudiera ser continua a lo largo de su elaboración, que podría durar varios meses, y, para que, además, se produjera un buen filtrado, éste debía realizarse sino desde el principio, sí, al menos, en los primeros momentos de su elaboración, sin que ello mermara su calidad ni imposibilitara su removido; por lo tanto, el recipiente debía ser abierto, muy amplio y de grandes dimensiones con fin de poder mover los ingredientes de forma asidua, y, con ello, facilitar su filtrado, como mostramos en la fig. 14, g.1.

Son muchas las formas dentro de este conjunto que se documentan en este alfar, con lo que hemos decidido mencionar las más habituales, se tratan en su mayoría de recipientes ovalados y para diferenciarlos de los de revolución se ha optado por colocar en el centro del dibujo cerámico una elipse:

c. Borde exvasado vuelto engrosado (fig. 12, c). Son formas que se conocen desde al menos el siglo V a.C. en el sur peninsular[163], en la Bética desde el siglo I a.C.[164] y a partir de época alto-imperial en *Augusta Emerita*[165]. En la segunda

[160] MANILO, V, 667-675; GEOPÓNICA, XX, 46.
[161] Cf. ÉTIENNE y MAYET 2000, p. 46, fig. 9.
[162] *Op. Cit.* (nota 160), MANILO, V, 667-675; MARCIAL, *Geopónica*, XX, 46.
[163] BERNAL *et alii.* 2003, pp. 71 y ss., fig. 25, 6.
[164] FERNÁNDEZ CACHO 1995, p. 183, lám. 2, 7.
[165] DE ALVARADO 1995, p. 285, fig., 2, 1-2.

mitad del siglo III d.C., aunque con la pared más vertical, lo documentamos en los alfares romanos de la costa granadina[166]. En el litoral onubense está constatada la presencia de estos recipientes en establecimientos dedicados a la producción de salsas piscícolas y sus derivados, así como, en las villas rústicas del interior de Huelva (Villarrasa), documentándose desde comienzos del siglo I d.C. hasta el siglo V d.C.[167] Del mismo modo, aparecen perfiles similares durante época medio-imperial en ambientes relacionados con la factoría de salazones de *Baelo Claudia* (Bolonia, Tarifa)[168].

Su alta presencia en el yacimiento lo hace más que valedor de una amplísima cronología, se registran desde los primeros estratos, es decir, desde mediados-finales del siglo I a.C. hasta finales del siglo VI d.C. o, incluso, principios del siglo VII d.C., aunque observamos un mayor predominio entre los siglos I – IV d.C.

d. Borde exvasado vuelto horizontal engrosado (fig. 12, d). En este subtipo se documenta 4 grafitos en el borde en forma de aspa y, uno, simple con un solo trazo curvado en forma de semicircunferencia. Ampliamente documentado en los ámbitos espacio-temporales del complejo industrial, lo que nos indica no sólo el valor productivo sino también su alta significación dentro de dichas instalaciones. Tipológicamente corresponde al tipo 12 de Vegas y goza de una enorme difusión en la Bética[169].

El origen de estas producciones parece radicar, una vez más, en el gusto por lo púnico o un espíritu helenístico[170], formas difundidas desde al menos el siglo V a.C.[171], y es que parece haber una afinidad morfológica entre los ejemplares documentados en la factoría de salazones de la Plaza Asdrúbal (Cádiz) de los

[166] *Op. Cit.* (nota 141), BERNAL *et alii.* 1998, pp. 356 y ss., fig. 143, 202.
[167] CAMPOS *et alii*. 2004, pp. 127 y ss., figs. 7, 2-3; 26, 2-3.
[168] *Op. Cit.* (nota 68), BERNAL *et alli.* 2007b, pp. 472, fig. 18, 12.
[169] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, pp. 39 y ss., fig. 13, 1 y 3.
[170] *Op. Cit.* (nota 96), BATS 1993, p. 349, fig. COM-GRE 6a.
[171] *Op. Cit.* (nota 163), BERNAL 2003, pp. 71 y ss., fig. 25, 6.

siglos IV – III a.C.[172] y nuestros ejemplares. En nuestro alfar goza de una gran profusión estando presente desde mediados-finales del siglo I a.C. hasta principios del siglo VII d.C.

e. Borde exvasado vuelto fuertemente horizontalizado y engrosado (fig. 12, e). Es un tipo que goza de gran divulgación durante los siglos I y II d.C. en el Mediterráneo[173]. Estos ejemplares parecen imitar al tipo Dramont D2[174], pero con criterios autóctonos. Responde, con reservas, al tipo 7, 7 de Vegas[175] y al tipo 189 de Santrot, conocido desde el siglo I d.C. en Italia, Burdeos y Bretaña, en estos dos últimos su presencia parece llegar hasta el siglo II d.C.[176] Formas documentadas en ambientes relacionados a la industria de salazones, en el siglo II d.C.[177] y conocidas también en el norte peninsular[178]. Forma típica de los siglos I y II d.C.

f. Borde exvasado vuelto plano horizontal oblicuo al interior (fig. 13, f). Este subtipo contiene los grafitos con más atractivo del repertorio, se documenta 6 y se sitúan en la cara superior del borde. Se trata de una forma cerámica desconocida en la bibliografía, sólo existe una vaga referencia de un pequeño fragmento de borde documentado en una zona de habitación de época tardorromana en la C/ Ganado 21, en El Puerto de Santa María (Cádiz)[179]. La pieza tiene un diámetro de 33 cms y ha sido identificada como un cuenco[180], no coincidimos en esta denominación puesto que estaría más cerca de lo que venimos denominando como lebrillos, barreños o similares.

[172] DE FRUTOS y MUÑOZ 1996, p. 136, fig. 87, A, 5.
[173] *Op. Cit.* (nota 51), OLCESE 2003, p. 105, TAV. XXXIX, 7.
[174] *Op. Cit.* (nota 64), AGUAROD 1991, fig. 41, 2; fig. 44, 3.
[175] *Op. Cit.* (nota 55), VEGAS 1973, p. 29, fig. 8, 7.
[176] *Op. Cit.* (nota 54), SANTROT 1979, pp. 112 y ss., fig. 189.
[177] *Op. Cit.* (nota 121), BERNAL *et alii.* 2007a, pp. 383 y ss, fig. 28, 1.
[178] *Op. Cit.* (nota 127), MARTÍNEZ SALCEDO 2004, p. 157, fig. 44.
[179] *Op. Cit.* (nota 52), LAGÓSTENA *et alii.* 1996, pp. 102 y ss., lám. 4, 2.
[180] *Ibidem.*

Concedemos una cronología amplia para este subtipo que parece tener su alba con los primeros pasos del complejo alfarero, desde el cambio de era, y su ocaso, en el siglo VI d.C.

g. Borde exvasado apuntado al exterior engrosado (fig. 13, g). Se documenta cuatro grafitos con forma de aspa en la cara superior del borde. A este subtipo pertenece la única pieza que conservamos completa. Se distingue del resto no sólo por conservarse completa sino porque en la base conserva una serie de grafitos y la presunta impresión de lo que se pudiera considerar un sello. Se documentan un total de 8 grafitos en los que predominan los de incisión en aspa y uno de posible grafía alfabética. No es frecuente este tipo de borde engrosado en su parte más exterior en la bibliografía consultada, con lo que debemos proponer una producción propia muy presente en la vida cotidiana del complejo alfarero de Puente Melchor desde sus inicios, entre mediados y finales del siglo I a.C., hasta su fin, entre finales del siglo VI d.C. o principios del VII d.C., aunque su momento álgido se centra entre los siglos I – III d.C.

h. Borde exvasado de sección triangular (fig. 13, h) Contamos con un sólo ejemplar ovalado, el resto es de amplias dimensiones con diámetros que oscilan entre 30 y 46 cms.

Esta forma sólo se documenta, durante el bajo imperio, principalmente, en las villas de Sâo Cucufate (Beja, Portugal)[181]. En Puente Melchor, está presente desde mediados-finales del siglo I a.C. hasta finales del siglo VI d.C., aunque se observa un predominio desde el siglo I d.C. hasta mediados del siglo III d.C.

El conjunto IV se caracteriza por un perfil biconvexo, es el que cuenta con menor representación dentro de las formas abiertas (fig. 2). Se trata de cerámicas que imitan las formas de TSH Drag. 27. Disponemos sólo tres piezas y cada una de ellas corresponde a dimensiones diferentes (boca amplia, media y reducida). Esta

[181] *Op. Cit.* (nota 111), PINTO 2003, pp. 288 y ss., fig. 204, 84.152-2B.

disparidad en cuanto al diámetro, habida cuenta de su escasa representación, tiene sentido y va parejo con la evolución de la propia Drag. 27. Este proceso se observa en el desarrollo de los cuartos de círculo, de este modo, durante los primeros tiempos el superior se muestra menos desarrollado que el inferior mientras que con el tiempo la iguala, o incluso, supera, de forma y manera que el cuarto superior se abre perdiendo curvatura y ganando amplitud[182].

a. Los ejemplares documentados poseen el borde recto de contorno redondeado (fig. 14, a, b y c) y, según su arquetipo, con base plana de fondo rehundido y pie indicado. Forma poco habitual en cerámica común, hemos hallado sólo dos paralelos, el primero, en las villas de San Cucufate(Beja, Portugal), con una fuerte representatividad durante los siglos I – II d.C., disminuyendo de forma gradual hasta llegar a su desaparición a mediados del siglo V[183]; y, el segundo, fechados a partir de mediados del siglo III d.C. en *Lucus Augusti*[184]. Su localización arqueológica en Puente Melchor, para el de mayor diámetro, estribaría desde mediados del siglo I a.C. hasta mediados del siglo VII d.C. pero todo hace indicar que no llega más allá del siglo V d.C., mientras que para aquella de boca reducida queda enmarcada en la primera mitad del siglo I d.C.

MARCAS *ANTE COCTURAM* EN LA CERÁMICA COMÚN DEL ALFAR ROMANO DE PUENTE MELCHOR

Una vieja nueva aproximación

El término grafito procede del italiano *graffiti* que, según el diccionario de la RAE, significa "Escrito o dibujo hecho a mano por los antiguos en los monumentos", por lo que no deberíamos utilizar este término para designar este tipo de marcas sobre la cerámica. Sin embargo, los términos latinos *sigillum* o *signum* comprenden, de forma genérica las marcas, señales o signos. Estas marcas se han

[182] ROMERO y RUIZ 2005, p. 189.
[183] *Op. Cit.* (nota 111), PINTO 2003, pp. 230 y ss., fig. 119.
[184] ALCORTA 1995, pp. 224 y ss., fig. 19, 6.

venido identificando tradicionalmente, como marcas o indicios para controlar la producción. Pero son muchos los años de investigación en torno a estas ideas y pocas las conclusiones firmes que se han sacado, ni tan siquiera, se ha podido establecer si respondía a un sistema de control o de contabilidad[185].

Las marcas *ante cocturam* en recipientes cerámicos en época romana en el sur peninsular no han sido objeto de un estudio pormenorizado que bien o se han centrado en los testimonios anteriores o, bien, han decidido otorgarles el calificativo de marcas comerciales sin proporcionar ninguna explicación al respecto. Recientemente, Javier de Hoz, siempre refiriéndose a una Hispania prerromana, considera que se tratan de marcas mercantiles y, en la mayoría de los casos, de procedencia foránea[186].

Los posibles significados de estas señales no están exentos de polémica pero el que goza de mayor consenso es aquel que la asocia a la organización interna del alfar para controlar o contabilizar la producción de los envases en los procesos *ante cocturam*[187].

Un dato significativo, en los materiales objeto de este estudio, es que la plasmación de estos signos se realiza, generalmente, en recipientes abiertos ovalados de gran capacidad, desconocemos el grado de técnica que hay que emplear para elaborar estos recipientes pero es posible que, simplemente, hubiera una relación entre la elaboración de estos recipientes y una marca de identidad personal del alfarero. Sin embargo, este sistema de singularizar los recipientes no fue, ni mucho menos, exclusivo de la cerámica común sino que también la encontramos en numerosas ánforas, al que también haremos una breve referencia (Fig. 15).

[185] PÉREZ LÓPEZ, 1999, p. 703.
[186] HOZ, 2007, pp. 29-42.
[187] *Op. Cit.* (nota 185), PÉREZ LÓPEZ, 1999, p. 703.

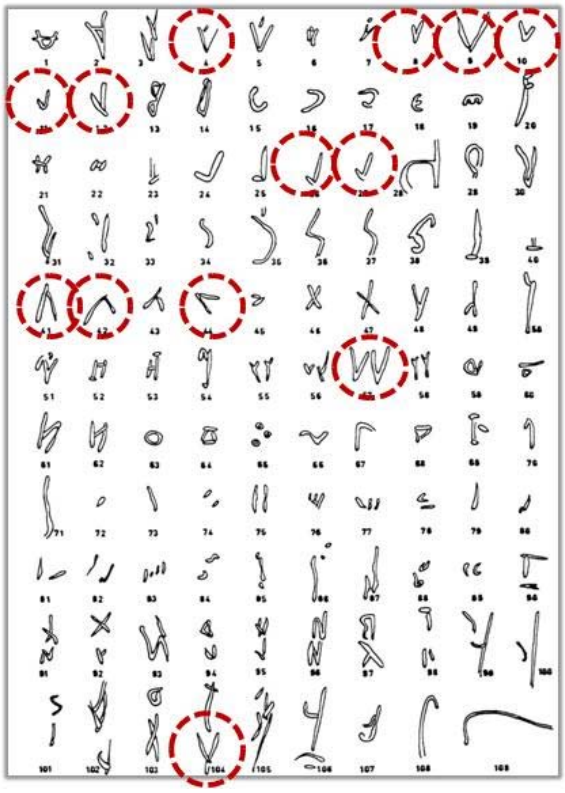


Fig. 15. Relación de marcas *ante cocturam* sobre ánforas fabricadas en los alfares de Puerto Real (Pérez López, I. et alii. 1999, p. 706).

"Nuevas expresiones" nuevos significados

Llamaba la atención la elaboración, en algunos casos, de esos grafitos, que se alejaban de cualquier vinculación numeral, con lo que comenzamos a descartar esa relación, al menos, en la producción de la cerámica común de Puente Melchor. La esmerada ejecución en algunas de estas marcas nos empujaba a investigar en otras direcciones. Ya, otros investigadores habían identificado algunas marcas en ánforas con letras del alfabeto latino[188], esta idea nos puso en alerta y nos llevó a buscar posibles identificaciones entre nuestras marcas y las letras del alfabeto latino. En esa búsqueda nos tropezamos, en más de una ocasión, con alfabetos fenicios, púnicos o neopúnicos, algo habitual en este tipo de registros. Lo sorprendente fue encontrar

[188] *Ibidem*

demasiadas coincidencias entre estas marcas con ciertos grafemas fenicios, púnicos o neopúnicos, más en esta última línea.

Con lo que iniciamos una serie de estudios comparados que a continuación desarrollaremos. Advertimos que se trata de un estudio incipiente y, con ello, se pretende abrir, de nuevo, el debate de estas marcas.

La identificación con grafemas neopúnicos, a simple vista, no indica nada sobre el significado final de estas marcas, pero su conexión a estos caracteres, podría relacionarse con dos posibilidades:

1.- Ser señas de identidad o la inicial de la firma del alfarero.

2.- Ser las iniciales de un vocablo latino y sirvieran como identificación del contenido, función o procedencia.

El primer punto nos puede llevar a relacionarlo como esa marca de alfarero, propia, para poder diferenciarlas del resto de la producción

La segunda posible opción sería deducir o reproducir, a partir de las diferentes iniciales púnicas o neopúnicas, vocablos latinos, esto en lingüística recibe el nombre de transliteración, se caracteriza por representar los signos de un sistema de escritura con los signos de otros[189]. Además, debemos tener en cuenta el entorno socio-económico y cultural de la zona, dedicada, principalmente, a la producción y comercialización de productos marinos y sus derivados; por lo que, el carácter neopúnico "X", evoluciona a la letra latina "m" o "a", ¿iniciales de *[m]urex* o *[a]llec*? ¿Se pueden establecer algún tipo de relación entre la inicial y el destino de estos recipientes? Es decir, ¿podríamos identificar la grafía neopúnica "Λ" (fig. 2 -círculo rojo-), con la letra latina [g] y, por tanto, interpretarlo con el vocablo latino *[g]arum* o *[g]ades*?

[189] BEZOS, 2006, p. 146.

Son muchas las marcas que hemos documentado en la cerámica común romana del alfar de Puente Melchor pero sólo hemos creído conveniente reproducir aquéllas que se observen de forma clara su relación entre la marca y el grafema púnico o neopúnico. Para una mejor identificación hemos numerado las marcas, hemos colocado, cuando ha sido posible, la fotografía y su reproducción gráfica (Fig. 16). Destacamos:

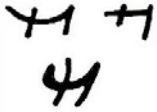
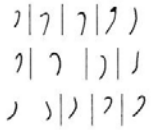
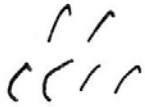
FOTO CERÁMICA	REP. GRÁFICA	LETRA PÚNICA*	LETRA LATINA	HIPÓTESIS
1 Nº INV. 28.710-F			A o M	*[A]llec* *[M]urex* *[M]uria*
2 Nº INV. 28.875-A			A	*[A]llec*
3 Nº INV. 28.689-A			š	*[S]alsamenta*
4 Nº INV. 28.552-G			P	
5 Nº INV. 28.552-G			L	*[L]umpa* *[L]iquamen*
6 Nº INV. 28.714-E			š	*[S]alsamenta*
7 Nº INV. 28.551-F			š	*[S]alsamenta*
8 Nº INV. 28.904-B			A	*[A]llec*

Fig. 16. Relación de las marcas *ante cocturam* sobre la cerámica común del alfar romano de Puente Melchor (Puerto Real, Cádiz).

- Aquellos con forma de aspa (Fig. 16; 1) pueden identificarse con la letra aleph o men y, por consiguiente, puede derivar en el vocablo latino *[a]llec*, *[m]uria* o *[m]urex*.

- La siguiente sólo se diferencia de la anterior por tener en la cara exterior superior otro trazo (Fig. 16; 2) reconociéndose con la letra aleph y, por tanto, originando, de nuevo, el vocablo *[a]llec*.

- Las marcas 3, 6 y 7 (Fig. 16; 3, 6 y 7) aunque con diferente grafema se asemeja a la letra sin, pudiendo formar la palabra *[s]alsamenta*.

- De las marcas 4 y 5 (Fig. 16; 4 y 5) se pueden obtener diferentes lecturas según su posición, pe o lamed, respectivamente; para la primera opción no hemos encontrado vocablo latino, sin embargo, para el segundo, podría ocasionar el vocablo latino *[l]umpa* o *[l]iquamen*.

- Por último, en la marca 8 (Fig. 16; 8) se podría reconocer el grafema aleph, desarrollando, por consiguiente, el vocablo latino *[a]llec*.

CONSIDERACIONES FINALES

La situación estratégica de Gades y, por tanto, del complejo industrial de Puente Melchor, jugó un papel clave no sólo como centro productor sino también como lugar de intercambio. El alcance de las estructuras documentadas relacionadas con el almacenamiento y la distribución de mercancías, *horreum*, hospedaje, y/o posible control administrativo, indican la existencia de otras construcciones próximas, aún por documentar o identificar arqueológicamente, que completarán uno de los complejos industriales más importantes de la Bética. La villa excavada en las cercanías tuvo diferentes fases a lo largo de su historia, nuestra intención, en estudios futuros, será conocer cuáles fueron sus relaciones con el complejo industrial, qué grado de vínculo existió durante las diferentes fases, si se pudieran

observar algún tipo de legados generacionales, etc. Y es, esta situación, la que nos lleva a plantear la lógica existencia de un núcleo de hábitat, de cierta entidad, en los alrededores, que dirigiría, en gran medida, las explotaciones alfareras y se implicaría en la vida comercial desde otros ámbitos.

Tras el estudio de las formas abiertas de la cerámica común observamos una serie de variables económicas que el análisis de las formas cerradas, en un futuro próximo, ratificará o no. En líneas generales, podemos decir que desde el cambio de era, o, incluso antes (desde mediados del siglo I a.C.), hasta la primera mitad del siglo III d.C. existe un volumen cerámico nutrido, a partir del cual y hasta principios del siglo VII d.C., la producción parece centrarse cada vez más en algunos arquetipos cerámicos, modelos del cambio económico-social que posiblemente aconteció en el *Conventus Gaditanus* en los primeros años de esta segunda etapa. Es así que durante la primera mitad del siglo I d.C. se observan relaciones con la Galia y con el Norte de África; la segunda mitad del siglo I d.C. se caracteriza por una leve desvalorización en la producción cerámica que se acentúa más en el siglo II d.C., volviendo a la normalidad desde mediados del siglo II d.C. hasta mediados del siglo III d.C. Hasta finales del siglo III d.C. se observa un espacio de tiempo de vacío económico, sin producción cerámica delimitada como en los procesos anteriores destinada a una producción definida, principalmente, hacia las salazones y sus derivados. Durante el siglo IV d.C. se advierte una reactivación que durará, a duras penas, hasta finales del siglo VI d.C. o, incluso, principios del siglo VII d.C.

La importancia de las relaciones tipológicas reside no sólo en completar la información de la organización de la producción sino, sobre todo, comprender la economía de la zona, así como, sus funciones polivalentes. Pero no podemos olvidar que los gustos gastronómicos debieron marcar buena parte la producción alfarera, orientada mayoritariamente hacia la producción y comercialización de derivados marinos y a exquisiteces derivadas de éste, como el consumo del *garum*, placer que se debía pagar muy caro. Y esto, lo deberíamos poner en relación con el tipo de sociedad circundante, *Gades*, era habitada por una casta de élite, compuesta por la

aristocracia local nutrida, 500 caballeros censados y punto de confluencia de grandes mercaderes[190], de tal modo, que en Roma, era conocida no sólo por sus *puellae gaditanae*, por su ciencia o sus vinos sino también por su salmuera[191]. Y es, por ello, que gran parte de la fabricación de las preciadas salsas de pescado serían objeto del consumo en la propia *civitas*.

La epigrafía cerámica romana plantea varios problemas cuando las inscripciones no son latinas y se quiere relacionar a toda costa con numerales, algunas podrían pasar como tal pero en la mayoría de las ocasiones es imposible ver y establecer esa relación.

La presencia tan dilatada en el tiempo de fenicios y púnicos creó estructuras muy sólidas y vertebradas que no permitió mudar de aires de la noche a la mañana a una sociedad tan orientalizada como la gaditana. Y es, por ello, que probablemente la escritura fuera otra perduración más de la cultura púnica.

Sea cual fuere la función, creemos que existe esa vinculación entre estas marcas y las diversas escrituras descritas antes, no sería lógico que una sociedad, bajo la dominación romana, evocaran a dioses pretéritos en sus actos piadosos, que las amonedaciones llevaran inscripciones neopúnicas, que existiera una continuidad en la forma de elaborar algunos recipientes cerámicos, como si por ellos no hubiera pasado el tiempo; así como, las tendencias artísticas con toques autóctonos, el uso de una lengua desconocida para los romanos y un largo etcétera de situaciones donde la presencia, perduración o cómo se le guste llamar, púnica, fue el resultado de una serie de testimonios de una muy particular romanización.

Los datos sobre la sociedad y las estructuras de poder descritos permiten, pues, plantear la hipótesis de que, desde un punto de vista estrictamente teórico y siempre supeditado a un mayor conocimiento del momento histórico y de su

[190] *Op. Cit.* (nota 4), JIMÉNEZ CISNEROS 1971, pp. 100 y ss.
[191] *Ibidem.*

evolución durante la República, pudiera darse en un principio una situación de diglosia, esto es, que existieran dos lenguas en contacto, aunque con funciones distintas: el latín, lengua superior, que sería la lengua empleada para la administración y el contacto con el resto del mundo romano, y por otro lado el púnico o púnico tardío, probablemente la lengua familiar, cotidiana y, además, la del comercio locales. Esta situación habría evolucionado a lo largo de época imperial hasta la desaparición de esa lengua inferior y la extensión del latín a todos los ámbitos de la sociedad.

neskalules30@hotmail.com

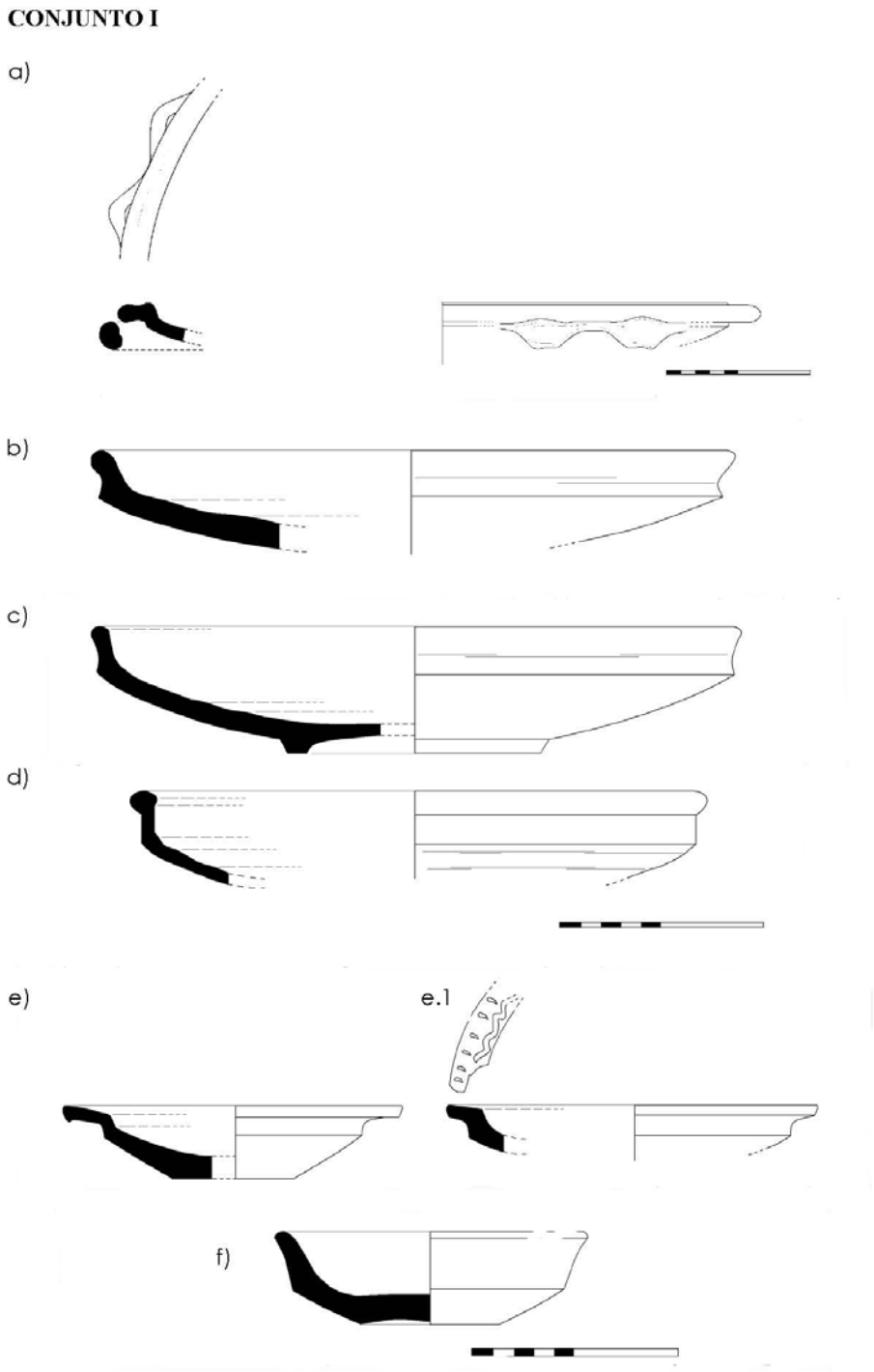


Fig. 5

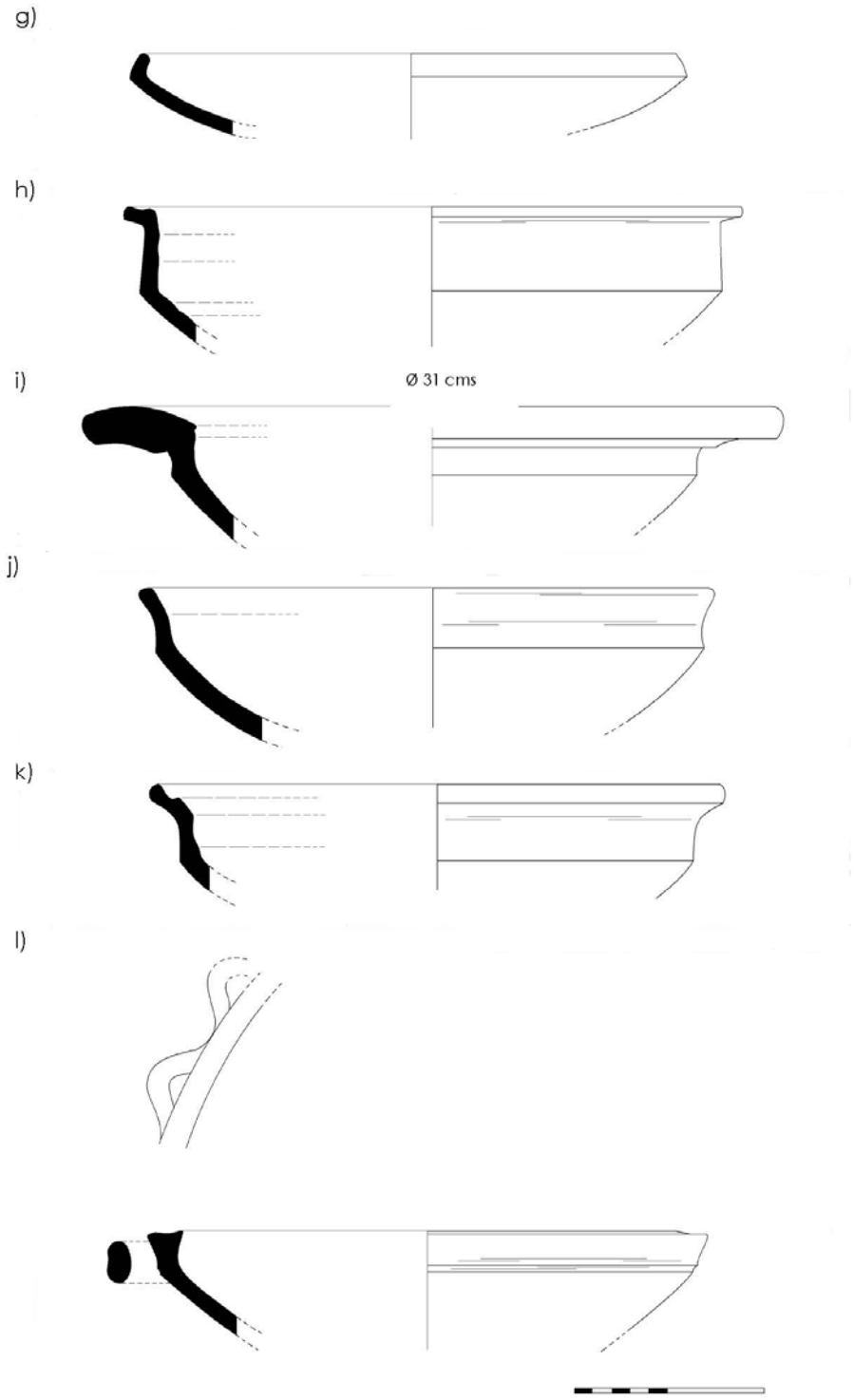


Fig. 6

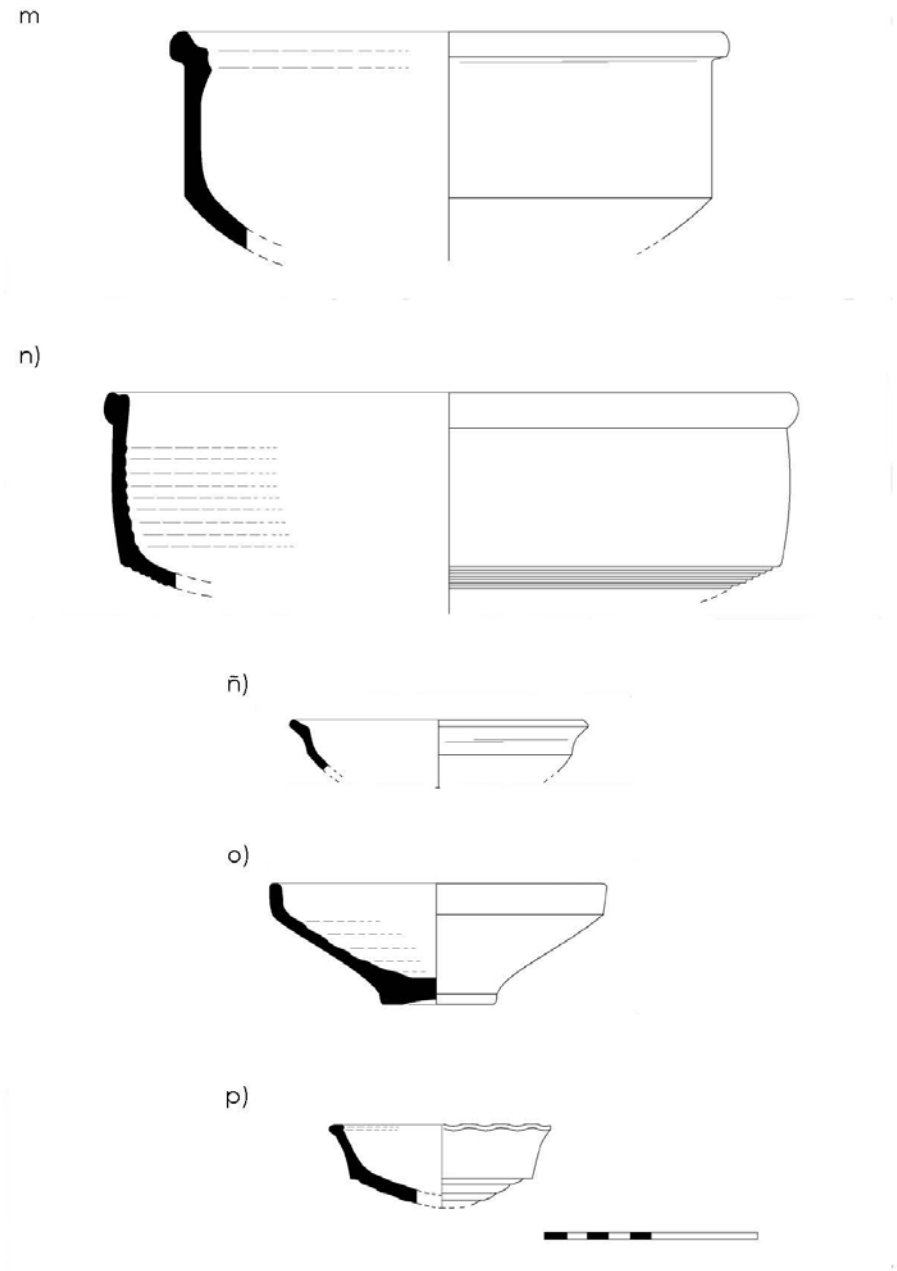


Fig. 7

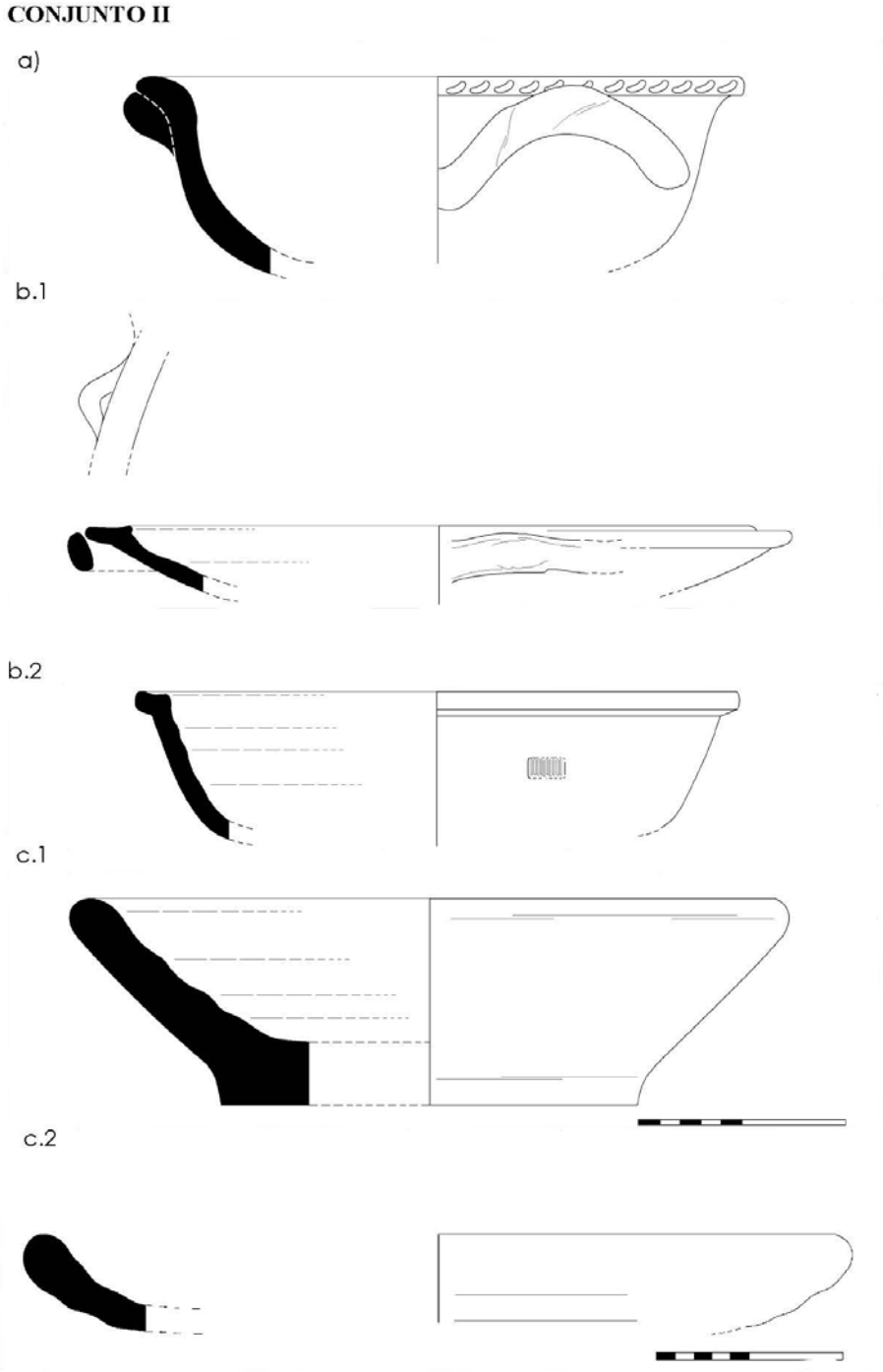


Fig. 8

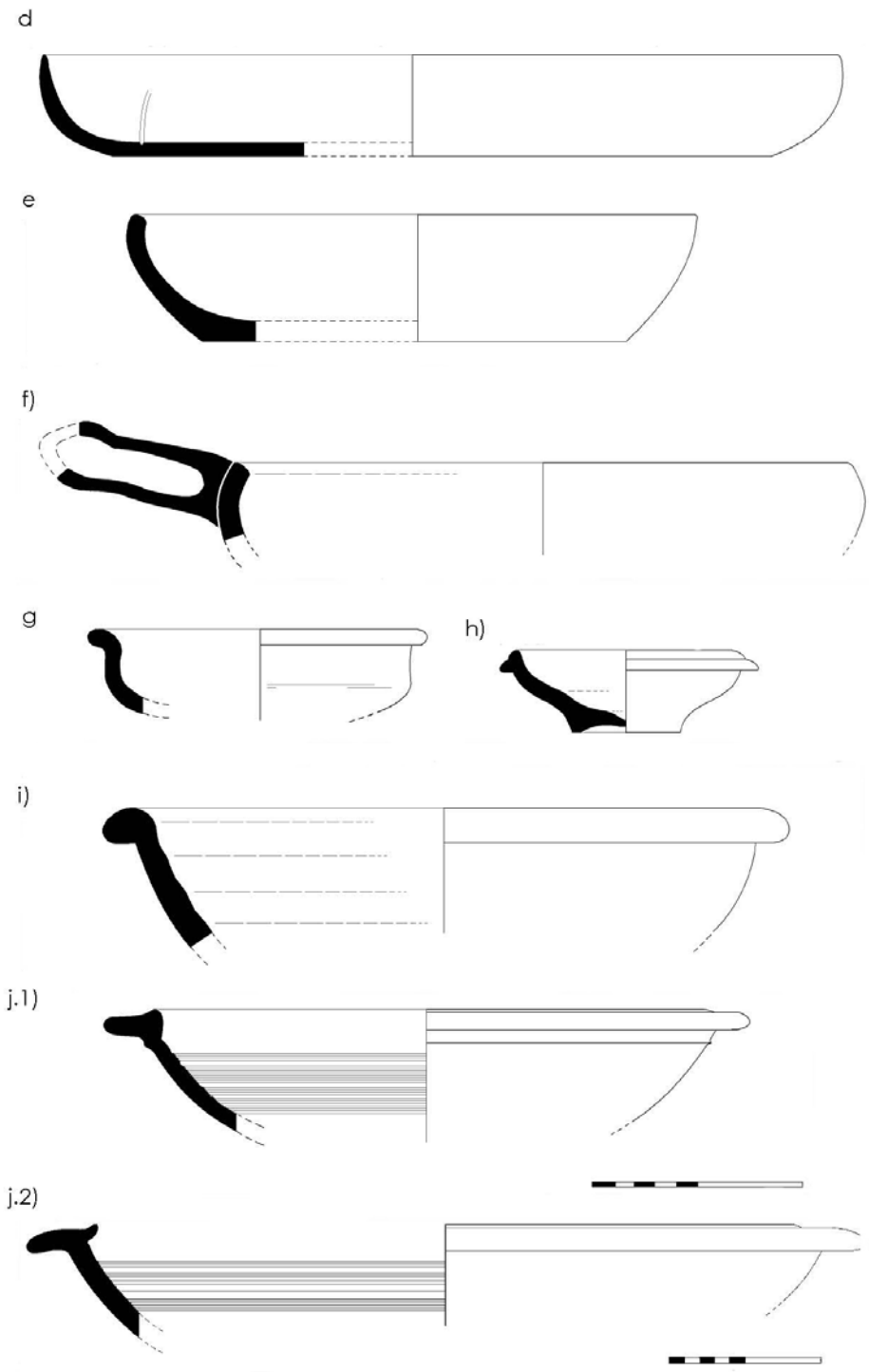


Fig. 9

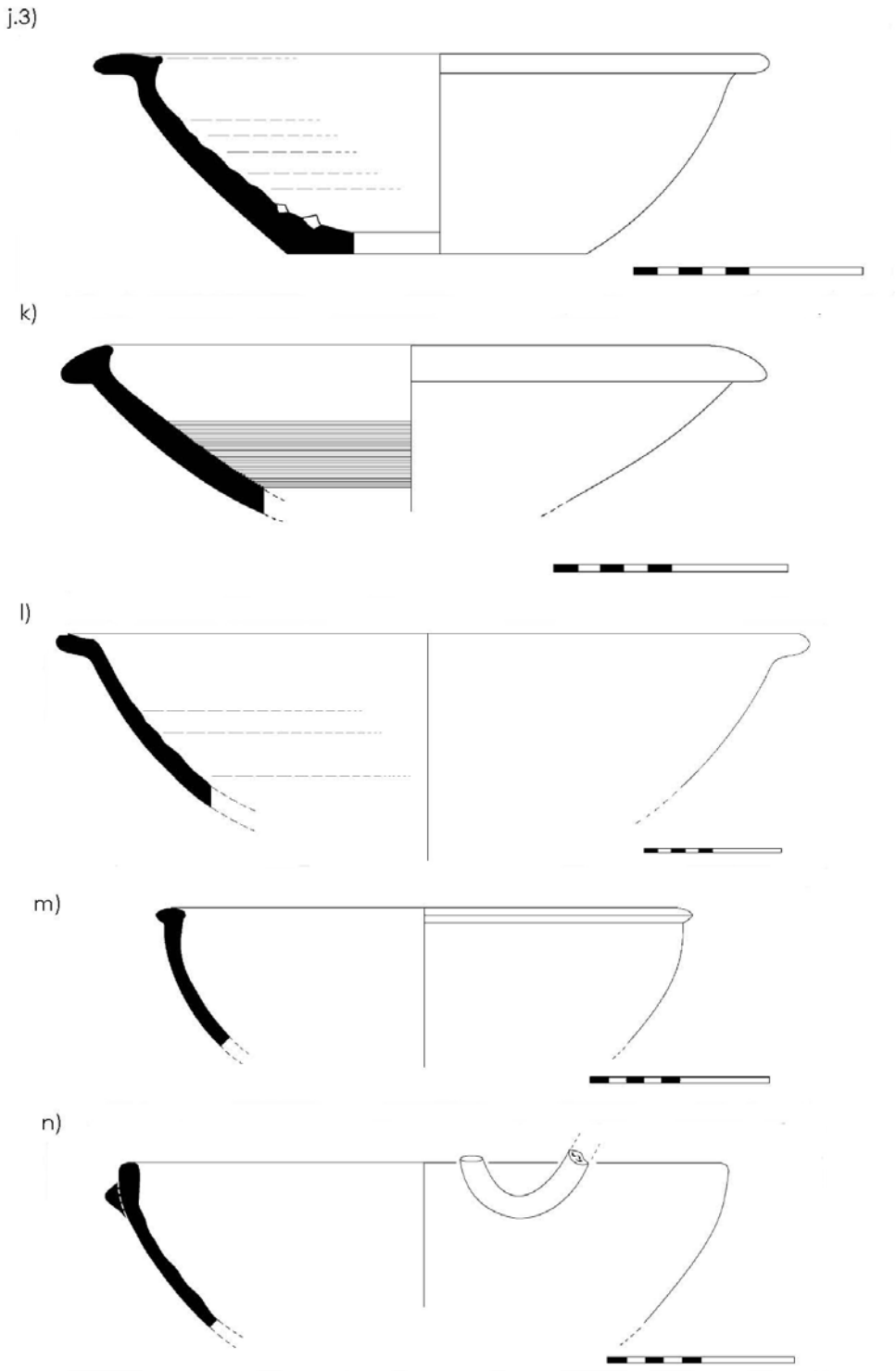


Fig. 10

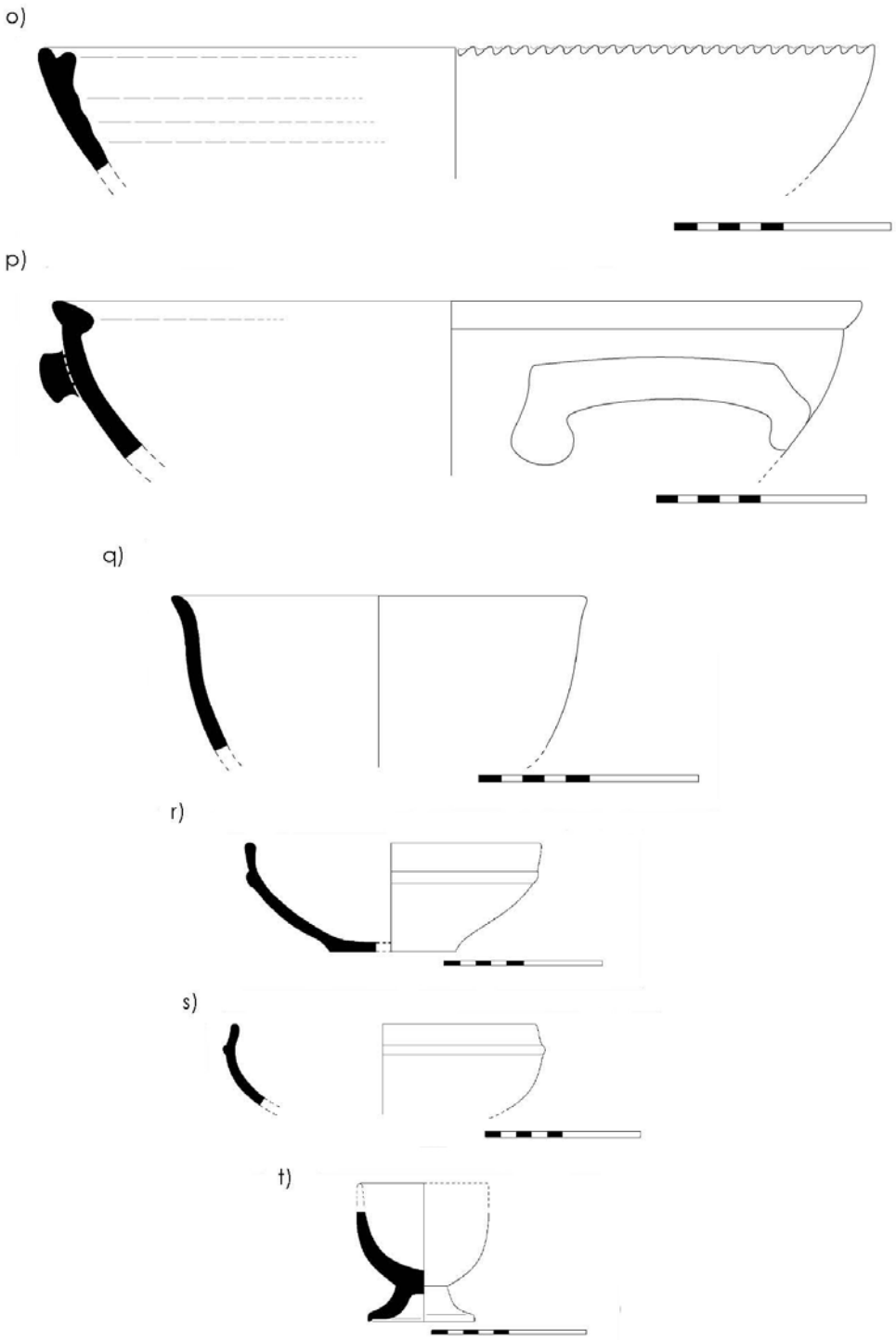


Fig. 11

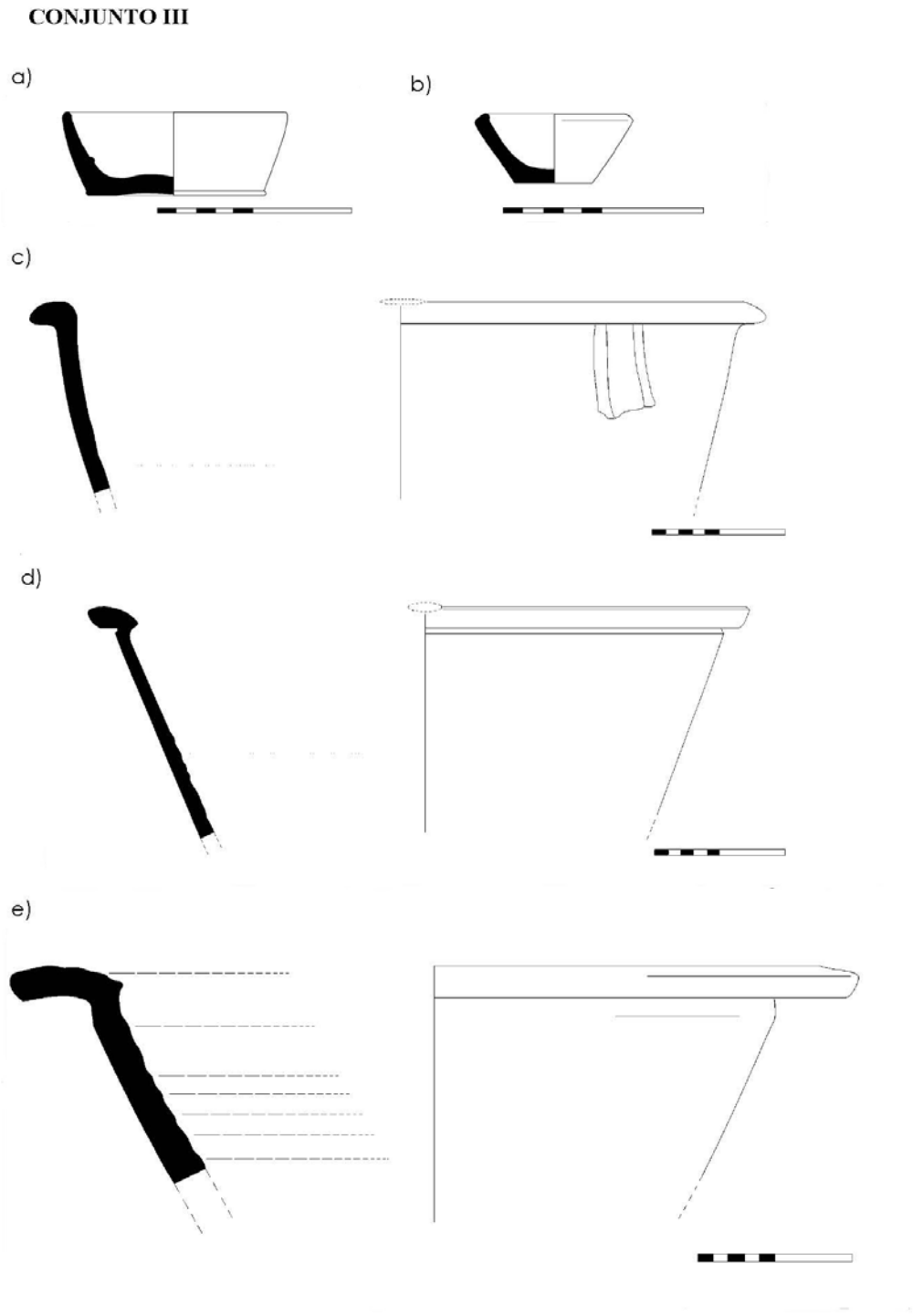


Fig. 12

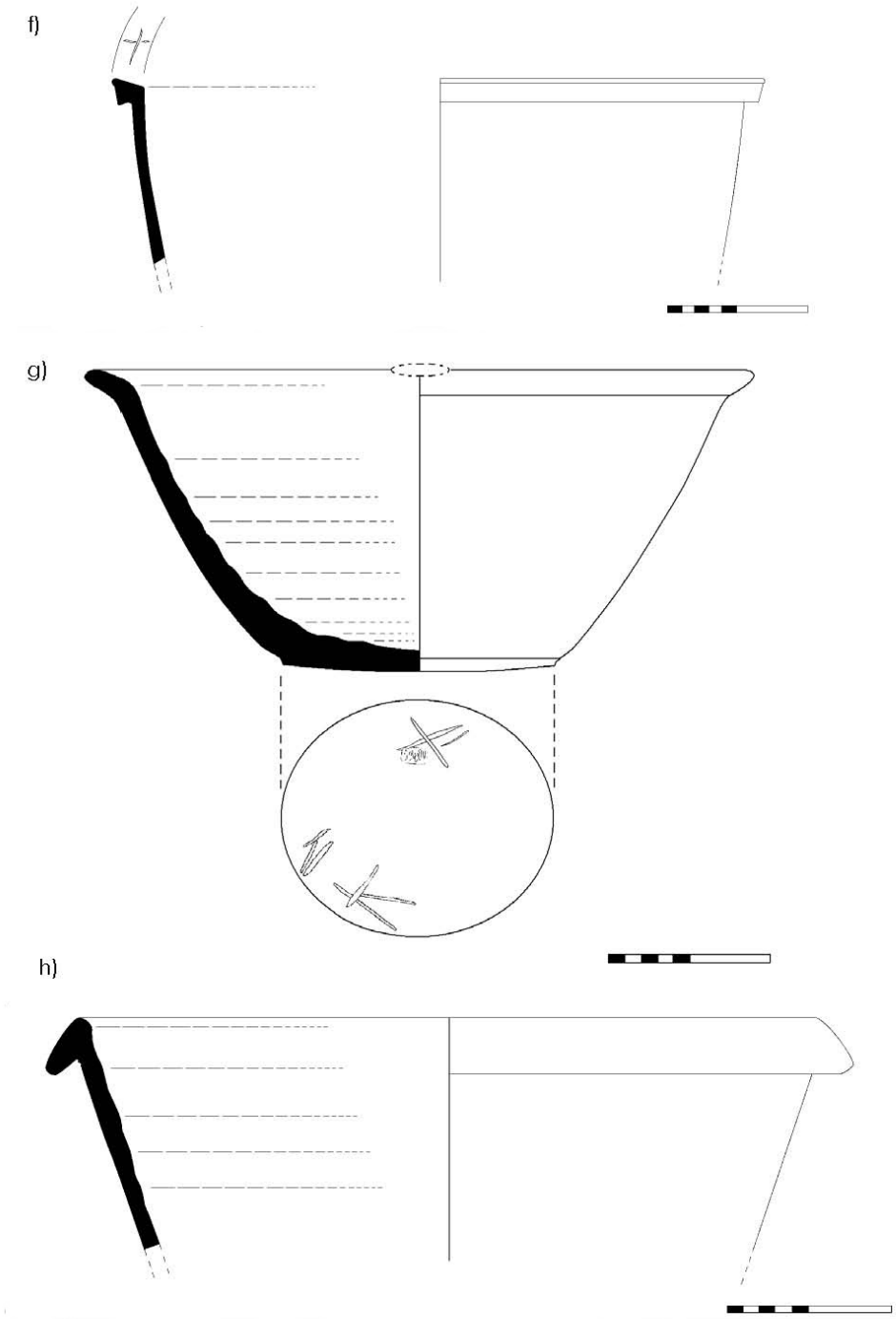


Fig. 13

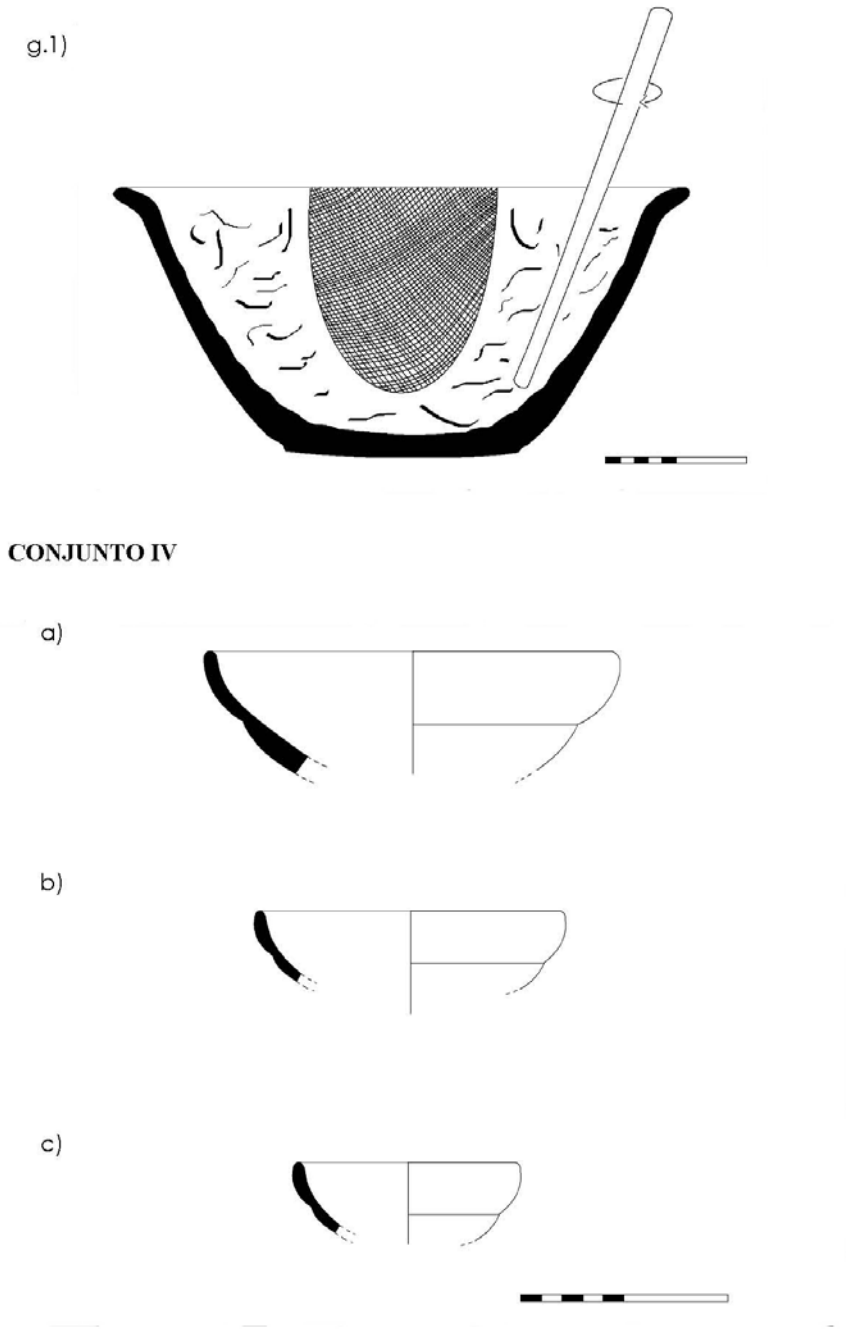


Fig. 14

BIBLIOGRAFÍA:

-AGUAROD, C. (1991): *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*, Zaragoza.

-ALCORTA, E. J. (1995): "Avance al estudio de la cerámica común romana de cocina y mesa de *Lucus Augusti*", en AQUILUÉ, X y ROCA, M. (coords.), *Ceràmica comuna romana d'època alto-imperial a la Peninsula Ibérica,* Ampurias, 201 – 226.

-BATS, M. (1993): "Céramique commune italique", PY, M. (dir.), *Dicocer. Dictionnaire des Céramiques Antiques (VIIe s. av. n. è. - VIIe s. de n. è.) en Méditerranée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*, (Lattara, 6), Languedoc, 357 – 362.

-BERNAL, D. (1998): "Las imitaciones de africanas de cocina", BERNAL, D. (ed.), *Los Matagallares (Salobreña, Málaga). Un centro de producción alfarera en el siglo III d.C.,* Salobreña, 363 – 394.

-BERNAL, D. *et alli*. (2007a): "Abandonos en algunas *insulae* del barrio industrial a finales del siglo II d.C.", ARÉVALO, A. y BERNAL, D., (eds.) *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000 – 2004)*, Cádiz, 383 – 453.

-BERNAL, D. *et alli*. (2007b): "Reocupaciones del espacio y continuidad habitacional en el bajo imperio (ss. III y IV d.C.)", ARÉVALO, A. y BERNAL, D., (eds.), *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000 – 2004)*, Cádiz, 455 – 486.

-BERNAL, D. *et alii.* (2003): *Arqueología y urbanismo. Avance de los hallazgos de época púnica y romana en las obras de la carretera de Camposoto (San Fernando, Cádiz)*, San Fernando.

-BLAZQUEZ, J.M. *et alii.* (1979): "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977", *EAE*, Madrid.

-BEZOS, J. (2006): "Sistemas de Transliteración", *Panace@*: 149-152. [http://www.medtrad.org/panacea.html]

-CAMPOS, J.M. *et alii.* (1999): Las *cetariae del litoral onubense en época romana*, Huelva.

-CAMPOS, J.M. *et alii*. (2004): "Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Huelva. Balance y perspectivas", BERNAL, D. y LAGÓSTENA, L., (eds.), *FIGLINAE BAETICAE. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, vol. 1, Oxford, 125 – 160.

-CASTANYER, P. *et alli.* (1993): "Céramique punique à vernis noir", PY, M. (dir.), *Dicocer. Dictionnaire des Céramiques Antiques (VIIe s. av. n. è. - VIIe s. de n. è.) en Méditerranée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*, Languedoc, 539 – 541.

-CIPRIANO, M.T. y DE FABRIZIO, S. (1996): "Benevento. Il quartiere ceramico di Callarulo: prime osservazioni sulla tipología ceramica", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 201 – 224.

-CHAVES, F. (2000): "¿La monetización de la Bética desde las colonias púnicas?", *ANEJOS AEspA XXII*, Madrid, pp. 113 – 126.

-CHIOSI, E. (1996): "Cuma: una produzione di ceramica a vernice rossa interna", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 225 – 236.

-CONDE, M.J. e*t alii*. (1995): "Els precedents. Les ceràmiques de cuina a torn pre-romanes en els jaciments ibèrics de Catalunya", AQUILUÉ, X. y ROCA, M. (coords.), *Ceràmica comuna romana d'època alto-imperial a la Peninsula Ibérica*, Ampurias, 13 – 24.

-DE ALVARADO, M. (1995): "Aportaciones al conocimiento de las cerámicas comunes alto-imperiales e *Augusta Emerita*: El vertedero de la Calle Constantino, AQUILUÉ, X. y ROCA, M. (coords.), *Ceràmica comuna romana d'època alto-imperial a la Peninsula Ibérica*, Ampurias, 281 – 298.

-DE LA BANDERA, M.L. *et alii.* (1993): "Montemolín. Evolución del asentamiento durante el bronce final y el periodo orientalizante (campañas de 1980 y 1981)", *Anales de Arqueología Cordobesa*, Córdoba, 15 – 48.

-DI GIOVANNI, V. (1995): "Produzione e consumo di ceramica da cucina nella Campania romana (II a.C. – II d.C.", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 65 – 104.

-ESCRIVÁ, V (1995): "Cerámica común romana del *Municipium Liria Edetanorum*. Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica de época altoimperial en la *Hispania Tarraconensis*", AQUILUÉ, X. y ROCA, M. (coords.), *Ceràmica comuna romana d'època alto-imperial a la Peninsula Ibérica*, Ampurias, 167 – 186.

-FEDERICO, R. (1996): "La ceramica comune del territorio dei Liguri Baebiani", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 183 – 200.

-FERNÁNDEZ CACHO, S. (1995): "Las industrias derivadas de la pesca en la provincia romana de la Bética: la alfarería de "El Rinconcillo" (Algeciras, Cádiz)", *SPAL*, Sevilla, 173 – 214.

-FERNÁNDEZ GARCÍA, M.I. (2004): "Alfares y producciones en la provincia de Jaén. Balance y perspectivas", BERNAL, D. y LAGÓSTENA, L., (eds.), *FIGLINAE BAETICAE. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, vol. 1, Oxford, 239 – 272.

-FERNÁNDEZ, M.I. y RUIZ, P. (2005): "*Sigillata* hispánica de origen bético", ROCA, M. Y FERNÁNDEZ, M.I., (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Málaga, 141 – 182.

-GARCÍA-BELLIDO, Mª PAZ (2000): "La relación económica entre la minería y las monedas púnicas en Iberia", *ANEJOS AEspA XXII*, Madrid, pp. 127 – 144.

-GARCÍA JIMÉNEZ, I. *et alii*. (2004): "El yacimiento de El Torno-Cementerio de San Isidoro del Guadalete", BERNAL, D. y LAGÓSTENA, L., (eds.), *FIGLINAE BAETICAE. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, vol. 2, Oxford, 663 – 666.

-GEBARA, CH. Y BERAUD, I. (1996): "Les céramiques communes de Fréjus: production et consommation", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 229 – 326.

-GONZÁLEZ, B.: *Proyecto de intervención arqueológica: línea de alta velocidad Sevilla-Cádiz. Tramo aeropuerto de Jerez de la Frontera – Cádiz. Subtramo San Fernando*. Informe preliminar inédito depositado en la Delegación Provincial de Cultura en 2008, Cádiz.

-HOZ, J. de (2002): "Grafitos cerámicos griegos y púnicos en la Hispania prerromana", *AEspA* 75, 75-91.

-JIMÉNEZ CISNEROS, M.J. (1971): *Historia de Cádiz en la Antigüedad*, Cádiz.

-LAGÓSTENA, L. *et alii*. (1996): "Aproximación a la ocupación tardorromana en la desembocadura del río Guadalete (Puerto Santa María, Cádiz), *Anales de la Universidad de Cádiz*, Cádiz, 95 – 122.

-LAVADO, M.L.: *Excavación arqueológica en el yacimiento romano de Puente Melchor (Puerto Real)*. Campaña 1994, Cádiz. Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura en 1996.

-*Memoria final de la intervención arqueológica llevada a cabo en el Proyecto de duplicación de la carretera N – IV. Tramo final: variante Puerto Real – Tres Caminos del P.K. 664,8 al P.K. 671,8. Cádiz*. Campaña 2004. Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura en 2006, Cádiz.

-(2004): "El complejo industrial de Puente Melchor: el centro productor, la organización del espacio y su área de influencia", BERNAL, D. Y LAGÓSTENA, L., (eds.), *FIGLINAE BAETICAE, Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.),* vol. 2, Oxford, 473 – 487.

-LAZARICH, M. *et alii.* (1989a): "Prospección arqueológica superficial de la campiña sur gaditana: término de Puerto Real", *Anuario de Arqueología Andaluza 1989* II, 89-97.

-LAZARICH, M. *et alii* (1989b): "Prospección arqueológica superficial de la campiña sur gaditana: término de Puerto Real", *Anuario de Arqueología Andaluza 1989* II, Sevilla, 98-100.

-LAZARICH, M. *et alii*. (2001): "La organización del espacio industrial alfarero en la Bahía de Cádiz: El modelo de Puerto Real", *Congreso Internacional EX BAETICAE AMPHORAE. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano (Sevilla – Écija, 17 al 20 de diciembre de 1998)*, vol. II, Écija, 201 – 213.

-LUZÓN, J.M. (1973): "Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo", *AEA* 78, Madrid.

-LUZÓN J.M. y RUIZ, D. (1973): "Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados", *CSIC*, Córdoba.

-MACÍAS, M.J. (2003): "Cerámicas tardorromanas de Tarragona: economía de mercado *versus* autarquía", CABALLERO, P.M. y RETUERCE, M. (eds.), *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad*, Anejos de *AEspA* XXVIII, Madrid, 21 – 40.

-MILLÁN, J. y LAVADO, M.L. (2000): "El complejo industrial de Puente Melchor (Puerto Real, Cádiz), *Congreso Internacional EX BAETICAE AMPHORAE. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano (Sevilla – Écija, 17 al 20 de diciembre de 1998)*, vol. II, Écija, 215 – 223.

-MORAIS, M. (2004): "*Bracara Augusta*: um pequeno "testaccio" de ânforas Haltern 70. Consideraçoes e problemáticas de estudo", BERNAL, D. Y LAGÓSTENA, L. (eds.), *FIGLINAE BAETICAE. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, vol. 2, Oxford, 545 – 566.

-MUÑOZ, A. (1996): "Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: un análisis crono-espacial tras quince años de investigación arqueológica", *Boletín del Museo de Cádiz*, Cádiz, 77 – 105.

-NIN, N. (1996): "Le vaisselier du site de l'établissement thermal à Aix-en-Provence (50 av. n.è.-fin du Ier s. de. N.è.): ébauche d'un faciès culturel", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 257 – 287

-PASSELAC, M. (1996): "Céramiques communes gallo-romaines en Languedoc occidental", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 361 – 390.

-PAVOLINI, C. (2000): *Scavi di Ostia. La ceramica comune. Le forme in argilla depurata dell'Antiquarium*, Roma.

-PEACOCK, D.P.S. (1974): "Amphorae and the Baetican Fish Industry", *Antiquity Journal* LIV/II, 232 – 243.

-PELLICER, M. *et alii.* (1983): "El Cerro Macareno", *EAE*, 124, Madrid.

-PEMÁN, C. (1959): "Alfares y embarcaderos romanos en la provincia de Cádiz", *AEA*, XXXII, Sevilla, 169 – 173.

-PEREIRA, J. (1988): "La cerámica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación", *Trabajos de Prehistoria*, 45, 143 – 173.

-PÉREZ LÓPEZ, I. *et alii* (1999): "Contribución al catálogo de marcas y grafitos anfóricos de la Bética: las producciones de Puerto Real (Cádiz)", *Actas del* XXIV *Congreso Nacional de Arqueología.* Cartagena, vol. 4, 695 – 706.

-PÉREZ LÓPEZ, I. *et alii.* (2004a): "Yacimientos litorales del término municipal de Puerto Real (II): Puente Melchor" *Actas do II encontro de arqueologia do sudoeste peninsular (Faro, 7 e 8 novembro de 1996).*Faro, 193 – 206.

-PÉREZ LÓPEZ, I. *et alii* (2004b): "Confrontación de la característica química de algunas importaciones de ánforas gaditanas en Verona (Italia) con las fabricadas en la zona de Puerto Real (Cádiz, España)", FELIU, Mª. J. *et alii.* (eds.), *Avances en Arqueometría 2003*, Cádiz, 169 – 177.

-PÉREZ LÓPEZ, I. y LAZARICH, M. (1999): "Nuevas aportaciones a la caracterización de las producciones alfareras de Puerto Real (Cádiz) en, época romana" FABRI, B. *et alii.* (ed.), *Estudis arqueològics i arqueomètric,* Andorra, 232-240.

-PICON, M. (1973): *Introduction à l'étude technique des céramiques sigillées de Lezoux*, Dijon.

-PINTO, I.V. (2003): *A cerámica común das villae romanas de Saô Cucufate (Beja)*, Lisboa.

-PONSICH, M. y TARRADELL, M. (1965): *Garum et industries antiques de salaison dans le Méditerranée Occidentale*, Paris.

-RECHIN, F. (1996): "La vaisselle commune de table et de cuisine en Aquitaine méridionale", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 447 – 480.

-RIVET, L. (1996): "Fonctions et facies: étude de quelques lots de céramiques de Provence", BATS, D. (ed.), *Les céramiques communes de Campania et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C.-IIe s. ap. J.-C.) La vaisselle de cuisine et de table*, Nápoles, (Coll, CJB, 14), 327 – 350.

-ROMERO, M y RUIZ, P. (2005): "Los centros de producción de T.S.H. en la zona septentrional de la Península Ibérica", ROCA, M. Y FERNÁNDEZ, M.I., (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Málaga, 183 – 224.

-RUIZ, D. y PÉREZ, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de Santa María.

-SANTROT, M-H. (1979): *Céramiques Communes Gallo-Romaines d'Aquitanie*, París.

-SERRANO, M. (2000): *Cerámica Común Romana: siglos II a.C. al VII d.C. Materiales importados y de producción local en el territorio malacitano*, Málaga.

-(2005): "Cerámicas africanas", *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Málaga, 227 – 303.

-VEGAS, M. (1979): *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Zaragoza.

-VILLADA, F. *et alii.* (2007): "Nuevos datos sobre las factorías de salazones de *Septem Fratres*", LAGÓSTENA, L., BERNAL, D. y ARÉVALO, A., (eds.), *CETARIAE 2005. Salsas y salazones de pescado en Occidente durante la Antigüedad* (Actas del Congreso Internacional, Cádiz, 7 – 9 de noviembre de 2005), Oxford, 487 – 501.

Herakleion, 3, 2010, pp. 163-206

SER Y PARECER: EL PRESTIGIO Y LAS OBRAS DE ARTE EN LA EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA ROMANA DEL ALTO IMPERIO[1]

Aarón A. Reyes Domínguez

Universidad de Sevilla

Resumen:

En el presente artículo vamos a intentar trazar un esquema de la evolución del comercio regional e interprovincial, especialmente en lo relacionado con los objetos artísticos, en el arco temporal del Alto Imperio Romano. Lo haremos desde un doble enfoque. En primer lugar, expondremos los planteamientos teóricos que tratan de explicar cómo se desarrollan esos cauces comerciales, qué ofrecen como característica principal en cada momento y qué papel jugaron los objetos emocionales en el sistema. En segundo lugar, plasmaremos estas líneas teóricas en una exposición cronológica de las etapas de este proceso.

Palabras clave: prestigio, economía, mercado, arte, escultura, arquitectura, artes suntuarias, Alto Imperio, Roma

Abstrac:

In this article we will try to draw a picture about the evolution of local and seaborne trade, particularly art objects commerce in the the Early Roman Empire. We will do it from a dual approach. First, we will discuss the theoretical approaches that attempt to explain how they develop those commercial channels, what they offer as a main feature in each moment and what role did the emotional objects in the system. Second, translating these theoretical lines in a chronological overview of the stages of this process.

Keywords: prestige, reputation, economy, market, art, sculpture, architecture, sumptuary arts, Early Imperial Rome

La Teoría de la Economía ha tratado fundamentalmente de desarrollar dos espacios de trabajo basados en los instrumentos y en el campo de análisis. Este proceso se ha vivido desde el comienzo ya que, según se desprende de la propia obra de Adam Smith (*The Wealth of Nations*), el análisis económico permite abordar problemáticas que no son inherentes a este campo. En las últimas décadas del siglo XX, no han sido pocos los economistas que han tratado de trazar límites más anchos a la economía como un instrumento o una metodología de análisis que otras ciencias

[1] Artículo recibido el 5-11-2009 y aceptado el 9-2-2010

pueden aplicar. Así, Becker[2] postula que mediante el análisis económico se pueden optimizar las variables que surgen en la sistematización de cualquier investigación. Su postura es, no obstante, excesivamente expansiva ya que a veces diversos métodos pueden llegar a entrar en conflicto cuando se aplican a otras ciencias.

En el terreno de los objetos artísticos, la economía ha aplicado sus recursos de análisis especialmente desde la década de los 70 con estudios como el de Stein[3] en el cual se expresa una característica esencial de la economía de mercado: son bienes de consumo. En efecto, la obra de arte adquiere de este modo un valor de gran importancia ya que tiene una enorme durabilidad temporal al tiempo que son activos financieros. Ahora bien, la economía artística tiene un ámbito de actuación más amplio que abarca las cuestiones económicas de estas actividades y la aplicación de la Teoría Económica (de ámbito racional) a la manifestación artística (más propiamente irracional).

Que el arte tiene una dimensión económica es indudable. Construir edificios, decorarlos con mosaicos, pagar a los escultores, extraer materia prima, transportar piezas, todo ello tiene un coste, un gasto e incluso unos beneficios. Dado que su estudio se trata, como decimos, de algo reciente, ha generado una serie de investigaciones dispares y desiguales. En general, puede apreciarse un intento de aunar los conocimientos y aclarar los conceptos para hacerlos accesibles a un público más o menos amplio y no siempre especializado. La pregunta esencial de la que han partido casi todas las investigaciones es ¿podemos asignar un valor cuantitativo a uno cualitativo como es el arte?

Ante esto podemos tomar dos puntos de partida:

a) la concepción decimonónica para la que el arte no puede cuantificarse en cuanto a valor según los planteamientos de Schiller o Kant, puesto que afecta a aspectos emotivos vinculados a la *sublimidad*[4].

[2] G. Becker, *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago 1976, pág. 65.
[3] J. P. Stein, "The monetary apreciation of paintings", *Journal of Political Economy*, 85, 1977, pp. 102-106.
[4] La categoría estética de lo sublime deriva de los estudios que se hicieron en época moderna de la obra de Longinos, *Sobre lo sublime*. Según este autor, que podría haber vivido entre los siglos III y I a.C., hay cinco caminos distintos para alcanzar lo sublime: "grandes pensamientos, emociones

b) la concepción mercantilista actual, que aboga por una separación entre las visiones que pueden ofrecer un economista y un especialista de arte acerca de un mismo objeto.

Sin embargo, ninguno de los dos puntos iniciales están reñidos el uno con el otro ni abordan de manera absoluta ni definitiva el hecho de que el arte, nos guste o no, tiene un coste. Ni quienes aducen razones estéticas pueden negar que los objetos artísticos se compran y se venden ni quienes pretenden asignar variables únicamente económicas se alejan de analizar valores emocionales[5].

Si existe una manifiesta problemática a la hora de analizar el mercado de arte de los últimos siglos, al tratar de retrotraernos a la Antigüedad el problema crece de forma exponencial. Dado que la mayor parte de la bibliografía sobre el mercado del arte se para a analizar el mercado contemporáneo, es necesario que tengamos en cuenta tres diferencias fundamentales entre un período y otro:

a) La creciente importancia de las religiones orientales, especialmente el cristianismo, a partir del s. III d.C., ya que se inscribía dentro de un marco general de pensamiento que llevó a la separación entre el signo (la forma del mensaje) y el símbolo (el contenido). De ahí se derivaron nuevas formas de expresión estética que se alejaban del naturalismo aristotélico que había caracterizado al arte clásico desde el s. IV a.C.

fuertes, ciertas figuras de habla y de pensamiento, dicción noble y disposición digna de las palabras". Tanto Kant (*Crítica del juicio*, trad. de Alberto Diez, Buenos Aires 1961) como Schopenhauer (*El mundo como voluntad y representación*, Madrid 2001) tomaron sus puntos de partida de este escritor clásico.

[5] En este sentido, nos parece apropiada la observación que hace Ugarte (D. de Ugarte, *Microeconomía del Arte y la pintura*, Edición electrónica, pág. 12) acerca de que, aunque es innegable que no puede ponerse precio al arte en sí mismo, sí es posible hacerlo a su soporte y al valor artístico que portan. La cuestión se centraría así en si el precio que se refleja es real y acorde con el valor de la obra. Planteándolo de este modo, encontramos un primer axioma que no por obvio deja de estar siempre presente. El arte es un elemento de prestigio y se asocia siempre con las elites sociales y culturales. Es cierto que desde el desarrollo de las ciencias sociológicas en el XIX hay numerosos estudios acerca de diversas manifestaciones populares y el abanico de lo artístico se ha ampliado. Sin embargo, no debemos llevarnos a engaño, en la mayoría de los casos no se trata más que de manifestaciones culturales donde participan activamente varios miembros de una comunidad, cuando no su práctica totalidad. El arte generalmente aparece reflejado en un soporte que uno o unos pocos costean. No es casualidad que las religiones monoteístas de corte piadoso (las de la rama semítica fundamentalmente) hayan tratado de limitar la creación artística mediante la iconoclastia, aunque con reservas dada su utilidad proselitista.

b) El Renacimiento y la Revolución Copernicana trastocaron la forma en la cual era concebido el mundo y, por ende, quienes lo integraban. Se asistió a una recuperación del cientifismo clásico que ahora se une a una creciente mentalidad de progreso[6]. Como resultado, el arte amplió los márgenes de su espacio de comunicación y se convirtió, además de en medio de moralización de masas, en un argumento de prestigio para los comitentes.

c) A lo largo del s. XIX se fueron sentando las bases para que las manifestaciones artísticas fueran recuperando el valor de acoplamiento entre signo y símbolo pero de un modo como jamás se había conocido. El sistema del objeto, de la obra de arte, comenzó a adquirir importancia y llega a invadir el sistema del sujeto, el espectador. La creciente importancia del arte como propaganda y medio para sostener ideologías diversas acrecentó esta faceta. Es así como se desarrolló una figura que era más frágil en las etapas anteriores, el *amateur* o contemplador de la obra de arte, además del coleccionista clásico.

Así pues, es necesario que seamos extremadamente rigurosos y prudentes a la hora de aplicar determinadas teorías sobre economía artística al período que analizamos. De manera general podemos establecer que hay demanda y oferta de arte:

a) Demanda: a diferencia de lo que sucede en la actualidad, en el espacio cultural romano la demanda de objetos artísticos respondía siempre a una cuestión particular. Es cierto que existieron encargos que podrían denominarse "públicos", pero tras ellos siempre existía el encargo de un evergeta que trataba de dar salida a un determinado modelo económico basado en el prestigio[7].

b) Bien de consumo[8]. Como tales, los objetos artísticos podían ser demandados para decorar espacios (termas, jardines, foros, viviendas…) e incluso, según nos cuenta Plinio acerca de Cicerón[9], por el placer estético de contemplar un

[6] T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid 2005, pág. 115.
[7] En la práctica totalidad de los casos, templos, basílicas, foros, esculturas sagradas o civiles, mosaicos o pinturas eran costeadas por uno o varios miembros de la elite local o provincial, cuando no por el propio emperador. No olvidemos que el Estado romano era muy sucinto y que, por tanto, las obras estatales eran en realidad un ejemplo de la "generosidad" del emperador. Las razones para demandar una obra de arte podían ser por su deleite o bien por algún tipo de inversión socio económica.
[8] Aplicamos aquí la terminología y la clasificación ofrecida por Ugarte, *op.cit.*, pág. 17.
[9] *NH* 13. 92.

espacio del hogar de un modo determinado[10]. Se trata de un elemento básico de la generación artística, se crea arte porque un comitente cree o gusta de este medio para recibir un deleite o transmitir un mensaje. Es el llamado "consumo ostensible" de Veblen.

a. Bien de inversión. En nuestros días el objeto artístico tiene la capacidad de revalorizarse como bien conforme pasa el tiempo. En la Antigüedad, este concepto temporal de la revalorización sólo existía cuando se aplicaba un componente sagrado de por medio. De acuerdo a lo que se desprende de Plinio o Cicerón, las obras arcaizantes eran, por ejemplo, mucho más apreciadas que las de época helenística o contemporánea. Igualmente, existía, como hoy, un importante componente de prestigio ligado al nombre de determinados artistas como Fidias, Praxíteles o Apeles. Pero también la inversión podía tener efectos económicos indirectos debido a que se trataba de un modelo económico basado en el prestigio. Así pues, invertir en objetos artísticos podía apoyar una carrera política, asentar una imagen sólida de cara a los negocios y obtener el respeto y reconocimiento de la ciudadanía.

b. Oferta: en el ámbito cultural objeto de nuestro estudio no parece haber existido la figura del productor de objetos artísticos que trataba de vender su obra en el mercado. Los datos que manejamos nos indican que la producción artística actuó siempre bajo demanda. Ahora bien, este tipo de relación entre productor y comprador no significa que el precio quedase de manera absoluta condicionado por quien encargaba. Dada la falta de un mercado competitivo, era prácticamente imposible que un comitente pudiera elegir entre diferentes talleres salvo en ciudades grandes

[10] Cicerón llegó a adquirir una mesa de cedro por medio millón de sestercios simplemente para que diera un aspecto noble a su biblioteca de *Tusculum*. El propio pensador romano llego a afirmar que el *arte no tenía precio*, *Cfr*. R. Chevallier, *L'artiste, le collectionneur et le faussaire. Pour une sociologie de l'art romain*, Paris 1991, pág. 134.

> como *Corduba*, *Hispalis*, *Astigi*, etc. De ahí que la variabilidad de precios entre regiones cercanas como la *Betica* y la *Tingitania* pueda ser muy alta en función de factores diversos como veremos posteriormente. Esto generaba una situación de desequilibrio en el mercado ya que prácticamente cada encargo podía producir un mercado por sí mismo al no existir ningún tipo de regla que lo regulase[11]. Aunque las variaciones a veces no superasen el 12%, tal porcentaje pudo implicar varios cientos, cuando no miles, de sestercios, cantidad nada desdeñable. Lo que no había, a diferencia del mercado actual, es una oferta atendiendo a la posibilidad de revalorización debido a la ausencia de una economía totalmente de mercado y a una inflación muy contenida[12].

Es evidente que el factor diferencial lo constituía el hecho de tener como base estructural una economía de prestigio. Los objetos artísticos se incluían dentro de este sistema de un modo troncal merced a lo que Harvey Leibenstein denominó el "efecto de carroza musical del desfile"[13]. Mediante este efecto, el comitente asumía los costes totales de la producción (extracción y transporte de la materia prima, formación y mantenimiento del taller, beneficios del artista, traslado hasta la ubicación final de la obra) a cambio del reconocimiento de tal inversión. Es decir, no sólo se pagaba por el prestigio de aparecer representado o vincular el nombre a un bien público sino también para que el resto consideraran el desembolso que había tenido que realizar para ello. Este principio se basa en los efectos Veblen, que hemos mencionado anteriormente, por los cuales tendríamos dos figuras. Por un lado, podríamos encontrar al "impostor", aquél que invertía en objetos artísticos por el precio que el resto cree que ha pagado siendo el costo total inferior al mismo. Este tipo de comitente hacía decrecer sus inversiones conforme aumentaban los costos y

[11] B. Frey, "The Economic Point of View", en A. Peacock e I. Rizzo (eds.), *Cultural Economics and Cultural Policies*, Londres 1994, pp. 3-16.
[12] Una situación semejante se repitió a lo largo del siglo XIX en Europa, con una tasa de inflación prácticamente de cero, *vd.* D. Guerrero, *Economía no liberal*, edición electrónica de 2004 disponible a texto completo en www.eumed.net/cursecon/libreria/, pág. 46.
[13] H. Leibenstein, "Bandwagon, Snob, and Veblen Effects in the Theory of Consumers Demand", *The Quarterly Journal of Economics*, 64, 2, 1950, pág. 191.

atendía más al valor social de una inversión exclusiva que a su posible utilidad real[14]. En el otro lado estaría el "coleccionista orgulloso", que aspiraba a ver reconocida no sólo su posición social sino un cierto grado de elitismo cultural y formativo.

Cuanto acabamos de decir podía influir, qué duda cabe, en el precio de la obra. Para los "coleccionistas orgullosos" se producía una importante paradoja. El nombre del artista podía influir en el precio del objeto artístico que deseaban[15]. Sin embargo, conocemos poquísimos nombres de artistas o jefes de taller contemporáneos a la demanda. Esto tiene una explicación en cuanto observamos que las fuentes nos hablan casi siempre de artistas desaparecidos que alcanzaron el rango de "clásicos", precisamente quienes tenían una demanda altísima. Es el caso de las obras de Praxiteles, Policleto, Apeles, quienes eran en su mayor parte artistas griegos. Hay también algún caso de talleres romanos cuyo prestigio fue tal que llegaron a falsificarse sus modelos y su sello personal en las producciones. Pero por lo general este baremo no se aplicó a los artistas coetáneos a la demanda de la producción[16].

La regulación de los precios de los objetos artísticos seguía en gran parte la línea del resto. Si partimos de la idea de que en el período que analizamos se evolucionó de un modelo sin intervención económica a uno de carácter más impositivo y regulador, es fácil comprender que ese control servía para asegurar el

[14] D. Ugarte, *Microeconomía del arte…, op.cit.,* gráf. 1 y pág. 70. Debido a la ausencia o al estado fragmentario de los datos que manejamos para el mundo romano (extensible para toda la Antigüedad), tratar de elaborar una tabla comparativa de tasa de retorno en tanto que activo financiero para obras de arte sería un argumento carente de todo rigor. No obstante, en la década de los 90 se desarrollaron estudios que trataron de ampliar el concepto de la tasa de retorno a aspectos no financieros. De hecho, es en estas fechas cuando se puso en tela de juicio la validez de la comparación del mercado artístico con otro tipo de mercados basados en activos financieros . La línea a seguir sería más bien la de estudiar el aparato emocional que rodea a la inversión en bienes artísticos. Así, los analistas económicos han evolucionado hacia el estudio de modelos teóricos microeconómicos donde tiene más importancia el comportamiento de los elementos agente del sistema que los aspectos cuantitativos del mismo.

[15] Como sucedió con el cuadro de Arístides por el cual le fueron ofrecidos 600 mil denarios a Mummio según nos cuenta Plin., *NH* 35.8.24.

[16] Las obras de los artistas fallecidos hacía siglos seguían teniendo una buena salida de mercado gracias, como es sabido, a la multitud de copias que circulaban por todo el Mediterráneo. De hecho, siempre fue más rentable poner en venta copias de grandes obras de prestigio que la realización de nuevos diseños.

aprovisionamiento de los productos con precios adaptados para que pudieran llegar a cada sector social concreto[17].

La economía romana oscilaba entre intercambios en trueque y en moneda equivalente. El primer caso era prácticamente generalizado en el ámbito rural y pequeños *vici*. La moneda era en cambio la forma preferida en las ciudades. Era la fórmula de pago habitual dentro de las transacciones comerciales, según nos muestran los archivos que nos han llegado[18].

Durante el Alto Imperio la moneda circuló con cierta soltura y rapidez en estos espacios. Todo el proceso de generación del objeto de arte era fruto de intercambios monetales. Los *marmorarii*, tanto el que cortaba la roca en la cantera como el que la convertía en escultura, recibían el pago en moneda. El comitente pagaba al *redemptor operis* con monedas para la construcción de un templo. A su vez, el *artifex* empleaba esta moneda para su vida diaria[19].

El precio del objeto de arte fue más estable que el valor de la moneda en sí misma. Esto tuvo una consecuencia lógica. Si una escultura subía apenas un 1% en su precio mientras que la moneda se devaluaba en un 4% de su valor, quien primero lo notaba era el *artifex*. De hecho, el período donde se registran más esculturas de gran valor y coste es en los gobiernos de Augusto y los Ulpio-Aelios. En ambos momentos la fuerte entrada de metal precioso había hecho caer el precio del oro y la plata[20].

---

[17] Migeotte (L. Migeotte, "Le contrôle des prix dans les cités grecques" en J. Andreau, P. Briant, y R. Descat, (eds), *Prix et formation des prix dans les économies antiques. Entretiens d'archéologie et d'histoire 3*, Saint-Bertrand-de-Comminges 1997, pp. 33-52) estableció en base a esta idea cuatro tipos posibles de fijación de los precios: 1) Precio de mercado, regulado según un acuerdo entre quienes lo venden en los espacios habilitados para la venta y quienes lo consumen; 2) Precio negociado, resultado del acuerdo entre las instancias políticas y quienes distribuyen y/o producen el producto; 3) Precio especial, que se da cuando hay un incremento de la demanda por cuestiones anormales como festividades o celebraciones de algún tipo; 4) Precio estatal, que es aquél que se produce cuando hay una regulación total del precio. En el mundo romano hay ejemplos firmes de esta política en el sistema annonario o con los edictos de precios máximos.

[18] L. Bove, *Documenti processuali della Tabulae Pompeianae di Murecina*, Nápoles 1979, pp. 56 y ss.; L. Casson, "The role of the state in Roman's graintrade", en J. H. D'Arms y E. C. Kopff (eds.), *The seaborne commerce of ancient Rome*, Roma 1980, pp. 21-33.

[19] No obstante, podemos ver que el vínculo entre comitente y artista es tan estrecho que cuando las elites habiten con frecuencia en las *villae* los *artifices* no tendrán más remedio que acudir allí en busca del pago a sus servicios.

[20] Suet., *VC Aug*. 41.1.

El incremento del precio habría tenido que someterse a un crecimiento general de la inflación. No tenemos noticias exactas de cómo variaron los precios antes de que Diocleciano los fijara, por lo que es difícil establecer comparaciones en casi tres siglos[21]. Si tenemos en cuenta los datos de otras provincias, la tasa de inflación se situaba en las provincias occidentales[22] entre el 0'61% y el 0'83%. Esto significa que, durante todo el siglo II, los precios subieron cerca de un 70%. En época de Marco Aurelio y Cómodo las circunstancias bélicas y productivas unieron esta situación de inflación creciente a una menor disponibilidad de capital fluctuante[23] y a una devaluación del 6'2%. Más que la pérdida de poder adquisitivo de los *artifices*, ponía en jaque la confianza en el mercado.

Duncan-Jones, en su célebre y conocido trabajo sobre la economía del Imperio Romano, trató de responder al patrón de crecimiento de los precios de bienes suntuarios a través de un análisis cuantitativo. El problema de su investigación es que la extensión y amplitud del Imperio hace muy compleja la aplicación de patrones de sociedad y economía de un lado a otro. Si bien es cierto que la existencia de micromercados entrelazados desde época fenicia favoreció la posterior adaptación al modelo romano, el éxito de estos últimos se basó precisamente en no destruir las estructuras preexistentes más allá de donde lo exigiera la resistencia política.

Este investigador basa la contención de la inflación para bienes artísticos en la intensidad de los programas monumentales, especialmente en las obras públicas. Pero esto, en provincias como la Bética y en el siglo I, sólo pudo ser posible con la existencia de grandes promotores de obras que hubieran tenido a su servicio a un buen número de trabajadores[24]. No creemos que estas auténticas empresas llegaran a

[21] M. Corbier, "Dévaluations et évolution des prix (Ier-IIIe siécles), *RN*, 27, 1985, pp. 69-106.
[22] R. P. Duncan-Jones, *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge 1994, pp. 26-27.
[23] G. Chic García, "Marco Aurelio y Cómodo: el Hundimiento de un Sistema Económico", en Hernández Guerra, L. (ed.): *Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: La Hispania de los Antoninos (98-180)*, Valladolid, pág. 584. La propia dificultad para mantener en óptimas condiciones las explotaciones mineras fue fundamental sin duda en el cambio de composición de la moneda.
[24] Por cuestiones metodológicas y por las características de esta provincia, hemos creído conveniente tomarla como paradigma de un modelo que irá explicitándose y concretándose conforme avancemos en nuestra disertación.

lo que Plutarco menciona para Craso[25] de cerca de medio millar de obreros, pero sí que debieron existir importantes cuadrillas llamadas por una necesidad importante de trabajo[26]. Para Duncan-Jones las condiciones tributarias fueron otro elemento fundamental en el sostenimiento del precio[27]. Al no existir impuesto sobre la propiedad mueble individual y ser el resto muy bajos, como es indicativo el 5% para heredades, las posibilidades de importar dentro de las fronteras imperiales, vender, traer, llevar, etc, eran innumerables.

Hasta cierto punto, los precios permanecían estables con variaciones no muy altas entre regiones. Más aún, en lo que se refiere a elementos que pueden estar relacionados con *marmora*, el precio era más estable ya que no estaba sujeto a especulaciones hipotéticas como sucedía con el trigo. Igualmente, la extracción de piedras locales dependía de un costo de mano de obra que solía ser idéntico y la importación para todo el arco occidental del Mediterráneo era la misma en sus líneas básicas. Y, sin embargo, los edictos de precios nos indican que ciertos aspectos sufrieron de una galopante inflación principalmente conforme el sistema cívico sobre el cual el Imperio se había montado, iba acumulando deficiencias. Así, en los dos primeros siglos del Imperio, el costo de las estatuas en el Norte de África se mantuvo estable con leves fluctuaciones[28].

Los precios en las provincias norteafricanas occidentales estudiadas por Duncan-Jones son orientativos para otras como la Bética dada su cercanía, aunque con matices. La información obtenida es bastante fidedigna dado que era un requerimiento legal la inscripción del nombre y la cantidad donada en la construcción de un edificio cuando se hacía a título personal. Del mismo modo, los

[25] *Cras.* 2. 4-5
[26] No obstante, es difícil imbricar el porcentaje de esclavos y ciudadanos trabajando como servicio a la comunidad, según leyes como la de *Urso*, que serían empleados. Además, este tipo de empresas requerían un importante capital líquido o en bienes raíces de respaldo. Si tenemos en cuenta que un soldado de la legión o un funcionario local medio, tenía un sueldo anual de entre 900 y 1200 HS, frente a los 60 mil de un *primus pilus*, podemos comprender perfectamente que no eran muchos los que podían dedicarse a estas inversiones aunque el que actuara como *redemptor* fuera otra persona actuando en su representación.
[27] R. P. Duncan-Jones, *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge 1982, pág. 5.
[28] *Ibíd*., pág. 9.

costos eran más elevados conforme la ciudad era más relevante y su aristocracia poseía un mayor nivel[29].

En este sentido, fue importante la capacidad de establecer presupuestos cerrados. De este modo, el costo que se contrata es fijo y admite escasas variaciones, permitiendo pagos adelantados que respaldan la edificación. Aunque Duncan-Jones compara a Aulo Gelio[30] y Collumela[31], queremos añadir lo que decía Vitruvio sobre el arquitecto[32]. Para el tratadista romano, debía ser éste quien fijase el precio total de la obra de la manera más justa. Sin duda esta advertencia se dirigía al cliente, que era en el fondo el destinatario del texto vitruviano.

Ante todo es necesario contemplar las variables de la corruptibilidad y la flexibilidad legal[33]. Los intereses que pudieron tener contratistas, arquitectos y comitentes podían llegar a ser muy diferentes e incluso opuestos. Un contratista sabía que, llegado el caso, podría exigir mayores inversiones para acabar la obra. El

[29] En *Leptis Magna* hay atestiguado un pago de cerca de 1 millón de sestercios por dieciséis estatuas, es decir, 65 mil por cada una (*Ibíd.*, pág. 68). Esta equivalencia es semejante a lo que sucede con los elevados costes de estatuas de plata en *Astigi* o *Italica*. En cambio, en Timgad hay datos que indican una oscilación entre 22 mil y tan sólo 1000 sestercios en los precios de estatuas. Su biblioteca costó construirla 400 mil sestercios en el siglo III, pero debemos ser precavidos dado que la inflación en esta centuria se había disparado y se había hecho sentir ya en el precio de los materiales (*Ibíd.* pág.70).En Cuicul, donde la *summa honoraria* registrada es baja, de 4 mil sestercios para el duunvirato, la estatua más cara encontrada llegaba a los 12 mil sestercios (*Ibíd.* pág. 72). En cambio la menos costosa era de 1220. Hasta en 9 ocasiones, de 17, se superan los 5 mil sestercios. En Diara, donde la suma honoraria es de 10 mil sestercios para el *flaminado*, la estatua más barata registrada es de 3 mil sestercios y la más cara de 10 mil, siendo casi la mitad las que superan la media. Ahora bien, en ciudades como Theveste donde la *summa* es de 4 mil, un templo llegó a costar hasta 63 mil sestercios cuando la media es de 43500 sestercios. Las estatuas alcanzaron los 50 mil sestercios, 7 mil por cada una, hasta llegar en un caso puntual a los 700 mil sestercios en una donación al Capitolio de la ciudad por un prefecto de la legión en el 214 d.C.

[30] *Not. Att.* 19.10.2-4 "*Adsistebant fabri aedium complures balneis nouis moliendis adhibiti ostendebantque depictas in membranulis uarias species balnearum. Ex quibus cum elegisset unam formam speciemque ueris, interrogauit, quantus esset pecuniae sumptus ad id totum opus absoluendum, cumque architectus dixisset necessaria uideri esse sestertia ferme trecenta, unus ex amicis Frontonis 'et praeterpropter' inquit 'alia quinquaginta'*".

[31] Col. *RR.* 5.1.3 "*quod ego non agricolae sed mensoris officium esse dicebam, cum praesertim ne architecti quidem, quibus necesse est mensurarum nosse rationem, dignentur consummatorum aedificiorum, quae ipsi disposuerunt, modum conprehendere, sed aliud existiment professioni suae conuenire, aliud eorum, qui iam extructa metiuntur et imposito calculo perfecti operis rationem conputant; quo magis ueniam tribuendam esse nostrae disciplinae, si eatenus progreditur, ut dicat, qua quidque ratione faciendum, non quantum id sit, quod effecerit*".

[32] Vit. *Arch* 1.1.4.

[33] Tal y como señalan Harford (*El economista camuflado*, Madrid 2007, pág. 87) y North (*Understanding the Process of Economic Change*, Princeton 2005, pág. 61) ambos factores se dan en cualquier modelo no ergódico de economía y deben ser tenidos en cuenta para comprender la integridad de un sistema.

donante se encontraría así moral y legalmente comprometido. Además, el arquitecto perteneciente a la empresa podía proponer un precio "mínimo de riesgo" para que la obra fuera aceptada. Las rígidas leyes de adjudicación habrían obligado, ciertamente, a una elevada corrupción para que un funcionamiento tan efervescente en sus inicios fuera posible.

Otras veces, nos encontramos con costes muy elevados que no se corresponden con la realidad que la arqueología desvela. La inflación acumulada en el siglo III provocó que una estatua de mármol llegara a valer alrededor de diez veces más de su precio medio[34].

Creemos que una posibilidad que difícilmente se daría en el mercado artístico es la rebaja o fijación del precio mediante una acción evergética. Es decir, que quien produjera o distribuyera un producto llegara a venderlo a un precio inferior como acto de evergesía[35]. Habría tenido su lógica con productos alimentarios, pero en el evergetismo el objeto de arte, y su materia constituyente, se encontraban destinados principalmente a un sector aristocrático de la sociedad. No obstante, un elemento que sí pudo contar con algunos de estos modelos de fijación de precios fue la subasta pública.

En una economía de mercado el director de la producción suele influir en el precio final del producto, aunque no lo determine con rotundidad[36]. Sin embargo, en un sistema de prestigio no sucede así, ya que tan sólo puede ejercerse cierta presión a través de la calidad de la producción. En el mundo de la artesanía, quien estaba al frente de una *officina*, el *magister*, era normalmente el encargado de actuar como director de su producción. Así, él era quien se ocupaba de definir los niveles de calidad de las obras que se producían. Esto abarcaba tanto la forma de acabar las

[34] Los precios se indican en las inscripciones respecto a la obra completa, es decir, escultura, pedestal e inscripción, con escasos ejemplos de especificaciones por separado.
[35] S. Dardaine y H. Pavis d'Escurac, "Ravitaillement des cités et évergétisme annonaire dans les provinces occidentales sous le Haut-Empire", *Ktema*, 11, 1986, pp. 291-302.
[36] Bajo nuestro punto de vista, el sistema bipolar romano provocaba que el mercado fuera un principio para organizar los intercambios internos y externos. En este último caso los precios eran fijados más por la acción de comerciar (transporte, intermediarios) que por el mercado en sí. En cambio, los precios internos solían quedar fijados a nivel institucional. Así pues, el conjunto de intercambios internos y externos acabó por generar una economía de circuito, dependiente del prestigio y del mercado al mismo tiempo.

piezas como los materiales con los que se iba a trabajar. En un taller donde no se supiera tratar con un *marmor* determinado o un metal específico, difícilmente se afrontaría tal tarea ya que el resultado podría ser insatisfactorio para el cliente.

Asimismo, era quien aseguraba el establecimiento del taller en una localidad adecuada para elaborar sus productos específicos. Esto implicaba no sólo acceso a la materia prima de un modo más o menos fácil sino también a una eventual mano de obra medianamente cualificada. Finalmente, era el encargado de poner en valor la producción, ya fuera mediante comitencia directa o bien llegando a acuerdos con comerciantes o agentes comerciales. Claro está que en su mayor parte hablamos de talleres de tamaño pequeño o mediano. Esto implicaba que raramente se darían casos de *managers* de talleres de gran tamaño encargados únicamente de su dirección. Al menos en el ámbito espacial de la Bética y provincias semejantes, todos los talleres debieron ser de unos pocos operarios[37].

Hubo también otra serie de factores que afectaban al modo en el cual se dirigía una pequeña-mediana empresa de estas características. Entre otros podemos destacar la demanda, creciente o decreciente, del producto, la imposición tributaria sobre la producción del mismo, el material o su circulación, el transporte y su vinculación con el poder central y los ejércitos.

Debemos ser conscientes de que en el mundo romano, salvo los que participaban del tráfico annonario, pocos empresarios pequeños o medianos podían

[37] El taller de togados de Córdoba de Ronda de Tejares manifiesta una producción seriada con una rápida renovación de los repertorios iconográficos según las modas, lo cual lleva implícito un alto nivel productivo con una clientela más o menos firme, *vd.*, I. Mª López López, "El taller de las estatuas togadas de Ronda de Tejares (Córdoba)", *AEspA*, 71, 177-178, 1998, pp. 139-156; I. López López y J. A. Garriguet Mata, "La decoración escultórica del foro colonial de Córdoba", en *Actas de la III Reunión de Escultura Romana en Hispania*, Madrid 2000, pp. 47-80. En el caso del taller musivarista de Écija, se observa una respuesta a una nueva demanda, con un gran margen de acción a partir de modelos decorativos importados del norte de África. En la escuela retratística de Carmona observamos un mercado limitado en espacio y tiempo a una acción empresarial local de demanda inmediata y mantenimiento de líneas estilísticas según la petición de los comitentes de la ciudad. I. Mª López López, "El taller de las estatuas togadas de Ronda de Tejares (Córdoba)", *AEspA*, 71, 177-178, 1998, pp. 139-156; I. López López y J. A. Garriguet Mata, "La decoración escultórica del foro colonial de Córdoba", en *Actas de la III Reunión de Escultura Romana en Hispania*, Madrid 2000, pp. 47-80.

beneficiarse de ningún tipo de incentivo oficial[38]. Así, era difícil afrontar por ejemplo la diversificación productiva o el desarrollo de nuevas infraestructuras. En parte era una cuestión mental, pero también hay que comprender que las iniciativas de riesgo suponían un peligro de ruina muy alto. Por ello sólo se produjeron casos de participación de activos financieros como sucedía en las *societates*[39].

Desde esta perspectiva puede observarse que hay una gran diferencia entre el director o gestor de una actividad empresarial y un empresario en sí mismo. Esta diferencia se aprecia sobre todo a nivel de intervención. Como es sabido, las elites aristocráticas no podían ni legal ni moralmente implicarse en empresas que fueran más allá de la producción autosuficiente del sector agrícola. En la línea de este argumento, puede comprenderse mejor que la consideración de *manager* sólo pueda atribuirse a quien tomaba decisiones tácticas dentro de la empresa. La condición del mismo variaba obviamente según el tipo de actividad de la que hablemos y la naturaleza del capital adyacente.

Aunque podríamos resultar excesivamente generalistas, podemos apostar para las empresas de arte y artesanía por un modelo de empresa comercial y agropecuaria sin un director capital al frente. Es decir, contarían con libertos *institores* o esclavos *manager* que gestionarían el capital de un poderoso señor[40]. En cambio, las actividades de otros sectores como la artesanía tendrían más

[38] B. Sirks, *Food for Rome. The legal structure of the transportation and processing of supplies for the imperial distributions in Rome and Constantinople,* Amsterdam 1991, pág. 14.

[39] Hay que tener siempre presente que el mundo romano sólo practicó los activos financieros en forma de dinero en efectivo y de derecho de cobro por operaciones comerciales, no el cobro por operaciones no comerciales que implican crédito, inmovilizado a largo plazo o imposiciones a plazo fijo. No obstante, sí existió una cierta práctica de fianza que permitía agilizar determinadas transacciones comerciales marítimas. Como señala Antonio Moro Serrano ("Las formas de garantía real en Roma", *Revista Critica de Derecho Inmobiliario*, 592, Mayo-Junio, 1989, pp. 715-738) los romanos no desarrollaron el concepto de *hypotéke* según había sido utilizado por los griegos. Así, este modelo de garantía patrimonial responde más a una estructura económica aplicada a instituciones políticas comerciales que al régimen jurídico terrateniente romano. No obstante, conforme avanzó el Imperio, la situación efectiva del colonato aparcero en los latifundios llevó precisamente a un mayor desarrollo jurídico del concepto. Los juristas contemplaron pues la *actio hypothecaria* que se diferenciaba del *pignus* en la existencia o inexistencia del desplazamiento posesorio (*Dig.* 13.7.9.2.3, "*Propie pignus dicimus quod ad creditorem transit, hypothecam cum non transit nec possessio ad creditorem"*) aunque la misma se desarrollara precisamente a partir del *pignus* sobre los *invecta et illata*. Es significativo, asimismo, que el término *hypotheca* sea mucho más frecuente a partir del gobierno de los Severos, confundiéndose a veces con el *pignus conventium*.

[40] A. Di Porto, *Impresa collettiva e schiavo "manager" in Roma antica (II sec. a.C.-II sec. d.C.),* Milán 1984, pág. 83.

frecuentemente al propio maestro y dueño del taller como gestor principal de la actividad. En algunos casos intermedios, como en la producción de ladrillos y materiales de construcción, se atestigua una fórmula de gestión semejante a la del ámbito agropecuario[41].

Debemos ser cautelosos con este tipo de argumentos dado que la mayor parte de las investigaciones actuales se han postulado a favor de una visión primitivista de la economía antigua. Sin embargo, queda patente al observar el mundo altoimperial romano que la producción de bienes y servicios derivados de estos poseían un grado de organización complejo[42]. Para que esta estructuración estuviera supeditada o pudiera supeditar a la superestructura social según las necesidades, Allen propuso la existencia de una línea directriz del mercado y el comercio. Ésta podría haber sido de tipo estatal (empresa pública) o personal (empresa privada)[43].

Augusto entendió esto en el sistema minero, mientras que Claudio lo hizo en la burocracia general y annonaria. Incluso Cómodo y Septimio Severo se percataron en gran parte de la necesidad de estructurar firmemente el comercio marítimo de acuerdo a unas directrices fijas. No obstante, todo lo que suele hacerse a la hora de interrelacionar la información que tenemos es establecer tablas de datos y sus consecuentes interpretaciones. Hay una parte sustancial que se escapa a ese modo de operar. Las lagunas que existen en la investigación podrían cubrirse teniendo en cuenta un punto de vista más global sobre el funcionamiento de las sociedades

[41] D. P. Kehoe, *Management and investment on states in Roman Egypt during the Early Empire,* Bonn 1992, pág. 113.

[42] J-J. Aubert, "The Fourth Factor. Managing non-agricultural production in the Roman World", en D. J. Mattingly y J. Salmon (eds.), *Economics beyond agricultura in the classical world*, New York 2001, pág. 90. Esta complejidad vino dada por el aumento de las tierras en explotación dentro de una misma propiedad y la necesidad de rentabilizar al máximo con una producción diversificada, *vd.* J. de la Hoz Montoya, "Racionalidad económica y abstracción contable en Columela", en G. Chic García (coord.) y Fº J. Guzmán Armario (ed.), *Perdona nuestras deudas,* Sevilla 2007, pág. 150.

[43] Los seis puntos de la teoría de Allen son: definición de objetivos en el mercado, organización de los procesos de producción, motivación de las personas implicadas en el proceso, adiestramiento de un personal cualificado, establecimiento de comunicación entre los factores productores y los directores y finalmente registro y análisis de los resultados, R. Allen, *Winnie-the-Pooh on Management*, New York 1994, pág. 4 y 160. Actualmente los economistas aceptan que estos seis puntos resultan fundamentales en la organización de cualquier actividad humana. Si lo aplicamos a nuestro ámbito de estudio, deberíamos considerarlos tanto en la organización de una campaña militar como en el tráfico de materias primas o bienes de consumo de primera necesidad. Encontraríamos un mayor sentido a la forma en la cual Roma fue dando respuesta paulatina a la progresiva complejidad de su propia estructura burocrática.

preindustriales dado que el sector primario era la fuente de riqueza principal. Esto permitió afrontar profundas transformaciones legales, productivas y comerciales a lo largo de tres siglos[44].

Hoy entendemos que dirigir o estar al frente de una empresa productora o comercial es organizarla según la teoría de Allen para que alcance metas satisfactorias. Este último matiz es el más importante ya que se trata de satisfacer, cubrir las necesidades que no tienen por qué ser iguales en cada momento histórico. Por este motivo puede costar comprender la dimensión exacta de la economía y el comercio en Roma. Aubert propone por ello que la investigación moderna sobre patrones antiguos debe partir de[45]:

a) La meta que el agente director se propusiera alcanzar (crematística, autosuficiencia, subsistencia…)
b) El personal que se encontrase implicado (jornadas de trabajo, número de trabajadores, condición social y jurídica).

Pero la comprensión de cómo se relacionan ambos aspectos ha provocado la existencia de dos tendencias habitualmente enfrentadas a la hora de hablar del comercio romano. Por un lado hay quienes señalan el intercambio de mercancías de todas partes del Imperio manifestado en la diversidad de materiales que aparecen en algunas *villae* (sustantivistas). Por otra parte, hay quienes señalan las riquezas locales como fuente de autosubsistencia con un contacto mínimo con el mundo "exterior" (primitivistas). Si bien es cierta la preconización de una agricultura autárquica en la literatura romana como expresan Varrón y Catón, se trató

[44] J.-J. Aubert, *Business Managers in Ancient Rome: a social and economic study of Institores, 200 BC - AD 250*, Leiden 1994, pág. 54. Uno de los cambios más importantes fue sin duda la generación de verdaderas empresas con un funcionamiento perfectamente reglado e interconectado con intereses de casi todo el Imperio como ponen de relieve las más de 3500 marcas anfóricas diferentes que G. Chic García ha recogido (*Datos para un Estudio Socioeconómico de la Bética*, Écija (Sevilla) 2001). Por desgracia estos datos aún no han sido recogidos en el *CIL* a pesar de que dicho estudio resulta fundamental para comprender la importancia mental y socioeconómica de la distribución a escala de la producción agrícola. La implicación de actores provinciales en las actividades metropolitanas generó una maquinaria comercial de gran complejidad que revirtió en provincias como la Bética en un crecimiento económico exponencial durante décadas.

[45] J-J. Aubert, "The fourth factor: managing non-agricultural production in the roman world", en Mattingly, D. J. y Salmon, J., (eds.), *Economies beyond Agriculture in the Classical World*. Londres-New York, 2000, pág. 92.

únicamente de un punto de partida para la riqueza propia que la nueva visión "postfinleysta" intenta superar.

En realidad, al depositar la generación de riqueza base en la producción agrícola propia se pretendía alejar al aristócrata romano de la inversión en bienes de riesgo como capital principal. Los romanos conocían bien la fragilidad de sus embarcaciones y la inseguridad del comercio. Por ello, la fuente primaria de su riqueza se circunscribía al ámbito local. Pero esto no significaba que la circulación de mercancías intermerdiarias no fuera fluida, sino una necesaria interacción de unos micromercados sobre otros. De este modo, se consiguió una economía mucho más plural en la cual la producción de un determinado elemento en un lugar satisfizo las necesidades de otro sitio.

El verdadero problema radica en el modo en el cual se llevaban a cabo los intercambios. La fórmula comercial se regía muchas veces en base a celebraciones festivas en el ámbito rural (que era mayoritario en el Imperio) en el cual los intercambios de bienes se hacían por trueque relativo, esto es, actos de donación de regalos realizados de manera recíproca según expone Godelier[46]. Sobre ello, el mercado amplía sus horizontes buscando de lo que se carece más que para vender lo sobrante. Es lógico, por tanto, que las mayores imposiciones tributarias recaigan sobre las actividades que busquen enriquecerse ante la necesidad del resto[47].

El nivel más básico de intercambio tendría lugar en la feria y el mercado locales, que solían tener un ámbito de no más allá de 50 Km a la redonda. La duración era corta, con bajo volumen de bienes y venta directa entre comerciantes y consumidor final[48]. Así, la articulación de la economía local dependía del peso específico de cada centro urbano respecto de la población rural que controlaba. En general, la celebración de las mismas solía ser anual o como mucho un par de veces al año. Es aquí donde los artesanos urbanos podían acceder a una clientela rural que demanda productos de género menor.

[46] M. Godelier, *El enigma del don*, Barcelona 1998, pág. 52.
[47] G. Chic García, "El comerciante y la ciudad", en A. Padilla Arroba y C. González Román (eds.) *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Granada 2002, pág. 117.
[48] L. de Ligt, *Fairs And Markets In The Roman Empire: Economic And Social Aspects Of Periodic Trade In A Pre-industrial Society*, Amsterdam 1993, pág. 78.

En un nivel superior encontramos ferias de carácter regional cuya duración era mayor, alrededor de un par de semanas. Abarcaban un mayor espacio y el valor de los bienes intercambiados era también de mayor calidad. Es aquí donde podían llevarse a cabo acuerdos comerciales de larga distancia, especialmente para aquellos productos que requirieran de una especialización concreta. Sin embargo, su existencia y aspectos concretos son meramente hipotéticos y respondían a una síntesis general de lo que conocemos de forma fragmentaria para todo el Imperio.

A priori no nos es posible determinar el alcance concreto de una feria regional sin saber ni siquiera su lugar de celebración. No hay datos suficientes para las provincias occidentales y el rastreo apenas puede hacerse mediante restos arqueológicos. La dispersión material existente en Hispania es muy fragmentaria para los productos que registran cambios como la cerámica o los bienes de lujo. Así, no existe un patrón de distribución concreto ni un elemento que permita hilvanar diferentes puntos a través de uno sólo.

El intercambio de género mayor artístico pudo tener lugar en estas ferias y sobre todo en las que poseían un carácter interregional. Es a través de éstas como los provinciales pudieron tomar contacto con las modas metropolitanas que se impondrían con posterioridad. Su duración podía abarcar incluso los dos meses ya que su ámbito de influencia era muy extenso. Los productos que tenían un mayor valor eran aquellos que se importaban desde fuera del *limes* imperial (*peregrinae merces*). En las provincias occidentales, no obstante, eran sobre todo productos de las provincias orientales.

Visto lo visto, es complicado sacar conclusiones sobre el papel jugado por los bienes artísticos en las ferias y mercados. En principio su marco de actuación era urbano, y tal vez a las ferias rurales podrían desplazarse determinados *artifices* cuya producción encontraba demanda en éste ámbito. Se trataría de *exvotos*, cerámicas y una orfebrería de menor grado; difícilmente encontraría salida la escultura de gran volumen.

En este contexto el comercio fluido requería de modos de pago y cobro rápidos. La moneda era sin duda el modelo más óptimo de intercambio, pero en extensión era mínimo. Un producto embarcaba en un puerto como el de *Hispalis* en forma de aceite o trigo annonarios. El *mercator* recibía su cobro normalmente en monedas y traía de vuelta diversos objetos como esculturas menores, moldes en escayola o joyas. Como vemos, quien producía la moneda, el Estado, la empleaba para obtener un producto del cual no obtenía rendimiento líquido, por lo que debía rescatar esa moneda para efectuar nuevas compras a través de *vectigalia*.

Aunque la moneda no fuera esencial para el comercio, su no preeminencia en los mercados limitó y ralentizó los procesos. Los objetos artísticos eran bienes de prestigio y su intercambio comercial, su compra o encargo sólo podía hacerse en moneda. Y esto tenía su repercusión, como cabe esperar, en la importación de bienes de prestigio basados en obras de arte. Es fundamental tener en cuenta una serie de cuestiones básicas relativas a la fluidez y posibilidad de los intercambios producidos por el comercio annonario ya que éste podía repercutir en una doble variante.

Sabemos, en primer lugar, que la mayor parte de las producciones annonarias tenían su origen en la periferia italiana, es decir, Hispania, Norte de África y Egipto[49] las cuales forzosamente debían ser transportados por mar para el indispensable abastecimiento de Roma. Esto tenía como consecuencia un hecho fundamental: tanto Hispania como la Tingitania o la Mauritania pudieron constituirse como áreas de especial desarrollo en lo que a bienes artísticos se refiere teniendo no sólo una importación fluida sino una producción propia por la llegada de talleres y modelos más significativos que en otras áreas.

Pero, en segundo lugar, la llegada de modelos y de obras de arte íntegramente elaboradas o esbozadas por talleres extranjeros debe ser contemplada a la luz de dos importantes condicionantes. Por un lado, las necesidades de abastecimiento a Roma eran tales que las posibilidades de transporte no eran

[49] P. Garnsey, *Famine and food supply in the Graeco-Roman World. Responses to risk and crisis*, Cambridge 1988, pág. 151.

muchas[50]. Por otro lado, las circunstancias climáticas adversas hacían que determinadas rutas, por su distancia y situación sólo pudieran ser de una ida y vuelta por temporada. Podemos entender así la excepcionalidad de cualquier obra traída desde el Oriente imperial cuyo costo podía ser excesivo si tenemos en cuenta que para ello, o bien hacía descarga en Roma y de allí volvía de manera indirecta como carga de retorno y nunca de forma directa, o bien se asumía una cuota de flete tan alta que disparaba el precio.

La posibilidad más viable es que hubiera existido un comercio dirigido por intermediarios especialistas en Roma. Allí los barcos llegados con el trigo y el aceite annonario podrían haberse hecho con *marmora* de muy diversos lugares, con modelos u obras semimanufacturadas. A este respecto, es significativo que la mayor parte de las piezas que se confirman como importadas, al menos en fase de semielaboración como la *Amazona herida* de Écija o la *Afrodita Doidalsas* del Museo Arqueológico de Córdoba, son modelos sumamente conocidos que podían elaborarse en serie en un estado sumario. Habrían estado, de este modo, destinadas a ser llevadas a Roma para abastecer un mercado de copias incipiente y en gran auge desde finales del siglo I d.C.

Dado que las compañías de comerciantes annonarios navieros eran privadas, las posibilidades de comercio quedaban bajo mano de los contratos estatales, lo cual focalizaba enormemente la exportación de determinados núcleos. Cuando se efectúan estudios sobre interrelación de mercados a veces no se tiene en cuenta el condicionante del comercio de la riqueza base. Las islas del Egeo comerciaban fundamentalmente con mármol, material que, por el momento, no parece poder constatarse como producto de exportación desde las provincias hispanas. Algo que habría sido difícil dado que la casi totalidad de los esfuerzos comerciales desde este territorio se enfocaban en el tráfico de aceite, trigo y vino.

[50] Con frecuencia se rozaba el colapso debido al alto número de barcos cuyo trasiego en aceite y trigo era casi continuado a fin de llegar a los doce millones de modios necesarios, el primero del área de la Bética y el segundo procedente de las provincias africanas. Esto provocaba una saturación de los circuitos comerciales hipotecados por necesidad al empleo de más de 1200 travesías de barcos de diez mil modios, aunque normalmente llegaban a algo menos, P. Herz, "Der praefectus annonae und die Wirtschaft des Westlichen Provinzen", *Ktema*, 13, 1988, pág. 70. Además, la especialización en barcos para el transporte annonario redujo la existencia de barcos más aptos para otro tipo de tráficos comerciales.

Herz expone la posibilidad de que un comerciante naviero privado podía completar su carga tanto de ida como de vuelta con aquellas mercancías que estimase oportunas siempre y cuando fueran de destino único y seguro ya que no sería rentable un cambio de rumbo o de mercado[51]. Así, sería más sencillo y económico traer productos de Roma más variados y de mayor calidad que llevarlos desde la Bética con materiales, como es el caso de *marmora*, de los cuales el mercado de la *Urbs* estaba sobrado en cantidad y calidad. Pero también en este tipo de mercancía de "relleno" el Estado podía hacer valer su participación en el pago del transporte al hacer traer lo que estimara oportuno junto a la carga fundamental ya que los contratos fijaban rutas, origen y destino, pero no el carácter de la carga. De hecho, si ampliamos algo más nuestro horizonte, encontramos que sería de este modo, cambiando los volúmenes según hiciera falta más una cosa u otra, cómo se pondrían en circulación el mármol de las canteras imperiales o los materiales mineros de lugares como *Castulo* o Río Tinto.

Al hablar de estas cargas damos por sentado términos absolutos que deben ser matizados ya que el cupo annonario podía no cumplirse siempre en función de la producción de esa temporada. Ante eso, el *navicularius* debía garantizarse un transporte rentable y económico. En principio podría haber aumentado con otras cargas según descendían los productos de primer orden. No obstante, al mismo tiempo, podía llegar a ser consecuencia de la reducción en la importación. Esto se constata por ejemplo en la artes suntuarias como el mosaico, que cambió su significación haciéndose más localista y autónomo conforme descendió el volumen annonario en el período de los Severos.

Si la producción se venía a almacenar hacia el inicio de la primavera y llegaba al tope de carga en verano, era al final de la estación o comienzos del otoño cuando con mayor seguridad podía afrontarse desde las provincias hispanas, especialmente la Bética, el viaje a Roma[52]. Sin embargo, desde los mercados

[51] *Ibíd*., pág. 72.

[52] Para el comercio mediterráneo podemos decir que el año marítimo se dividía, a grandes rasgos, en dos períodos. Por una parte el invierno, en el cual el riesgo de tempestades era más elevado, y por otra el verano en el cual era más eventual la posibilidad de sufrir un inconveniente climático. Como puede observarse, más que la existencia de un clima especialmente desfavorable, ya que las tempestades intensas no eran la nota dominante, lo que restringía el comercio a estos dos períodos es

orientales como Alejandría se hacía generalmente en la primavera siguiente. Traemos esto a colación para exponer los necesarios matices al mercado de importación ya que no era el modo más recomendable para encargar objetos. Creemos que sobre esto y el supuesto de la necesidad de rentabilizar el viaje podemos asentar la idea de que el *mercator* que marchaba a Roma con una carga volvía con otra que, o bien ya estaba acordada su venta o bien ésta era prácticamente segura. Por ello no podían realizarse encargos de obras del oriente imperial a menos que se asumiera una espera de un largo período de tiempo[53] o se pagase un elevado precio por traerlo desde allí. Era, pues, mucho más lógico y rentable importar piezas desde un lugar de mercado intermedio como es Roma, lo cual permitía certeza e inmediatez.

Uno de los indicadores acerca de los ritmos comerciales artísticos es el cambio de emperador. Era desde luego la noticia más importante y la que debía conocerse con mayor rapidez. Con ella se producían todos los cambios pertinentes que incluían, entre otros, el cambio de iconografía. Por lo general, en la capital provincial podía llegar a tenerse conocimiento del suceso no más allá de algunas semanas después. Sin embargo, su extensión al resto del territorio constituía un largo proceso que podía durar meses[54]. Entre otros factores, deben tenerse en cuenta los

la extrema inestabilidad dado que los viajes solían durar muchas jornadas en las cuales no podía caber el riesgo de una fuerte tormenta esporádica, *vd.* J. Rougé, *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire Romain,* París 1966, pag. 32 y ss. En invierno, además, se producen aún hoy depresiones rápidas de origen atlántico que pueden ocasionar mal tiempo variable. Es evidente, sin embargo, que las previsiones climáticas a semanas vista era bastante difícil en la Antigüedad. Es en verano cuando el posicionamiento del anticiclón de las Azores permite contener las corrientes de presión del noroeste y tener un clima más estable en las zonas de costa. En la zona occidental, la mayor parte de los vientos soplan del Este lo que puede ser una contrariedad en algunas ocasiones al hacer más difícil el tráfico hacia Italia según nos dice Estrabón. En cualquier caso, el período de *mare clausum* no tenía unos límites exactos y precisos ya que el comercio podía tener rutas de menor recorrido desde principios de marzo hasta mediados de noviembre, es decir, durante la primavera y el otoño. Existe riesgo de precipitaciones pero no es tan acusado o no se esperan con tanta fuerza como para impedir totalmente un comercio de pequeña e incluso mediana escala. Simbólicamente se llevaba a cabo una ceremonia de "apertura" del mar con la procesión marítima del *nauigium Isidis* descrito por Apuleyo (*Met.*, 11. 5 y 16) período de protección divina que abarcaba desde el 27 de mayo al 14 de septiembre, aproximadamente. Luego uno podía navegar aunque la diosa ya no le amparaba.

[53] Hasta 3 meses parece ser que llegó a tardar Posidonio en ir de la Península Ibérica a Italia debido a una racha de vientos contrarios, Strab. 3. 144. Aunque el tiempo pueda parecer exagerado, es un indicador cuanto menos máximo que nos ilustra sobre las diferencias entre las rutas de ida y las de vuelta.

[54] L. Casson, *Ships and seamanship in the ancient world*, Princeton 1971, pág. 283. En época de navegación un navío mercante podía alcanzar una velocidad de entre 5 y 6 nudos (9'26 y 11'112 km/h) con tiempo favorable. A ello hay que sumar los procesos de carga de material, productos a

ritmos comerciales que eran los que facilitaban el acceso a las noticias de esta índole[55].

Esta dependencia de las rutas comerciales podía suponer que su difusión fuera más compleja según la época del año en que tuviera lugar. Como acabamos de ver, de acuerdo con Vegecio[56] y Symmaco[57] el mar quedaba cerrado entre noviembre y marzo. A pesar de ello, existía la posibilidad de navegar siempre y cuando quien lo requiriera asumiera los costos de un seguro por navegar en ese período. En este sentido es importante que separemos el anuncio del ascenso del nuevo emperador de la difusión de su imagen.

Es conocida la postura de Hopkins en relación a este posible trasiego de objetos de *luxuria*. Argumentaba su valoración del comercio a gran escala en época romana basándose en el criterio de los impuestos aduaneros. Una provincia con grandes recursos como la Bética pero carente de milicia podía ser una potencial exportadora de bienes impositivos[58]. Esto supondría un proceso de "desmonetarización" que se equilibraría con períodos de incremento de producción y, por tanto, en la exportación por encima de la demanda real del mercado[59].

Según este modelo, los impuestos y tasas cobrados en moneda ayudaron a incrementar el volumen del comercio durante el régimen imperial ya que la imposición a las importaciones generó un contramovimiento de exportaciones para obtener los beneficios semejantes.

---

comerciar, avituallamiento y en no pocos casos el cabotaje por diferentes puertos a fin de comerciar con la carga que no va directamente de Roma al puerto de origen del primer embarque.

[55] R. Duncan-Jones, *Structure and Scale in the Roman Economy*, Cambridge 1990, pág. 91. No hay evidencias de que junto a las noticias del nuevo gobernante viajaran modelo en cera, yeso o bocetos para la difusión de la nueva iconografía. Dados los destinos, los centros administrativos, esto pudo correr a cargo de la gestión del gobernador provincial de turno. No obstante, las acuñaciones monetales sí parecen mostrar mucho más rápidamente estos cambios. La difusión de la imagen del emperador era, de este modo, un proceso relativamente externo que iba desde las principales ciudades hasta los núcleos de menor entidad en una última etapa. Todo dependía, como decimos, de los ritmos comerciales.

[56] Veg. 4.32.

[57] *Ep*. 4.58; 63.

[58] R. Duncan-Jones, *Structure and Scale… op.cit.*, pág. 30.

[59] Es esencial tener en cuenta esto ya que hemos apuntado que el pago de objetos de arte se hace en moneda. La carencia de la misma podría dificultar el pago de los encargos ya que las cecas no podían, obviamente, emitir más moneda de lo establecido para no disparar la inflación.

No obstante, hay que tener en cuenta a la hora de abordar las particularidades comerciales que en muchos casos se generó una serie de intereses concretos. Estos favorecían flujos estables sin el interés de las tasas impositivas, ya que las necesidades concretas obligaban por lo general a este comercio. Sin duda, la capacidad de demandar un producto, aun cuando fueran modelos para *officinae* o el propio material, estaba sujeto a la capacidad de poder pagar todo el proceso sin deuda ni demora. El incremento de los mercados interregionales, como sucede con el comercio de modelos y mármoles griegos, produjo un incremento del volumen de moneda[60], principalmente de plata, para financiar los largos transportes. Pero esta no era tan abundante, por lo cual dependía en gran parte de los flujos de comercio generales.

Lo cierto es que el modelo de Hopkins muestra algunas fisuras para Duncan-Jones si se quiere aplicar a todo el Imperio. Su validez para las provincias occidentales parece cumplirse en todos sus términos. Sin embargo, este último autor señala algunos factores divergentes como son la desigual monetarización del Imperio, la dificultad de saber si todos los impuestos eran abonados en moneda y la existencia de un comercio a gran escala mucho antes del control romano. Si a ello sumamos la centralidad del comercio altoimperial en la propia Roma, parece más conveniente hablar de otro modelo. Éste podría haberse basado en el establecimiento de Ostia-Roma como núcleo mercantil en el cual se llevaban a cabo las transacciones interprovinciales incluyendo el cobro y pago de imposiciones aduaneras.

Al poner esto en relación con el mercado de objetos artísticos mayores surgen algunos elementos a tener en cuenta. El objeto artístico era, en su materia prima incluso, un bien de lujo. Como tal era propio de las elites aristocráticas cívicas de alto nivel económico. Esto requería de un volumen de producción agrícola y minera muy elevado con su correspondiente tráfico comercial. Lo cual generaba grandes ciudades. Éstas recibían un gran número de acciones evergéticas que precisan de una calidad cada vez más elevada. De este modo, el aumento de las

[60] K. Hopkins, "Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B.C.-400 A.D.)", *JRS*, 70, 1980, pág. 106.

exportaciones no sólo permitía a las elites locales enriquecerse más sino también acceder a un mercado artístico de mayor amplitud y calidad. Puede observarse este fenómeno en las obras importadas del siglo II d.C. La mayoría son esculturas excepcionales que responden a una importación directa o indirecta con los costos elevados que ello suponía.

A pesar de estos crecientes índices de importación de objetos del Mediterráneo Oriental, es difícil establecer un comercio directo. Las hipótesis expuestas por Duncan-Jones en contra del modelo de Hopkins poseen también un problema de solidez argumental debido a la parcialidad de los datos que maneja. El desconocimiento de los índices económicos hispanos, al utilizar tan sólo los de África e Italia, le lleva a interpretar los índices generales de forma general, como si fueran un paradigma para todo el Imperio. Aunque es cierto que el grado de monetarización que se observa en todas las provincias iba en función de la extensión de la vida urbana, no es menos cierto que la Bética cumplía plenamente con esos requisitos y aún así arroja importantes aspectos diferenciales.

Creemos que el modelo de Hopkins puede ser aplicado al tráfico comercial de la Bética con algunos matices. El primero de ellos es la ausencia significativa de moneda y joyas de origen oriental. Esto sería la consecuencia, en segundo lugar, de un comercio semi-directo centralizado en Roma. Finalmente, debe tenerse en cuenta que los cambios en materia de impuestos aduaneros habrían sido introducidos desde época de Nerón hasta el primer cuarto del siglo II d.C.

Todos los condicionantes que hemos visto no han impedido que haya atestiguados un número importante de personajes de las elites provinciales vinculados al comercio de Roma. Su presencia directa en la *Urbs* no era sólo consecuencia del creciente papel en la política de la capital imperial sino también del importante rol económico de la Bética. Su existencia implica gestiones comerciales directas y por tanto un contacto con *mercatores* del Mediterráneo Oriental. Ello explicaría el refinamiento en las importaciones del siglo II que eran, en comparación con las etapas de importación anteriores, mucho más exigentes.

Según Corbier[61] la capacidad de un mercado local urbano para generar volumen comercial se basa en la extensión y la demografía del territorio adscrito. Esto implica que la existencia de tierras fértiles, nudos de comunicaciones, minas, recursos pesqueros y cualquier actividad con cargas tributarias repercuten en el crecimiento de la ciudad. Es obvio que se pueden exponer excepciones muy concretas incluso en casos específicos como la Bética. Sin embargo, las excepciones son cuestionables[62].

A una jerarquía económica entre ciudades podría superponerse otra de índole política. Sabemos que en otras provincias del Imperio existían comunidades urbanas que debían pagar tributo a otras[63]. Este tipo de situaciones suelen conjugarse en aquellos territorios donde el número de ciudades con algún tipo de régimen jurídico cívico es escaso. Así sucedió en las provincias galas y en la *Iliria* donde se constatan varios casos semejantes. Sin embargo, el caso de las provincias hispanas presenta la complejidad del proceso llevado a cabo por Vespasiano. Por ello, esta interdependencia sólo habría llegado hasta la promoción jurídica. En ese momento

[61] M. Corbier, "City, territory and taxation", en J. Rich y A. Wallace-Hadrill (ed.), *City and Country in the Ancient World*, Londres-New York 1991, pág. 217.

[62] El hecho de que la generación de riquezas surja de estos condicionantes explica los diferentes motores comerciales que se observan en el mercado de esta provincia. No existen excepciones entre los dos primeros niveles. Por un lado, las capitales conventuales y los núcleos redistribuidores constituían un primer grupo cuyo volumen mercantil, tanto de encargos como de diversidad y procedencia de materias primas, estaba muy por encima del resto. Se trataba de ciudades como *Hispalis, Astigi, Gades, Corduba, Italica*, etc. El segundo grupo habría estado constituido por comunidades urbanas de población cohesionada o dispersa cuyo entorno monumental se desarrolló especialmente a partir de los Flavios. Ciudades como *Ulia, Urso, Baelo, Carmo, Singilia Barba, Igabrum, Celti, Munigua, Ilipa Magna, Cartima* y *Ucubi* entrarían en este grupo. En muchos de estos enclaves podría haber existido al menos un taller local fruto de una tradición anterior o por la existencia de materia prima cercana. En todos ellos fue la promoción jurídica lo que favoreció un ascenso económico que decayó una vez finalizada la inercia del proceso. Su monumentalización no fue comparable a la de las grandes ciudades aunque contaron con un importante equipamiento urbano con obras escultóricas y plásticas de cierto nivel. No eran núcleos comerciales ni políticos pero guardaron estrechos vínculos con núcleos cercanos que sí lo eran. Finalmente, encontraríamos un tercer nivel compuesto por multitud de núcleos urbanos menores cuya entidad demográfica es muy variable. Podemos citar a modo de referencia los casos de *Arucci, Ostippo, Mellaria, Cisimbrium, Ipolcobulcula* o *Nescania*. Todas estas ciudades han dejado escasos restos pero con una importante constatación epigráfica de equipamiento urbano básico. Por lo general, responden a la evolución de un asentamiento anterior potenciado durante el siglo I d.C. y que eclosionó con la promoción jurídica de Vespasiano. El *hinterland* que dominaban solía ser bastante pobre, carecían de riquezas que se pudieran explotar o sobre los que imponer cargas tributarias. En la mayor parte de los casos dejaron de tener un mercado aceptable ya en el siglo III d.C.

[63] J.-M. Bertrand, "Le statut du territoire attribué dans le monde grec des Romains", en E. Frézouls, *Sociétés urbaines, sociétés rurales dans l'Asie mineure et le Syrie hellénistiques et romaines*, Estrasburgo 1987, pp. 85-106. Un buen ejemplo nos lo proporciona Cicerón, *Qfr*. 1.1.33 al citar los casos de Cannas respecto a Rodas o de Celena con Nîmes. Podría tratarse de una capitalización de recursos de un territorio administrativo con vistas a la contribución general en dirección a Roma.

todos los municipios habrían dispuesto de una *lex* que especificaría el alcance y la explotación de sus territorios[64].

Debemos comprender que la extensión del *pagus* de una ciudad era vital para el desarrollo del mercado de la misma. Era fundamental dado que el censo para acceder y formar parte del decurionado dependía de las posesiones agrícolas. Por ello, grandes extensiones podían suponer la existencia de multitud de personajes adscritos a la elite aristocrática. Así, el número de inversiones evergéticas podía ser mayor y mover con fluidez el mercado artístico local. La posesión de vastos territorios permitía tener un respaldo social y económico sobre actividades de mayor riesgo como el comercio[65].

Todo lo que acabamos de ver nos va a servir de marco teórico para comprender cómo se desarrollaron las prácticas comerciales y económicas en el marco de una economía de prestigio en la cual el evergetismo era la práctica fundamental. El origen de la práctica evergética está en las sociedades sin imposiciones tributarias internas. Es decir, en aquellas donde no se aplica a los miembros de una comunidad. Por tanto, surge para colocar a quienes tienen más recursos en los resortes de poder apartando al resto del gobierno[66]. Para hacerlo de un modo aceptable y estable se asientan en la donación. Así, al dar quien recibe, la comunidad le devuelve el don en forma de prestigio, gratitud, aceptando el orden establecido. En el fondo todos se benefician, ya que, aunque pudieran detentar el poder, las clases sin recursos no podrían llevar a cabo ningún tipo de inversión.

La pujanza económica necesaria para mover el mercado de objetos de prestigio no surgió de la noche a la mañana. Tuvo sus bases en la diversificación y amplios sectores productivos ya desde el siglo II a.C., fundamentados no sólo en la riqueza agrícola del trigo y el aceite sino también en las explotaciones mineras y una potente industria pesquera. En general, en provincias como la Bética se mantuvieron

[64] De hecho no parece haber constancia de rivalidades territoriales a nivel colectivo en la Bética como sí se conocen en otros lugares del Imperio. Estas pudieron y debieron darse seguramente a nivel individual por la concentración de la tierra en el siglo II.
[65] R. Syme, "La Richesse des aristocraties de Bétique et de Narbonnaise", *Ktema*, 2, 1977, pp. 373-380.
[66] Arist., *Pol*. 6.7, 1321a 31-42.

antes y después de nuestra era los mismos grandes núcleos, esto es, *Hispalis*, *Corduba*, *Obulco*, y poco después colonias fundadas por César y Augusto como *Urso* o *Astigi*, así como las costeras *Gades* y el municipio flavio de *Malaca*. La importancia de la red viaria prerromana e imperial favoreció la creación de núcleos distribuidores que arrastraban a otros menores y favorecían los intercambios con mercancías no regionales. Es importante tener esto en cuenta ya que, a pesar todo, la importación de objetos durante el siglo I d.C. no va a ir mucho más allá de los grandes núcleos.

La creciente pujanza comercial permitió generar una base de riquezas potenciales que podían ser invertidas en actos de evergesía. Este tipo de iniciativas fueron las llevadas a cabo por César y Augusto en la Ulterior alentando a las elites indígenas y locales en la reforma de las ciudades[67]. Las promociones jurídicas tenían como fin establecer un régimen estable de autogestión municipal. A ello se unió la conclusión no definitiva de las sucintas reglamentaciones destinadas a favorecer el comercio interprovincial. La regulación de la especulación con los bienes alimentarios con demanda social[68] supuso una intervención estatal en toda regla y probablemente el establecimiento de precios estandarizados[69]. Pero también estableció rutas estables de contacto entre regiones como la Bética y la capital del Imperio de forma casi directa. Esto abría un enorme abanico de posibilidades comerciales ya que estar conectado con Roma era igual que estarlo con todo el Imperio. Conforme más estrecho era el vínculo con el comercio annonario, más restos de origen extranjero encontramos.

En este momento no invertir o ser extremadamente rico podía ser un riesgo bastante importante. La acción de Augusto como comitente de numerosas obras es de sobra conocida. La de Tiberio como gestor del déficit que dejó tras de sí, también. Fue esto lo que llevó a expropiar el *mons Marianus* a fin de hacerse con la gestión de las ricas minas del norte de la provincia. Es probable también que muchas

[67] G. Chic García, "Comercio, fisco y ciudad en la provincia romana de la Bética", en J. González, (ed.), *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla 1999, pág. 35.
[68] *Dig*. 48.12.2 pr. No fue desde luego ni la primera ni la única ley que vertebró la *Annona* aunque sí la que fue utilizada con mayor rendimiento político.
[69] M. W. Frederiksen, "Puteoli e il comercio del grano en epoca romana", *Studi e ricerche su Puteoli romana*, Nápoles 1981, pág. 22.

de las dedicaciones que los provinciales efectuaron en honor de Vespasiano se generasen a partir del miedo a estas medidas habituales en períodos de guerra civil[70]. La propia necesidad de moneda fue a su vez causa de destrucción de objetos de arte. Augusto[71], Nerva[72] o los Severos[73] fundieron esculturas para hacer moneda por diversos motivos. Esta línea común marca sin embargo estadios muy diferentes de las inversiones. Durante el gobierno de Augusto, el régimen era aún muy especial dado que buena parte de sus acciones iban encaminadas a consolidar la forma de gobierno del Principado. Las inversiones tenían como fin aumentar las sinergias de cada núcleo urbano mediante el fomento de las actuaciones evergéticas.

Tiberio se encontró con una situación poco propicia a las inversiones. Sorprenden por ello las numerosas dedicaciones que se le hicieron en comunidades que no habían sido promocionadas aún como *Anticaria* y *Aurgi*. Las acciones comitenciales a nivel estatal se redujeron y no parecen surgir levemente más que en época de Claudio. Durante su gobierno la economía estatal conoció un ligero repunte que fue aprovechado por el Emperador para acometer sus grandes empresas en Roma y Ostia. Las ciudades de la Bética no parecen recibir, al menos no hay información de ello, inversiones a nivel estatal.

No obstante, no debe ser casual que la mayor rapidez en la actualización de los modelos escultóricos y ornamentales de la Bética coincida con el gobierno de Claudio. No sólo se habían asentado ya las bases económicas de la provincia sino que además se había acometido la reforma del puerto de Ostia. A pesar de las evidentes connotaciones de prestigio[74] las consecuencias fueron muy importantes desde el punto de vista comercial. Se agilizó la llegada de barcos al mercado metropolitano, se posibilitó el asentamiento de sucursales de empresas provinciales y se aumentó el volumen de mercancías. De este modo era más fácil y rápido traer

[70] Tac., *Hist*. 2.84.
[71] Suet., *VC Aug* 52.
[72] PlinIun, *Pan*. 52.3-5.
[73] Casio Dio 75.16.2, 80.12.2.
[74] Ph. Leveau, "Richesses, investissementes, depenses: a la recherche des revennues des aristocracies municipales de l'Antiquité", en *L'origine des richesses dépensées dan la ville antique*, Aix-en-Provence 1985, pp. 20-21.

como carga de retorno multitud de materiales para la producción artística, desde moldes en yeso a mármoles en bruto.

No menos importante para la provincia fue la conquista de Britania dada la necesidad de aprovisionar al ejército con una serie de productos como el aceite o las salazones[75]. Los restos encontrados en el yacimiento de Colchester Sheepen muestran una concentración entre el 43 y el 61, con una mayoría de ánforas aceiteras béticas[76] (63'5%) que permitió un cierto grado de industrialización. En un estado muy primitivo y adecuado a estos tiempos evidentemente.

Fue en ese momento cuando comenzó también un crecimiento económico inusitado. Como plasmación material de este proceso, podemos ver que se acometió la fase decisiva del teatro cordobés y las reformas urbanas de diversas colonias cesaroaugusteas. Pero lo más relevante es que probablemente permitió una gran acumulación de riquezas aprovechadas por Vespasiano en sus reformas jurídicas. Éste es un aspecto que se ha tratado colateralmente con frecuencia. En el 57 hubo un intento de suprimir impuestos indirectos como los de índole aduanera para favorecer los impuestos directos. Además de la imposibilidad de llevar a buen puerto tal medida debido a la presión de los terratenientes, se pusieron de manifiesto los problemas financieros de un sistema, el imperial, enormemente deficitario. La organización del transporte de trigo y la exención del tributo a las naves del mismo acrecentó las ganancias de los puertos provinciales.

[75] G. Chic García, "Comercio, Fisco y ciudad…" *op.cit.*, pág. 50.

[76] P. R. Sealey, *Amphoras from the 1970 excavations at Colchester Sheepen*, Oxford 1985, pp. 33-39; D. Williams y C. Carreras Monfort, "North African Amphorae in Roman Britain: A Re-Appraisal", *Britannia*, 26, 1995, pág. 232. Asimismo, C. Carreras Monfort y P. P. A. Funari (*Britannia y el Mediterráneo: Estudios sobre el abastecimiento de aceite bético y africano en Britannia*, Barcelona 1998, pp. 22-30 y 45) opinan que debe considerarse el éxito económico de la distribución olearia bética en Britania al menos hasta época de Antonino Pío. La presencia de sellos en Dressel 20 no cesa tras el gobierno de Nerón sino que, al contrario, permanece estable en diferentes puntos de la isla hasta llegar a las inmediaciones del *limes* septentrional. El progresivo abandono del asentamiento en el Muro de Hadriano marcaría el declive de la importación de este producto. Aunque la importación de aceite norteafricano se registra al menos desde el último tercio del siglo I d.C. según muestran algunas ánforas Mana C procedentes de Malton y Chester (P. Arthur, "Roman Amphorae from Canterbury", *Britannia*, 17, 1986, pp. 239-258, fig. 6, nº 49), fue a partir del gobierno de Antonino Pío precisamente cuando se produjo una mayor presencia del aceite norteafricano en Britania hasta alcanzar sus mejores cotas en el siglo III según muestran los restos de las mauritanas Dressel 30, *vd*. D. Williams y C. Carreras Monfort, "North African Amphorae…", *op.cit.*, pág. 234.

El pecio de Port Vendres II nos ha proporcionado una valiosa información[77] sobre el comercio bético de mediados del siglo I d.C. En dicho hallazgo se han encontrado ánforas, lingotes de cobre y plomo, lucernas, cerámica aretina y sur gálica, de paredes finas así como diversos objetos metálicos y de vidrio[78]. Son estos últimos los que nos interesan sobre todo, aunque el resto puede servirnos como indicadores de determinados parámetros económicos.

Los restos de este pecio nos permiten comprobar que era frecuente el transporte de lingotes de cobre o plomo junto al de ánforas. Otros hallazgos en diferentes pecios baleáricos[79] y del área del Estrecho de San Bonifacio en Cerdeña[80] corroboran este punto. En todos los casos se han encontrado ánforas Dressel 20 destinadas al masivo transporte oleario, mostrando *tituli picti* característicos del control annonario. Es interesante constatar que, a pesar de la naturaleza annonaria del transporte de Port Vendres II, el barco debió hacer varias escalas comerciales en su camino a Roma ya que transportaba también ánforas Dressel 28, en menor número ciertamente, procedentes del noreste peninsular.

No fue hasta el gobierno de Nerón cuando hubo de acometerse un cambio monetal, el primero de cierta envergadura desde la fijación realizada por Augusto[81]. Afectó sobre todo al denario de plata y a las aleaciones que contenían metal precioso. De este modo se pretendió introducir un patrón más elástico basado en dos

[77] Se encuentra situado a 7 metros de profundidad cerca del antiguo puerto de *Portus Veneris* en las inmediaciones de la actual frontera hispanofrancesa, habiendo sido estudiado y analizado por B. Liou, D. Colls, R. Étienne, R. Lequément y F. Mayet, *L'épave Port-Vendres…, op.cit.*

[78] A. J. Parker y J. Price, "Spanish exports of the Claudian Period…" *op.cit.*, pág. 221.

[79] J. Cerdá, "Economía antigua de Mallorca", en J. Mascaró Pasarius (ed.), *Historia de Mallorca, 1*. Mallorca 1971, pp. 414-448; *cf.* C. Panella, "Appunti su un grupo di anfore della prima, media e tarde etá imperiale (seculi I-IV d.C.)", *Studi Miscelanei*, 21, 1974, pp. 460-696; J. Cerdá y C. Veny, "Materiales arqueológicos de dos pecios de la isla de Cabrera (Baleares)", *Trabajo de Prehistoria*, 29, 1972, pp. 298-328.

[80] W. Bebko, "Les épaves antiques du sud de la Corse", *Cahiers Corsica*, 1971, pp. 1-3.

[81] El sistema monetario romano no conoció prácticamente ninguna reforma en profundidad durante dos siglos. Así pues, se basaba en un modelo bimetálico de oro y plata en la teoría aunque en la práctica las monedas de cobre ocupaban también un importante sector de los intercambios monetales (prueba de ello es que casi todos los epígrafes hacen referencia a pagos en HS y no en denarios, que son muchos menos). Hasta Nerón el sistema poseía la razón de 1/45 de oro por libra (7,39 g) y 1/96 de libra (3,38 g). La ratio entre uno y otro quedaba pues establecida en razón de 1 a 12/13 (es decir, 1 gramo de oro equivale a 12/13 de plata), valiendo 1 áureo 25 denarios de plata y éste a su vez 100 sestercios, *vd.* C. Brenot, X. Loriot y D. Nony, *Aspects d'histoire économique et monétaire de Marc Aurèle à Constantin (161-337 après J.-C.)*, Condé-sur-Noireau 1999, pág. 28.

metales, oricalco y cobre[82]. Se puede considerar en toda regla una devaluación del 7% para los valores en oro y del doble para la plata que respondía a una crisis artificial del mercado[83].[84]

Así, es cierto que gracias a la reforma de Nerón las emisiones de denarios de plata aumentaron desde el 64, aunque sus repercusiones económicas se dejaron sentir, dadas las vicisitudes históricas, durante el gobierno de Vespasiano cuyo plan de reajuste fue el complemento perfecto[85]. Sin embargo, los desacuerdos sobre el papel jugado por la moneda en este momento son varias, en líneas generales[86]:

[82] A. Kunisz, "Quelques remarques sur la réforme monétaire de Néron", en VV. AA. *Les "devaluations" à Rome. Époque républicaine et imperiale*, Roma 1978, pág. 89.

[83] No puede obviarse la existencia de un problema de recursos. Los análisis efectuados por K. Butcher y M. Ponting ("The roman denarius under the Julio-Claudian emperors", *Oxford Journal of Archaeology*, 24, 2, 2005, pág. 188) muestran que los contenidos de bismuto en las monedas de Augusto a Claudio varían notablemente a pesar de mantener altos los niveles de oro y plata. Unos niveles altos de oro y bismuto suelen corresponder a denarios elaborados con plata de menas de jarosita (que se encuentra en Riotinto), mientras que unos niveles bajos son propios de plata copelada y fundida de menas oxidadas (con un distrito de gran relevancia en Laurión, en Acaya) como es más frecuente tras la reforma del 64 con niveles de 0'5%-1% de oro y menos del 0'05% de bismuto, *vd.* G. Chic García, "La Zona Minera del Suroeste de Hispania en Época Julio-Claudia", en *Las Minas de Riotinto en Época Julio-Claudia*, Huelva 2007, pág. 31. La posible ausencia de copelación en Riotinto y el agotamiento de los yacimientos jarosíticos habría llevado a los distritos mineros de plomo cordobés a una reorganización y un desplazamiento de la actividad económica hacia *Hispalis* que comenzó así a convertirse en el polo comercial principal, *vd.* C. Castillo, "Los senadores béticos. Relaciones familiares y sociales", *Tituli*, 5, 1982, pág. 479.

[84] Decimos artificial porque: a) El mercado y el comercio no estaban en crisis, el transporte annonario seguía a buen ritmo, como manifiesta el ascenso progresivo de las elites de la Bética, los encargos evergéticos que no se ralentizaron notablemente y no se habían producido contiendas bélicas más graves que las de Britania y Partia; y b) la posible ausencia de metal precioso tal y como indican los análisis isotópicos del Ártico (K.J.R. Rosean, W. Chisholm, S. Candelone, S. Hong J.P. Candelone y C.F. Boutron, "Lead from Cartaginian and Roman Spanish Mines Isotopically Identified in Greenlands Ice Dated from 600 B.C. to 300 A.D.", *Environamental Science & Technology*, 31, 1997, pág. 3413) podría explicarse en base a dos cuestiones: acumulación de metal precioso en Oriente y hacer más fluido el intercambio comercial con los mercados orientales, según indican Soutzo, Sydenham y Rabossi, a fin de unificar bajo una misma metalurgia todas las monedas circulantes en el Imperio.

[85] Las devaluaciones a lo largo de la historia de Roma no son un hecho ni mucho menos infrecuente. A las llevadas a cabo en época republicana hay que sumar el declive del áureo entre el período de Sila y el Triunvirato. Didio Juliano, Cómodo o Septimio Severo también se vieron obligados a diferentes reformas monetales, *vd.* M. Crawford, "Ancient devaluations: a general theory", en VV. AA. *Les "devaluations" à Rome. Époque républicaine et imperiale*, Roma 1978, pág. 151. No obstante, la intención intervencionista, en el plano económico, de Nerón está cada vez menos considerada. Parece más bien existir un interés, incluso desde momentos antes del gobierno de este emperador, por ahorrar material en la elaboración de las monedas con materiales preciosos, *vd.* M. Giacchero, "Note storiche di numismatica giulio-claudia. II. La riforma monetaria di Nerone nel *De beneficiis* di Seneca e in Plinio il Vecchio", *Rivista Italiana di Numismatica e Scienze Affini*, 81, 1979, pág. 86, quien indica la reducción del fino del denario en un 12'5 % y el del áureo en un 11'2 % a pesar de mantener como decimos la proporción 1:25. Para E. Lo Cascio ("La riforma monetaria di Nerone: l'evidenza dei repostigli", *MEFRA*, 92, 1980, pág. 457), la pérdida de fino del denario fue de un 14'4% convirtiendo así al denario en una moneda sobrevaluada y sólo garantizada en su relación con

a) La tesis clásica según la cual las devaluaciones se produjeron en contextos de especial crisis financiera.
b) La teoría de Crawford quien sugiere que las fluctuaciones monetales sólo afectaron a quienes cobraban en moneda, es decir, el ejército y contadas profesiones urbanas, como los *artífices* y no al 80% de la población rural.
c) La tesis de Corbier[87] que opta por un camino intermedio al proponer que la fluctuación del valor monetal afectó al mercado y al comercio y, por tanto, en cierto modo a todos los estratos de la sociedad[88].

En los momentos previos a la concesión del *ius Latii* por parte de Vespasiano, la situación de los mercados béticos era muy dispar. La economía de los núcleos no promocionados era muy deficitaria debido a la generación de riquezas particulares no invertidas en el ámbito local. La promoción de particulares era algo excepcional y con frecuencia vinculada a actos de prestigio estatal, no a nivel autóctono. La reforma jurídica de Vespasiano tuvo como una de sus consecuencias la normalización del mercado artístico en toda la Bética ante el creciente número de inversiones en reformas urbanísticas y en objetos de prestigio.

Pero el desequilibrio generado prácticamente un siglo dejó sus huellas. Las ciudades que habían sido promocionadas en época de César y Augusto mostraban un panorama más consolidado en cuanto a las reformas urbanísticas y las inversiones en un "evergetismo pétreo". En cambio, los municipios flavios muestran con mayor frecuencia un panorama de nivel medio con buen número de inversiones hasta el último tercio del siglo II d.C. A partir de entonces caen en picado sin posibilidad de recuperación.

el oro por el Estado, *vd*. G. Chic García, "La zona minera del suroeste de Hispania…", *op.cit.*, pág. 35.

[86] M. Corbier, "Fiscalité et monnaie. Problèmes de méthode", *Dialoghi di Archeologia*, 9-10, 1976-1977, pp. 504-541.

[87] *Ídem*, "Salaires et salariat sous le Haut-Empire", VV. AA. *Les "dévaluations" à Rome. Époque Républicaine et Impériale, 2*, Roma 1980, pág. 63.

[88] Al fin y al cabo, los pagos *ob honorem* y el patrimonio para el *cursus honorum* eran exigidos en moneda. Es por ello que, conforme la moneda se devaluó, lo hicieron también aquellos ámbitos en los cuales era utilizada como canon. A las elites les interesaba cada vez menos tener moneda y sí bienes raíces o incluso metal no acuñado.

Es importante que valoremos la percepción que de sí mismos tuvieron los habitantes de estas comunidades. En general aceptaron su situación de inferioridad respecto a las colonias y municipios de época anterior[89]. Esto pudo revertir en el mercado artístico en forma de diferentes modelos de inversión. El factor de *dignitas* cívica parece actuar, pero no ya en un sentido de competitividad entre ciudades sino como actuaciones destinadas al prestigio particular. Es posible que esto devenga a su vez de las condiciones de *hospitium* existentes entre ciudades privilegiadas y peregrinas en época anterior a la promoción flavia.

Hay que poner esto en relación con las relaciones familiares entre diferentes *gentes* de importancia. Una ciudad como *Hispalis* poseía un radio de influencia muy amplio merced a los intereses económicos que algunas familias relevantes tenían en esta ciudad y en las de su entorno. Al promocionarse, el régimen jurídico varió sensiblemente y con ello los cauces comerciales. Este segundo aspecto es el que pudo influir en el crecimiento de la inversión ajena en las capitales conventuales.

El mercado se activó a varios niveles. En *Cisimbrium* (en las inmediaciones de la actual Zambra) encontramos por ejemplo a un ciudadano agradecido por haber conseguido la ciudadanía romana al haber desempeñado el duunvirato en época de Domiciano[90]. Pero también encontramos que las rivalidades entre ciudades se limitaron ahora a la delimitación del *ager*. No son pocos los casos de juicios a partir del último cuarto del siglo I d.C. apelando a la propiedad sobre un territorio[91]. Tal es así que incluso una colonia augustea como la asentada en *Ucubi* (Espejo, en la actual provincia de Córdoba) vio delimitarse un territorio como propio cerca de *Emerita Augusta* también durante el gobierno de Domiciano[92]. En gran parte esto fue debido a la importancia económica que tenía la gestión de dicho *ager*.

[89] P. Guichard, "Les effets des mesures flaviennes sur la hiérarchie existant entre les cités de la Péninsule ibérique", en VV. AA. *Ciudad y Comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Madrid 1993, pág. 72.

[90] *AE* 1981, 496, se trata de un epígrafe donde se describe de forma paradigmática el acceso a la ciudadanía en virtud de los honores. Una interesante reflexión en C. Carreras Monfort, "A new perspective for the demographic study of Roman Spain", *Revista de Historia da Arte e Arqueologia*, 2, 1995-1996, pp. 59-82.

[91] P. Guichard, "Les effets des mesures flaviennes…" *op.cit.*, pág. 75.

[92] *CIL* II, 656. Aunque se conoce bien la gran extensión que podían llegar a tener algunas colonias, esta inscripción donde se menciona el "Término augustal de los colonos de la *Colonia Claritas Iulia* de los Ucubitanos" podría estar vinculada a la actual población de Valdecaballeros, situada 182 km al

Esta reestructuración fue mucho más importante de lo que pueda pensarse al principio. La Bética se convirtió a finales del siglo I en una auténtica red de municipios autónomos en todo lo que respecta a la gestión financiera. Al aplicar el modelo de *lex municipalis* el régimen económico de las fortunas locales cambió sustancialmente. Por ejemplo, permitió a las mujeres una entrada fehaciente en el mercado. Este fue el caso de Acinia Plecusa y de Junia Rustica en *Cartima* quien llevó a cabo importantes acciones evergéticas[93] que le permitieron engrandecer la *dignitas* familiar e igualmente gestionar las imposiciones tributarias. No obstante, esto suponía también una carga en cuestiones de heredad dada la legislación relativa a los bienes inmuebles particulares.

En otros casos la nueva situación económica no parece haber supuesto una variación fundamental en la comitencia. Los núcleos comerciales dependientes del puerto hispalense, como *Arva*, *Naeva* o *Canama*, se habían constituido como focos de comerciantes. La entrada en la municipalidad latina pudo llevar a algunos a aspirar al decurionado. Sin embargo, la ocupación de cargos y la actividad comercial directa son algo incompatible si no se cuenta con personal cualificado para hacerse cargo de los negocios. Por ello, es probable que estos municipios siguieran manteniendo un nivel de mercado local parecido a la etapa pre-flavia a diferencia de lo que sí ocurrió con los municipios más al interior en el *conventus Astigitanus*.

El aspecto más destacado para este tipo de poblaciones fue la conexión directa con Roma. En aspectos jurídicos y políticos podían llegar a apelar a la propia autoridad del *Princeps*, lo que les confería un enorme interés en mantener buenos contactos con personajes de alto nivel. Esto puede explicar que los encargos para

norte de *Ucubi*, y a 120 Km. al este de *Emerita Augusta*. Entre ambas se encontraban territorios que pertenecían a *Corduba* y *Metellinum*. Lo más probable, pues, es que los territorios discontinuos asignados a *Ucubi* se destinaran a pastos o bosques de tipo comunal. Las distancias son demasiado grandes pare suponer una continuidad de las tierras coloniales. Para una información más precisa, *vd.* P. Sáez Fernández, "Estudio sobre una inscripción catastral colindante con Lacimurga", *Habis*, 21, 1990, pp. 205-228; R. Corzo Sánchez, "Notas sobre la organización agrícola de la Bética", en J. Mª Blázquez Martínez (ed.), *Bimilenario de Segovia. Symposium de Arqueología Romana (Segovia, 1974)*, Barcelona, 1977, pp. 164-165; J. Mª Álvarez Martínez, "Algunas observaciones sobre el territorium emeritense", en *Homenaje a S. de los Santos*, Murcia, 1988, pág. 186, lám. III; A. Mª Canto, "Colonia Iulia Augusta Emérita: consideraciones en torno a su fundación y territorio", *Gerión*, 7, 1989, pp. 183-185; P. Sáez Fernández y A. Pérez Paz, "Noticia sobre una inscripción catastral en la zona de Lacimurga", en *II Congresso Peninsular de História Antita. Actas (Coimbra, 18-20 Outubro)*, Coimbra 1993, pág. 649.

[93] *CIL* II, 1956.

homenajes a determinados personajes resulten desmedidos, como sucede en *Munigua*[94] o *Mellaria*[95]. Hay que ver, en la línea contraria, el interés político-mercantil de los Flavios. Al reforzar la posición y la grandeza monumental de *Malaca* y *Cartima*, por ejemplo, se contrapesó el influjo julio-claudio que pesaba sobre ciudades como *Gades* o *Baelo*.

En este sentido hay algunos casos donde la intervención resultó excepcional. En *Munigua* se acometió un proceso de reformas urbanísticas destinadas a adecuar a las necesidades particulares del municipio al entorno. Se retomaron modelos laciales de la Tardorrepública con una organización al modo característico del período flavio. Esto debió suponer una enorme actividad para un mercado, el muniguense, limitado por sus propias circunstancias. Guichard apunta incluso la posibilidad de un empleo ideológico del *latium* frente al proyecto de resabio itálico en las colonias cesaroaugusteas[96]. De cualquier modo, nos parece poco demostrable esta hipótesis.

En cualquier caso, Vespasiano se encontró una economía general en proceso de transformación pero con grandes riquezas acumuladas en las zonas de mayor producción de la Bética. Se hacía necesario pues que ese patrimonio se pusiera en funcionamiento y circulara en los municipios donde residían. Por tanto, la mayor medida era fomentar el acceso a magistraturas mediante acciones evergéticas. La herramienta para conseguirlo era la concesión del *ius latii* como acabamos de ver.

Pero también las medidas fiscales que llevó a cabo Vespasiano fueron fundamentales para que el mercado artístico no decayera en absoluto. Es cierto, no obstante, que cambió de registros. No se trató, por primera vez en la corta historia del Imperio, de alentar el mercado de los núcleos mayores. En lugar de ello, un gran número de núcleos menores y medianos experimentaron un gran ascenso. Las elites se vieron abocadas a donar foros, estatuas, termas, en un proceso que supuso el traslado de numerosos talleres. Se puede considerar, a la luz de esto, que la gestión

[94] *CILA*, II, 1, 239 = *EE* 8,2, 91.
[95] *CIL* II$^{2/}$7, 799 = *CIL* II, 2344 = *HEp* 2, 328 = *HEp* 9, 294 = *AE* 1987, 539 = *AE* 1992, 982 = *AE* 1999, 901; D. Fishwick, "Extravagant honours at Mellaria", *ZPE*, 128, 1999, pp. 283-300.
[96] P. Guichard, "Les effets des mesures flaviennes…", *op.cit.*, pág. 82.

de los recursos económicos potenciales de la Bética fue muy acertada por parte del Emperador.

Este tipo de medidas alentaron durante los dos primeros tercios del siglo II una gran inversión artística en acciones que, en cualquier caso, tuvieron efectos de corto a medio plazo. En esta segunda fase que abarca desde Vespasiano a Antonino Pío, el sistema de prestigio avanzó significativamente con un creciente retroceso del sistema de mercado[97]. Durante el gobierno de los Ulpio-Aelios el Estado, encarnado en la figura del Emperador y las diferentes instituciones asociadas a su gestión, fue progresivamente acaparando, tanto en Roma como en las provincias, las transacciones económicas y políticas en sustitución de los individuos. A pesar de las numerosas inversiones en *Corduba*, *Hispalis*, *Astigi* y sobre todo *Italica* en la primera mitad del siglo II, puede observarse un progresivo retroceso[98]. Al fin y al cabo el éxito de las campañas militares de Trajano había producido un frágil crecimiento económico sin medidas de control. Su sucesor, aunque pareció entender esta situación en determinadas intervenciones fiscales, no dudó en actuar como el mayor de los evergetas[99].

Fue así durante el gobierno de Hadriano cuando las dificultades comenzaron a manifestarse en un estado aún embrionario. Las inversiones estatales podían sostener el ritmo económico durante un período medio de tiempo. De hecho, los efectos de una crisis latente tardarían aún mucho en manifestarse gracias en parte a las medidas de este emperador y sus dos sucesores inmediatos. Una de ellas fue limitar, paradójicamente, el auge constructivo[100]. La devaluación progresiva de la moneda trajo consigo, no obstante, una falta de confianza de los evergetas que lastró la economía.

[97] Como expone Lindblom (*El sistema de mercado…, op.cit.*, pp. 16-17) pueden existir mercados en sociedades sin un sistema de mercado. Un intercambio, ya sea mediante moneda, trueque o servicios, constituye mercado. Un sistema de mercado, en cambio, "existe solamente cuando los mercados proliferan y se interrelacionan unos con otros de una forma muy particular". Las sociedades antiguas no llegaron jamás a desarrollar totalmente un sistema de mercado por la sencilla razón de que no pudieron.
[98] Los pecios muestran una transformación sustancial del comercio, que cada vez es más annonario en detrimento de otros productos, *vd*. A. J. Parker, *Ancient shipwrecks of the Mediterranean and the Roman Provinces*, Oxford 1992., fig. 3.
[99] Casio Dio 69.5.3; *HistAug Hadr*. 9-6.10.12.3.
[100] Arr., *Per*. 1.1.2.

En general, los actos de evergesía que pudieran haber estado vinculados directamente con cuestiones monetales (alimentos, espectáculos…) acabaron por ser superados incluso desde época de Augusto por evergesías que acometieran el mantenimiento de las ciudades con sus construcciones, infraestructuras y ornamentación. Esto permitió que las labores vinculadas a la obtención de la materia prima, la transformación y distribución relacionadas con estas actividades, tuvieran un creciente auge. Sin embargo, la ciudad no produce sino que arrastra hacia sí elementos exógenos vinculantes que vuelven invertidos al entorno urbano en forma de prestigio[101].

Este sistema tenía múltiples elementos de fractura que se harían patentes desde Hadriano llegando a un final de siglo muy difícil en el plano de una evergesía que se convirtió en impositiva. En el plano comercial, el mercado evolucionó a bienes de consumo privado, artículos de lujo que ponen de relieve una pérdida de significación artística. Seguramente, cuestiones como el trato directo con los productores, caso de la desaparición de *diffusores olearii* en el siglo III d.C. fuera efectiva en el arte ya en el siglo II.

Vemos, pues, que el prestigio de las acciones de los primeros Ulpio-Aelios no pudo encontrar continuidad en Antonino Pío y Marco Aurelio. De hecho, estos no modificaron una creciente política de privilegios destinada a disminuir la entrada de numerario en las arcas estatales por la reducción de ingresos municipales[102]. El propio Marco Aurelio tuvo que rectificar y subir a 50 mil modios de trigo la cantidad necesaria para ser inmune[103]. Sin embargo, esto ayudó a aumentar la brecha

[101] G. Chic, "El comerciante y la ciudad…" *op.cit.*, pág. 135.
[102] *Ibíd*., pág. 43.
[103] No olvidemos que, aunque compensados, los productos annonarios se basaban en una venta obligatoria, es decir, no constituían *sensu estrictu* comercio sino tráfico de mercancías. La atribución forzosa a los magistrados de la recaudación fiscal en lugar de un arriendo a particulares incidiría en el progresivo escaso aprecio a los cargos. De ello, los comerciantes supieron sacar provecho en forma de privilegios como los decretados por Marco Aurelio. Así, quienes servían a la *Annona* con sus navíos o sus actividades comerciales podían quedar eximidos del pago de *munera publica* en sus ciudades mientras ejerzan su actividad, en lugar del límite de cinco años que existía anteriormente. Para ello subió asimismo de 10 mil a 50 mil modios la capacidad de transporte mínima que debía considerarse para la exención (*Dig*. 50.5.3, Sca.III.). De esta forma ascendió una clase comercial de alto nivel cada vez más identificados con los *honestiores* frente a los comerciantes de escasa entidad. Tal cambio acabaría por confundir *potentiores* con *honestiores* y a *tenuiores* con *humiliores*, *vd.* G. Chic García, "El comerciante y la ciudad…", *op.cit.*, pp. 140-141.

social, acelerar la disminución de potenciales comitentes y acrecentar la crisis municipal.

Esta tercera fase englobaría la situación de crisis que se inició durante el gobierno de Marco Aurelio con las sucesivas epidemias e inestabilidad en las fronteras. Sólo el buen gobierno de este emperador consiguió retrasar lo inevitable. El absentismo en las magistraturas era cada vez mayor[104], la desconfianza en una continuamente devaluada moneda[105] y las necesidades económicas de una guerra sin botín que repartir minaban cualquier expectativa de recuperación. Se afrontaba, pues, una verdadera crisis de sistema.

La última fase abarcaría el arco temporal del gobierno de la dinastía de los Severos (192-235 d.C.). La gestión de Septimio Severo se encaminó sobre todo a consolidar la dinastía en base a una intensa campaña de prestigio. Sus acciones evergéticas se centraron sobre todo en Roma y diversas colonias norteafricanas, entre ellas su *Leptis Magna* natal. Esto último vendrá provocado, entre otros factores, por la presión del *lobby* norteafricano en el Senado de Roma. El comercio

[104] La política intervencionista se basó en la necesidad de articular un Gran Director que coordinara todas las actividades humanas. El problema es que ese gigantesco coordinador se fundamentaba en la existencia de un elemento en lugar de una estructura, de un sistema, lo cual genera en los individuos la sensación de no tener que participar, *vd.* Ch. E. Lindblom, *El sistema de mercado…*, *op.cit.*, pp. 49 y ss. Tal y como Veyne ha señalado, el *Fiscus*, "la hacienda pública, era una gigantesca empresa agrícola e industrial, la mayor del imperio, que basaba su omnipotencia económica en el despotismo político y judicial; era, a la vez, la General Motors y el Gulag. El emperador era el mayor capitalista de su imperio: su erario era enorme, hasta tal punto que, desde fines del siglo I, se confunde con el Tesoro en las conciencias y en la terminología. Pero la hacienda pública no tiene el espíritu de un recaudador burócrata; este archipiélago de propiedades agrícolas, de fábricas, de minas, con sus colonos, en la acepción de la *Lex Manciana* o no, que escapan a la ley común, y sus campos de condenados a trabajos forzosos, que se afanaban bajo el látigo, se extendía por todo el imperio; había en el vértice un estado mayor de procuradores y estos managers tenían, al mismo tiempo, la conciencia del alto funcionario, que antepone el bien público a los intereses privados, y la voluntad de poder de las empresas económicas. Ahora bien, para extender este poder y este bien público, el Tesoro contaba con un medio: confiscar; nadie podía hacer nada contra sus sentencias; ante el fisco, la omnipotencia de los gobernadores en su provincia se detenía y la justicia temblaba" ("Suicidio, hacienda pública, esclavitud, capital y derecho romano", en *La sociedad romana*, Madrid 1990, pág. 90). Como acabamos de ver, el municipio interesaba cada vez menos ya que ganarse el favor del Estado era ganar exenciones tributarias. Asimismo, las necesidades bélicas llevaron a Marco Aurelio a pagar de forma irregular las "compensaciones" por los productos annonarios hasta convertirse en auténticos impuestos, lo que arruinó a algunos propietarios y espantó a otros tantos.

[105] El avance del Gran Director había llevado a acaparar desde hacía casi un siglo la producción minera con el fin de sostener mayores inversiones, por lo que ante la falta de recursos y la destrucción de algunas instalaciones (el posible caso de Riotinto, *vd*. J.A. Pérez Macías, *Las minas de Huelva en la antigüedad*, Huelva 1998, pág. 218) hicieron que la cantidad de plata disponible fuera cada vez menor. El denario, en consecuencia, fue depreciándose cada vez más de un modo acelerado, *vd*. G. Chic García, "Marco Aurelio y Cómodo…", *op.cit.*, pág. 572.

aceitero annonario procedente de estas provincias creció de manera fulgurante y otorgó a esta región un verdadero esplendor. Sus ecos llegaron a la Bética en forma de nuevas elites procedentes en su mayoría de la Tingitania. Algunos de ellos incluso llegan a ocupar magistraturas prolongando por algún tiempo los mecanismos de prestigio público.

Como toda guerra civil, el apoyo al bando derrotado permitió al general victorioso, en este caso Septimio Severo, expropiar y hacerse con grandes cantidades de riqueza que paliaron la frágil situación económica. Mientras el gasto militar aumentaba, las inversiones en Occidente eran cada vez más escasas. A fin de evitar el colapso financiero y político, se obligó no sólo a la ocupación de cargos sino también a los homenajes a la figura del emperador. De ahí el elevado número de dedicaciones en estas fechas[106].

Sin embargo, la falta de fe en la moneda era ya irreversible. La progresiva disminución de la plata hizo descender la moneda base a unos niveles irrisorios. A la muerte de Alejandro Severo la necesidad de cobrar impuestos en especie era mayoritaria. Pero el colapso político que siguió al económico creó una situación de desgobierno en la cual las elites aristocráticas optaron por un mayor desarrollo de la vida rural.

A partir de esta etapa se detecta que las imágenes dispuestas sobre los tipos monetales no trataban ya de reflejar el cargo que se ocupaba sino la propia personalidad del representado[107]. De hecho, fue a partir del s. III cuando la imagen monetal comenzó a adquirir un mayor grado de verismo y precisión técnica, así como una manifiesta intencionalidad de imprimir prestigio al retratado a través de detalles como el *paludamentum* en los casos de Caracalla o Severo Alejandro o la Corona Solar en el caso del monoteísta Heliogábalo o Aureliano. Sin duda el mejor reflejo de cuanto decimos se pueda apreciar en los denarios de Maximino hacia el 236 donde aparecen reflejados su perfil exageradamente anguloso y una referencia a

[106] Tanto S. Demougin "De l'évergetisme en Italie", en *Splendidisima civitas*, París 1996, pág. 52) como R. Étienne (*Le culte imperial dans la Péninsule Iberique d'Auguste à Diocletien*, París 1974, pág. 495) señalan el cambio fundamental de las dedicaciones al culto imperial hasta incluso desaparecer en la Bética desde el 170.
[107] C. Brenot, X. Loriot y D. Nony, *Aspects d'histoire économique et monétaire… op.cit.*, pág. 28.

su vestimenta al final del cuello. Cabe destacar que durante el brevísimo gobierno de Pertinax, éste acuñó moneda con una efigie de aspecto conservador, cercana a los tipos de finales de la dinastía julio-claudia y ausente de todo triunfalismo excesivo. En cierto modo, el fracaso de este modelo estético refleja el propio fracaso del sistema político cuya inercia era ya imparable.

civites@yahoo.es

BIBLIOGRAFÍA:

-ALLEN, R., (1994): *Winnie-the-Pooh on Management*, New York.

-ARTHUR, P. (1986): "Roman Amphorae from Canterbury", *Britannia*, 17, 239-258.

-AUBERT, J.-J., (1994): *Business Managers in Ancient Rome: a social and economic study of Institores, 200 BC - AD 250*, Leiden.

-(2000): "The fourth factor: managing non-agricultural production in the roman world", en MATTINGLY, D. J. & SALMON, J., (eds.): *Economies beyond Agriculture in the Classical World*. Londres-New York, 90-112.

-BEBKO, W. (1971): "Les épaves antiques du sud de la Corse", *Cahiers Corsica*, 1-3.

-BECKER, G., (1976): *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago.

-BERTRAND, J.-M., (1987): "Le statut du territoire attribué dans le monde grec des Romains", en FRÉZOULS, E.,: *Sociétés urbaines, sociétés rurales dans l'Asie mineure et le Syrie hellénistiques et romaines*, Estrasburgo, 85-106.

-BOVE, L. (1979): *Documenti processuali della Tabulae Pompeianae di Murecina*, Nápoles.

-BRENOT, C., LORIOT, X. & NONY, D., (1999): *Aspects d'histoire économique et monétaire de Marc Aurèle à Constantin (161-337 après J.-C.)*, Condé-sur-Noireau.

-BUTCHER, K. & PONTING, M., (2005): "The roman denarius under the Julio-Claudian emperors", *Oxford Journal of Archaeology*, 24, 2, 163-197.

-CARRERAS MONFORT, C. & FUNARI, P. P. A., (1998): *Britannia y el Mediterráneo: Estudios sobre el abastecimiento de aceite bético y africano en Britannia*, Barcelona.

-CASSON, L. (1980): "The role of the state in Rome's grain trade", en D'ARMS, J. H. & KOPFF, E. C. (eds.): *The seaborne commerce of ancient Rome*, Roma, 21-33.

-CASSON, L., (1971): *Ships and seamanship in the ancient world*, Princeton.

-CHEVALLIER, R. (1991): *L'artiste, le collectionneur et le faussaire. Pour une sociologie de l'art romain*, París.

-CHIC GARCÍA, G., (1999): "Comercio, fisco y ciudad en la provincia romana de la Bética", en GONZÁLEZ, J., (ed.): *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, 33-59.

-(2001): *Datos para un Estudio Socioeconómico de la Bética*, Écija (Sevilla).

-(2002): "El comerciante y la ciudad", en PADILLA ARROBA, A. & GONZÁLEZ ROMÁN, C. (eds.) *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Granada, 115-147.

-(2005): "Marco Aurelio y Cómodo: el Hundimiento de un Sistema Económico", en HERNÁNDEZ GUERRA, L. (ed.): *Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: La Hispania de los Antoninos (98-180)*, Valladolid, 567-586.

-CORBIER, M., (1976-1977): "Fiscalité et monnaie. Problèmes de méthode", *Dialoghi di Archeologia*, 9-10, 504-541.

-(1985): "Dévaluations et évolution des prix (Ier-IIIe siécles), *RN*, 27, 69-106.

-(1991): "City, territory and taxation", en RICH, J.& WALLACE-HADRILL, A. (ed.), *City and Country in the Ancient World*, Londres-New York, 211-239.

-CRAWFORD, M., (1978): "Ancient devaluations: a general theory", en VV. AA. *Les "devaluations" à Rome. Époque républicaine et imperiale*, Roma, 147-158.
-DARDAINE, S. & PAVIS D'ESCURAC, H., (1986): "Ravitaillement des cités et évergétisme annonaire dans les provinces occidentales sous le Haut-Empire", *Ktema*, 11, 291-302
-DI PORTO, A.,(1984): *Impresa collettiva e schiavo "manager" in Roma antica (II sec. a.C.-II sec. d.C.)*, Milán.
-DUNCAN-JONES, R. P., (1982): *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge.
-(1994): *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge.
-(1990), *Structure and Scale in the Roman Economy*, Cambridge.
-ÉTIENNE, R., (1974): *Le culte imperial dans la Péninsule Iberique d'Auguste à Diocletien*, París.
-FISHWICK, D., (1999): "Extravagant honours at Mellaria", *ZPE*, 128, 283-300.
-FREY, B., (1994): "The Economic Point of View", en PEACOCK, A. & RIZZO, I. (eds.), *Cultural Economics and Cultural Policies*, Londres, 3-16.
-GARNSEY, P. (1988): *Famine and food supply in the Graeco-Roman World. Responses to risk and crisis*, Cambridge.
-GIACCHERO, M., (1979): "Note storiche di numismatica giulio-claudia. II. La riforma monetaria di Nerone nel *De beneficiis* di Seneca e in Plinio il Vecchio", *Rivista Italiana di Numismatica e Scienze Affini*, 81, 83-89.
-GUICHARD, P. (1993): "Les effets des mesures flaviennes sur la hiérarchie existant entre les cités de la Péninsule ibérique", en VV. AA. *Ciudad y Comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Madrid, 67-84.
-HARFORD, T., (2007): *El economista camuflado*, Madrid.
-HERZ, P., (1988): "Der praefectus annonae und die Wirtschaft des Westlichen Provinzen", *Ktema*, 13, 69-85.
-HOPKINS, K., (1980): "Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B.C.-400 A.D.)", *Journal of Roman Studies*, 70, 101-125.
-HOZ MONTOYA, J. DE LA, (2007): "Racionalidad económica y abstracción contable en Columela", en CHIC GARCÍA, G. (coord.)& Guzmán Armario, Fº J. (ed.): *Perdona nuestras deudas*, Sevilla, 121-152.
-KUHN, T. S., (2005): *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid.
-KUNISZ, A., (1978): "Quelques remarques sur la réforme monétaire de Néron", en VV. AA.: *Les "devaluations" à Rome. Époque républicaine et imperiale*, Roma, 89-97.
-LEIBENSTEIN, H. (1950): "Bandwagon, Snob, and Veblen Effects in the Theory of Consumers Demand", *The Quarterly Journal of Economics*, 64, 2, 183-207.
-LEVEAU, Ph., (1985): "Richesses, investissementes, depenses: a la recherche des revennues des aristocracies municipales de l'Antiquité", en *L'origine des richesses dépensées dan la ville antique*, Aix-en-Provence, 19-31.
-LIGT, L., (1993): *Fairs And Markets In The Roman Empire: Economic And Social Aspects Of Periodic Trade In A Pre-industrial Society*, Amsterdam.
-LINDBLOM, Ch., E. (2002): *El sistema de mercado*, Madrid.
-LO CASCIO, E., (1980): "La riforma monetaria di Nerone: l'evidenza dei repostigli", *MEFRA*, 92, 1980, 445-470.
-MIGEOTTE, L. (1997): "Le contrôle des prix dans les cités grecques" en ANDREAU, J., BRIANT, P. & DESCAT, R. (eds.): *Prix et formation des*

prix dans les économies antiques. Entretiens d'archéologie et d'histoire 3, Saint-Bertrand-de-Comminges, 33-52.

-MORO SERRANO, A., (1989): "Las formas de garantía real en Roma", *Revista Critica de Derecho Inmobiliario*, 592, Mayo-Junio, 715-738.

-NORTH, D. C., (2005): *Understanding the Process of Economic Change*, Princeton.

-PARKER, A. J. & PRICE, J., (1981): "Spanish exports of the Claudian Period: the significance of Port Vendres II wreck reconsidered", *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, 10, 3, 221-228.

-PÉREZ MACÍAS, J.A., (1998): *Las minas de Huelva en la antigüedad*, Huelva.

-ROSEAN, K.J.R., *et alii*, (1997): "Lead from Cartaginian and Roman Spanish Mines Isotopically Identified in Greenlands Ice Dated from 600 B.C. to 300 A.D.", *Environamental Science & Technology*, 31, 1997, 3413–3416.

-ROUGÉ, J., (1966): *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire Romain*, París.

-SCHOPENHAUER, C., (2001): *El mundo como voluntad y representación*, Madrid.

-SEALEY, P. R. (1985): *Amphoras from the 1970 excavations at Colchester Sheepen*, Oxford.

-SIRK, B. J., (1991): *Food for Rome. The legal structure of the transportation and processing of supplies for the imperial distributions in Rome and Constantinople*, Amsterdam.

-STEIN, J. P., (1977): "The monetary apreciation of paintings", *Journal of Political Economy*, 85, 1977, 1021-1035.

-SYME, R., (1977): "La Richesse des aristocraties de Bétique et de Narbonnaise", *Ktema*, 2, 373-380.

-WILLIAMS, D. &CARRERAS MONFORT, C., (1995): "North African Amphorae in Roman Britain: A Re-Appraisal", *Britannia*, 26, 231-252.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2009): *Campesinos y "señores del campo". Tierra y poder en la protohistoria extremeña*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 263p. [ISBN: 978-7290-455-2][1]

Últimamente se ha puesto de manifiesto en los estudios sobre la protohistoria peninsular un aumento del interés por el mundo rural. Tal es así, que empiezan a proliferar las monografías específicas sobre esta temática. En ella los investigadores ven un campo de estudio aún por desarrollar definitivamente y que nos puede aportar una gran cantidad de información sobre este período. En este sentido y como el mismo autor refleja (p.25), la obra está perfectamente justificada dentro del marco investigador en el que en los últimos años se han realizado obras tan notables como las editadas por Gómez Bellard (2003), en solitario o con van Dommelen (2008), y una ingente cantidad de trabajos de campo orientados hacia el estudio de asentamientos rurales[2], así como otros muchos que se centraban en el grado de importancia del mundo agrario en las colonizaciones que se desarrollaron en este marco temporal en la península Ibérica[3] .

Debido a todo lo anterior consideramos que Bellaterra ha vuelto a acertar en su empeño por dotar a su colección arqueológica de monografías de gran interés para la comunidad científica. El mero hecho de que la obra de Rodríguez Díaz sea publicada por esta editorial ya garantiza, desde nuestro punto de vista, la calidad de la misma. A eso hay que sumarle el gran conocimiento que sobre la realidad arqueológica tratada en esta obra dispone el autor de la misma, ya que los dos yacimientos y los entornos en los que se centra este estudio (Cerro Manzanillo y La Mata) han sido objeto de estudio por parte de él y su equipo (1998; 2001; 2004; 2007; 2009). El trabajo interdisciplinar con una serie de colaboradores[4] como

[1] Recensión recibida el 15-2-2010 y aceptada el 20-4-10

[2] La cantidad de trabajos de campo centrados en los asentamientos rurales en la protohistoria de la península son tantos que es imposible en estas líneas ni siquiera hacer un resumen.

[3] El debate sobre la relevancia del elemento agrario en la colonización, sobre todo fenicia, tuvo mucha fuerza a partir de los años ochenta del siglo pasado. Investigadores como Aubet, González Wagner, Alvar, Carrilero Millán y otros muchos han nutrido esta controversia en las últimas décadas, si bien dicho debate sigue sin estar cerrado, se diría que más abierto aún si cabe, tras obras como la que tratamos aquí.

[4] El propio autor destaca a Ignacio Pavón Soldevila, David M. Duque Espino y Juan Javier Enríquez Navascués, junto a TERA S.L., Pablo Ortiz Romero, Moisés Ponce de León, Guillem Pérez Jordà, Elena Grau Almero, Francisco M. Vázquez Pardo, David García Alonso, Soledad Ramos Maqueda y Salvador Rovira Lloréns

geólogos, arqueobotánicos, zooarqueólogos, además de los tradicionales arqueólogos, nos ha aportado gran cantidad de datos, no solo de los animales y plantas que se consumieron en los yacimientos, sino acerca del paleopaisaje de la zona. Esto combinado con los restos arquitectónicos y las interpretaciones de corte antropológico que ha aplicado el autor, siempre enmarcadas conceptualmente dentro de los parámetros de la arqueología del paisaje (p. 26), nos permite tener una visión mucho más compleja del mundo rural protohistórico de la zona, así como de sus posibles interconexiones con otros lugares.

La obra está estructurada como todo buen trabajo de investigación basado en el registro arqueológico: a la exposición de los precedentes historiográficos y de los modelos teórico-metodológicos elegidos por el autor para afrontar el estudio, le sigue una presentación geográfica del área de estudio. A continuación se desarrolla el grueso de la obra, centrándose en el análisis de los dos yacimientos modelo elegidos por el autor, y finalmente realiza las pertinentes interpretaciones y conclusiones con toda la documentación recopilada en dichos asentamientos.

A la correcta estructura de la obra, hay que sumarle un estupendo aparato gráfico que sirve sin duda para clarificar aún más los argumentos del autor. En muchas ocasiones el público que no está familiarizado con la arqueología del paisaje tiene dificultad para visualizar los discursos de los investigadores, por lo que en esta ocasión las fotos sobre los yacimientos, los mapas, planimetrías, cuadros conceptuales, reconstrucciones ficticias de los edificios y sus estancias, cuadros estadísticos, en definitiva, toda la batería de material visual nos parece decisiva para comprender mejor aún los objetivos de Rodríguez Díaz.

Aunque el autor se centra en dos yacimientos situados en el valle de la Serena y en las Vegas Altas del Guadiana (Badajoz, España), en ningún momento pierde la visión global, es más, considera "... el área extremeña como *periferia tartésica*, entendida no como zona marginal y retardataria, sino como un espacio diverso, complementario y organizado dentro de un marco de relaciones simbióticas e interculturales que entrelazó todo el Suroeste peninsular"(p. 50). A pesar de ello, aun haciendo constantes alusiones y paralelismos a otros yacimientos de áreas extremeñas, principalmente en el valle del Guadiana, utiliza en mucho menor medida la provincia cacereña y el valle del Tajo que por ella transcurre, hasta el punto de no tener apenas relevancia en la obra. Esto hace que quizás el subtítulo de

la obra, “Tierra y poder en la protohistoria extremeña”, no sea del todo acertado, al no abordar la monografía todo el territorio extremeño, y circunscribirse los resultados y las interpretaciones de los mismos a unas zonas muy concretas de la región.

El objetivo principal del autor es poner de relieve que la colonización agrícola, que según Rodríguez Díaz se llevó a cabo en época orientalizante y postorientalizante en esta zona, estuvo perfectamente planificada por “…unas jefaturas complejas fundamentadas y volcadas en garantizar las relaciones interregionales”(p.62) para con ello realizar un “cultivo planificado en la cuenca media del Guadiana, más allá del autoabastecimiento para comerciar con Tartessos”(p.61). Las evoluciones arquitectónicas de los complejos estudiados responderían a un cambio en las estructuras sociales. Se iniciaría el período con unas jefaturas heterárquicas, en las que el poder estaría repartido entre distintas centros de poder sin supremacía de unas sobre otras, y que organizadas entre ellas estructuraban la zona. Éstas evolucionarían hacia las jerárquicas, en las que algunos puntos monopolizaron el poder y extendieron sus redes por las comarcas colindantes, como bien podría ser el caso de Medellín (p. 103). Para finalmente, tras la crisis tartéstica readaptarse y regresar a modelos heterárquicos de poder. La aplicación de este concepto, heterarquía, es una de las aportaciones más interesantes por parte del autor. Si su implantación en la arqueología llega a consolidarse con más casos de estudio satisfactorios, podría hacerse extensivo para abrir nuevas vías de investigación en otros ámbitos arqueológicos.

Por todo lo expuesto anteriormente consideramos que la obra de Rodríguez Díaz, es una herramienta muy útil para todo investigador que afronte el estudio del mundo rural en la antigüedad, más todavía si lo hace específicamente sobre la protohistoria del suroeste peninsular. Tras la lectura de esta síntesis arqueológica, conoceremos mejor los mecanismos a través de los que se desarrollaron los cambios en las estructuras de poder y en la propiedad de la tierra en la protohistoria extremeña, así como las relaciones campo-ciudad, si es que realmente se estructuraba así el territorio político en la época de estudio, o como evolucionó el paisaje rural y como se explotaron los recursos de la zona. Es indudable que hacen falta más casos de estudio para poder concretar y matizar las hipótesis expuestas por el autor, ya que generalizar modelos a partir de un registro arqueológico tan escaso

es siempre un riesgo. A pesar de ello, la metodología y la profesionalidad con la que su equipo lleva desarrollando su trabajo en los últimos años, irán perfeccionando las hipótesis expuestas en esta obra, y en el futuro nos aportarán nuevos trabajos que actualizarán nuestros conocimientos sobre la zona.

BIBLIOGRAFIA:

-DOMMELEN, P. VAN Y GÓMEZ BELLARD, C. (eds.) (2008): *Rural Landscapes of the punic world*, Equinox, Londres

-GÓMEZ BELLARD, G. (ed.) (2003): *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Universidad de Valencia, Valencia

-RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.) (1998): *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y doblamiento*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres

-(ed.) (2004): *El edificio protohistórico de "la Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres

-RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; DUQUE, D.M. & PAVÓN, I. (eds.) (2009): *El caserío de Cerro Manzanillo y la colonización agrícola orientalizante del Guadiana medio*, *Memorias de Arqueología Extremeña*, 12, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura, Mérida

-RODRÍGUEZ DÍAZ, A.& ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Bellaterra, Barcelona

-RODRÍGUEZ DÍAZ, A. & PAVÓN SOLDEVILA, I., (eds.) (2007): *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres

Sergio Remedios Sánchez

CEFYP/UCM

sergioreme@yahoo.es

MARAOUI TELMINI, B., (2009): *Les vases-biberons puniques du bassin occidental de la Méditerranée: Monographie d'une forme,* Ed. Centre de Publication Universitaire, Manouba, Tunisie, 457 pp., 267 ils. [€ 20 dinares tunecinos]. [ISBN: 978-9973-37-498-1][5].

La cerámica púnica cuenta con una tradición de estudios relativamente reciente en comparación con la de otras culturas de la Antigüedad, a pesar de lo cual su conocimiento no ha cesado de incrementarse desde que en 1950 P. Cintas publicara el primer repertorio de carácter general. Si bien las producciones de barniz negro y engobe rojo son las que han despertado un mayor interés por parte de los especialistas, éste empieza a darse también entre las de origen local. Actualmente su estudio se aborda de dos maneras, a través de conjuntos de materiales provenientes de contextos estratigráficamente bien seriados o analizando monográficamente una forma particular. Ésta última ha sido la elegida por B. Maraoui Telmini, profesora asociada al Departamento de Historia de la Universidad de Túnez, que ha consagrado su tesis a los llamados "vasos-biberones" púnicos. De fabricación grosera, estos recipientes cerrados y dotados de un orificio ancho y otro estrecho cónico o cilíndrico cuentan con una amplia variedad de formas, abarcando su producción desde finales del s. V a.C. a mediados del s. II a.C., momento de la destrucción de Cartago. A grandes rasgos se pueden distinguir dos, los "biberones-odre" (*biberons-outres*) y los "biberones-jarra" (*biberons-cruche*) en función de si el tubo ancho se sitúa en la parte central o posterior de la pieza. Reagrupados y estudiados por vez primera de manera exhaustiva, se plantean todos los problemas relativos a estas manufacturas, centrados en los vasos simples y excluyendo por tanto los llamados antropomorfos y zoomorfos, así como los de barniz negro.

El trabajo se divide en dos grandes partes; la primera consta de cinco capítulos dedicados al estudio del material arqueológico: distribución, catálogo tipológico, cronología, análisis de la decoración y origen. La segunda está formada sólo por dos: la interpretación de la tipología establecida precedentemente y el planteamiento de distintas hipótesis sobre su funcionalidad.

[5] Recensión recibida el 20-12-2009 y aceptada el 8-2-2010

Los países que cuentan con hallazgos de este tipo se extienden por todo el Mediterráneo occidental –particularmente frecuentes en la costa y las islas: Baleares, Cerdeña, Sicilia, Malta, Pantelleria– hasta el litoral atlántico hispano y el Noroeste africano. Su amplia difusión unida a las variaciones regionales y la evolución de la propia forma hacían necesaria una tipología, sin duda uno de los aspectos más destacados del libro. En su elaboración se aprecia la influencia del director del trabajo, J-P. Morel, ya que se utiliza el mismo método empleado por él en la clasificación de las producciones de barniz negro (1981). Se trata de una tipología ramificada, codificada por una numeración jerárquica que se compone de cuatro cifras, una letra y una cifra, todo precedido por la letra F que reenvía a la tipología misma (p. 48 y ss.). Cada uno de los números remiten a una subdivisión: categoría, género, clase y serie, a las que a su vez se añade una letra que define el tipo y un último número que señala la pieza misma. De tal manera que si nos refiriésemos, por ejemplo, al ejemplar F 1128a, el propio código nos estaría indicando que se trata de un "biberón-jarra de panza ovoidal coronado por un cuello bajo, sin filtro, con el pie hueco y amplio, y panza de perfil redondeado, al igual que el labio". La subdivisión, que puede prolongarse endiabladamente[6] no resulta en absoluto práctica de cara al manejo de las piezas, como demuestra el citado ejemplo[7]. En su defensa hay que remarcar el detallado análisis de todos los aspectos formales (sólo entre los labios ya se distinguen doce tipos) y su concepción como modelo abierto a ser completado en el futuro, una valiosa apreciación de la que carecía el trabajo de Cintas. El catálogo tipológico que comprende el lugar de origen y de conservación, las medidas, una descripción de la pasta, la decoración y una propuesta cronológica, se completa con un extenso repertorio de láminas al final del libro en el que se incluyen tanto dibujos como fotos. A la datación, no exenta de dificultades (p. 210-212), se dedica un amplio capítulo en el que se utilizan cronologías absolutas y relativas pertenecientes a necrópolis, santuarios y de manera significativa, a las excavaciones del área de la ciudad de Cartago. Le sigue un breve estudio de la decoración en el que se analizan las cuatro técnicas documentadas: engobe, decoración en relieve, impresa o pintada, con el añadido de que pueden combinarse entre sí. Para la última categoría esboza,

[6] Véase la serie 1123, p. 90.

[7] El método de clasificación de la cerámica campaniense seguido por J-P. Morel ya fue criticado y posteriormente respondido por el propio autor (1983), con argumentos que por similitud pueden aplicarse al trabajo de Maraoui.

además, una clasificación de los diferentes motivos: geométricos, vegetales, zoomorfos y antropomorfos.

En cuanto al origen de las piezas, si bien su aparición en el mundo púnico se hace de manera conjunta, elabora por separado un detallado repaso de la tradición de los "biberones-jarras" y los "biberones-odres" (p. 263). En el caso de los primeros hay que remontarse al Próximo Oriente, en concreto a las cerámicas mesopotámicas y sirio-palestinas que habrían alumbrado unas formas redondeadas con un tubo en la panza que posteriormente habrían cristalizado en Chipre, donde similitudes en forma y decoración demuestran que se gestó el modelo púnico. En el de los segundos, se parte desde este mismo punto, Chipre, en la edad del Bronce, si bien la evolución pasa por las producciones micénicas hasta llegar a las griegas y de ahí al sur de la Península Itálica, también influenciada por la presencia cartaginesa. En ambos casos la autora se remonta a la génesis de las formas, analizando también su función primitiva y los cambios que con el tiempo se produjeron en su diseño y su uso. Tras un repaso a los aspectos de distribución geográfica, cronología, decoración y producción, el capítulo que cierra la obra plantea algunas hipótesis sobre el que quizás sea el más debatido: su uso en la Antigüedad. Las propuestas que se recogen son un variado resumen con las aportaciones de distintos autores, si bien dada la forma de los vasos predominan la lactancia / alimentación de los bebés y la nutrición de los enfermos, a pesar de que no faltan otras que indican que podrían usarse para rellenar las lucernas de aceite o como "vasos-sorpresa" en los banquetes. Paralelos con producciones recientes, la aparición de concreciones blanquecinas en algunos ejemplares antiguos (p. 331) y su hallazgo habitual en tumbas de neonatos junto con otros recipientes que podrían emplearse para calentar el líquido (p. 323) inclinan la balanza en favor de la hipótesis del biberón, si bien otras opciones como su uso cotidiano entre las piezas del servicio de mesa no quedan excluidas.

Aunque la obra trata múltiples aspectos el esfuerzo principal se ha centrado en la creación de una tipología que sin embargo parece haber acaparado un excesivo protagonismo en detrimento de otras facetas que habría sido deseable desarrollar mejor como la de la funcionalidad (Poblome, Malfitana & Lund, 2006, 562)[8]. Cuanto más profundo es el análisis de la pieza y su relación con el contexto, más

[8] "A classificatory framework can never be an end in itself. Otherwise, we run the risk of forgetting why the analysis was undertaken in the first place: to reveal patterns of daily life in antiquity".

exhaustiva es nuestra comprensión sobre la sociedad que la usó. Maraoui Telmini se limita a recoger toda la bibliografía existente sin llegar a plantear nuevas propuestas de interpretación, mientras que en otros trabajos mucho más breves (de formas similares aunque distinta cronología) se intenta concretar su uso analizando en mayor grado sus características físicas y ayudándose de disciplinas como la arqueología experimental (Rouquet, 2003a, 172-173). Ello implica a su vez nuevos interrogantes que, como en el caso de los biberones para niños depositados en tumbas, permiten cuestionar la elección de unos u otros materiales como ajuar y su significado desde un punto de vista antropológico (Rouquet, 2003b, 123-124), matices importantes que se echan de menos aquí. En cuanto a aspectos formales, el aparato gráfico y la maquetación de la obra dejan bastante que desear. Numerosas imágenes son de pésima calidad, apareciendo pixeladas o borrosas y los mapas, que han sido colocados en sentido contrario, recogen los topónimos en una letra tan pequeña que los hace ilegibles (p. 17, Fig. I-1.1, p. 303, Fig. II-1.1 y p. 305, Fig. II-1.2). Independientemente de si se trata de un error de la autora o del editor (*Centre de Publication Universitaire*, Manouba, Túnez) hay que lamentar que aspectos de forma ensombrezcan un trabajo tan concienzudo. Como se ha visto, la multitud de ejemplares tratados y la minuciosidad en aspectos de terminología, forma o cronología hacen de esta obra una consulta obligada para quienes se interesen por los vasos-biberones de época púnica, recogiendo además la primera tipología de conjunto que sin embargo dista de la claridad –y sobre todo de la utilidad– de otros aspectos tratados.

BIBLIOGRAFIA:

-CINTAS, P. (1950): *Céramique punique*, Paris.

-MOREL, J-P. (1981): *Céramique campanienne: les formes*, Rome, 1981.

-(1983): “A propósito di Céramique campanienne: les formes: risposte ad alcune osservazioni”, *Opus* II.1, pp. 305-312.

-POBLOME, J., MALFITANA, D., & LUND, J. (2006): “A concluding dilemma: Sisyphos *versus* Daidalos”, *Old Pottery in a New Century, Innovating Perspectives on Roman Pottery Studies, Atti del Convegno Internazionale di Studi, Catania, 22-24 aprile 2004* (ed. J. POBLOME, D. MALFITANA & J. LUND), Monografie dell'Istituto per i beni archeologici e monumentali 1, Catania, pp. 557-579.

-ROUQUET, N. (2003a): “Les biberons, les tire-lait ou les tribulations d’une tubulure peu commune...” *Maternité et petite enfance dans l’Antiquité romaine, Catalogue de l’exposition, Bourges, Muséum d’Histoire Naturelle,*

6 novembre – 28 mars 2004 (D. GOUREVITCH, A. MOIRIN & N. ROUQUET), Bourges, pp. 171-177.
-(2003b): "Les dépôts funéraires dans les tombes d'enfants à Bourges (Cher)", *Maternité et petite enfance dans l'Antiquité romaine, Catalogue de l'exposition, Bourges, Muséum d'Histoire Naturelle, 6 novembre – 28 mars 2004* (dir. D. GOUREVITCH, A. MOIRIN & N. ROUQUET), Bourges, pp. 123-124

Alejandro Quevedo Sánchez

Universidad de Murcia

aquevedosanchez@gmail.com

.

NORMAS DE PUBLICACIÓN

1-Todos los autores deberán enviar sus trabajos originales con anterioridad al 31 de Octubre de cada año a la dirección de correo siguiente: articulos@herakleion.es Así mismo, cada trabajo podrá ir ilustrado con el número de imágenes que el autor considere pertinentes, siempre y cuando las mismas estén justificadas. Estas imágenes deberán ser enviadas en archivo aparte junto con su pie de foto, en un formato jpg, una resolución mínima de 600 ppp. y la indicación ideal de su ubicación en el texto. La dirección de la revista garantiza que en la medida de lo posible intentará ubicar las imágenes en los lugares indicados por el autor. Los trabajos deberán ser remitidos en formato Word, tamaño de letra 12, times new roman, con interlineado sencillo.

2-Las lenguas admitidas para la publicación de trabajos en la revista Herakleion son: cualquiera de las lenguas oficiales del Estado español, inglés, alemán, francés, italiano y portugués, en caso de especial interés científico la dirección de la revista podrá considerar la publicación de artículos remitidos en lenguas diferentes a las indicadas.

3-Todos los artículos deberán ser acompañados de un resumen en el idioma original del trabajo, así como de otro en cualquiera de los idiomas aceptados por la dirección de la revista. También deberán figurar al pie de estos resúmenes un mínimo de 4 palabras clave en la lengua de cada uno de ellos.

4-Los autores deben identificarse en archivo aparte con su nombre completo, filiación institucional y una dirección de correo electrónico para poder contactar con ellos.

5-Sistema de arbitraje. La revista remitirá acuse de recibo de los artículos recibidos. Los artículos serán remitidos a especialistas externos de reconocido prestigio en la materia, quienes de forma totalmente anónima evaluarán los trabajos sin conocer la autoría de los mismos. Remitiendo las correcciones y sugerencias que consideren pertinentes para su publicación. El autor estará obligado a adaptar el

texto a estas exigencias o a argumentar con criterios científicos la no inclusión de las mismas como requisito indispensable para la aceptación definitiva del artículo.

6-El sistema de cita bibliográfica se puede realizar mediante nota a pie de página o a través de insertar entre paréntesis en el texto el apellido del autor, el año de publicación del trabajo referenciado y la página o páginas a las que se hace referencia, en caso de ser monografías. Aunque estas son las preferencias de la dirección de la revista, ofrecemos libertad en este apartado siempre y cuando el sistema de cita se mantenga homogéneo a lo largo de todo el trabajo. Cuando se cita literalmente frases completas habrá de hacerse entrecomillado y en cursiva. Las palabras en latín o griego figurarán en cursiva para destacarlas sobre el resto del texto.

7-Todos los trabajos deberán ir acompañados de una bibliografía al final del texto. En ella deberán constar todas las referencias utilizadas para la elaboración de los mismos, mediante el siguiente sistema:

-artículos: BROWN, P. (2000): "The study of elites in Late Antiquity", *Arethusa*, 33.3, 321-346.

-monografías: KRISTIANSEN. K. (2001): *Europa antes de la historia*, Península, Barcelona.

-contribuciones de obras conjuntas: COARELLI, F. (1996): "La romanización de Umbría", en BLÁZQUEZ, J.M. & ALVAR, J. (eds), *La romanización en Occidente*, Madrid, 57-68.

8-Los autores son los únicos responsables del contenido de los artículos. Asimismo, la revista mantendrá los derechos que la ley ampara sobre sus trabajos.

9-Los autores se comprometen a participar activamente en el foro que se abrirá para cada artículo en la web de la revista.

10-Las reseñas o recensiones tendrán una extensión no superior a 4 páginas y se dedicarán al análisis de libros recientemente publicados relacionados con la

temática de la revista. Deberán ajustarse al siguiente encabezamiento: DETIENNE, M. (2007): *Los griegos y nosotros. Antropología comparada de la Grecia antigua*, Madrid, Ed. Akal, 170 pp. [ISBN: 978-84-460-2463-7].